

ALONSO IBARROLA RELATOS

ALONSO
IBARROLA
RELATOS



**ALONSO
IBARROLA
RELATOS**



© Alonso Ibarrola

Primera versión en formato libro electrónico: mayo de 2013

ISBN: 84-245-0672-3

Cubierta y realización: Tantamount

Edita: Tantamount

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Contenido

[El autor y su obra](#)

[Depetris \(Historias del tren\)](#)

El autor y su obra

El año 1961 salía a la luz pública el primer libro de Alonso Ibarrola, *Depetris*, retrato y confesiones de un burgués anónimo que termina perdiéndose en un túnel interminable... Algunos críticos acogieron el libro como “algo insólito, nuevo y original” dentro de la joven narrativa española, y uno de ellos afirmó: “El humorismo de Alonso Ibarrola no produce hilaridad, en el sentido estricto de la palabra. Es una mezcla de absurdo, humano y patético, que algunas veces provoca una leve sonrisa. El autor juega con la sorpresa, con el retorcimiento del retorcimiento, y aún el lector menos inteligente queda alelado con la sorpresa y se rinde”.

De todos modos, “el libro — señalaría un crítico en su segunda edición, diez años más tarde— no tuvo toda la fortuna que sus méritos y calidades requerían, ya que su publicación coincidió con el auge de la llamada *literatura social*, que ensombreció los brotes de otras maneras de hacer, como la de Alonso Ibarrola, cercanas a la moderna literatura del absurdo”. Del mismo, Jaime Azpilicueta llevó a cabo una versión teatral, y Eduardo Delgado una versión para Televisión Española, con realización de Luis María Güell, incluida en la serie “Escritores de hoy”, con Carlos Velat al frente del reparto, y emitida el 13 de noviembre de 1977 con el título de *Historias del tren*.

En 1963, la editorial italiana Rizzoli selecciona y traduce uno de sus capítulos para su *Antología de humoristas contemporáneos*, donde figura por razones de abecedario entre Helmut Heissenbüttel y Eugene Ionesco; un abecedario que incluye en su última letra a Cesare Zavattini, el famoso escritor y guionista cinematográfico italiano, que “descubre” de esta manera al autor —“en una bellísima narración..., la primera que conocí de él”— y se brinda a prologar su segundo libro, *Historias para burgueses* (1971), que obtiene una crítica excepcional y conoce

traducciones al portugués y parcialmente al italiano y francés.

Las *historias*, aparentemente abstractas, registran y descubren en parte las frustraciones, contradicciones e inquietudes de un pequeño mundo burgués que no consigue insertarse en la realidad, al mismo tiempo que —como si quisiera darnos un respiro en su lectura— nos transporta, a golpes de imaginación y fantasía, a “otros mundos”, a otras situaciones remotas, pasadas, lejanas, en las que “lo absurdo” también hace acto de presencia, reclamando nuestro presente.

En 1975 reúne en su libro *Florechillas para ciudadanos respetuosos con la ley*, relatos brevísimos, publicados en el semanario *Hermano Lobo*, en una celebrada columna titulada “Episodios de la vida nacional” y firmados con el pseudónimo de *Nemorino*. El crítico literario Eduardo Tijeras señaló:

“Alonso Ibarrola agita las convenciones, los pragmatismos, las hipocresías, el “buen tono”, lo que “se lleva”, en el ámbito de la cursilería burguesa y las imágenes edificantes y moralizadoras instituidas ejemplarmente para adoctrinar a los ignaros plebeyos. Su deliberado matiz superficial obliga a Ibarrola a sustentarse no sólo en la vertiente satírica, sino en otras actitudes de la misma familia, tales como el sarcasmo, la ironía, el absurdo y el humor negro, hasta inmiscuirse en una línea quevedesca y esperpéntica (dicho esto a modo de referencia aproximada), que, bien mirada, es característica de una dimensión privativa de la cultura española, la cual incluiría nombres consagrados, como los de Valle-Inclán, Solana, Cela, Buñuel. No es que Alonso Ibarrola, obviamente, pertenezca de lleno a la escuela del chafarrinón esperpéntico, pero su afán demostrado por erosionar la “buena imagen” —esa que se crea a fuerza de idealismo y publicidad—, la “buena imagen” que la gente —las instituciones, mejor— construye penosamente de sí misma, le garantiza un puesto entre todos aquellos escritores que pretenden curar una herida a base de cauterizarla con

fuego o, lo que es lo mismo, deformándola para que nos resulte intolerable a partir de ese momento y de la nueva perspectiva brindada por el goteo de la disección. Pese a venir en cápsulas mínimas, en dosis homeopáticas, las *Floreillas para ciudadanos respetuosos con la ley* reclaman un lugar en la cultura literaria”.

Basándose en “historias” entresacadas de estos tres libros, y de otros autores, la compañía teatral “Duodeno” representa en España, Cuba y Venezuela, dos obras teatrales de notorio éxito: *Voyeur* y *Pasen y mueran*.

En 1988, publica *Por mi grandísima culpa*, abandonando la modalidad del cuento corto para adentrarse en un relato que, aunque se estructura sobre breves flashes, desarrolla una trama novelesca. Por otra parte, hay un abandono deliberado del humor irónico y candoroso para adentrarse en un lenguaje y en unas situaciones patético-cómicas, que hacen del protagonista un anti-héroe moderno a la búsqueda de un mundo que, una y otra vez, se le escapa de las manos para llevarle a un final inexorable.

En años sucesivos, sigue colaborando en numerosos medios de comunicación, nacionales e internacionales. Desde la famosa revista italiana *Il cavallo di Troia* a los suplementos de los diarios nacionales de tiradas millonarias, pasando por el *Playboy* italiano y los libros de texto escolares de Hachette, en Francia. En un arco de treinta años (1961-1991) se ofrece toda una muestra peculiar del llamado “humor negro español”, que supera felizmente el paso del tiempo.

Puede decirse que en esta antología se encuentra, como en un catálogo, un amplio repertorio de los aspectos más ricos del humor moderno: el uso de la paradoja, del razonamiento llevado al absurdo, de las contradicciones, del juego entre el yo del narrador y la objetividad del relato, incluso la misma forma literaria de cuento o relato seguida

implacablemente. Todo ello con un estilo rapidísimo, casi de teletipo, a la misma velocidad de los media pero cuajado de matices, que lleva al lector, sin respiro, por los múltiples aspectos de la vida moderna.

DEPETRIS

(HISTORIAS DEL TREN)

PRIMER RETRATO DEL AUTOR

El autor de este aleccionador libro es rico, inmensamente rico, culto, guapo y tiene muchas admiradoras. Que nadie trate de ver en él intenciones morales, ni ambiciones literarias o crematísticas. La vanidad fue el único motivo que le impulsó a escribirlo.

Me he acercado a la ventanilla y con mi recia y varonil voz, altamente persuasiva, he dicho:

—Un billete, por favor, para mañana, día 15, tren expreso de las 22,30 horas...

Al pararme, la voz airada del taquillero me dice:

—Pero, ¿a dónde?

He olvidado indicar el destino. Paso en mi casa las horas repasando los detalles, repitiendo a cada instante los datos; dejo de saludar a la portera por culpa de la clase de billete. Dos terceras partes de la Humanidad pasan hambre, he leído recientemente. Pediré “un segunda”. Al llegar a la ventanilla pido “un primera”. Pasan hambre, pero no los veo.

Cierto día olvidé decir la segunda indicación: “Por favor”. Aquel día no hubo rectificación posible. El funcionario me espetó a la cara triunfalmente: “No hay billetes”.

Tras de mí un individuo, acercándose a la ventanilla, exclamó:

— Quiero irme.

Es decir, se olvidó de decir: por favor, hora, categoría de asiento, clase de tren, etcétera. El hombre de la taquilla no daba cabida a su asombro:

—¿Ha dicho usted?

—¡Que quiero irme! ¡Quiero irme!

El hombrecillo golpeaba rabiosamente con las palmas de sus manos el mármol del mostrador, mientras sollozante proseguía diciendo:

—¡Quiero irme! ¡Quiero irme!

Le detuvieron ante la misma ventanilla. Había matado a su mujer en un rapto de locura y el pobre pretendía escaparse. Un crimen perfecto precisa de muchos detalles...

Según los altavoces, muy pronto va a llegar mi tren. Junto a mí la gente se arremolina, nerviosa e impaciente. ¿Qué se creerán que es un tren?

Contemplo las vías. Siempre me suscitan las mismas dudas. ¿Llegarán a unirse alguna vez, en algún kilómetro? No llego a convencerme de que jamás se unan. Pongamos diez mil kilómetros. Bueno, cien mil kilómetros. Son muchos kilómetros. ¿No creen que al final de estos kilómetros terminarán uniéndose? Una vez a Maggy le asaltaron las mismas dudas en una ocasión semejante. Y ni corto ni perezoso dejó sus maletas en “consigna” y se puso a andar por las vías. Estaba dispuesto a esclarecer, de una vez para siempre, aquella cuestión. Anduvo muchos días y muchas noches, descansando tan sólo unos minutos en las estaciones que encontraba al paso, como manda el Reglamento. Si veía junto a la vía un letrero con la indicación “Silbar”, él silbaba cualquier marcha de ópera airoso para darse ánimo. (Siempre he pensado lo cómico que resultará contemplar al maquinista y al fogonero silbando los dos cumpliendo el Reglamento. Y qué penoso resultará hacerlo cuando se les ha muerto un hijo, por ejemplo. Claro que peor sería que el letrero anunciase: “cantar”, “rezar” o “bailar”. Sobre todo esto

último, en largos trayectos, resultaría muy fatigoso).

Por fin Maggy, a los cuatro días, divisó el final. Cierto que las vías no se unían —como pudo comprobarlo— pero al menos terminaban allí en un lugar desierto, donde alguien había colocado unas macetas con flores. Una niña las estaba regando en aquel momento. Maggy se llevó un terrible disgusto cuando descubrió que la vía seguía por otro lado y que en la estación anterior le habían engañado pues el guardagujas cambió la manivela y le metió en vía muerta. (Fue la única idea que se les ocurrió a sus familiares para recuperarlo).

Llega por fin el tren, rápido y jadeante. Una enorme locomotora, chorreando humo, hace su irrupción en los andenes.

Los fogoneros se asoman a la ventanilla de la locomotora y miran altivos a la gente. ¡Pobres fogoneros! Experimentamos gran disgusto cuando el tren no llega a la hora, sufrimos mil angustias y pesares cuando no se sabe el paradero del tren en que vienen nuestros familiares, amigos..., y una vez que llegan, una vez que les hemos besado y saludado, no se nos ocurre ir a la locomotora, subir a ella y decir al maquinista, abrazándole: “Gracias”. Por nuestra culpa se convierten en unos resentidos y se vengan con los retrasos.

El tren se ha parado y la gente trata de subir a los vagones, al mismo tiempo, aun teniendo sus asientos reservados. No sé por qué, pero la gente cuanto menos dinero tiene más chilla y protesta. Desprecian ese don de la humildad. Incomprensible. A los cinco minutos todos los viajeros se han colocado en sus respectivos asientos, así como también sus maletas.

Yo también he instalado las mías — yo no, mi maletero, se entiende— y observo los andenes. No tengo a nadie para despedirme de él. Odio las despedidas familiares. Prefiero pagar a dos o tres maleteros, para

que agiten sus pañuelos y lloren mientras me voy. Esto me hace sentirme muy importante.

Todavía quedan diez minutos para que el tren parta. Los que se van, asomados a sus ventanillas contemplan a los que se quedan, de pie en el andén.

—¿Escribirás?

—Descuida, ya sabes que sí. —Cuídate.

—Descuida.

—¿Has cogido?...

—Sí.

Un largo silencio. Faltan siete minutos. Te ha tocado un buen asiento. Así parece. Si tienes sed, compras cualquier cosa, pero sin bajar del tren, ya sabes lo que le pasó... Sí. Claro. Cinco minutos. Se miran mudos, de arriba abajo, sin saber qué decirse. Hay un silencio total, embarazoso. Cuatro minutos. El que se asoma a la ventanilla parece otear el cielo. Los que están en los andenes, cansados de tener la cabeza erguida, curiosean a su alrededor.

Un pitido rasga el aire. El tren inicia su marcha. Ahora todo el mundo comienza a gritar, a hablar, al mismo tiempo. Parece como si todos se acordaran de repente, de un montón de cosas y de encargos.

—Oye, acuérdate de ...

—Adiós.

—Oye...

Una señora llora. Dos se estrechan a duras penas las manos. Otra señora gruesa chilla, desesperada, tratando de hacerse oír:

—¿Cogiste el cepillo de dientes?...

El tren marcha lentamente, abarrotado de viajeros, que inundan todos los departamentos y pasillos de los vagones. Mac, en su departamento, había repartido lápices y papel en silencio, a sus compañeros de viaje que le miraban asombrados. Explicó su caso:

—Soy el representante de una importante sociedad filantrópica. Desde hace veinte años recorro el mundo tratando de entregar un millón de pesetas al suicida que escriba la mejor carta de despedida..., pero nadie se anima a hacerlo —terminó diciendo amargamente.

Todos empezaron a devolverle el instrumental, menos un señor de gafas, pequeño. Escribía y escribía. Al cabo de una hora entregó tres cuartillas a Mac. Este comenzó a llorar emocionado, nada más leer la mitad de la primera cuartilla.

—¡Por fin —exclamó al terminar su lectura—, he aquí una carta digna de premio! Claro está —comenzó a decir lentamente— que para que... el premio pueda adjudicarse, es necesario... — miraba al hombrecillo fijamente—. En fin usted ya comprende... falta un requisito esencial... usted está vivo y ...

El hombrecillo comprendió perfectamente. Se quitó las gafas cuidadosamente y las introdujo en el bolsillo de su chaqueta. Se dirigió a la ventanilla, la abrió con dulzura y exhibiendo una sonrisa vanidosa a sus compañeros de viaje, se lanzó al exterior, contraviniendo claramente la orden de un letrero que decía: "Prohibido asomarse al exterior".

Mac, con un gesto airado, se lamentó:

—¡Siempre me ocurre lo mismo, qué desgracia!

Y abriendo la portezuela del departamento, exclamó:

—¡Pase, señora, hay un asiento libre!

En otro de los departamentos, los viajeros, apretujados, hablan.

—Un día —cuenta un tal Bob— me pregunté: “¿Llegaré a santo? No fumo. No bebo. Tengo novia formal. Me acuesto temprano. Rezo. El último domingo, precisamente, recuerdo que me asaltó la misma pregunta en la iglesia, al ver a un santo en su nicho, a la derecha del altar central. ¿Y yo por qué no?, me dije. ¡Si no fuera tan tímido!... —y Bob calló mientras sus compañeros de viaje, indiferentes, contemplaban el paisaje.

Al cabo de un rato, otro viajero contó:

—Ada y yo estábamos profundamente enamorados. Yo un día le había dicho: “No joyas, sino hijos te daré”. Ella se emocionó muchísimo. Al día siguiente me rogó le repitiera lo mismo. Y yo dije: “De ninguna manera joyas, cuestan mucho”. Se enfadó. Nuestras relaciones terminaron cuando yo un día imaginé: “Tú, paralítica, en una silla de ruedas y yo siempre a tu lado”. “No, no —decía ella—, no podría resistirlo. Te rogaría que me dejaras”. La muy imbécil no supo darme una contestación satisfactoria a sus palabras, porque se echó a llorar. La dejé por egoísta.

Tras unos minutos de silencio, Bob se levantó atropelladamente de su asiento y abriendo la puerta del departamento, balbuceó:

—Señora, aquí hay un puesto libre.

La señora fue a decir alguna cosa, pero Bob le atajó diciendo:

—No se preocupe por mí, no es ninguna molestia, porque yo bajo en

la próxima estación.

Y diciendo ésto, Bob desapareció rápidamente. Recorrió todo el tren y continuó de pie su viaje en el pasillo, muy lejano a su departamento. Todavía le faltaban diez horas para llegar a su destino.

El vagón es de “primera clase”. Salta a la vista, porque sus ocupantes hablan muy poco o no hablan. Si alguien al entrar dice: “Buenos días” a lo sumo se oye un gruñido proveniente de un señor grueso (en los departamentos “de primera” hay siempre un viajero grueso). El que corresponde a este compartimiento está hablando:

—Puedo afirmar categóricamente que los pobres no son felices, aunque ellos se suelen empeñar en querer demostrarnos lo contrario. Lo hacen tan sólo para fastidiarnos a nosotros, los ricos. “El dinero no da la felicidad”, suelen exclamar con una voz que quiere ser suave, tranquila y calmada. En el fondo, ellos son los primeros en no creer en la máxima. Sólo lo dicen para consolarse. ¡Hipócritas! Yo mismo he comprobado personalmente, muchas veces, las falacias y falso orgullo de los pobres. Un día, en mi residencia, llamé a uno de los individuos a mi servicio. ¡Que venga mi chófer número tres! Cuando estuvo ante mi presencia, le dije: ¡Queda despedido! ¡No me gusta su forma de conducir! El chófer se asombró, pero viendo mi gesto decidido, se dio la media vuelta, mientras decía orgullosamente: “¡Lo siento, pero no tengo otra!”. Al cabo de unos minutos, a través de mis pasillos subterráneos, me apresuré a acercarme hasta su habitación para mirar a través de una mirilla secreta y oculta. Allí estaba el desgraciado, sentado en la cama, llorando, mientras en el suelo su maleta yacía a medio hacer... ¡Falsos!

—Yo creo —comentó otro viajero— que los pobres no serán nunca felices porque les falta la esperanza. Uno puede vivir en la miseria más absoluta, sabiendo que con los años llegará a tener dinero. Pero un pobre, generalmente, muere en la pobreza. Dios lo quiere así. Yo

particularmente, tengo un sistema infalible para elevar mi moral cuando atravieso una etapa de desánimo y tristeza. En una de las estancias de mi residencia he hecho raspar las bellas pinturas que la embellecían, retiré sus muebles y tapices y en su lugar coloqué una cama desvencijada y una silla apolillada, que poseía en casa de sus padres uno de mis criados. Una pequeña bombilla ilumina débilmente la habitación.

Cuando me siento deprimido me introduzco en la habitación, que a fin de cuentas podría ser la habitación de un pobre. Me encierro con llave y me pongo a pensar y a exclamar en alta voz: “¡Soy pobre y estoy solo! ¡Para siempre, para siempre...!” y cuando ya no puedo más, cuando la desesperación inunda todo mi ser y las lágrimas surcan mi rostro, salgo corriendo de la horrible habitación y comienzo a gritar por los pasillos: “¡Soy rico! ¡Soy rico!...”, mientras beso las mejillas a mis criados, que me miran con cierto asombro...

El señor de enfrente, no ha pronunciado una palabra durante todo el viaje.

—¿Fuma? —le he dicho.

—Oh, no. Fumar a mis años... —me ha respondido casi en susurro, mientras se echa cansadamente hacia el respaldo, con un suspiro.

Mentira, señor, mentira, pienso mientras le contemplo, sin valor para expresarle lo que mi mente maquina. Mírese usted al espejo. Con atención. Detalladamente. ¿Qué ve? Su cara, su radiante rostro. Usted es joven. ¿Una arruguita? No, hombre, es un defecto de la piel, de nacimiento. Usted es joven; no hace falta más que mirar sus ojos radiantes. Quizá no sea muy guapo, pero resulta interesante.

Grite, grite un poco. Cante. Ahora doble las rodillas con las manos en

la cintura. Uno, dos. Uno, dos. ¿Lo ve qué bien? ¿Molestias? Es la falta de costumbre. Quizá si hubiera hecho un poco de deporte... Pero no importa. Otras flexiones. Respire profundo. Estupendo. Estupendo. ¡Qué músculos! ¡Cómo funcionan!

Grite, grite más. ¡Qué garganta! ¿Canta? Ah, sí, está cantando. Buen oído. Bonita voz. Perfecto. Todo le funciona a la perfección.

Usted no es viejo, señor. Nadie se muere de viejo. Se muere atropellado por un coche. Muchos se mueren porque no ponen empeño en vivir.

¿Cuántos años tiene usted? ¿Cincuenta? Mentira. ¿Quién le ha dicho a usted que tiene cincuenta años? El hecho de que su mujer y sus hijos le regalen todos los años un día determinado, una corbata, no significa nada.

Abra usted el armario. Cuente sus corbatas. Una, dos..., cinco, y no hay más. ¿Dónde está el resto? Supongamos que su hijo le ha robado una. ¿Y las demás? No me diga que su mujer las ha tirado. Las mujeres nunca tiran las corbatas, y menos si las han comprado ellas. En todo caso las limpian. Luego es mentira. Luego usted sólo lleva casado a lo sumo seis años. No puede ser cierto que se casó hace veintiséis años. ¿Dónde están las diecinueve corbatas restantes? No sabe ni qué contestarme. Le falta experiencia, amigo. Vida. Le faltan años. Ya verá, ya verá luego; todavía es joven...

Uniforme impecable, limpio, con la raya de los pantalones delineada con esmero por la plancha de su mujer. Rígido, con la mirada incrustada en las vías, la mano derecha en la manivela de freno y la izquierda en la nariz, Puck conduce el "convoy".

Puck es correcto, demasiado correcto. Saluda, quitándose el gorro (a

sabiendas de que infringe el Reglamento), a todo el mundo. Cuando llega a un túnel, dice siempre: “Permiso. ¿Puedo entrar?” Y, tras haberlo dicho, sonrío, y con una leve inclinación de cabeza penetra en él...

De todas maneras, Puck no es feliz. Y todo por culpa de una vaca. No pudo impedirlo, resultó inevitable, pero un día Puck mató a una vaca. (Por un momento pensé escribir, “que no dijo ni mu”, pero, ciertamente, el recurso es muy fácil). La vaca venía por el sendero que cruza la vía. “Ojo al tren”, decía el letrero. Pero ni caso. Puck venía lanzado con su máquina. Vio a la vaca, pero en vez de frenar, solamente acertó a decir muy nervioso: “Usted primero, señora...” Y el golpe fue mortal. No quiso parar para no ver el espectáculo. Cuando llegó a la primera estación todavía lloraba. Los días siguientes se negó a hacer aquel recorrido. Luego hubo de abandonar aquella línea, porque cada vez que pasaba posteriormente por aquel sendero que cruzaba la vía, paraba el convoy, se bajaba de la máquina gorra en mano, y tras mirar detenidamente a ambos lados del sendero, volvía a reanudar la marcha. Luego el tren llegaba al punto de destino con quince minutos de retraso, y al jefe de estación le daba vergüenza escribir en el tablero de anuncios: “Por la vaca”.

En el libro de reclamaciones de la Estación Central hay escritas unas líneas que dicen: “¡Que vivan las vacas...! Firmado, Puck”.

Contemplo el paisaje. Maravilloso. Hay paisajes que uno quisiera cogerlos, besarlos, abrazarlos, estrujarlos, como a la mujer amada y decirles: “Eres mío”.

Quisiera caminar por ahí, por en medio de ese prado verde. Sólo un gesto, un movimiento, unas palabras al maquinista, una propina... y tal vez, en unos segundos... beso, beso con furia la hierba, los colores, las flores, los olores. Brinco. Salto. Doy una voltereta. Grito: “¡Yupiiiiiii...!” El interventor, respetuoso, gorra en mano, trata de decirme...: “Señor”. Otra

voltereta más. “Señor...” Su tono cada vez es más enérgico. Me agarra por las solapas. Me sube de nuevo al tren. Grito. Pero el tren ya está de nuevo en marcha...

Por todo ello daría, daría... media vida. Sí. Media vida. Más. Digo que más. La vida entera. Moriría feliz sobre mi asiento, mientras algún viajero somnoliento musitaría: “¿Qué estación era la última parada?...”

Penetramos en el túnel. Las luces del departamento no se encienden. La oscuridad es total. Recuerdo el juego preferido de mi llorado amigo Tic en circunstancias análogas: Se pegaba una bofetada. Todos los compañeros de viaje percibían el chasquido acusador. Y tras la espera ansiosa de la luz del día, Tic, con su delator carrillo enrojecido, se sentía muy complacido al observar el rubor de su compañera de viaje, víctima de las miradas curiosas y un tanto malsanas, del resto de los viajeros...

El túnel es largo y las luces no se encienden. Una terrible duda asalta mi mente. Bien pudiera haberme quedado ciego. No sería el primer caso. Lo he leído en la prensa. Finas gotas de sudor brotan de mi frente. Abro los ojos, los pongo redondos como platos, pero no alcanzo a vislumbrar ninguna brizna de luz. Como último recurso, exclamo con voz trémula:

—¡Estos malditos trenes!

Todos mis compañeros de viaje, responden a coro:

—¡Estos malditos trenes...!

Mi soplo de tranquilidad se esparce por el departamento.

Una claridad percibida a través de la ventanilla, me indica que la salida del túnel está muy próxima. Cierro los ojos. Ciego, ciego para siempre. Trato de imaginármelo, trato de verme: alto, apuesto, erguido, una hermosa corbata, un elegante bastón blanco. Mis ojos, mis bellos ojos,

sin fondo, sin vida y sin luz, no necesitan la protección de unas gafas ahumadas. Las mujeres me miran al pasar. Las bellas mujeres me miran. ¿Amor? ¿Piedad? Amor, amor. Pero las aparto dulcemente con mis manos. “No puede ser, no puede ser”, musito...

Y cuando ya las lágrimas están a punto de brotar de mis ojos, cuando ya la desesperación y la impotencia corroen mi ánimo, pienso que yo, con un acto de mi propia voluntad, de mi propia potencia, puedo llegar a ver... Y cuando ya el rojo de mis cerrados ojos me indica que el túnel quedó atrás, los abro de improviso. ¡Qué maravilla! El campo, el cielo, los hombres, mis compañeros de viaje. Quisiera abrazarles uno por uno... Trataría de explicarles... ¡Pobres ciegos!

Pronto vendrá la noche. Comienzo a divisar las primeras luces. Unas luces diminutas, pequeñas, provenientes de casas que mis ojos no llegan a percibir. Y los que viven dentro serán como yo, pensarán como yo y quizá tengan las mismas ilusiones que yo.

Mis compañeros de viaje comienzan a arrellanarse en sus asientos, buscando una adecuada postura para pasar la noche lo más cómoda posible. Yo pronto llegaré a mi destino, por eso prefiero no dormirme.

No soporto una noche pasada en el tren, aunque sea en un “coche-cama”. Un accidente. “Salgan todos”. ¿Cómo? ¿Así?. Y con mi pijama a rayas verticales verdes y blancas, y zapatillas de noche, contemplo los cadáveres mientras rezo por las desgraciadas víctimas. Jamás he logrado hilvanar una oración completa en pijama. Preciso más ropa.

Otro túnel. Corto. Otro túnel. Menos corto. Otro. Más largo. Otro... y el túnel parece no tener fin.

El tren prosigue su viaje. Mis ojos se cierran. El sueño coge mis párpados con sus manos de hada y cierra mis ojos como si bajara una

persiana: rasss...

Una mortecina bombilla azulada ilumina débilmente el compartimiento. Estamos en un túnel. Consulto mi reloj. Faltan veinte minutos para que llegue a mi destino. El túnel es largo y la oscuridad exterior total.

Han pasado casi los veinte minutos y la oscuridad sigue siendo total en el exterior. Quisiera ver unas luces, unas lucecitas, al menos una, me conformo con una, tan sólo una que me dijera que voy a llegar pronto a mi destino. Que no me equivoqué de camino. Y lo terrible del caso es que esto sólo me incumbe a mí. El resto de los compañeros no quieren saber nada. Duermen. Uno está solo...

En el fondo, al final todos ayudan, “todos nos necesitamos”. Mentira, eso es mentira. Puedo despertar a este señor, puedo zarandear a aquel otro, gritar, despertar a todos: ¿Sabe en qué estación me apeo? ¿Conoce mi estación de destino?

No, no nos engañemos. Nadie me respondería nada.

Me mirarían a los ojos, como si estuviese loco. Y alguno llamaría al revisor, que es peor...

Miro al pasillo del vagón. Está iluminado, pero totalmente vacío. Todos los viajeros duermen o semidormitan en sus respectivos compartimientos. Veo aparecer al fondo del pasillo al revisor. Camina apresuradamente. Se seca el sudor de su frente con un pañuelo. Le corto el paso mientras intento (he dicho *intento*) decirle: “Oiga, este tren debía haber llegado...” Trata de esquivarme por la derecha. Le corto el paso. Se seca el sudor. “...hace media hora...” Trata de esquivarme por la izquierda. Le corto el paso. Se sigue secando el sudor. “...podría indicarme qué es lo que...” Me es imposible completar la frase. El interventor, en un alarde de preparación profesional, se me ha escurrido

entre mis piernas entreabiertas.

Pero cuando reacciono el interventor ya me lleva diez metros de ventaja y corre como un desesperado. Comienzo a correr tras él. Atravesamos todo el vagón. Abre la portezuela y penetra en otro. Le sigo. Atravesamos el pasillo del segundo vagón. Como corro a favor de la marcha, al menos pienso que la carrera me servirá de algo: recuperaré unos minutos en el retraso no previsto.

En el pasillo del tercer vagón dos metros me separan del interventor. Este resopla fuertemente. Su cansancio es bien visible. Jamás un funcionario estatal, a sueldo, ha podido resistir el ímpetu de un rentista. El diverso régimen alimenticio sólo es posible apreciarlo en estas fugaces e inesperadas confrontaciones.

Estoy ya pisándole los talones. Dentro de un momento extenderé mi brazo y... De improviso, el revisor, con un gesto, a la vez decidido y desesperado, me espeta:

—¡Su billete!

Yo también me he parado de bruces y jadeando, un tanto sorprendido, palpo mis bolsillos. Una sonrisa indica que lo he hallado a la tercera tentativa. Se lo doy con gesto triunfal. Me lo coge, lo examina.

— Es de “primera” y este vagón es de “segunda clase”.

Sorprendido, no sé qué responder. Impertérrito continúa diciéndome:

—Deberé abonarle la diferencia.

—Es cierto —musito asombrado, sin saber exactamente lo que digo.

—¿Tiene usted cambio de mil?

Observo el billete que me ofrece el interventor.

—Cójalo, cójalo —me dice con voz trémula.

—No sé...

Miro en mi cartera, en los bolsillos...

—No sé si...

Es inútil que siga excusándome. El interventor no me oirá más porque corre de nuevo. La treta le ha dado resultado. Corre de nuevo, pero cuando llego a la puerta del último vagón compruebo que precavidamente la ha cerrado. Es inútil. No podré abrirla. El tren aminora su marcha. Continuamos en el túnel. Observo a través de la cristalera de la portezuela. Diviso la locomotora. Veo al interventor. Parece discutir acaloradamente con Puck, el maquinista y su ayudante.

Puck gira una manivela hasta el fondo y el convoy termina por detenerse.

Ahora el interventor muestra un mapa a los maquinistas. Golpeo los cristales. Los tres levantan su vista del mapa y dirigen sus miradas a mi persona. El interventor se dirige a la puerta con gesto decidido, la abre y me dice con tono autoritario:

—¡Venga!

Un tanto asombrado me dirijo al grupo.

—Usted quería saber a la hora en que iba a llegar a la estación de... ¿no es así?

—Ciertamente, era así.

—Pues lo veo difícil —termina diciéndome.

No sé qué responder. La situación me parece un tanto extraña. Un convoy detenido en medio de un túnel interminable, yo en la locomotora, junto a los maquinistas, el interventor, un mapa y en el techo unas sombras extrañas, reflejo de las llamas que el fogón de la máquina despide intermitentemente. Pero siento frío.

—Lo que no comprendo —habla Puck— es por qué si la Compañía ha construido un nuevo túnel no nos lo advierte.

Además este túnel es larguísimo. Llevamos ya tres horas dentro de él. La máquina lleva una velocidad de ochenta kilómetros a la hora. Luego...

El interventor realiza unas operaciones aritméticas en un bloc. Después dirige su mirada al mapa.

—Dios mío —musita— estamos en medio del Atlántico.

Recuerdo que no sé nadar.

—No puede ser —les digo—, no puede ser. Tiene que existir algún error.

No llego a imaginarme los titulares a toda plana del periódico: “Se hunde un tren. Todos los viajeros ahogados”. Imposible. No sería lógico.

Pero mi aserto no tranquiliza a nadie.

El interventor decide, con voz trémula:

—Adelante. Agotemos todo el carbón. Y usted vaya a su compartimiento. Le ruego no comente con nadie esta imprevisión de la Compañía...

Los sucesivos abrazos de despedida que me dan Puck y su ayudante me producen cierta angustia. “No es normal —pienso—. Un apretón de manos hubiese sido suficiente”.

Es extraño. Me dirijo a mi compartimiento. Es extraño.

El tren renueva de nuevo su marcha. Ninguno de los viajeros del convoy — salvo yo— parecen haberse percatado del extraño suceso.

Me siento de nuevo en mi lugar correspondiente. “Es extraño —pienso— muy extraño”. Pero el sueño me vence. Cierro los ojos. El tren continúa su marcha...

Las voces agitadas de mis compañeros me despiertan. La oscuridad en el exterior sigue siendo total y el convoy está detenido. Esto desgraciadamente indica dos cosas: que continuamos en el túnel y que se les ha agotado el combustible a los maquinistas. Tampoco en el interior de los vagones hay luz. Se habrán agotado las reservas de las baterías. La confusión es total. Todos mis compañeros, puestos en pie, se agitan de un lado a otro del compartimiento. Alguno asoma su cabeza al exterior, pero como no ve absolutamente nada, vuelve a introducirla en el interior, para continuar profiriendo su sarta particular de improperios contra la Compañía.

Otros se aventuran a salir al pasillo para unir su voz al coro general de improperios.

Nadie advierte mi presencia. Nadie se percata de que yo soy el único viajero que no me muevo. ¿Para qué?. En una milésima de segundo mi mente lo ha visto todo claro. Lo he comprendido todo.

Ahora sé que no solamente yo, sino que nadie, absolutamente nadie, llegará a su destino. Ahora lo comprendo todo. Una dulce calma invade mi espíritu. Las sombras del túnel, son las sombras de la muerte, pero

no quieren comprenderlo.

Con sendas antorchas en sus manos, el interventor, Puck, el maquinista y su ayudante tratan de explicar a los viajeros la extraña situación...

Como primera medida nos han hecho descender a todos los anonadados viajeros a las vías. Formando grupos de diez y doce personas, sentados en los raíles y traviesas, alrededor de pequeñas fogatas —ya que el frío reinante en el túnel es considerable—, los viajeros se dedican a las más pintorescas actividades: uno musita una oración, otro hace el testamento en alta voz. El interventor se dedica a cobrar billete doble a un viajero remordido por la conciencia en la hora postrera...

Puck y su ayudante discuten acaloradamente con varios señores gruesos de “primera”. Pretenden que los maquinistas sigan recorriendo el túnel a pie hasta llegar a la salida para dar la voz de alarma.

Puck, en el paroxismo del terror, comienza a desvariar y a decir que no. Que su puesto está allí, junto a su querida máquina, su vieja locomotora, y que —como los conscientes capitanes de buques—, se hundirán o se salvarán los dos juntos. Pero que jamás se separarán. Y dado que Puck se puso muy pelmazo con sus llantos y no cesaba de acariciar las bielas de la locomotora lo dejaron por imposible.

La comisión de señores gruesos se dirigió esta vez al interventor. Se trataba de mandar un voluntario. Nadie respondió a la llamada. Los señores gruesos pretendieron que se verificase un sorteo entre los viajeros de “segunda clase” y que el designado por la suerte partiera, pero vivas protestas surgieron de la clase perjudicada, mientras el interventor trataba de localizar en el Reglamento algún artículo que dilucidara la cuestión...

Han transcurrido ya cinco horas, las fogatas comienzan a extinguirse. Ya nadie piensa que vaya a salir con vida del túnel. Hasta los señores gruesos de “primera clase” han comenzado a repartir puros habanos, billetes, el carné de conducir y a preguntar: «¿Quién le ama más que yo?» Nadie les responde. Al final terminaron liándose a puñetazos con un prójimo de “segunda” que pretendía amarles más, a “pesar de...”

Para complicar más la situación, un individuo comenzó a explicar en voz alta, sentado sobre un raíl, apoyando su barbilla sobre sus rodillas:

«Hubiese preferido morir como me lo había imaginado: una cama limpia, una colcha azul, una naranjada en mi mesilla de noche. El médico, los parientes, los amigos..., ¡Qué maravilloso cuadro! Yo no hablaría, no pronunciaría palabra alguna. Cualquier frase intrascendente podría romper el encanto de la escena y, desgraciadamente, había dejado transcurrir mi vida sin haber preparado “la frase”, la célebre “última frase”. Ahora ya era tarde. Ahora sólo me resta mirar a los que me rodean, con la superioridad que da sentirse el centro de atracción de las miradas. Y después el efecto seguro, el choque, la sorpresa final:

—El disco...

—Hijo, ¿qué dices? —pregunta suavemente la madre.

—El disco, el disco... —trato de dar a mis palabras una suave entonación, acompañadas de un intermitente jadeo. Perfecto. El médico asiente con la cabeza y al cabo de unos minutos el gramófono reproduce a duras penas las notas de la vieja romanza de ópera: “Che gelida manina...”. Las lágrimas asoman a los rostros de parientes y amigos. Puccini causa un efecto seguro. ¡Qué muerte más bella! —dirán mañana comentando el hecho en el café.

Y cuando el brazo del tocadiscos termine de girar y haga “tac”, quizá

mi corazón se pare también. Tiemblo ante la idea de que la sincronización no resulte perfecta...»

La fúnebre narración del individuo ha suscitado favorables comentarios para su autor entre los viajeros. Varios de ellos le aplauden con calor.

—Bis, bis —pedía uno, desesperado ya por la situación.

Como todos están al borde de la muerte, nadie se preocupa de ocultar sus sentimientos hacia el prójimo, como cuando vivían allá fuera, donde luce el sol...

—Es preciso que hable, es preciso que diga algo.

Es ahora otro individuo de aspecto un tanto tímido el que se ha puesto en pie y ha comenzado a discursar. Los compañeros callan. El silencio flota en el aire.

—He podido amar a Mac, he podido querer a Guss, pero a fin de cuentas sólo contaba mi odio. Miraba las palmas de mis manos en busca del signo fatal: no, aquí no están, me decía a mí mismo, con fuerza, para convencerme y llegaba a pensar que la vida es bella porque aún existen margaritas en el mundo y niñas rubias con coletas en Los Grisones. María, yo no quiero morir. Yo amo la vida. María, ¿dónde estás?... —el desgraciado miraba, como hipnotizado, a un punto lejano del oscuro túnel—. Quisiera saberlo todo. Romper este silencio de años. Dímelo todo de una vez. Puedo ponerme de rodillas a tus pies, puedo abrir las ventanas del patio y gritar: María no es feliz. Puedo ir donde mi jefe de oficina y contarle tu caso, pero tú, María, seguirás en la cocina. Cuando tú faltes, María, esa cocina quedará vacía para mí y, lo que es peor: nadie se preocupará de ponerle un papel blanco y fuerte a la encimera del fogón. María, ven aquí. María, dime que no estás harta de mí. Que

me quieres. ¡María, si yo pudiera! ¡Calla, tontín!, y tus manos me acarician los cabellos y la nariz. En nuestro dormitorio silencioso, sólo se oye el rumor de un coche que pasa por la calle y sus focos encendidos se reflejan en el techo...

Cuando el individuo terminó y se sentó sobre el raíl, los aplausos producían un extraño y macabro eco.

Aprovechando la disposición de ánimo general, un individuo se incorporó de la traviesa sobre la que estaba sentado y exclamó en voz queda:

—Un momento.

Se hizo el silencio.

—Yo quisiera pedirles un favor.

Quisiera que me dijeran...

El individuo se mostraba nerviosísimo y no acertaba a proseguir. Varios del grupo que le rodeaban comenzaron a animarle. Por fin se rehízo y continuó diciendo:

—Quisiera que me respondieran a una cuestión que jamás me he atrevido a formularla a nadie. Algo que a nadie se lo he confesado...

Y cerrando los ojos y abriendo la boca, se acercó resueltamente al compañero más próximo diciéndole:

—¿Huele mal mi aliento?

El compañero, sorprendido ante la bocanada de aire proveniente de la boca tan próxima a su nariz, no pudo reprimir un espontáneo gesto de desagrado.

—Sí, huele mal —exclamó con voz gruñona—. Muy mal...

—No, no es posible... —las palabras musitadas por el individuo casi no se entendían—. No es posible...

Y cada vez que pronunciaba estas palabras se iba alejando del grupo, mirándoles de frente. Movía nerviosamente sus dedos. No daba crédito a la verdad.

—No, no puede ser.

De repente giró sobre sus talones y comenzó a correr hacia el fondo del túnel, pronunciando palabras ininteligibles. Sus compañeros de viaje contemplaban en silencio su figura, que desapareció en el fondo oscuro del túnel, entre las tinieblas. Llegó un momento en que se oía lo que decía:

—No es posible, no es posible...

Sus desgarradores gritos adquirirían extrañas resonancias a lo largo del profundo y oscuro túnel.

Alonso Ibarrola

ALONSO
IBARROLA
RELATOS



ALONSO
IBARROLA
RELATOS

2

**ALONSO
IBARROLA
RELATOS**

2

© Alonso Ibarrola

Primera versión en formato libro electrónico: mayo de 2013

ISBN: 84-245-0672-3

Cubierta y realización: Tantamount

Edita: Tantamount

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Contenido

[Prólogo de Cesare Zavattini](#)

[Buchenwald](#)

[Naufragio](#)

[El pecador](#)

[En el psiquiatra](#)

[El suicida](#)

[El anticristo](#)

[En la oficina](#)

[Declaración amorosa](#)

[El vendedor](#)

[El donante](#)

[Milagro](#)

[Aterrizaje forzoso](#)

[El fusilamiento](#)

[Un marido](#)

[En el desierto](#)

[El voto](#)

[Una carta](#)

[Llaman a la puerta](#)

[El hijo perdido](#)

[Ante el altar](#)

[Robinson](#)

[Salustiano](#)

[Estampa veneciana](#)

[En el "metro"](#)

[Una muerte](#)

[La aparición](#)

[Un extraño impulso](#)

[Un desembarco](#)

[Torturas](#)

[La silla eléctrica](#)

[En la playa](#)

[En el circo](#)

[Último párrafo de la carta de un fascista condenado a muerte](#)

[Éxtasis](#)

[Inquisición](#)

[La aventura](#)

[Un accidente](#)

[Carta de América](#)

[Crisis](#)

[Cáncer](#)

[El violador](#)

[Historia bastante atroz](#)

[Secuestro aéreo](#)

[El incinerado](#)

[Martirio y muerte de Nemorino](#)

[Una educación sentimental](#)

[El falso maestro](#)

[Ciudadano agresivo](#)

Prólogo

He estado en España dos o tres veces. Es un país con el que congenio, donde tengo cinco o seis amigos queridísimos, lo mismo que en Milán o en Roma. Ni tan siquiera las corridas son capaces de hacerme sentir las diferencias que, sin embargo, existen. Nosotros podríamos ser ellos y ellos, nosotros. Como dos hermanos de una misma familia. Mezclo en mi profundo amor los pimientos a la gallega con Rafael Alberti, las miradas de las mujeres, que se disparan de un ojo sumiso y de otro libre, con García Lorca y esos versos tan bellos de Machado sobre los senderos del mar; todo lo mezclo, como por ejemplo una noche por las calles de Barcelona, en compañía de Ricardo Muñoz Suay y otros amigos, tratando de concebir un film como si la cámara pudiera alcanzar la velocidad del pensamiento. Nos movía la necesidad de actuar contra las reglas establecidas y de incorporar el objetivo, eliminando las mediaciones; tal era el ansia de expresarnos rápida y libremente, costase lo que costase. En tal estado de ánimo ni tan siquiera me percaté de que leía en español las narraciones del joven Alonso Ibarrola. Conozco muy mal su lengua; sin embargo, yo caminaba derecho como por una línea dialectal, porque en el dialecto se puede ser sintéticos, lagunosos hasta el máximo, porque algo misterioso, algo consanguíneo rellena los vacíos. Y aun cuando yo no entendiese, siempre había algo en lo que decía el humorista Alonso Ibarrola que me dejaba la impresión de haberle entendido. No sé cuánto vale según los parámetros críticos, literarios: Alonso Ibarrola ha alcanzado desde su primera manifestación literaria esa seriedad de fondo respecto a la vida que sólo puede expresarse a través de una risa que se mide a sí misma. Querer hacer reír a los demás es una postura solidaria, una alarma dada con generosidad, la confianza en la posibilidad de un coloquio, un diálogo, y de que el prójimo merece nuestra atención como nosotros merecemos la suya. Amén.

El humorista es uno de esos hombres que están siempre en el borde del equívoco; la risa de los demás puede embriagar y hacer perder el respeto que el hombre más debe al hombre. Evidentemente hablamos del humorismo que se basa en la convicción y no en el efecto, que alimenta la conciencia crítica sin proclamarlo, que nos ayuda a tomar conciencia de nuestra libertad, esa libertad que tantas veces olvidamos, que cuanto más contesta al hombre, más lo centra en su propia razón de vivir, en su dignidad. La insinuación, la alarma del humorista es una ventana fragorosamente abierta de par en par por el temporal. Pero a veces basta una hora para reintegrarnos en la fuerza de la costumbre y en el silencio frente a los abusos.

Alonso Ibarrola humorista (me repito), ama la vida en la medida en que intenta discutirla. La alegría de no ser ciego, que tan poéticamente refleja en una bellísima narración, es la alegría de vivir, un grito de agradecimiento a desconocidos, el júbilo de existir hasta las lágrimas; pero Alonso Ibarrola, en el modo de decirlo, en sus giros sintácticos, en el tono, en el estilo, en suma, que es una de las maquinaciones de la ironía, consigue advertir que en lo lírico, además de la belleza está también la verdad, alcanzable sólo a través de la lucha.

CESARE ZAVATTINI

Roma, abril de 1971

HISTORIAS PARA BURGUESES

SEGUNDO RETRATO DEL AUTOR

«Escucha, la vida se nos va y no hemos tenido ocasión de abrir la boca. De niños era diferente. ¿Te acuerdas cuando cantábamos en el coro y el director, con ojos de odio, agudizaba el oído, intentando localizar al causante del desafinado? Una bofetada indicaba el fin de las investigaciones. Te confesaré que yo entonces abría la boca y no profería nota alguna por miedo. Ahora hago lo mismo.»

Buchenwald

Estaba sentado, creo más bien que acurrucado, junto a mis compañeros del barracón, cuando una voz recia exclamó:

—¡A la ducha!

—¿Con este frío?, objeté.

Pero nadie coreó mi tímida protesta.

“Yo no me ducho —me he repetido interiormente para darme confianza—. Me opondré con todas mis fuerzas”.

Mis compañeros se han colocado ya en fila.

—Ven aquí; no seas idiota: “¿Nos ducharán a todos juntos?” He sido toda mi vida muy vergonzoso. Ni en el servicio militar lograron quitarme mi pudor, cuando nos veíamos obligados a ponernos todos juntos en corro, y en cuclillas, formando un círculo. Recuerdo que nos pasábamos así horas y horas, y que alguno, de repente, cesaba de hablar... Yo no podía. Hasta que venía el sargento.

Mi mujer apagaba siempre la luz. Nunca me vio el rostro mi mujer en ese momento.

—Qué tímido eres, cariño —me decía sonriente.

Estos mismos pensamientos me asaltaron al verla muerta. Mi suegra musitaba una oración.

—¡Basta! —dije.

Mi suegra me miró con sus grandes ojos negros y prosiguió el rezo.

Me han dado una pastilla de jabón y una toalla. Son amables. “¿Y si me guardara la pastilla?”. La fila se ha detenido. Un oficial grita:

—¡Desnúdense! ¡Quítense todo lo que lleven encima!

Nos miramos los unos a los otros... Uno, por fin, se decide y comienza a desabotonarse. Resto indeciso; pero al ver a algunos de mis compañeros completamente desnudos, me animo a hacer lo propio. Me quedo solamente en camiseta. Trato de estirla para que me tape bien por abajo...

La fila pasa ante un oficial y deja en una mesa el hatillo de ropa, que luego va a parar a un confuso y desordenado montón. Mientras llega mi turno, pienso en lo difícil que va a resultar luego recuperar el hatillo de ropa correspondiente... Estoy ya ante el oficial.

—¡Tú! —barbota, pegándome en las nalgas con una vara—, ¡La camiseta!

Muerto de vergüenza, me desprendo de mi última prenda. El oficial me observa, sonriente y divertido de mi vergüenza. Yo no puedo más y emprendo veloz carrera hacia las duchas.

—Señor, Señor, acaba pronto con esta situación —musito.

Naufragio

Veo... veo... un... El vigía intenta decir algo, pero le embarga la emoción, justificada en este caso porque jamás ha visto en su vida un iceberg de semejante tamaño. El choque es terrible y el trasatlántico cruje. En el gran salón de baile algunas parejas se intercambian excusas y prosiguen su danza. El capitán, informado de lo ocurrido, estalla en sollozos. ¿Por qué he de ser yo el último? —se repite constantemente—, ¿Por qué?. “Los hombres primero”, exclama un marinero egoísta. Algunos ancianos y mujeres con niños protestan airadamente. El director de orquesta busca voluntarios para interpretar un himno religioso apropiado con las circunstancias. “Los tenores a mi derecha”, exclama nervioso. En la piscina, un señor de la clase de “lujo” intenta aprender a nadar rápidamente, ayudado por el profesor de natación, que se lamenta del escaso sueldo que percibe. Minutos más tarde la mole del trasatlántico desaparece bajo las aguas, provocando un gran remolino. Unos cuantos botes salvavidas perdidos en la oscuridad se agitan entre las olas. Algunos náufragos tratan de asirse desesperadamente, en el límite de sus fuerzas, a los botes. Pero están ya repletos. Sus ocupantes les golpean con sus remos furiosamente en los nudillos, mientras musitan entre dientes... “Completo... le digo que está completo”. Los náufragos no pueden protestar porque cuando abren la boca tragan agua salada. Uno llegó a resistir treinta golpes de remo. Murió sin dedos.

El pecador

Cruzaba la calle, cuando de repente un automóvil ha pasado ante mí a toda velocidad, rozando imperceptiblemente mi abrigo. Me he puesto pálido. “Ha podido matarme”, he musitado con voz muy queda. Miro en derredor. Nadie, nadie se ha percatado del peligro que he corrido. Pasa ante mí un hombrecillo. Lo detengo. “¡Por poco me mata!”. “¿Quién?”. Me mira como si estuviese loco. No insisto. Se aleja presuroso, volviéndose de vez en cuando para observarme. ¿Qué debo hacer para suscitar el interés del prójimo? ¿Acaso no es suficiente haber estado a punto de perecer? ¿Necesitan más? ¿Es preciso que me muera... total y definitivamente? Un remolino de gente curiosa. Un guardia que repite nerviosamente: “Circulen, circulen...”. Quizá yo esté oyéndolo todo... y sin poder moverme. ¿Será así la muerte? Una horrible duda me asalta... ¿Estoy o no estoy en pecado mortal? No lo recuerdo. El primer mandamiento, el segundo, el tercero... un sudor frío se ha apoderado de mi cuerpo. Acabo de recordar que estoy en pecado mortal. Afortunadamente, y por concesión papal, que figura en un cuadrito en la cabecera de mi cama, y que un pariente me trajo de Roma, basta con que diga “Jesús” y habré salvado mi alma. Más difícil hubiese sido recitar aquel largo acto de contricción... Pero ¿hubiese tenido tiempo, con aquel coche, de exclamar “Jesús”? Temo que no.

Vuelve a apoderarse de mí el sudor frío. Es preciso que me confiese ante un sacerdote. Comienzo cautelosamente a caminar, hacia una iglesia. Por fortuna, no es necesario cruzar ninguna calle. Pegado a las paredes, temiendo que una teja acabe con mi vida, me dirijo fatigosamente al confesionario...

En el psiquiatra

Nací en un puerto de mar. “Tuu, tuu”, profundo y fuerte, hacían los barcos al entrar en el muelle. Mamá siempre se asomaba por la ventana y miraba a los barcos con ojos expectantes. Vivíamos los dos solitos, en aquella buhardilla. Pasaron muchos años, quince, veinte, no lo sé. Un día me decidí y le pregunté cariñosamente: “En alguno de esos barcos vendrá algún día papá, ¿verdad?”. “No, hijo, tú no tienes padre”, me aclaró... Prosiga, me dice el psiquiatra. Estoy tumbado en un sofá y miro hacia el techo. Quisiera que mi mirada se perdiera en el infinito, pero no consigo apartarla de un desconchado ¿provocado por la humedad?. “Buenos días, creo que se han dejado un grifo abierto en el cuarto de baño...”. Miro de soslayo al psiquiatra... ¿Será posible que él, psiquiatra, haya pronunciado las palabras “grifo-cuarto de baño”? “Prosiga, por favor”, me insiste en tono perentorio. Le odié desde aquel momento. Le odié como nadie es capaz de hacerlo. Acostado en mi lecho escuchaba sus sollozos, largos, interminables por la noche, a través del tabique que separaba nuestros lechos... Hubiesen bastado dos golpes, suaves, rítmicos, provocados con los nudillos de mi mano, tan familiares a ambos, y que muchas veces espantaron mi terror los días de tormenta... Una noche no pude más... “Pudo provocarlo quizá un niño, entró en el cuarto de baño y...”. “¿Qué pasó aquella noche?”. Su voz es monótona. Rebuscadamente monótona. ¿Será posible que no le interese en absoluto lo que pasó “aquella noche”? La maté. Me dan ganas de decirlo... Pero no es posible mentir. Debo ayudarle, contar la verdad, sólo la verdad. ¡Calla!, le dije, dando un puñetazo en el tabique, que retumbó en el silencio de la noche... “Prosiga”. Doctor, perdone, le digo incorporándome del sofá, ¿qué concepto se está forjando de mí?...

El suicida

Ha sido un transeúnte bajo de estatura y con gafas quien se ha percatado de la situación. “¡Allí!”, dice indicando con su dedo índice la azotea de un alto edificio. El policía mira en la dirección indicada, al igual que otros transeúntes. Sí, efectivamente, hay un hombre asomado peligrosamente sobre un alero, en la azotea. La gente se arremolina en torno al edificio. El individuo parece decir algo, pero el tráfico impide entenderle. “Grite un poco, por favor”, exclama una anciana de pelo blanco y bolsito negro. “¡Me mataré, me tiraré!. Nadie me ayuda. Soy un desgraciado. Quiero morir. Así terminará todo...!”. El policía corre presuroso a una cabina telefónica callejera. Un transeúnte se aleja murmurando. “Todos dicen lo mismo y luego no se tiran”. Llega un coche de bomberos. El tráfico se paraliza. Cientos de curiosos se agolpan frente al edificio. Los bomberos colocan una lona circular en el lugar, más o menos supuesto, del posible aterrizaje. Acuden algunos fotógrafos de prensa con sus cámaras. El policía saluda marcialmente a su jefe, que ha llegado veloz en un coche. “Un sacerdote”, exclama con voz recia el jefe de policía. “¿No hay ningún sacerdote?”. Sudoroso y jadeante surge uno, abriéndose paso fatigosamente entre la multitud. “¡A la azotea!”, ordena perentorio el jefe de policía. El sacerdote le sigue. Allí está el suicida, peligrosamente sentado en el estrecho alero. Imposible acercarse a él. El jefe de policía, a través del megáfono, inquiere: “¿Dónde vive usted?”. El suicida, solícito, da su dirección, y el jefe de policía bisbisea algo al oído de un subordinado, mientras ordena al sacerdote: “¡Háblele usted!”. Monótonamente, el sacerdote le cuenta cosas maravillosas, pero el suicida no se inmuta. “Me tiraré cuando termine de contar hasta cien”. “Uno, dos...”. Al llegar a noventa y nueve aparece su mujer, acompañada de una niña pálida y delgada. “¿Por qué haces estas cosas, por qué?”, exclama llorosa la mujer, transportada rápidamente desde su domicilio en un coche de la policía. “La vida es maravillosa —afirma el sacerdote—. Le quieren, como verá... Y hay un

Dios que espera”. Una furtiva lágrima cruza la mejilla demacrada del presunto suicida. Fatigosamente se desliza por el alero hasta el grupo. Rápidamente, dos policías, como si temieran que de pronto se arrepintiera, le sujetan fuertemente por las muñecas. El jefe de policía, iracundo, le propina una sonora bofetada. “¡Te va a costar muy cara esta broma!”. Abajo, en la calle, la multitud se dispersa desilusionada.

En la oficina

A mi amigo le engaña su mujer. Lo saben todos, pero ¿y él?. Le observo atentamente durante toda la jornada, mientras trabajamos. Ningún gesto le delata. Ninguna palabra. Sonríe como todos, como yo, cuando alguien cuenta un chiste que alude a su situación. Lo sabe, estoy seguro que lo sabe. Me falta el valor necesario para levantarme de mi mesa, o mejor, esperarle a la salida, una vez terminada la jornada y decirle, sencilla y llanamente: “Lo sé”... Es posible que llorase sobre mi hombro. Es factible que me abofetease. Bastaría añadir: “Lo sabemos todos...”. A veces un plural mal aplicado origina estas violencias. Se odian, se odiaban hacía ya muchos años, pero guardaban siempre las apariencias. Ningún grito estridente, ningún gesto amenazador. Un mordisco rabioso, silencioso, prolongado, aplicado a uno de los dedos de su mujer, por ejemplo, le bastaba para tranquilizarse. Ella no decía nada. Aguantaba, resistía, se mordía los labios. Alguna lágrima inoportuna se le deslizaba por la mejilla. “Basta, por Dios, basta”, balbucía algunas veces, muy quedo, para que no le oyese nadie. El quedaba satisfecho. Y todo, muchas veces, por una contestación inoportuna delante de un grupo de amigos. Luego la excusa ante las amigas del dedo aprisionado por un cajón imprudentemente cerrado. Ahora, cuando sepa lo del adulterio (le he escrito una carta anónima) me consta que la matará. Quedo, muy quedo. “Acaba pronto, por favor”, dirá ella, sumisa y obediente. Me parece estar viéndolos...

El anticristo

El individuo, acercándose a la ventanilla, espetó: “Soy el anticristo”. Había en sus ojos unas diminutas llamas. Era el fuego de la ilusión, de la fe, del propio convencimiento. El funcionario, parapetado en su ventanilla, dejó por un momento de masticar su bocadillo, para decir: “¿Ha traído las pólizas?”. El efecto es siempre seguro. Porque nadie lleva jamás pólizas. Salga usted a la calle. Pregunte: “¿Tiene usted pólizas?”. Las respuestas más pintorescas aflorarán a los labios de los extrañados transeúntes: “Lo siento, no fumo”. “Ahora son las doce y cuarto”. O lo que es mucho peor: “Dios le ampare”. Desgraciadamente, nadie presta atención a nadie. El presunto anticristo ha abandonado la ventanilla. Comienza a caminar, y sobre sus huellas empiezan a crecer florecillas maravillosas, de todos los colores. Mañana, las mujeres de la limpieza comenzarán a murmurar y a quejarse del trabajo, cada día en aumento. El presunto se ha acercado ahora al conserje, que está sentado en una mesita con su campanillita. Tocándole con la mano en el hombro, ha comenzado a decirle: “Dígame, buen hombre...”. El conserje está ya curado. Él todavía no se ha percatado de nada, pero el reuma tan molesto ha desaparecido y también la úlcera. Pero el conserje, ciego, ha respondido de mala gana: “Hasta mañana no puedo hacer nada. Ha pasado la hora...”. “Media vida —solía decir el conserje a su mujer—, daría media vida porque me desapareciera esta maldita úlcera”. El anticristo se ha dirigido a la puerta de salida. Ha abierto la boca y unos maravillosos trinos, emitidos por miles de canarios, inundan el ambiente. Dibuja un arco en el aire con su mano derecha y un maravilloso arco iris surge de repente. Y, viendo que pasaba junto a él una señora de buen ver, ha exclamado con emoción: “Señora, tiene usted vida para rato”. Una sonora bofetada resuena al mismo tiempo que la palabra “grosero”... El anticristo, con la mano en la mejilla, todavía murmura: “Exactamente hasta el 13 de febrero de 1998. Le quedan por tanto...” Pero la señora, indignada, se aleja presurosa y no puede escucharle. Y

lo que es peor, tampoco ver, porque si volviera un poco su vista, si alzara un poco sus ojos, contemplaría un maravilloso enjambre de mariposas que revolotean a su lado sin cesar, en una armonía sin par de colores, a manera de poética escolta...

Declaración amorosa

No soy uno de esos que jura amor eterno inconscientemente... ¿Cuánto dura el amor?. ¿Cincuenta años?. Quienes cumplen sus bodas de oro aparecen invariablemente en la prensa. “Son noticia”, como diría un periodista. Y luego están los accidentes imprevistos, el cáncer, el adulterio... ¿Es puro nuestro amor?. Sí, es puro. ¿Desinteresado?. No lo sé. ¿Me querrías lo mismo si arrastrara mi medio cuerpo sobre un carrito con ruedas metálicas?. Lo dudo. Sudas, me consta. Pero mi amor supera ese defecto tuyo. Recuerda que un día te dije: “Sudas, pero te quiero”. Esta es una manera de declararme, como cualquier otra, pero sin ese halo de poesía que deforma las cosas y las transforma en irreales, ridículas, estúpidas... Hay que vivir de realidades y saber afrontarlo todo, porque llegará un día en que desearemos romper nuestra correspondencia amorosa... Lo recuerdo un tanto difusamente. Mi madre, sentada en su butaquita de sobado respaldo y junto a ella, en una silla, mi padre. Con torpes movimientos rompían en minúsculos pedacitos unas cuartillas. Cartas de amor, de sus años juveniles. Las habían conservado durante muchos años y en aquellos momentos, sin saber en concreto por qué, las destrozaban, las hacían desaparecer. Conocía su contenido, las había leído a hurtadillas en mi juventud. Juramentos de amor, pasiones reprimidas; ilusiones convividas, bajezas perdonadas, promesas inconscientes de cara a una realidad terrible e imprevisible... Y con los años, de mutuo acuerdo, las rompían. Por pudor, por miedo, por vergüenza... La muerte —lo sabían— estaba a la vuelta de la esquina y convenía no dejar recuerdos del uno para el otro ni para los demás. La vida es más llevadera así... Es por lo que evito siempre las cartas. Aunque resulte más costoso, es preferible una llamada telefónica. Porque también un día moriremos nosotros. Si yo he de ser el último pienso ahora que no podré soportarlo, pero luego, con el tiempo, me consta que se termina pronunciando palabras de amor al oído de una prostituta. Me explico, ¿verdad?. Me mira fijamente a los ojos. Diría que

su mirada refleja miedo... Un largo silencio. Temo que me haya entendido mal o que no me haya explicado bien.

El vendedor

El individuo, plantado ante la puerta de mi casa, pretende venderme un aparato de televisión. Como es natural, alega que es la última novedad, modelo único y sensacional. No he podido sustraerme a sus palabras. Le he dejado actuar por su cuenta. Ha instalado el aparato en el comedor, y mientras yo continúo leyendo tranquilamente, él ha procedido a la instalación de la antena. “Ya está —ha dicho con gesto triunfal—. ¿Qué quiere usted ver en la pantalla?”. “Pajaritos”, seguro que pronto me dejará en paz. Pájaros de múltiples colores, pájaros maravillosos, pájaros de mil diversas razas inundan con sus trinos la estancia. He dejado de leer el periódico. Es curioso. “A mi madre, quisiera ver a mi madre...”. Allá en la pantalla, la figura venerable de mi madre, con su pelo blanco, su collarcito de perlas falsas, su bata de motas negras. “¡Hijo!”, musita mirándome a través de la pantalla. “¡Mamá, mamá querida!”. Siento que mis ojos se humedecen y que la garganta se me agarrota. La imagen ha desaparecido lentamente. La pantalla deja ver ahora unas nubecitas con unos angelitos que tocan unas trompetas. Capto algún desafinamiento. ¡Hace tantos años que te fuiste, madre! ¿Veinte, veinticinco? Mis pensamientos los interrumpe la voz del individuo: “¿Qué? ¿Le interesa el aparato?”. Mientras le acompaño a la puerta de la calle, voy esbozando los argumentos: no tengo dinero ahora, la televisión me cansa la vista... Cuando de nuevo me encuentro sólo en la habitación, arrellanado en mi sillón, leyendo el periódico, no logro concentrarme en su lectura.

El donante

El cadáver se halla sobre el lecho mortuario. La viuda, hacendosa hasta en el dolor, no descuida el más leve detalle. El aposento está limpio y ordenado, pero con un plumero prosigue su concienzuda búsqueda de polvo por todos los rincones, mientras musita unas oraciones. Otra señora, de luto riguroso, acurrucada en un rincón, observa sus afanes y musita asimismo unas oraciones. El féretro, colocado a los pies del difunto, aguarda... Se oye un timbrado. Las dos mujeres interrumpen sus oraciones y se miran interrogativamente: “¿Serán ellos?”. La viuda no responde y se dirige a la puerta, alisándose el cabello. Sí, son “ellos”. El momento es trágico, y la viuda comienza a llorar desconsoladamente, mientras indica con la mano dónde se encuentra su marido. El caballero, acompañado de una enfermera, se introduce en la cámara mortuoria. La viuda, abrazada a su amiga, aguarda fuera. “Era tan bueno, tan bueno..., pero no debería haber hecho esto”, musita. Pasa el tiempo y, por fin, el caballero y la enfermera aparecen. “¡Señora, la conducta de su marido es un ejemplo! La Humanidad necesita de hombres como él, porque la Humanidad necesita ojos. ¡Gracias, en nombre de los que no ven! Uno de ellos, gracias a su marido, verá...”. La viuda arrecia en sus sollozos. El caballero besa su mano y se dirige hacia la puerta, acompañado siempre de la enfermera. De nuevo a solas, las dos mujeres se dirigen a la cámara mortuoria, como si quisieran cerciorarse de que el muerto está allí... Sí, efectivamente, está allí, pero ahora tiene una venda sobre los ojos; mejor dicho, sobre las cuencas vacías... Los sollozos de la viuda se elevan de tono. La amiga la abraza... “¡Es un santo! ¡Es un santo!”, musita. De nuevo, el timbre de la puerta de la calle. Es el caballero: “Perdón, señora. Su marido usaba gafas, ¿verdad?”. La viuda asiente con la cabeza, con lágrimas en los ojos. “Si no le importa..., sería conveniente que me las entregara, porque el “otro” las necesitará, naturalmente...”

Milagro

“¡Ayúdame, papá!”, me ha dicho mi hijo pequeño, con su lengua de trapo. Y me alarga sus cortos brazos para que le ayude a saltar al suelo desde la silla a la que se ha subido. Veinte centímetros escasos le separan del suelo y necesita mi ayuda. Un día, sin darme apenas cuenta, me dirá “nos vamos a casar”, “no creo en Dios” o me propinará una sonora bofetada que nos separará para siempre. Pero me consta que al morir, recordaré tan sólo los hechos felices y olvidaré que me pegó. ¿Me admiran mis hijos? Tengo dudas al respecto. Les hacía desaparecer mi dedo pulgar ante sus ojos asombrados. Su madre se hacía la muerta. Yo, con unos pases magnéticos de las manos y unas palabras mágicas lograba el “milagro”. Palmoteaban de alegría. El día que besé la mejilla fría de mi mujer y ellos me secundaron, decepcionados, ante los sollozos de las vecinas, todo cambió. Ahora puedo coger un fusil y hacer la revolución; escribir un bello libro; descubrir un remedio definitivo para el cáncer..., pero todo resultará inútil. Cuando colocaron la tapa del ataúd perdí mi última oportunidad.

Aterrizaje forzoso

Sólo se percibe un tenue zumbido en el interior del avión. Algunos pasajeros dormitan. Otros leen. Pronto aterrizaremos. Minutos antes, los altavoces nos han ordenado abrocharnos los cinturones de seguridad. El avión pierde altura. Diviso una casa perdida en el campo. ¿Algún día conoceré a sus moradores? No lo creo. Demasiadas cosas estúpidas, banales y superfluas inundan mi existencia y me impedirán conocerlos personalmente. Si tuviera tiempo... “Buenas tardes — digo interrumpiendo su comida. Están todos sentados en torno a la mesa—, pasaba por aquí arriba y me he dicho...” Sus miradas muestran estupor, asombro. No, no sería lógico. Dejemos las cosas como están. Diviso muy próxima la pista de aterrizaje. De pronto el avión da una sacudida y remonta bruscamente el vuelo. Me siento inquieto. Una voz, la de la azafata, a través del altavoz, intenta tranquilizarnos. No ha sido nada. Algo en el tren de aterrizaje. Dentro de unos minutos lo intentaremos nuevamente. Tengo miedo. Es inútil que grite, o que chillé: ¡Quiero salir! Hay que esperar, quieto, silencioso, sin ver ni pensar en nada. ¿habrá llegado mi hora? Es imposible, no puede ser. Estas cosas se leen en los periódicos, les ocurren a los demás... Pero ¿a mí? Ridículo. El avión describe un amplio círculo sobre el aeropuerto. El cielo es de un azul intenso, y allí abajo está la tierra. ¡Dios mío!, qué bello es vivir. Yo quiero vivir, a costa de lo que sea. Seré pobre, seré bueno, amaré a mi mujer, no la engañaré nunca más. Perdonaré, amaré a todos, también a Pedro, que me consta que me odia. Mañana mismo le abrazaré: “¡Hola, Pedro!”, le diré. ¿Mañana? No, hoy mismo. Desde este mismo instante lo prometo, cuando el avión toque tierra habrá nacido un hombre nuevo. Gozaré de todos los pequeños instantes de felicidad. Contaré los minutos, los segundos y daré las gracias por vivir. ¿A quién? A Dios, naturalmente. Sí, existe Dios, tiene que existir. ¿He dudado alguna vez? Sí, es cierto. Pero ahora creo, creo, creo... A mis labios acuden en tropel y con dificultad algunas palabras que no logran hilvanar una oración

completa... El avión ha tocado ya con sus ruedas la pista de aterrizaje y aminora la velocidad. ¡Viva!, grito. ¡Viva! Todos gritamos algo. Una señora gruesa me abraza. Algunos palmotean. Es un buen momento para besar a la azafata. La gran ocasión. Me enfundo el gabán. Estoy pletórico. ¿Dónde están los pilotos?, pregunto enérgicamente. Quiero una explicación, exijo una explicación. Me quejaré a la Compañía. No viajaré más en sus malditos aviones. Les romperé la cara a sus consejeros. Lo contaré a todos mis amigos. Con las vidas humanas no se juega. Imbéciles. Mañana formularé la oportuna reclamación. ¡Sin contemplaciones! ¡Caiga quien caiga!

El fusilamiento

¿Era válida, resultaba moralmente lícita aquella manera que tenía el Coronel P. de divertirse con los prisioneros? Ciertamente era que los días resultaban eternos en aquel páramo, donde el sol apretaba sin piedad, que el Coronel P. se aburría en extremo y deploraba el hecho de que en la capital no se ocuparan de su anhelado traslado (el día que lo solicitó besó la carta, antes de enviarla) y que tampoco la vida de aquellos reclusos tenía gran importancia... pero hay bromas que pasan de la raya. Por ejemplo, el fusilamiento "acuático". Llamado así por el Coronel P. El primero que soportó la broma se murió del susto. Todo consistía en sacar de la celda a un prisionero escogido al azar, colocarlo en el paredón frente a un pelotón de ejecución, vendarle los ojos para que no viera el truco y gritar "¡Agua!", en lugar de "Fuego". De los fusiles no salían balas, ni tan siquiera perdigones, sino sendos chorritos de agua, al igual que en ciertas pistolas de juguete. La broma dejó de ser tal cuando, con su repetición, harta numerosa, los reclusos se enteraron y dejaron de asustarse. Lo malo fue cuando el Coronel P., dispuesto a seguir la broma hasta el final, gritó "fuego" un día y los fusiles vomitaron balas. El desgraciado recluso, que se sintió más listo y bromista que el propio Coronel P., murió en traje de baño, con los ojos redondos como platos, víctima de la sorpresa...

Un marido

Soy enemigo de la injusticia. Me lo repito todos los días ante el espejo, en el cuarto de baño. Mi protesta ante una situación injusta no tiene límites... Perdón, los tiene. Lo admito noblemente. No soy capaz de arrodillarme en medio de la calle, rociarme con gasolina y prenderme fuego. Soy tímido, vergonzoso y mis alaridos de terror provocarían ciertamente la atención de todos. No me gusta llamar la atención. Hay otras maneras, otras formas. “Clic”, la radio que deja de hablar. Resulta más difícil hacer lo mismo con el televisor. Mi familia protesta. Y entonces ¿qué puede hacer uno? Un amigo mío no soporta que nadie le contradiga. Su negativa la respalda con violentos puñetazos en la mesa, estrella botellas, vasos y platos contra la pared. ¿Sería yo capaz de hacer lo mismo?, me dije un día. ¿Por qué no? Y estrellé una jarra contra la pared. Estábamos todos sentados, ocupando un tresillo y el locutor decía estupideces. Hecha añicos, los cristales se esparcieron por la habitación. “¡Recoge!”, dijo ella, con voz seca y autoritaria. No tuvo la más mínima consideración hacia mi persona, hacia mi dignidad de padre. Delante de nuestros hijos tuve que recoger, uno por uno, todos los trozos de la jarra, arrodillado... Al estirar el brazo para recoger un trozo de cristal alejado, mi hija protestó: “Papá, agacha la cabeza que no me dejas ver...”.

En el desierto

A ochenta kilómetros de Tobruk, en el desierto del Sahara, se encontraban Mass y Moss. ¿Habría petróleo aquí?, había dicho Moss un día de abril lluvioso a las cinco de la tarde, en la terraza de un café próximo a la casa de Mass, en París. Y con los ahorros de Mass se trasladaron al punto exacto señalado por Moss con el dedo índice en el mapa de Africa, que el camarero, amigo de Mass, les había prestado. Con la ayuda de cinco indígenas, comenzaron a agujerear la arena. Moss lloraba mientras cavaba y decía: “¡No me importa el petróleo!” Mass le recordaba que el dinero lo había puesto él. El calor era sofocante. De pronto una detonación rasgó el aire. Un indígena cayó muerto. Quiso decir algo antes de caer a tierra, pero se aturulló y dijo: “Bramacalaba...”, que no significa nada. Moss y Mass cogieron prestos sus fusiles, dándose espalda con espalda, decididos a vender por un precio bastante razonable sus vidas. Los restantes indígenas vivos, llorando y temblando se habían arrojado al suelo y no se movían. No se veía a nadie. Las dunas. La arena interminable. Un silencio angustioso que sólo era roto por el “glu—glu” del petróleo al salir a la superficie.

Llegó la noche. Mass y Moss seguían en la misma posición, pero con los riñones doloridos. Los indígenas, aprovechando la oscuridad, habían decidido huir y dejarles solos.

Llegó el día. Mass y Moss seguían rígidos en la misma posición, aferrados a sus fusiles. De pronto oyeron unos gritos terribles, espantosos y al cabo de un rato vieron un espectáculo pavoroso. Los cuatro indígenas que habían huído aparecieron tras la duna y con paso vacilante pasaron delante de ellos, a muy escasa distancia. No tenían ojos, ni manos, ni nariz, ni orejas... Sangraban como cerdos. “¡Matadnos! ¡Matadnos! ¡Queremos morir!”, gritaban desgarradoramente.

Moss, compadecido, se aprestó a disparar sobre ellos. Mass, agarrándole por una mano, se lo impidió, mientras decía: “¡No puedes hacerlo!” Y le dijo algo muy bajo, al oído. Moss bajó el fusil, preso de terribles remordimientos y angustias. Los desgraciados se perdieron entre las dunas.

A las dos horas del incidente, les atacaron los “tuaregs”. Mass y Moss lucharon hasta el final. Moss cayó con un balazo entre los ojos. A Mass le golpearon en la cabeza, por la espalda, mientras trataba de cargar de nuevo su fusil...

Media hora más tarde, ya recobrado el conocimiento, Mass, ciego, chato y manco, gritaba desgarradoramente, solo, en medio del desierto: ¿Moss, dónde estás? ¡¡Moss, es preciso que me mates...!!

El voto

¿Qué recuerdo de mi padre quedará más fijo en mi mente? Cierta vez intentó acabar conmigo, presa de una rabia incontenible por un plato de garbanzos que me negué a comer. Lo intenté varias veces, pero terminé vomitando. Con los años aquella situación se ha convertido para mí en algo afectuoso y entrañable. Nunca le he dado motivos para sentirse orgulloso de mí. Y, sin embargo, me quiere. Lo supe el día que se lo llevaron, en una camilla, a la sala de operaciones quirúrgicas. Estaba en juego su vida y había tanto miedo a la muerte en aquellos ojos, tanta ternura contenida hacia mí, que quise formular un voto solemne en cuanto desapareció tras las puertas del largo corredor del hospital. ¿Pero qué podía prometer yo? Limosnas, vestir un hábito color violeta, caminar descalzo, o de rodillas, un kilómetro..., ¡diez kilómetros!, quemarme con una cerilla el dedo meñique... ¿Cuántos segundos soportaría el dolor? Mucho tiempo debió transcurrir enfrascado en estos argumentos. Una mano colocada con dulzura en el hombro, la del cirujano, vino a resolver todas mis dudas: “Siento comunicarle que su padre ha muerto”.

Una carta

Querida mamá:

La primera etapa del viaje la cumplimos sin novedad. Cuando llegamos al hotel, él me dejó y se fue a dar unas vueltas por la ciudad, para los dos desconocida. Quería despejar la cabeza y tranquilizarse. Al quedarme yo sola, sentada en la cama, sin saber por qué, comencé a llorar. Después rápidamente me desnudé, apagué la luz y me acosté. Me introduje tanto entre las sábanas, que desde fuera creo que no se me veía ni tan siquiera un pelo... Cuando él volvió, no quiso encender las luces de la habitación. Sólo sé que, arrastrando sus pies, me preguntó muy quedo: “¿Estás ahí, Ermelinda?”.

Bueno, perdona, mamá, pero a pesar de tus deseos no quiero seguir contándote esas cosas que a ti tanto te gustan. Ya no se trata de mí sola, sino también de mi marido... ¡Qué extraño suena a lo primero!, ¿verdad? “Mi marido”. Hace unos pocos años me hubiese parecido ridículo nada más el oírlo: “Te presento a mi marido”, y nos hubiésemos reído a carcajadas. De todas maneras, ahora que estoy muy lejos, podría contarte muchas confidencias, muchos secretos, muchas cosas que hasta ahora nunca me había atrevido a decírtelas cara a cara. Podría contestarte a ese reproche tuyo, constante, diario: “Pero, ¿por qué te casarás con un tranviario?”. Compréndelo, madre, yo no quería quedarme soltera. Siempre me repetía interiormente lo mismo: “Quiero tener un hogar, unos hijos, una persona, un hombre a mi lado que me quiera un poco, un poquito solamente, porque entonces yo le amaré con toda mi alma. Pero ¿dónde está ese hombre, Dios mío? ¿Por qué no viene a mi lado? ¿No sabrá que yo todos los días rezo por él?”. Y vino Humberto, que es tranviario y sabe tocar la campanilla de su tranvía como nadie, dulcemente, “tin—tin...”. Mamá: ¿no sabías que yo, en la cama, al apagar la luz y quedarme en la habitación sola, solía llorar y

tenía que apretar fuertemente mi boca contra la almohada para que no oyese mis sollozos...?

Lllaman a la puerta

Lllaman a la puerta y abro: “¿Vive aquí fulano de...?”. “Soy yo”. Es un individuo uniformado y con gorra de plato el que me ha formulado la pregunta. Es media noche y estoy en pijama. Silenciosamente, en medio de mi estupor, me va entregando un uniforme, un casco, una cantimplora y un fusil. Ya en la escalera, camino de la calle, me dice, a manera de despedida: “No se olvide. Mañana, sin falta, a las diez de la mañana. Pertenece a la IV Agrupación. Tráigase un bocadillo. Es una recomendación particular...” Desaparece ante mi vista. Mi asombro no tiene límites. “¿Quién era?” —pregunta mi mujer desde la alcoba. “Nadie. Un pobre”. Tengo que actuar rápidamente. Oculto todo lo entregado en un armario trastero. Luego enchufo, mientras silboto una cancioncilla de moda, la radio. Se ha suicidado una conocida actriz. Nada. Una barcaza se ha hundido en el mar del Japón, ahogándose doscientos nipones. Nada. Durante el resto de la noche no logro conciliar el sueño. Veo a todos los componentes liquidando sus bocadillos. De pronto, un silbido. Un horroroso estruendo. Me estremezco. “¿Te pasa algo?”, pregunta mi mujer. “No”, respondo. Ahora, en el campo, veo montones de trozos de papel grasiento, único testimonio del sacrificio de unos hombres en aras de... ¿De qué? Oigo ulular una sirena; no hay pan... No puedo más. Me tiro de la cama, abro la ventana que da a la calle y me pregunto: ¿Por qué? Mi pregunta resuena extraña por las calles vacías, mientras la desesperación me corroe. ¡Quiero!, ¡¡exijo!!, ¡¡¡pretendo saber por qué!! Y mi grito desgarrador solamente ha servido para asustar un poco a un gato ladrón que merodeaba entre los desperdicios de los cubos de basura depositados en el borde de la acera. Mi mujer me agarra desesperadamente del pijama y me arrastra al lecho conyugal, mientras comienzan a iluminarse las ventanas de algunos vecinos.

El hijo perdido

¿Será él? Veinticinco años habían transcurrido desde su última carta fechada en el frente. “Mamá, tengo miedo y me siento muy solo...”. Confesiones inoportunas que solamente servían para acrecentar el dolor de sus padres. La noche que murió reclamó su presencia en vano, cientos, miles de veces... Nadie le oyó, murió desangrado en tierra de nadie, en el anónimo más absoluto, con los intestinos al descubierto, por culpa de la metralla. Y ahora, un comunicado oficial les invitaba a trabar conocimiento, a examinar a un prófugo cuyas características físicas y ciertos detalles le significaban como presunto hijo... ¿Será él? No pudo conciliar el sueño en toda la noche. Duerme, mujer, mañana se verá. Para él era lo mismo. La vida no tenía ningún aliciente. Y no pensaba llorar más. Lo importante era no pensar. Los ojos fijos en el televisor, en los periódicos. Ahora ¿qué significaba el retorno? El tiempo es traicionero. Un rostro inexpresivo, escaso pelo, demacrado... ¿Era él? Lo examinaron de arriba abajo, incluido el dedo meñique. “Mi hijo tenía el dedo meñique de la mano izquierda torcido. Se lo rompió jugando al fútbol y tuvo mal arreglo...” Aquel individuo tenía un dedo meñique normal. Su única anomalía la constituía su ceguera provocada por la guerra química. Una gran contrariedad, desde luego. La mujer se dio por vencida, y el marido se sintió liberado. La despedida resultó un tanto embarazosa. “Adiós”, musitó ella, sin atreverse a tocar aquellos brazos que intentaban asirla. Una vez en la calle, la mujer tuvo un momento de vacilación... Se detuvo. “Estoy recordando que no era el meñique de la mano izquierda. Y no me he fijado en su mano derecha...”. “Vamos, mujer, vamos”. El marido la empujó suavemente hacia adelante y lentamente la pareja dobló la esquina...

Ante el altar

¿Quiere usted por mujer a María de Tal y Tal? —me pregunta el sacerdote. Me mira fijamente, como si sospechara la verdad. “Sí, claro, ¿por qué no? Es natural que después de venir hasta aquí...”

Pero las palabras quedan clavadas en mi mente. Todos esperan un “Sí”, rotundo y claro también... y lo dije. Soy cobarde. Cientos, miles de veces me repetía a mí mismo: “Mañana se lo digo”. Pero al día siguiente me callaba. No soporto las escenas patéticas. Ni el llanto. Basta con tanta comedia. ¿Qué sabemos del amor? Se ama al prójimo por amor de Dios, pero ¿quién es capaz de amar al prójimo simplemente por amor al prójimo? Si a uno le abofetean en una mejilla se le recomienda presentar la otra como medio infalible para conseguir la felicidad en la otra vida. Pero ¿quién es capaz de decir “gracias” una vez recibido el segundo bofetón? ¿Quién? Durante el resto de la ceremonia no fui feliz por culpa del sacerdote...

Robinson

Una columna de humo se perfiló en el horizonte. Robinson no daba crédito a sus ojos. Diez años llevaba viviendo en aquella isla, perdida en el océano y alejada de todas las rutas marítimas. Y sin nadie que le acompañara en los largos días de soledad. Le llamaré “lunes”, se repetía a sí mismo para darse valor, esperando en vano la llegada de un criado negro, como él creía que sucedía en estos casos. Mejor dicho, “martes”. Dos años más tarde, pensó en llamarle “miércoles”. Tres años más tarde admitió que bien podría llamarse “jueves”... hasta que la columna de humo proveniente del gran barco, que ya se divisaba en lontananza, le hizo olvidar la cuestión... Su barba era muy abundante y larga. El barco, no cabía duda, se dirigía hacia él. Se detuvo junto a la isla. Arriaron un bote y unos marineros con vigorosas y rítmicas paladas acercaron hasta la orilla a un oficial que con las bajeras del pantalón dobladas hasta la rodilla y los zapatos en la mano se introdujo en el agua, haciendo un gesto muy expresivo de encontrarla muy fría. En tres zancadas se presentó ante el naufrago, le saludó marcialmente e inquirió, mostrándole un arrugado pergamino: “¿Ha escrito usted esto?”. El pergamino decía: ¡Socorro! No, él no había escrito nada. No tenía pluma, ni papel, ni una botella, por supuesto. “Lo siento”, exclamó el oficial, y girando sobre sus talones, volvió a meterse en el agua. Dio un saltito al paso de una ola minúscula y subió de nuevo al bote, ayudado por un marinero. Mientras la embarcación se alejaba presurosa, camino del navío, el oficial agitaba la mano saludando cariñosamente al forzado Robinson. No acertó a pronunciar palabra alguna... Se le trabó la lengua. Habían transcurrido demasiados años. “No es posible...”, fue lo único que acertó a decir, cuando ya el barco se perdía en la raya infinita del horizonte. Pero nadie le oyó...

Salustiano

Me pregunto si sería capaz de suicidarme. Soy feliz, no tengo un motivo... Se vuelca mi automóvil. A duras penas logro salir de entre las llamas y el humo, forzando la portezuela e impotente y desesperado asisto al horrible final de mi mujer e hijos. ¿Entonces? En cierta ocasión me asaltó una angustia tan irracional y deprimente que llegué a la conclusión de que tenía que poner fin a mi vida inmediatamente... Pero me tropecé con Salustiano, que me contó su vida: hechos vulgares, pequeñas tragedias, mediocridad, tristezas... Le escuché en silencio y me estrechó la mano al despedirse. “Sé que no volveremos a vernos”. Fue inútil que protestara reiteradamente. Salustiano insistió. A partir de aquel momento leí los periódicos, ávida, ansiosamente... Tras él iría yo. Mis razones eran más poderosas. Inútil. Las crónicas de sucesos no daban noticia alguna al respecto. Bien es cierto que los cadáveres, me repito a mí mismo, tardan varios días en salir a la superficie y flotar. Un vientre horriblemente hinchado y una piel blanquísima. Así vi al primer muerto de mi existencia y luego a mi tío. Por culpa de la hidropesía —“vida de primera y entierro de tercera”, era su lema—; le pincharon el deforme vientre. “El año que viene...”, planeaba el inconsciente, mientras el líquido salía y con él la vida... A no ser que se hubiese atado una piedra al cuello. Cabía esa posibilidad, tratándose de Salustiano...

Estampa veneciana

Nadie me moverá de aquí. Es inútil que roguéis, que lloréis, que supliquéis. Me quedo aquí, en el *Campanile*. Sopla el viento con fuerza y resulta difícil echar un vistazo al panorama con tranquilidad. El ascensorista se ha ido, dejándome solo. Me ha mirado con suspicacia, al igual que el encargado de venderme los billetes cuando le he insistido en que me descontara el servicio de bajada del ascensor (siempre he sido un hombre práctico). Pero yo no quiero morir. Por eso estoy aquí. Luego, cuando el agua les llegue a las rodillas, querrán hacer lo mismo, pero será ya tarde. La muerte está siempre aquí presente. Presenció la recogida de cadáveres, cuando vino el tornado a traición. Los turistas escuchaban “Torna a Sorrento” en la plaza de San Marcos, rodeados de las palomas, que toman la píldora anticonceptiva, suministrada por el Municipio. Tú también debiste haberla tomado, amor mío. Ahora sus sollozos nos impiden dormir y unas profundas ojeras se incrustan en tu rostro. Vendrá la muerte y tendrá tus ojeras. Pero los sesenta pasajeros del *vaporetto* no la presintieron porque llovía y cerraron las ventanillas y puertas. “Cerraron su propio ataúd”. Esto lo decía un superviviente a un grupo de periodistas, rodeados por un buen número de curiosos, entre los cuales me encontraba yo. Sus ropas, sus cabellos estaban empapados por el agua, y no me cansaba de mirar a una persona que había visto a la Muerte. Se fueron todos y el hombre se sintió embarazado ante mi silenciosa presencia. Se dio la vuelta y comenzó a caminar. Unos metros más adelante me miró furtivamente, temeroso. Hubo personas que aquella noche hicieron el amor, porque no se enteraron de nada. Al día siguiente lo decía a toda plana // *Gazzettino*. Suena bien, ¿verdad?, // *Gazzettino*. Terminaremos todos huyendo o muriendo, como los del *vaporetto*. Por eso he subido al *Campanile*. Yo no huyo. Quiero ser el último. Soy un capitán que no abandona la nave. Cuando el agua me llegue al cuello no haré ningún gesto. Además, resultaría inútil. Y es posible que salga en los noticiarios televisivos.

Agitaré una mano a la cámara emplazada en el helicóptero. Y pudiera ser que una paloma permanezca sobre mi cabeza y si así no fuera, bien podría prepararse de antemano la escena, colocándome unas migas de pan entre los cabellos...

En el “metro”

Una avalancha ha plantado ante mí a un cura. (“Un sacerdote”, como diría mi mujer). Joven, enjuto, con gafas. ¿Igual que yo? No, mejor, tiene que ser mejor, casi un santo. La Sociedad, la Comunidad, nosotros, les exigimos que sean santos, absoluta y totalmente santos. Yo pago mis impuestos, luego exijo. Está ante mí. El convoy se pone en marcha. Cada movimiento suyo, cada uno de sus gestos, caen bajo mi mirada implacable y despiadada. ¿Será posible que se esté apoyando en mí? ¡Él, que debe ser casi un santo! Es cierto que el movimiento del convoy se ha hecho muy acentuado, dada la velocidad que ha adquirido, pero no es posible que él se apoye en mí. Los otros pueden hacerlo. Son hombres. ¡Pero él...! No, no se apoya en mí. Hay que reconocerlo. Se ha agarrado a un asidero y procura no moverse. Diría casi que no respira, para ocupar menor sitio. Coincidimos en la misma parada de estación. Yo voy tras de él. Soy como un espía de la Sociedad, de la Comunidad. Soy su censor. Su testigo oculto. Llegamos junto al letrero de la salida que dice: “Por favor, depositen sus billetes aquí”. El sacerdote mete su mano en el bolsillo de la sotana, extrae su billete... Por un momento he pensado que el billete iba a caer al suelo. Dada la velocidad que imprime a su cuerpo..., pero no, el billete ha caído en su lugar preciso. Continúo observándole, le sigo. Le queda otra difícil prueba. Ahora, justamente, camino tras él. Pocos centímetros nos separan. Abre la puerta. ¿La dejará sin mirar atrás? ¿Sin percatarse de un posible prójimo que puede ir tras él? No. Ha mirado hacia atrás y ha sostenido la puerta giratoria hasta que yo me he hecho cargo de ella. Ha subido las escaleras apresuradamente, y ya en la calle, su figura se ha perdido entre la muchedumbre... ¡Estos curas! (sacerdotes, como diría mi mujer) ¿por qué tendrán siempre tanta prisa? La rabia me ha dominado varios minutos.

Una muerte

Cuando entré a verla aún hablaba con pleno conocimiento. Se daba cuenta de lo que sucedía, estaba muy nerviosa, rezando con el rosario que tenía entre sus dedos. A mí me reconoció, me quiso hablar, intentó decirme algo, pero no podía. No se le entendía lo que decía, aún podía ver y no hacía más que mirarme... Dio un gran suspiro y falleció. Miré al reloj. Eran las doce y treinta y dos minutos. Lo anoté en mi agenda. Mis hermanos lloraban y María se abalanzó al lecho, diciendo “¡Madre!”. “¡Compórtate!”, objeté.

La aparición

Paseaba solo por el monte, en un terreno solitario, y repentinamente experimenté una extraña sensación. El viento movía los árboles y creí desvanecerme. ¿Serán éstos los momentos previos a una aparición milagrosa? Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Podía echar a correr, pero permanecía quieto, clavado en el suelo. Mentalmente repasaba las preguntas que le formularía, las entrevistas que posteriormente me harían en la televisión y en los periódicos, lo mucho que podría obtener con una entrevista en exclusiva, y las posibilidades de venta del agua milagrosa, previamente embotellada. ¿En qué lugar exactamente surgiría el chorro? Por un momento llegué a pensar en la posibilidad de pedirle... me da vergüenza decirlo. Empieza por p... Una nube negra ocultó el sol por unos momentos e intuí que toda posibilidad me había sido denegada. Lentamente, perezosamente, reanudé mi camino... De todas las maneras los negocios petrolíferos resultan muy complicados.

Un extraño impulso

Amo a los pobres, quiero a los pobres, ayudo a los pobres. Espero que Dios lo tenga en cuenta. Mi vecino no los ama, no los ayuda. Me consta. Le espío a través de la mirilla de la puerta. Balbucea unas palabras, pero no les da nada. Un día, al cerrar la puerta, uno de ellos escupió... Ha de saberlo. Es justo que lo sepa... Le escribiré una carta anónima. Pero ¿no me traicionará la mirada cuando alguna vez coincidamos en el ascensor? Siempre he tenido que luchar en la vida contra estos impulsos. En Ostende hube de rendirme a ellos. Me sucedió en el paseo marítimo, junto al Kursaal, en una noche invernal. El viento arreciaba y una figura inmóvil se recortaba a la luz de las farolas. Era yo. Me invadía una infinita tristeza. Al morir, mis ojos añorarán aquel lugar, situado a miles de kilómetros de mi presunto lecho de muerte. Cuando llegue la hora postrera, me pondré mi mejor pijama, el de rayas verdes y blancas, y aguardaré... Anhele una espera larga, que me permita repasar los escasos momentos felices de mi vida. Será la única manera de que, después de mi muerte, la comisura de mis labios delate una felicidad interior que nunca existió en mí, pero me satisface imaginar que, al menos, suscitaré envidias... Al dirigirme al hotel, por las desoladas calles, una puerta me sugirió un extraño impulso... Miré en derredor furtivamente. Nadie. Arremetí contra ella. Dos tremendos puntapiés resonaron en la noche. Eché a correr... Ante la puerta del hotel me detuve unos instantes para controlar mi respiración y sofocar el jadeo. Pedí la llave de mi habitación al conserje con gran naturalidad. Al día siguiente partí. Ahora, a miles de kilómetros, suelo recordar el hecho de vez en cuando. ¿Lo achacarían a un bromista, a un fantasma, tal vez? Lo comentarán con cierto temor al acostarse y apagar la luz.” ¿Volverá a suceder esta noche?” En el confesonario una voz susurra: “Quizá haya sido un aviso de Él. Recen, recen todos los días...”.

Un desembarco

Se aproximaron a la costa unos grandes buques de guerra y durante siete días estuvieron disparando enormes proyectiles que fueron a estallar junto a la orilla. A continuación, hicieron su irrupción rápidas lanchas anfibas, que abrían sus compuertas y vomitaban centenares de soldados armados hasta los dientes. Las bombas no cesaban de estallar junto a la orilla. Un oficial con muchos galones y un pequeño revólver, gritaba a los buques: “¡Idiotas, más allá!”. Pero los buques de guerra seguían disparando imperturbablemente contra la orilla. Los soldados caían como moscas. Otro oficial dijo: “¡Al ataque!”, pero en el momento de echar a andar, se aturdió, tropezó y cayó al suelo. El resto de los soldados que le seguían, indecisos, se echaron asimismo al suelo. Uno comenzó a llamar a su madre. Otro gritó “¡traición!”, al ver que su compañero caía muerto con un tiro en la espalda e increpó duramente a otro por su descuido. Al final todos se retiraron en desorden, exclamando: “¡Volveremos!”. Mientras, en el buque— insignia, el almirante, consultando detenidamente los mapas, exclamó sencilla y llanamente:

— Nos hemos equivocado de orilla. Es la de enfrente...

Y con voz un tanto enérgica, gritó: — ¡Adelaaaaaaaaaaaaaaaaante...!

El dedo índice de su mano derecha señalaba un punto imaginario en el horizonte sin fin del Océano.

Torturas

Dejadme en paz. Lo diré, lo confesaré todo. Lo que queráis. Habéis vencido. Pero esta derrota la vislumbré muchos años atrás. Era incapaz de soportar cualquier dolor. El dentista, la rozadura del zapato, las inyecciones, los reglazos en la punta de los dedos de aquel fraile de terrible mirada. “Fueron éstos”, le dije, con un sollozo, señalando a dos de mis compañeros. Aquella noche no pude dormir y mi madre no supo por qué. Entonces intuí que jamás sería capaz de sobreponerme a la tortura. ¿Qué queréis saber de mí? Lo diré todo. Pero me habéis roto los dedos, cortado la lengua, quitado los ojos, estrujado los testículos, hinchado el vientre con cientos, miles, quizá, litros de agua... Por lo tanto no puedo hablar ni escribir. Mis palabras resuenan con fuerza en el cuarto de baño. Mi hijo golpea insistentemente la puerta, porque aguarda su turno y yo me apresuro para no llegar tarde a la oficina.

La silla eléctrica

El grupo de personas de severo aspecto se detuvo ante una de las puertas de los calabozos destinados a los condenados a muerte. Un vigilante abrió solícito. Una figura humana se perfilaba en el catre, oculta totalmente por una manta. Al oír el rumor de pasos, asomó justo la frente, un ojo y un mechón de cabellos, ocultándose nuevamente por completo. “¡Vamos, John, no nos hagas perder el tiempo! Sabes que esto nos disgusta tanto como a ti...”. John no se inmutó y el gobernador de la prisión, molesto, tiró de la manta. John, descubierto, se limitó a sonreír... Se irguió de la cama y efectuó unos movimientos gimnásticos. Uno de los vigilantes, visiblemente molesto, no pudo por menos que objetar: “¡Vamos, John, ¿para qué quieres hacer gimnasia?”. John acusó el impacto y de repente lanzó un grito terrible: “¡Mamá!”. Un grito que resonó en todos los pasillos y corredores de la prisión. Un grito al que siguieron otro y otros... Lo llevaron de prisa y corriendo, lo sentaron en la silla eléctrica, le ataron de pies y manos y John se calmó. “Te pondremos la venda, John...”, le aclaró paternalmente uno de los verdugos. John sonrió tristemente. Dos gruesas lágrimas surcaban su rostro. Se hizo un profundo silencio y segundos más tarde el cuerpo de John se estremeció por un momento. Los testigos asistían mudos y graves al espectáculo. Cuando todo hubo terminado, uno de ellos comentó en voz baja con su compañero: “Hasta el último momento esperé que le indultaran. Al menos, en las películas siempre ocurre eso...”.

En la playa

Observo cómo se dirige como una centella hacia la orilla, hacia las olas que se rompen apacible y lánguidamente. ¡Carlos! Pero Carlos no me oye. Carlos sigue corriendo. Sus pies chapotean en el agua. Una ola le moja las rodillas. Carlos continúa corriendo mar adentro. Soy incapaz de moverme. Como si estuviera clavado. Carlos. He evitado adornar la palabra con diez o veinte signos de admiración. Prefiero explicarlo en pocas palabras: mi grito fue profundo, desgarrador, salvaje. Pero Carlos ya no podía oírlo porque había desaparecido entre las olas. Entonces comencé a correr hacia la orilla. Justo cuando el agua comenzó a mojarme los calcetines me detuve. Mis ojos atónitos contemplaron el mar tranquilo, las olas apacibles. Luego giré sobre mí mismo y vi las huellas de las pisadas de mi hijo sobre la arena, que se esfumaban justamente a mis pies. Dentro de poco las olas subirán con la marea alta y borrarán todo rastro. Entre las olas diviso un objeto, la gorra de mi hijo. Las olas, poco a poco, me la traen. ¡No es posible!, exclamo, en un sollozo. No es posible. Y ahora es necesario volver a casa, tratar de explicar a mi mujer el caso, hacerle comprender lo ocurrido, evitar que sus sollozos y gritos escandalicen al vecindario, intentar que la gorra recuperada no la use el hermanito más pequeño, mi hijo menor, porque no podría resistirlo, no podría soportar la visión de una gorra con olor a salitre sobre la cabeza de otro hijo mío.

En el circo

“¡Me he cansado de esta vida! ¡Estoy harta! ¿Por qué no hemos de vivir como los demás? ¿Qué seguridad tenemos ante el futuro? Vivimos en el aire, sin pensar lo que será de nosotros el día de mañana. ¿Te das cuenta, Grock? ¿Te das cuenta...?”. La mujer estalló en sollozos y el silencio reinó durante largos minutos en el camerino. Luego, reanudó el monólogo... “¡Al menos, dime algo! ¡Consuélame! ¡No me mires así!”. Unos golpes discretos sonaron en la puerta y una voz alertó: “¡A la pista!”. El matrimonio Grock, minutos más tarde, en lo más alto del mástil del circo, realizaba una vez más el “salto de la muerte”, ante la mirada asustada de centenares de espectadores. Con una precisión admirable Grock recogió en el aire a su mujer tras haber realizado ésta dos volteretas. Los aplausos resonaron en la gran carpa. Grock aprovechó el barullo para decir a su mujer, allí en lo alto, mientras saludaban: “¡Tienes razón, Ketty, he pensado muchas veces lo mismo! Compraremos una granja y viviremos tranquilos y solos, ¿te parece?”. “Los novios de la muerte”, así les anunciaban los carteles publicitarios repartidos por toda la ciudad, se miraron con los ojos radiantes y sonrieron.

Último párrafo de la carta de un fascista condenado a muerte

“...no quiero insistir más en ello. Creo que resultaría inútil. Desde aquel día que nos miramos a los ojos y preferimos no hablar, me di cuenta de que un muro, mejor dicho, un abismo se abrió entre nosotros. Ahora me espera la muerte y pido a Dios fuerzas, valor y serenidad para afrontarla. Mis compañeros confían en mí y no los defraudaré. No habrá venda en los ojos y sí un pecho descubierto. Yo mismo daré la voz de orden, si el oficial que dirige el pelotón me lo permite. Y mi último grito, nuestro grito, espero que surja de mi garganta vibrante y henchida. Un grito que, sin duda, resonará en el mundo entero y despertará a las conciencias dormidas. ¡Adiós!”.

(Firma ilegible)

Postdata.— Antes de publicarla en los diarios de costumbre y de difundirla por las emisoras de radio, repasadla y corregidla.

Éxtasis

El enfermero del sanatorio psiquiátrico me introdujo en una habitación. “Él lo llama *celda*”, me aclaró. Las ventanas estaban cerradas herméticamente y el sol radiante del exterior no encontraba resquicio alguno. Mi hermano estaba arrodillado sobre un reclinatorio, el mismo que compró estando con nosotros en casa y que hubimos de trasladar al sanatorio cuando el doctor decidió su ingreso aquí. De esto ya hace un año. Hoy me han permitido visitarle. Con los ojos muy abiertos, mirando fijamente a una imagen piadosa que cuelga de la pared y con la única y exclusiva iluminación de una vela, no parece darse cuenta de mi presencia... No me atrevo a interrumpir su soliloquio. En casa lanzaba furiosos denuestos contra su madre, cuando ésta interrumpía sus soliloquios, para anunciarle que la comida estaba en la mesa. El día que se subió sobre ella — cumplía años nuestro padre y había varios invitados— y comenzó a recitar las bienaventuranzas, decidimos, sin más, internarlo. Ahora se ha percatado de mi presencia y me mira. En sus ojos hay lágrimas... “¿Por qué —me dice sollozando—, por qué conmigo se comporta así?” ¿Quién? “Él —me aclara, indicando con un gesto la imagen...—. ¿Sabes? Es terrible tener que confesarlo y admitirlo, pero no puedo soportar más este peso, este secreto... Cuando me habla (su voz es un susurro) tartamudea... Sí, tartamudea. ¡Júrame que no se lo dirás a nadie!”.

Inquisición

La luz de las antorchas resultaba escasa para el lóbrego sótano, y las sombras se proyectaban agigantadas sobre los húmedos muros. Un desgraciado, desnudo y sumiso, exhibía la blanquísima piel y con ojos de terror presenciaba las operaciones de los verdugos, que ataban sus pies y manos a la “rueda de la muerte”. Formalizadas aquéllas, los verdugos se apartaron para dar paso a un inquisidor de terrible mirada y voz ronca. “Por última vez —preguntó—¿Cree en Dios o no cree en Dios?”. El maniatado se mantuvo en obstinado silencio, hasta que un gesto del inquisidor a los verdugos provocó un terrible alarido del primero. Solícito el inquisidor se aproximó al rostro del torturado: “¿Qué me dice?” El desgraciado, jadeando, acertó a balbucir: “Algunas veces sí, otras no... depende”. “¿Depende de qué?” — inquirió con voz terrible el inquisidor—. “No lo sé... Resulta difícil precisarlo. Hay veces en que me siento feliz, arrobado, transportado a los cielos, sin saber por qué, sin causas que justifiquen esa felicidad, y entonces creo. Pero otras veces, también sin saber por qué, deprimido, cansado, harto, generalmente al despertarme, por las mañanas, con mal sabor de boca...”. Aquellas explicaciones, más bien elucubraciones, no parecieron satisfacer en demasía al inquisidor porque irguiéndose y sin dejar de mirar fijamente al acusado, exclamó con un gesto decidido de su mano derecha: “¡Adelante!”.

La aventura

Sonó el teléfono de mi despacho. Era Ana. Me causó gran extrañeza porque jamás me había requerido directamente para nada. Era su marido quien trataba siempre conmigo. Una amistad íntima, fraterna, surgida hacía muchos años, que su posterior matrimonio no truncó ni enfrió. Ana estaba nerviosa, excitada... y yo no supe detenerla a tiempo. Tenía necesidad de desahogarse con alguien. Eso supuse al oír las primeras frases. Luego, la confesión, de improviso, se tornó más íntima, más personal, más alusiva, más directa... ¿Estaba loca? Con cuatro hijos a su cuidado y me proponía una huída... “¡Compréndelo, Ana! No es posible...”. Pero Ana no quiso comprender nada y colgó. Aquella misma tarde hablé con su marido, le conté todo y no pareció sorprenderse. “Escucha —me dijo—, ¿por qué no aceptas?”. Mi asombro fue tan grande que no pude replicar ni decir nada... “Pero si...”. El insistió: “Escúchame con calma. No dramaticemos. Ella necesita una aventura, un escape... Está harta de mí, del hogar, de los hijos... Sus nervios están deshechos. Tú eres mi mejor amigo, tengo confianza en ti... Si no fuera así no me atrevería a decirte que, por supuesto, todos los gastos que ocasione vuestro viaje... —por cierto, ¿a dónde iríais?— los pagaría yo... ¿Qué me dices a esto?”. “No sé —balbucí—. Tendré que consultarlo con mi mujer...”.

Un accidente

El cadáver del niño estaba en la acera, oculto celosamente a las miradas, bajo una manta. Unos policías cuidaban de que los curiosos no se acercaran demasiado, mientras aguardaban la llegada de las autoridades. Muy cerca, una señora lloraba desconsoladamente, gemía, gritaba, sollozaba... “¡Es mi hijo, es mi hijo!”, repetía incesantemente. El conductor del camión, pálido, desencajado, explicaba al agente de tráfico lo sucedido. Llegó un fotógrafo de prensa y se puso a trabajar. El chófer no advirtió el *flash*, continuaba dando interminables explicaciones. La madre seguía sollozando, ocultando el rostro entre sus manos. Las personas que piadosamente la asistían, increparon con gestos mudos al fotógrafo para que se alejara y no la molestara. Pero la mujer, advertida, al ver que el hombre se alejaba, tuvo ocasión de preguntarle, entrecortadamente, a voz en grito: “¿Para qué periódico trabaja usted?”.

Carta de América

He recibido carta de los Estados Unidos de América. Mañana el cartero me mirará con más respeto. Tras haber cenado, la abriremos. María recogerá el mantel. “Doblad las servilletas”, dirá. Yo la doblaré en cuadro, porque mi hijo mayor la dobla en triángulo y su hermana hace un nudo. Y en el silencio de la noche sólo se oye el rasgueo del papel al romperse. “Queridos padres y hermanos...” Comienzo a leer la carta en voz alta, pausada, un tanto monótona... Vive bien. Allí todos viven bien. Tiene automóvil, frigorífico, dice “quiero” y al momento se lo llevan a casa. Luego tiene diez, veinte años, toda una vida, si es necesario, para pagar. He terminado la lectura. Silencio. Mi mujer llora. Yo procuro no pensar en nada. Pero no puede ser: pienso. Me es imposible no pensar en nada. Resulta ridículo, pero veo unas cataratas, las del Niágara, que conozco a través de una película. Mi hijo vive a dos mil kilómetros de las cataratas del Niágara, pero yo le veo tranquilamente paseando bajo el torrente de agua con un paraguas... Ahora mi mujer me preguntará: “¿En qué piensas en este momento?” La pregunta repetida mil veces al día. “Pensaba en las cataratas...” No, me resulta imposible. Inventaré si es preciso alguna historia maravillosa. La última vez me dije: basta. Porque, sin reflexionar, a la acostumbrada pregunta contesté: “Pienso en lo difícil que sería trasladar un ataúd de América a nuestras tierras...” Lloró y me reprochó mis tontas ideas. Pero yo siempre tengo la duda: ¿Subirán los ataúdes a los barcos como los automóviles, con grúas? Tiene que resultar muy extraño ver un ataúd suspendido en el aire...

Crisis

De repente me he percatado de que mi vida se ha perdido, la he perdido para siempre. Y es tarde para volver a empezar. ¿Verdaderamente es tarde? ¿Y si lo dejara todo? Mis ojos inquietos recorren la habitación donde trabajo. Cada objeto, cada mueble es mudo testigo de mis afanes. ¡Escaparé lejos!

¡Lejos de aquí, lejos de todos...! ¿Se puede creer en Dios? Las dudas me asaltan cuando estoy en la iglesia. La gente que me rodea canta a coro, algunos rezan el rosario por su cuenta. Es el momento de la Consagración y se ha hecho un profundo silencio, roto solamente por el “¡pa!” de un niño, que se maravilla del eco estrepitoso promovido por su grito en el ancho ámbito del templo. ¿Y si todo esto fuera un tinglado, un falso tinglado? Mis ojos escrutan a las personas que me rodean...

Cáncer

Quisiera violar a todas las mujeres del mundo. Una por una. Blancas, negras, amarillas, esquimales... Pero temo que mi vida se extinga antes. En cincuenta años de existencia, hasta la fecha, solamente he anotado un nombre en mi agenda: el de mi mujer. Se dice pronto: me muero. ¿Y las funestas consecuencias que acarrea? ¿Y las tristezas que promueve? ¡La muerte, qué responsabilidad! Mi mujer y yo, cuando nos encontramos en el lecho común, ni tan siquiera nos rozamos. Nuestros cuerpos permanecen separados, como nuestras mentes, nuestras ideas, nuestras ilusiones... Yo creía que la muerte venía de repente. Pero ahora sé que no, que no ocurre así, que anuncia su llegada, que se hace esperar, que nos acecha, que nos vigila, que nos susurra al oído ¡pronto!, complaciéndose en molestarnos, en asustarnos... “Pálpese el cuerpo. Toque. Toque. ¿Dónde está ése cáncer que tanto teme usted? ¿Dónde...?” Y la angustia me hace sollozar en la oscuridad del cuarto. “¿Te ocurre algo?”, pregunta la mujer, semidormida. “Nada, nada” A gusto le diría: “Es el cáncer, ¿sabes?”. Al día siguiente me levanto silbando una cancioncilla de moda y salgo a la calle. Le besaría al portero.

El violador

¡Es ése!, exclamó la niña de bucles de oro y ojos azules, con su dedito que apuntaba implacable e inexorablemente a un hombre de mediana estatura, de unos cuarenta años, regordezuelo y con cara de buena persona. De todas formas, nadie se dejó llevar de las buenas apariencias —algunas veces engañan— y se abalanzaron sobre él. El acusado intentó decir algo, pero un puñetazo le rompió tres dientes y le partió el labio. Otro golpe le cerró un ojo y un rodillazo en el bajo vientre le obligó a soltar un gemido. La niña, ante tanta violencia, comenzó a lloriquear, siendo retirada del lugar. Mientras tanto, la justicia, “in situ”, había comenzado a torturar al corruptor de menores que se mostraba callado y sumiso. A lo sumo un gemido..., especialmente cuando le extirparon los testículos. También resultó doloroso el arranque de sus ojos. La lengua, no se sabe por qué, la respetaron. Las uñas no. Le fueron arrancando una a una, tanto las de las manos como las de los pies, así como el cabello. Con unas tenazas le arrancaron las orejas. Y un sádico, con una aguja, se dedicó a introducirse por el ano hasta profundidades tan remotas que todos supusieron —la sangre fluía abundante y negra— que habría llegado a desgarrar muchos órganos y tejidos de su organismo. Ninguno vital, desde luego, porque el violador seguía viviendo. Y es así —llegados a este momento— que los padres de la criatura volvieron presurosamente a la gran plaza donde se estaba llevando a cabo el suplicio para admitir que su niña se había equivocado y que el violador era otro. La gente protestó, los verdugos refunfuñaron y el juez abandonó el lugar acompañando a los padres de la niña al domicilio del auténtico y único responsable del vil atentado. Y el pobre desgraciado, torturado, desangrado, destrozado, roto y medio muerto, sólo acertó a decir... ¿Y ahora, qué?

Historia bastante atroz

La conducta de John Foster resultaba lógica en un buen profesional. “Quiero una oportunidad”, afirmó balbuceando, una tarde de otoño, en el despacho del redactor-jefe de un importante diario neoyorquino. Si un tal García recibió el mensaje en las montañas de Cuba; si Stanley localizó al doctor Livingstone, también él tenía derecho a una oportunidad..., y la tuvo. Partió camino del Pakistán Oriental con una cámara fotográfica bajo el brazo. El horror y la miseria se presentaron implacablemente ante sus ojos. ¿Qué pensó, qué sintió, qué hizo John Foster ante aquella tremenda realidad? Nada supieron de él en el diario hasta varios meses después. Y su ausencia la atribuyeron a la vergüenza padecida por el fracaso en la misión. La escena más trágica, la foto más patética de todo el drama bengalí no era de John Foster. El mundo no olvidará fácilmente el rostro de aquel desgraciado que trataba inútilmente, con sus débiles y temblorosas manos, de frenar la trayectoria implacable de aquella bayoneta calada en el fusil, que esgrimía un militar. Su cuerpo se apoyaba en el de un compañero ya sacrificado y dentro de poco sería un cadáver exangüe... La multitud, curiosa y sonriente, rodeaba al trío... y nadie protestó ante el asesinato atroz. Los reporteros gráficos cumplieron con su deber y solamente John Foster, alejado de todos, vomitó y lloró. Arrojó lejos de sí, furioso, la cámara fotográfica y pensó que la vida no merecía la pena vivirla, que ya no sería el mismo John Foster de siempre y decidió no volver nunca más a Nueva York. Dicen que el tiempo todo lo borra y de tal habitual forma operó en John Foster. A los dos años se presentó en el diario, siendo perdonado y admitido. Ahora John Foster aguarda una nueva oportunidad. No está dispuesto a fracasar nuevamente. Si fuera preciso hablaría con el de la bayoneta, llegarían a un acuerdo económico, trataría de hacer un trabajo “en exclusiva” y cuidaría el enfoque. El de la bayoneta, firme y decidido; la víctima, en el suelo panza arriba, con ojos de terror, y él en la distancia conveniente... ¡Ahora!, gritaría John Foster y el de la bayoneta actuaría

sin vacilar. El “clic” de su cámara coincidiría casi con el “¡hag!” de la víctima. Mirando todo a través de una cámara se siente uno más alejado, más distanciado de la realidad...

Secuestro aéreo

“¡Manos arriba!”, exclamó con voz temblorosa el hombrecillo de voz atiplada y gafas aconchadas. Nadie se inmutó. La azafata le sonrió amablemente al pasar. El avión había iniciado el vuelo horas antes y se dirigía de Nueva York a San Francisco. “¿Pero no comprenden —insistió el hombrecillo, casi con un sollozo— que se trata de un secuestro aéreo?”. El pasajero de su vera, que leía atentamente un periódico, refunfuñó: “Ya estamos..., lo de siempre”. Los demás le miraron con asombro. Algunos con temor. Erguido, encima de un asiento, y sosteniendo en sus manos un revólver, queriendo apuntar a todos no apuntaba a nadie. Casi todos se ocultaron tras los respaldos de sus asientos delanteros y el secuestrador chilló: “¡Quiero verlos a todos!” Nadie se inmutó. “¡Repito que quiero verlos a todos! ¡Cuento hasta tres! Uno ..., dos... y tres...”. Nadie se asomó. Una azafata surgió tras las cortinas que separan habitualmente la clase primera de la llamada turista y le tocó tímidamente su hombro. El hombre dio un respingo y se volvió rápidamente, apuntándola con el revólver. La azafata no se inmutó: “Dice el comandante en qué puede servirle”. Tras los asientos se asomaron los ojos y narices de los pasajeros. “Quiero un millón de dólares y un paracaídas”, exclamó con un rugido el hombrecillo. “De acuerdo —respondió la azafata—, espere un momento”. Desapareció tras la cortinilla, pero antes el hombrecillo añadió envalentonado: “Dígale que estoy dispuesto a todo. Nadie llorará mi muerte, estoy solo en el mundo y tengo cáncer. Los médicos sólo me dan tres años de vida... ¡Y quiero vivirlos a cuerpo de rey!”. Giró su rostro para que todos los pasajeros le oyeran con claridad y esperó. Unos minutos más tarde, tras las cortinillas apareció el comandante de la aeronave. “¿Es usted el secuestrador?”, preguntó obviamente al hombrecillo que empuñaba el revólver. Este, impresionado por la altura y envergadura del inquiriente, afirmó con la cabeza. “Tome. Un millón de dólares. Cuéntelos si quiere. Y aquí está el paracaídas”. El hombrecillo miró los dólares y cogió uno. Lo examinó

atentamente y exclamó: “Perfecto... Y ahora me ayudará a ponerme el paracaídas”. “No faltaba más”, replicó el comandante. Solícito, asistido por la azafata, ayudó al secuestrador a enfundarse el paracaídas. Luego le acompañaron hasta la portezuela de saluda, situada en cola, seguidos por todos los pasajeros. Cuando el comandante abrió la portezuela, el secuestrador, con el rostro risueño, exclamó: “Gracias, muchas gracias...” Y desapareció.

El comandante soltó un suspiro de satisfacción y comentó: “No se preocupen. Vuelvan a sus asientos. No iré muy lejos. El paracaídas que le he dado no funciona y además los dólares eran falsos. La compañía tiene previstos estos casos...”. Cuando aterrizaron, le fue facilitada la identificación del secuestrador, destrozado entre las rocas del Cañón del Colorado: “Cuarenta años. Casado. Con cuatro hijos y esperando otro. Sin empleo y en perfecta salud”. “Típico caso desesperado de un pobre padre de familia”, se titulaba la crónica, insertada en la página de sucesos de los diarios...

El incinerado

¡Me iré! ¡A la India si es preciso!, exclamó fuera de sí, pegando un puñetazo en la mesa, ante la mirada asustada de todos los suyos. Nadie le replicó. En silencio, todos siguieron comiendo. Había comenzado todo a propósito de un panteón. El periódico insertaba un anuncio por palabras comunicando la venta de uno en el cementerio más importante de la ciudad. “De particular a particular”, decía. Su mujer, al leerlo, emitió un profundo suspiro. Anhelaba disponer para toda la familia de un digno, amplio y confortable panteón..., pero ¡eran tan caros!. Un día, inevitablemente, fallecería algún miembro de la familia... ¿y dónde sería inhumado? Doña Águeda estaba convencida, además, que sería la primera en “ser llamada por Dios”. Se había hecho tanto a la idea, que también daba por descontado cuál sería la causa de su muerte: el cáncer. “Todos mueren de cáncer”, aseguraba constantemente. Cuando alguien le confiaba que iba a ser operado de apendicitis —un ejemplo—, doña Águeda añadía siempre: “No se fíe... a lo peor es cáncer. Los médicos nunca nos dicen la verdad...”. No albergaba duda alguna de que el cáncer estaba hace tiempo instalado en sus entrañas. Cuando las señoritas postulantes se le acercaban en el Día de la Lucha contra el Cáncer, solicitando un donativo, con las habituales palabras “Para el cáncer”, doña Águeda respondía sonriente y ausente: “Gracias, ya lo tengo...”. Su marido, pacífico y bonachón sufría con esta manía de su mujer. Por otra parte, no estaba dispuesto a invertir parte de sus ahorros, bien sudados por cierto, en un panteón... Siempre daba largas al asunto. Hasta que un día descubrió la existencia del incinerador. ¡Ya estaba todo solucionado!, pensó. Pero no reparó en el gesto de su mujer..., porque a doña Águeda no le agradaba en absoluto la idea de ser incinerada. De nada valieron las argumentaciones de su marido: “Con el dinero que te den por mis ojos y los riñones, tendrás para una buena incineración”; “No te quedarás sin ningún recuerdo: entregan una caja con las cenizas”; “No huele mal el cadáver al quemarse: adoptan las medidas necesarias”;

“Usan butano”, etc. Inútil, era inútil y es así que, no pudiendo contenerse más, harto de tanta incomprensión, fuera de sí, trajo a colación la India...

Martirio y muerte de nemorino

Un silencio expectante se apoderó del circo romano. Miles de gargantas enmudecieron. Se abrió la compuerta y se oyó un gran rugido proveniente del interior de la galería. Unos soldados introducían sus lanzas a través de unas aberturas verificadas en la parte superior... Evidentemente, la fiera no quería salir al exterior. Fuera, en el círculo central, un grupo de cristianos, acurrucados, temblorosos, se apiñaban en torno a un anciano de barbas venerables y rezaban. Finalmente, el león surgió del fondo del túnel, siendo recibido con una clamorosa ovación. Ante aquel griterío se detuvo. Después, su mirada se posó ante el grupo de cristianos, que permanecía quieto e inmóvil. De un enérgico zarpazo arrojó por tierra a una mujer de unos cincuenta años, que profirió un terrible grito. Luego, el silencio... El resto de los cristianos proseguían sus oraciones, y el león inició su festín, acompañándose de un molesto crujir de dientes. “¿Podía hacerse algo para impedir que esto ocurriera?”, se preguntó Nemorino, rodillas en tierra. Levantó los ojos al cielo y observó que seguía siendo azul, como cuando era niño. El león continuaba su orgía. De la inicial docena de cristianos mártires, sólo quedaban dos: el anciano, que, tembloroso y angustiado, se había postrado de rodillas en el suelo (quizá para facilitarle mejor las cosas a su verdugo, el león), y él, Nemorino. Observó con terror y detenimiento al león, pero, desesperanzado, comprobó que jamás lo había visto antes. Ni, por supuesto, curado diente alguno... Aquel león no le debía nada. De otro terrible zarpazo en la espalda, el león echó por tierra al anciano. Un carrillo y un ojo desaparecieron en el acto en su zarpa, que se relamió con gusto. Con la otra pata mantenía inmóvil a la víctima, que gemía. Después hundió sus dientes en un costado. Todos los intestinos quedaron al descubierto... Nemorino vomitó. Quiso levantarse, pero sus rodillas no le respondieron al primer intento. El león engullía con rapidez uno de los muslos, flácidos y blanquísimos, del anciano. Nemorino recordó a su madre, que de pequeño le decía: “Con este signo

vencerás”. Un grito terrible se oyó en el circo: “¡Madre, repítemelo de nuevo! ¡Es necesario! ¿Comprendes? ¡Es necesario!”. Un profundo silencio se hizo en el circo. Nemorino fue asaltado por un profundo terror. El león se dirigía a él, último superviviente del grupo. Nemorino perdió el control de sí mismo y echó a correr camino de la presidencia. Un primer zarpazo de la fiera le desgarró la espalda, y la sangre salió a borbotones... “¡César, reniego, César! ¿Me oyes? ¡César, reniego! ¡Sálvame! ¡Quiero vivir!...”. No dijo más. El león clavó sus dientes en su hombro derecho y un alarido se oyó en toda Roma. César, con un movimiento de su cabeza, dio a entender a sus súbditos que ya era tarde y que nada podía hacerse. Y arriba, muy arriba del anfiteatro, en medio de la muchedumbre, un ciudadano anónimo confiaba a otro, en voz queda: “Lástima, un poco más que hubiese resistido y hubiera salvado su alma...”.

Una educación sentimental

La pequeña María era feliz. Pese a todo, se sentía muy feliz. Gran parte del mérito correspondía a sus padres. ¡Cuántas lágrimas, cuántos sollozos reprimidos! Pero ante su presencia todo eran sonrisas, atenciones y diversiones. ¡Ironía del destino! Ella, la pequeña María, cuya imagen patética había dado la vuelta al mundo, veía a muy escasas personas, leía poquísimos libros —todos ellos sin ilustraciones de ningún tipo, desde luego— y desconocía la existencia de la convivencia social, del cine, de la televisión...

María no tenía brazos por culpa de los efectos de una droga tomada por su madre durante el embarazo. ¡Cuántos trucos, cuántos recursos tuvieron que inventar sus padres para que no se diera cuenta de su defecto! Todos los que la visitaban se enfundaban en una especie de jerseys y camisas sin mangas y ella los aceptaba en su condición de seres humanos desprovistos de brazos. Iguales que ella. Ignoraba que su padre llegó a colocar, una noche que dormía, el cañón de un pequeño revólver en su sien. Hay algunos momentos en que nos invade la depresión y la desesperanza. Esto llegó a decir el padre de María a su mujer como toda excusa. Y ella lo aceptó porque también tuvo “in mente” la idea de acabar con la dulce, bella y tímida María. ¿Cuántos años habría de durar aquella comedia? A decir verdad, no duró mucho. Cuando un día supo huir de la vigilancia de sus padres y abandonó la habitación interior, de una sola ventana, que daba a un minúsculo patio sin vista ni rastro de vida alguna, que había sido testigo de su despertar a la vida y descubrió la verdad, no dijo nada... Sus ojos quedaron fijos en aquellos niños que en la calle jugaban saltando a la cuerda. Vio aquellos brazos y aquellas manos que la hacían girar y provocaban —casi— unos círculos en el aire. Y cuando, más tarde, su padre llegó ante ella como siempre, con la sonrisa en la boca y el jersey sin mangas enfundado, no pudo por menos que escupirle a la cara, con unos ojos inyectados en

odio. El padre, asombrado, sin saber frenarse ni dominarse, no pudo evitar que su mano derecha, falta de control, propinara una sonora bofetada en el rostro de la niña.

Hasta su muerte, acaecida muchos años más tarde, el desgraciado se atribuyó la total culpabilidad del descubrimiento hecho por su hija. Y la hija, no se sabe a ciencia cierta por qué, tampoco le ofreció el consuelo de decirle un día la verdad...

El falso maestro

Dirigióse el falso Maestro, seguido de algunos incautos discípulos, al pueblo más próximo. Una vez en la panadería, el falso Maestro pidió una barrita de pan... ¡Paga!, ordenó perentorio al discípulo más próximo a él. Este pagó sin rechistar. Una vez en la calle, una turba comenzó a seguirles. ¡Maestro! —exclamó con voz triunfante un paralítico de aspecto andrajoso y desnutrido—. ¡Una palabra, una sola palabra y...! El falso Maestro no pronunció palabra alguna y apartó hacia un lado al inoportuno. La turba se sintió defraudada y empezó a lanzar piedras y guijarros al falso Maestro y sus discípulos, que con las túnicas levantadas hasta las rodillas corrieron cuesta abajo, alejándose del pueblo... Jadeantes y sedientos llegaron hasta un pozo donde una campesina de sano aspecto y atractivo rostro llenaba su cántaro de agua fresca... ¡Dame de beber! —exclamó el falso Maestro—. Como quiera que la campesina se resistiera, el falso Maestro le arrebató el cántaro por la fuerza al mismo tiempo que ordenaba: ¡Ultrajadla, violadla! Una vez cumplida su misión, el falso Maestro y los discípulos llegaron a orillas de un lago. Propinaron una tremenda paliza a un pescador que se negó a prestarles su embarcación y montaron en ella. Una vez mar adentro se desató una terrible tormenta. ¡Maestro, sálvanos, que perecemos!, gritaron los discípulos ante las encrespadas olas, los vaivenes y bandazos de la embarcación... ¿Y quién os ha dicho que yo sea el Maestro? —gritó el individuo con voz de trueno—. Minutos más tarde zozobró la embarcación y perecieron todos sus ocupantes ahogados. Uno de los discípulos tuvo fuerzas, ánimo y valor, antes de ahogarse, para exclamar: ¡Ánimo, Maestro, unos pasitos...!

Ciudadano agresivo

Soy un ciudadano pacífico, amante del orden, enemigo de la injusticia.

Pero cuando me provocan, cuando asisto a espectáculos bochornosos —donde la ley del más fuerte se impone sin causa lógica ni justificada— a situaciones aceptables, a incidentes penosos, donde el débil es fustigado y escarnecido, entonces, una nube roja ofusca mi mente y provoca en mí reacciones insospechadas. Iba yo el otro día, sin ir más lejos, en el “metro”. Eran escasos los pasajeros, pero todos los asientos estaban ocupados. Yo permanecía en pie. En una de las estaciones entró en el vagón una señora en estado *interesante*, muy avanzado... Con esto quiero decir que a simple vista era ostensible su embarazo... Bien, no debía pensar lo mismo aquel tipejo, sentado junto a ella, de mirada distraída. Me puse nervioso... y no pude más. Me acerqué al individuo: —Oiga, usted, ¿es que no se ha dado cuenta...? El individuo parecía no querer entender. Le propiné un puñetazo en la nariz que le hizo saltar la sangre a borbotones. Un hombrecillo sentado junto a él, salió en su defensa... Le propiné una tremenda patada en el bajo vientre, y cayó como fulminado en el suelo. El resto de los pasajeros, asustados, ni se movieron... Solamente la mujer embarazada —y esto me molestó mucho— se atrevió a increparme... No pude resistirlo. Le propiné tal patada en el vientre que será difícil, supongo, que su parto no resulte prematuro... El convoy se paró en la siguiente estación y me fui apretando el paso. Los viajeros se quedaron atendiendo a los contusionados. Al día siguiente, leyendo el periódico, me sorprendió desagradablemente el hecho de que la parturienta había muerto, “salvajemente golpeada por un desconocido en un vagón del metro”. Pero lo más sorprendente era que entre mis víctimas hubiese también un ciego.

Alonso Ibarrola

ALONSO
IBARROLA
RELATOS



ALONSO
IBARROLA
RELATOS

3

**ALONSO
IBARROLA
RELATOS**



© Alonso Ibarrola

Primera versión en formato libro electrónico: mayo de 2013

ISBN: 84-245-0672-3

Cubierta y realización: Tantamount

Edita: Tantamount

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Contenido

[Prólogo de Eduardo Tijeras](#)

[La estafa](#)

[La camiseta](#)

[El atropello](#)

[Peligroso](#)

[La píldora](#)

[El araño](#)

[La huelga](#)

[El aborto](#)

[El cuento](#)

[El perro](#)

[Recurso técnico](#)

[Conversación](#)

[Rapto](#)

[Educación sexual](#)

[En el coche](#)

[Rumbo a río](#)

[“La discreta”](#)

[El exhibicionista](#)

[Grandes almacenes](#)

[Niño modelo](#)

[El reglamento](#)

[Débil](#)

[Juegos de sociedad](#)

[Consultorio sentimental](#)

[El líder](#)

[Retirada](#)

[La tercera copa](#)

[Homenaje](#)

[El detective](#)

[Aparición](#)

[Diario secreto](#)
[En exclusiva](#)
[California 1800](#)
[El espía](#)
[Vendedor de libros](#)
[Huelga de hambre](#)
[Sordomudos](#)
[En el sofá](#)
[Ileso](#)
[Ahorrador](#)
[Comunidad de vecinos](#)
[Llamadas anónimas](#)
[Dulce muerte](#)
[El discurso](#)
[El emigrante](#)
[Oriundo](#)
[Teresina](#)
[Rey mago](#)
[Cartas anónimas](#)
[La medalla](#)
[La camarera](#)
[El invento](#)
[Acaparadora](#)
[El pantano](#)
[Un día cualquiera](#)
[Secuestradores](#)
[Agenda de un burgués](#)
[El empleo](#)
[Las gafas](#)
[Regreso al hogar](#)
[El guardia](#)
[Vendedor nato](#)
[Farsante](#)

“Sala de la juventud”

Auto-stop

La fuga

Déspota

Hundimiento

Ataque masivo

El buzón

La bomba atómica

Hombre-pájaro

Los novios

En el avión

El robo

El semáforo

En suiza

Leones

La calumnia

Ahorrando

El misionero

El anciano

Un celoso

El hijo pródigo

Aumento de sueldo

La limosna

El viaducto

El récord

El premio

En la oficina

El conquistador

El capitán

Seguro de vida

Adulterio

El perdón

“Cabezadura”

Atraco
Un silbido en U.S.A.
La hora postrera
Examen de conducir
Una familia
Concurso
“Hombre-cañón”
Náufragos
El árbitro
En la piscina
Fútbol
Incidente
Escena idílica
Reunión de sociedad
Accidente
El discurso
El camarero
Romance anónimo
La carga de la brigada ligera
El incendio
Lágrimas
El cerco
La masajista
Radioaficionados
Treinta y seis posiciones
La quiniela
En la aduana
El chequeo
La letra
Perversión
La caza
La última carta
El muerto

**FLORECILLAS
PARA
CIUDADANOS
RESPETUOSOS
CON LA LEY**

Prólogo

La personalidad de Alonso Ibarrola se divide entre el periodismo y la literatura de creación, concretamente, la narrativa breve. Como profesional del periodismo, pese a su juventud, ha dirigido ya varias revistas significadas. Sospecho que el mayor o menor tiempo en que Alonso Ibarrola permanece al frente de una publicación es inversamente proporcional al proceso de su madurez. Entre un periodista con capacidad directiva y la empresa que lo contrata siempre media con carácter decisivo el grado de personalización del primero, por sus posibilidades de aquiescencia y flexibilidad, su nivel de cultura, honestidad y exigencias (normalmente consigo mismo), todo lo cual, a su vez, repercute, y esto lo saben bien los lectores interesados, en la profundidad de las fricciones que pudieran producirse entre ambas partes, también indirectamente proporcional: a mayor independencia de criterio o deseos de no sentirse manipulado, más fricciones y, por tanto, menos duración del mandato. Si juzgamos la adquisición de un criterio profesional a través de este sencillo mecanismo, Alonso Ibarrola progresa o evoluciona a ojos vista, pues según tengo entendido en la última revista sólo duró un mes por propia voluntad. Cuando una persona se permite el lujo y la dulce maravilla de dimitir, algo lleva en la cabeza, algo que se podría traducir en propia estimación, pudor o ganas de no mentirse tontamente más. En un país como el nuestro en que casi nadie dimite, con lo saludable que sería, una dimisión hace las veces de premio y distintivo literario. El símil no está excesivamente traído por los pelos si tenemos en cuenta que Ibarrola nos interesa ahora por su segunda dimensión, la literatura, que en él no deja de manifestarse como impregnada de urgencia periodística y vehemencia de expresar mucho

en pocas líneas. Sus máximas, apólogos o cuentos, que en todo eso participan sus relatos breves, traen en cierto modo un marchamo de despacho de agencia de prensa, rápido, sintético, coherente, noticiable y que, sin embargo, ha perdido para bien la objetividad fría y despersonalizada del suceso típico transmitido a golpe de teletipo. Esto ocurre, por supuesto, gracias a la trastienda del escritor y a la aplicación de las leyes que rigen imperiosamente la estructuración y buen acabado de un determinado género literario: el cuento. A través de estas leyes, Ibarrola manipula la realidad sugerida por la noticia, la valora, le crea aditamentos lógicos y, sobre todo, un epílogo intencional, de manera que lo que en principio era un suceso, un dicho, un chiste, una confidencia, una costumbre, acaba por convertirse en una pieza literaria breve, brevísima, intransitiva, que empieza y acaba en sí misma, con sentido propio y personalidad crítica y, según es tradición, paradójica. Ya se sabe que lo paradójico, como forma y esencia, es uno de los factores que han distinguido tradicionalmente la gestación del relato breve. He escrito en alguna otra ocasión que la paradoja en el cuento constituye al mismo tiempo su grandeza y su limitación. La paradoja literaria tiene grandeza porque es insustituible y medular en cuanto a las prerrogativas del género. Su limitación y servidumbre surgen a partir del momento en que a toda costa se le quiere otorgar a la realidad un sentido y una intencionalidad, justamente paradójica, de los que muchas veces carece. En la tradición taoísta hubo un filósofo chino llamado Chuang Tzu, que soñó que era una mariposa y, al despertar ignoraba si era Chuang Tzu que había soñado que era una mariposa, o si era una mariposa y estaba soñando que era Chuang Tzu. Este filósofo chino vivió hacia el año 300 antes de Jesucristo. El sueño de la mariposa, recogido modernamente por Jorge Luis Borges en su Antología de la literatura fantástica, es por su condición contradictoria y paradójica –y remota- una pieza modélica

respecto a lo que verdaderamente quiere hacer determinada clase de narradores breves con la realidad. Ahí, inconsciente o deliberadamente, atendiendo el paso del tiempo y la diversa gama de preocupaciones contemporáneas, hunde Alonso Ibarrola sus raíces en el quehacer literario. Un estilo y un tono que comportan, cuando menos, aproximaciones satíricas al compendio de acaeceres y a la fisionomía variopinta de la vida actual, los problemas del tráfico en las grandes ciudades, el gastado erotismo del matrimonio veterano, la obsesión del ahorro, el secuestro de aviones, la esperanza quinielista, los traficantes de armas, la píldora. Toda esta serie de asuntos se sostienen en el sentir común por vía convencional o, al menos, mediante esquemas de reconocida orientación y solvencia lógica, generalmente promovida por la hipocresía de la clase en el poder (a tales efectos, no es gratuito que Ibarrola haya escrito anteriormente un libro titulado *Historias para burgueses*, que tuvo éxito de crítica y era como una gran patada burlona aplicada al trasero de toda la superestructura convencionalista burguesa, estampas –con palabras de Rafael Vázquez Zamora- “condensadas, intensas y paradójicamente dramáticas la mayoría”; *Historias para burgueses* fue prologado nada menos que por uno de los grandes del neorrealismo italiano, Cesare Zavattini, lo cual entraña una cierta responsabilidad para mis modestas y, sin embargo, voluntariosas palabras prologales). Pues bien, la clase en el poder siempre está generando pragmatismos sustentadores de “buena imagen” pública, como si la verdad estuviese en la apariencia y no en el hecho. Alonso Ibarrola agita las convenciones, los pragmatismos, las hipocresías, el “buen tono”, lo que “se lleva”, en el ámbito de la cursilería burguesa y las imágenes edificantes y moralizadoras instituidas ejemplarmente para adoctrinar a los ignaros plebeyos. Su deliberado matiz superficial obliga a Ibarrola a sustentarse no sólo en la vertiente satírica, sino en otras

actitudes de la misma familia, tales como el sarcasmo, la ironía, el absurdo y el humor negro, hasta inmiscuirse en una línea quevedesca y esperpéntica (dicho esto a modo de referencia aproximada), que, bien mirada, es característica de una dimensión privativa de la cultura española, la cual incluiría nombres consagrados, como los de Valle-Inclán, Solana, Cela, Buñuel. No es que Alonso Ibarrola, obviamente, pertenezca de lleno a la escuela del chafarrinón esperpéntico, pero su afán demostrado por erosionar la “buena imagen” –esa que se crea a fuerza de idealismo y publicidad-, la “buena imagen” que la gente –las instituciones, mejor- construye penosamente de sí misma, le garantiza un puesto entre todos aquellos escritores que pretenden curar una herida a base de cauterizarla con fuego o, lo que es lo mismo, deformándola para que nos resulte intolerable a partir de ese momento y de la nueva perspectiva brindada por el goteo de la disección. Igual que la vida moderna, la apresurada, atosigante, estas Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley poseen la amenidad de la anécdota que nos divierte y parecen concebidas para que el lector sin tiempo y casi sin vocación por la lectura entre en ellas a salto de mata, subrepticamente, mientras vuelve a su casa colgado de la barra de un autobús, bostezando frente al volante y el semáforo rojo o exasperándose con los espacios publicitarios de la televisión. La lectura de cada historia le va a llevar menos de un minuto. Si esta eliminación radical de la morosidad literaria no alcanza a fijar la mínima capacidad retentiva del lector medio, ya nadie puede conseguirlo. Pese a venir en cápsulas mínimas, en dosis homeopáticas, las Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley reclaman un lugar en la cultura literaria. Esta cultura literaria no es más que un suministro de nociones sensibilizadas para que a los demás nos sea dada la posibilidad de advertir parcelas cada vez más anchas de realidad. La evolución del

autor de Florecillas para ciudadanos respetuosos con la ley –un dimisionario- se nota en que, paradójicamente también, conforme alcanza algo parecido a la madurez, acorta sus historias, que son cada vez de más reducido tamaño y de mayor significado. No deja de ser una evolución tan orgullosa como vengativa. Alonso Ibarrola, como escritor, quiere ser el reflejo de esta labor de zapa que está llevando a cabo la civilización moderna respecto a la literatura, una civilización que se distingue, entre otras cosas, por el pluriempleo, la carestía de la vida, la cargazón televisiva, las distancias urbanas y, en suma, por falta de tiempo y la imposibilidad de leer. Ibarrola está haciendo una literatura que, conscientemente, se deja presionar por las condiciones descritas. A menor tiempo libre, menos palabras. A más tiempo robado por los “poderes”, más concisión. Alonso Ibarrola me ha confesado secretamente que su mayor triunfo y su mayor denuncia, pues, será la pura inanición, o sea, que este triunfo y esta denuncia –feroz a su modo, en la mejor línea paradójica, ambiental y constitutiva de su idiosincrasia- se materializarán cuando llegue el día en que sus historias, reducidas inverosímilmente como la pata de mono del famoso cuento de W. W. Jacobs, no necesiten más allá de tres o cuatro palabras y un par de comas. Eso llegará y entonces se habrá confirmado el absoluto fracaso de una sociedad, de un sistema basado en la cortina de humo de la “buena imagen” y el agravio del ocio éticamente remunerador. Así es que, en vista de las circunstancias, colaboremos con la idea predictiva – que no lo es tanto, salvo en las posibilidades que brinda para mostrar una incomodidad con el desarrollo de la cultura española-, poniendo punto final a este prólogo.

EDUARDO TIJERAS

Madrid, mayo 1975

La estafa

Dos agentes cruzaron muy de madrugada el cuidado jardín y se acercaron a la puerta principal del magnífico chalet, emplazado en el barrio residencial más lujoso de la capital. Llamaron y se dieron a conocer al mayordomo. El señor, en batín y pañuelo de seda anudado al cuello, les recibía minutos después. Estaba detenido por presunto delito de estafa. Le concedieron unos minutos para que se vistiera y despidiera de los suyos. No quiso despertar a los niños, pero su mujer, agitada y nerviosa, le abrazó con fuerza y trató de animarlo... “Tenías que haberme dicho que las cosas no te iban bien, cariño. No te preocupes. Pediré dinero a papá... ¿Cuánto debes?”. El hombre no dijo nada e inclinó la cabeza. “¿Un millón, dos, tres...?”. El hombre permanecía en silencio. “¿Son diez, veinte... cien?”. La mujer, impaciente y nerviosa le recriminó: “¡Habla, dime algo, por favor...!”. El hombre, sin atreverse a mirarla bisbiseó: “Mil doscientos millones, querida...”. Más tarde, la mujer, en la soledad del dormitorio, se consolaba pensando en lo importante que era su marido.

La camiseta

Su pasión era el fútbol. Mejor dicho, “su equipo” de fútbol. Era, quizá, el reflejo de una frustración que se acrecentó cuando “su equipo” perdió el Campeonato... por culpa de su “eterno rival”. Al día siguiente, lunes, cuando iba a su casa y cruzaba un descampado, donde jugaban al fútbol unos niños, se topó casualmente con uno de ellos, que enfundaba la camiseta... del equipo rival. Lo llamó cariñosamente. El niño acudió solícito y sonriente. Le preguntó amablemente si la camiseta que vestía era de su equipo favorito. El niño respondió afirmativa y orgullosamente y añadió que también era el equipo de su papá. Entonces, el hombre, de rodillas, mirando fijamente al niño, serio, y con sus brazos colocados en los respectivos y pequeños hombros, en plan “de hombre a hombre”, le dijo lentamente: “Dile a tu padre que eres un hijo de p...”. El niño parecía no entender. Él insistió. “¿Me entiendes? Dile... a tu... padre... que eres un hijo de p...”. “¿Te acordarás?”. El niño se echó a llorar y él se fue apresuradamente para que la gente no pensara otra cosa...

El atropello

Era miércoles. Volvía a casa en su coche, tras una fatigosa jornada laboral. Un imprevisto atasco en el tráfico ponía en peligro la visión del primer tiempo de un apasionante partido de fútbol internacional que ofrecía la televisión. Y aceleró... La niña tampoco puso —también hay que decirlo— mucha atención al cruzar la calzada y el encontronazo resultó inevitable... No se detuvo, porque luego le marean y atosigan a uno con tanta pregunta, aclaraciones, pesquisas y comparecencias ante el juez. Además los testigos, en estos casos, siempre declaran a favor de la presunta víctima, máxime si se trata de un menor de edad. Vio el partido cómodamente sentado en un sillón de su casa, no dijo nada a su mujer en torno al incidente y al día siguiente leyó los diarios deportivos exclusivamente, con los comentarios en torno al partido televisado. Es por ello que no pudo enterarse de que la niña murió en el acto.

Peligroso

Llegó a la penitenciaría con fama de peligroso. Se decía de él que era un maníaco sexual, sádico, cruel y sanguinario y sobre todo un experto en fugas. Por su aspecto no lo parecía... En esto convenían tanto el director como los funcionarios y reclusos del Centro. Los años vinieron a demostrar, ciertamente, que era un pobre hombre. Tímido, débil, huidizo, nunca se enfrentó a nadie, soportó toda clase de humillaciones y vejaciones y jamás intentó fugarse. Especialmente esto último produjo desencanto en todos y hasta el mismo director se sintió defraudado. Un día que jugaba un partido de fútbol en el patio central, con otros reclusos, cayó el balón fuera del recinto de la prisión. El director, en tono burlón, le ordenó que fuera a buscarlo y le abrieron las puertas. Volvió poco después con el balón. Horas más tarde descubrirían que el balón no era el mismo, que había traído otro, perteneciente a un niño rubio, que había sido localizado entre unos arbustos, cruelmente ultrajado y posteriormente asesinado. Todos, a partir de aquel día y hasta el momento de su ejecución, comenzaron a mirarle con más respeto.

La píldora

La mujer recogió la mesa y ayudó a sus nueve hijos a la hora de acostarse. Rendida y fatigada se dirigió a la cama, en la que ya se encontraba su marido hacía rato leyendo una novela. Apagaron la luz y se abrazaron. De repente, el hombre, como picado por un escorpión, se incorporó y preguntó: “¿Te has acordado de tomar...?”. Ella dudó, terminó respondiendo afirmativamente, pero él, receloso, se alzó, se dirigió a la cómoda, localizó la caja, contó el número de píldoras anticonceptivas, comprobó el día y más tranquilo, volvió al lecho matrimonial. Ya para entonces, su mujer se había dormido. Pero la despertó...

El arañazo

Tenía un carácter irascible. Amaba a su mujer, a sus hijos y a su coche, especialmente a este último. Un día, fueron todos en el coche a visitar un gran zoo, donde los animales vivían en plena libertad. Tomaron las precauciones indicadas al entrar en la zona de los leones, cerrando herméticamente todas las ventanillas. Los leones dormían apaciblemente y un guardia, solícito y con el ánimo, sin duda, de ganarse una propina, empujó con su “jeep” a uno de ellos, de porte majestuoso, para que pudiera obtener una buena fotografía. El león mostró desgana y disgusto y de un zarpazo arañó la carrocería del coche. Su propietario, indignado, salió del interior y con una lleve inglesa propinó un tremendo golpe en todo el morro al león, que asombrado, huyó despavorido. El guardia protestó, pero el conductor, ciego de furor, se abalanzó contra su garganta y no lo mató porque intervinieron a tiempo su mujer, hijos y compañeros de guardia, que tras ímprobos esfuerzos, lograron dominarlo finalmente.

La huelga

Decidieron no trabajar durante quince minutos. Habían leído en los periódicos que otros lo hacían y se animaron. Eran cuatro en total y prestaban sus servicios en la pequeña gestoría administrativa desde hacía muchos años. No soportaban a su jefe, el dueño del negocio, pero tampoco habían tenido el valor y poder de decisión suficientes como para dejarlo. Trabajaban mañana y tarde y hacían horas extraordinarias, pero pretendían adelantar la salida de los sábados en media hora. El jefe se negaba rotundamente y cuando descubrió al cuarteto sin trabajar, con los brazos cruzados y en silencio total, los apostrofó, insultó y despidió. Al día siguiente, domingo por la mañana, los cuatro empleados, cariacontecidos, acompañados de sus respectivas familias, le esperaron a la salida de Misa mayor para suplicarle su readmisión.

El aborto

El joven matrimonio anunció inesperadamente que se iba a Londres, a disfrutar de unos días de permiso, aprovechando los ventajosos precios que ofrecía una agencia de viajes. Dejaron a los niños al cuidado de los abuelos, que por cinco días no pusieron dificultad alguna. Pero el supuesto día de su regreso, llamaron por conferencia telefónica, advirtiéndole que habían sufrido un accidente automovilístico cerca de Cambridge, sin consecuencias graves afortunadamente, pero que ella debía guardar unos días de completo reposo. Toda la familia se conmovió y también la empresa donde él prestaba sus servicios. Al cabo de veinte días, volvieron. Ella visiblemente pálida y ojerosa. Había perdido mucha sangre, pero, ciertamente, el accidente no le había dejado huella alguna visible. Todos intuyeron lo ocurrido realmente, excepto los abuelos, que entendían era una locura alquilar un coche en Inglaterra, “donde todos conducen al revés...”.

El cuento

La niña se despertó a media noche y comenzó a llorar, exigiendo a voz en grito “que le contaran un cuento”. La madre, rendida por el cansancio de la fatigosa jornada, se resistía y pidió con mal talante a su marido que interviniera. El marido, mascullando palabrotas, se levantó y se dirigió a la habitación de la niña. Ella quería escuchar, una vez más, el cuento de Caperucita. El padre, rabioso y enfurecido, contó con gran fuerza descriptiva la popular narración. Introdujo algunas variantes (quizá producto de su mal humor), incidiendo con todo género de detalles en la muerte de Caperucita, devorada no por uno, sino por muchos lobos. Crujieron los huesecillos de Caperucita, se quedó sin ojos, sin dientes, sin nariz, la sangre manchaba el césped... Cuando la niña se hubo dormido, el padre se retiró calladamente. A la mañana siguiente, la madre, observando a la niña, que dormía con el cuerpecito rígido, las manos crispadas y los ojos abiertos, redondos como platos, preguntó al marido: “¿Qué le contaste a la niña?”.

El perro

Día tras día, año tras año, en la misma esquina. El ciego tocando un desafinado violín y su perro sosteniendo con sus dientes un sombrero, donde niños y mayores, conmovidos, arrojaban algunas monedas al pasar. Cuando sonaban siete campanadas se retiraban a su casa. El perro le guiaba por calles y plazas hasta llegar a la mísera vivienda donde transcurría su vida en solitario. Un día el ciego murió. Se percató del hecho una piadosa vecina, al no verles salir por la mañana como era habitual; luego el perro que ladraba y ladraba... Se llevaron el cadáver al cementerio y el perro fue conducido a la perrera, en espera de poder confiárselo a otro invidente necesitado de asistencia. Días más tarde se descubrió —hecho, por desgracia, bastante frecuente— que el difunto ciego guardaba en su colchón miles de billetes. Mayor fue la sorpresa al saberse que el perro, por su parte, ocultaba en su madriguera, bajo unos mugrientos cojines, que despedían un hedor infame, varios cientos de monedas, que se supone sustraía furtivamente del sombrero de su difunto propietario. Es por ello que fue eliminado en una cámara de gas especial para animales.

Recurso técnico

El accidente pudo haber sido mortal. Afortunadamente, gracias a los auxilios de la ciencia, salvó la vida. Cuando le comunicaron, al recobrar el conocimiento, que había sido necesario amputarle una pierna, unas lágrimas surcaron su rostro. Su cuerpo permaneció inmóvil, entre vendajes y cabestrillos. Más tarde, recibió la visita de su mujer que entre sollozos y suspiros, tuvo valor suficiente para darle ánimos: “No te preocupes, querido... Podrás conducir tu coche otra vez. Compraremos uno nuevo, adecuado para ti, con embrague de mano... Estás contento, ¿verdad?”. El enfermo asintió, afirmativamente.

Conversación

Cenaron en silencio. Veinte años de matrimonio son capaces de agotar todos los temas posibles de conversación. Se levantaron en silencio de la mesa. Ella se dedicó a recoger cubiertos y desperdicios. Él se acostó en la cama matrimonial y se sumergió en la lectura de revistas y periódicos. Media hora más tarde, fue ella la que se tumbaba en el lecho. “¿Quieres apagar la luz, querido?”. Dobló el periódico, se quitó las gafas y apagó la luz. Antes de darle las “buenas noches” se le ocurrió preguntar: “¿Esas muñecas hinchables que venden en Norteamérica serán de tamaño natural?”. Ella no pudo responderle porque ya estaba dormida.

Rapto

Lo raptaron cuando salía, por la mañana temprano, de su casa camino del trabajo. Lo metieron en un coche a la fuerza y no tuvo oportunidad alguna de reaccionar. Quiso protestar, al tiempo que le colocaban la venda en los ojos, la mordaza en la boca y las ligaduras en las muñecas, pero un fuerte codazo en el vientre le hizo desistir. Les advirtió que no tenía dinero en cantidad apreciable en su cuenta corriente, pero los secuestradores no dieron importancia alguna al hecho. Ellos pretendían una buena suma de la empresa donde trabajaba y ocupaba un alto cargo... Y lo consiguieron. Cuando lo liberaron, corrió a abrazar a su mujer, a sus hijos, a los amigos y compañeros de trabajo. El abrazo más emocionado lo dedicó al Presidente del Consejo de Administración de la empresa, que días más tarde, cuando la emoción de los momentos vividos se hubo disipado, le comunicó que el importe de su secuestro corría en su mitad a cargo de la empresa, pero que de la otra mitad se haría cargo él, por supuesto en cómodas mensualidades a descontar de sus emolumentos. En diez años dejaría saldada la deuda. También le aconsejó que fuera armado en lo sucesivo...

Educación sexual

Jamás en la vida había sostenido con su hija (única, por cierto) una conversación en torno al tema sexual. Se consideraba muy liberal y progresista a tal respecto, pero no había tenido ocasión de demostrarlo, porque daba la casualidad de que la muchacha nunca había preguntado nada, con gran decepción por su parte y descanso y tranquilidad para su mujer, que en este aspecto era timorata y llena de prejuicios. Pasaron los años, y un día la muchacha anunció que se iba a casar.

“Tendrás que decirle algo”, arguyó su mujer. Y una noche, padre e hija hablaron. ¿Qué le dijo el padre? ¿Qué cosas preguntó la hija? A ciencia cierta, no se sabe. El hecho es que la madre tuvo que esperar dos horas, y cuando salieron de la salita de estar la hija exclamó: “¡Me dais asco!”. Y se retiró a su dormitorio. La madre pensó que había ocurrido lo que temía. Su marido lo había contado todo, absolutamente todo.

En el coche

La pareja estaba fuertemente abrazada en el interior del coche, en una carretera secundaria, en la periferia de una gran ciudad. Tan ensimismados estaban que los individuos tuvieron que pegar con fuerza e insistencia en las ventanillas para que se percataran de su presencia. Brutalmente los sacaron de su interior. La muchacha se resistió propinando mordiscos y puntapiés. Al final, semiinconsciente, tuvo que ceder... El muchacho, cauto y temeroso, no ofreció resistencia y cedió ante el capricho de un fornido sujeto. Una hora más tarde, en casa de los padres de la muchacha, contaba la acordada y manipulada versión de los hechos. “Él, pese a lo ocurrido a ella, estaba dispuesto a casarse”. Los padres, compungidos, acariciaron con ternura a la muchacha y dieron gracias a la Providencia por aquel hombre que les tocaba en suerte. Su hija jamás contó lo sucedido enteramente aquella noche...

Rumbo a río

No quisieron creérselo cuando el oculista, con el tono de voz apropiado para estos casos, les comunicó que la Ciencia se veía impotente para impedir su ceguera total en fecha no muy lejana... Pero era verdad, una tremenda verdad, a la que tendrían que amoldarse ella, el marido y los hijos, todavía pequeños. La mujer lloró desconsoladamente, pero pasados unos días, más serena, aceptó el amable ofrecimiento de su marido de llevarla a cualquier lugar del mundo, antes de ... Ella eligió Río de Janeiro (quizá por culpa de alguna película...). Debido a su modesta posición, adquirieron los pasajes de avión en módicos y cómodos plazos, de tal manera que al perder la mujer la visión totalmente, todavía quedaron pendientes tres letras de cambio de cuatrocientas treinta pesetas cada una. El marido las pagaba de mala gana y maldecía aquel tonto capricho: "Por lo menos si hubiésemos ido a Lourdes, habría salido más barato y quién sabe...", pero nunca terminaba la frase.

“La discreta”

La mujer entró tímidamente en la farmacia y aguardó su turno. La dependiente interrumpió la conversación que mantenía con dos señoras de aspecto distinguido para preguntarle lo que deseaba. “Anticonceptivos”, dijo con voz queda. La dependiente cambiando una mirada de inteligencia con las dos señoras, preguntó: “¿Tiene usted receta médica?”. La mujer, azorada, respondió negativamente. “Lo siento, señora, sin receta no puedo servirla...”. Se fue, huidiza, con seis ojos clavados en su espalda. Armada de valor penetró en la tienda indicada por su marido, una tienda muy discreta... “La Discreta”, decía el rótulo precisamente. “Preservativos”, dijo con voz trémula. El dependiente, amable, le mostró unos ingleses, de importación. La mujer, nerviosa, pidió una docena. Todavía el dependiente insistió más... “¿Con depósito o sin depósito?”. La mujer no entendió la cuestión, pero pensando que serían más económicos, contestó: “Sin depósito”.

El exhibicionista

No sonó el despertador y tuvo que vestirse apresuradamente para no llegar tarde a la oficina. En los treinta años que llevaba al servicio de la empresa rara vez se había retrasado. Le consideraban un empleado modelo. Tuvo suerte y cogió en seguida el autobús. Además consiguió un asiento. Una niña de ojos azules le observaba detenidamente. Era graciosa y le dedicó una amable sonrisa. La niña, un poco asustada, le dijo algo a su padre, sentado junto a ella y ensimismado en la lectura de un periódico. El padre interrumpió la lectura y miró inquisitivamente al oficinista. Parecía no dar crédito a lo que veía. El empleado modelo, azorado, descubrió que no se había abotonado la bragueta e iba exhibiendo sus órganos genitales. El padre, profiriendo insultos y groserías, se abalanzó sobre él y le propinó varios puñetazos. Los pasajeros trataron de contenerle. La niña lloraba. Cuando se enteraron de la causa de su indignación arremetieron todos contra el sorprendido e involuntario exhibicionista. Lo hubiesen matado de no haber intervenido la fuerza pública. De todas maneras, camino de la comisaría más cercana le propinaron tremendos puñetazos y puntapiés, de los cuales no pudo recuperarse el resto de sus días...

Grandes almacenes

La sorprendieron robando unos pañuelos. Un inspector de los grandes almacenes le condujo a una discreta sala para interrogarla. La mujer, de modesta apariencia, lloraba y aseguraba que no había podido evitarlo, que “un impulso desconocido” le había empujado a ejecutar aquel bochornoso acto. El inspector, escéptico, le advirtió que por ser la primera vez no llamaría a la policía. Pero le pidió su dirección y requirió la presencia de su marido. Al cabo de una hora llegó éste, escuchó el relato del detective y propinó una sonora bofetada a su mujer, que no había cesado en sus sollozos. Se despidieron del inspector y se perdieron entre la muchedumbre de clientes, camino de las puertas de salida. El marido, nervioso, no advirtió que su mujer, distraídamente, cogía un par de medias de un mostrador introduciéndolas en su bolso subrepticamente.

Niño modelo

Todas las mañanas el muchacho, huérfano de madre, antes de ir a la escuela, preparaba el desayuno para su padre, postrado en el lecho desde hacía varios años, víctima de una enfermedad incurable, y sus hermanitos. Al volver al mediodía, preparaba la comida y por la tarde, lavaba, planchaba, cosía, y al anochecer, cuando todos dormían, hacía sus deberes. También estudiaba idiomas. Era el muchacho más bueno del pueblo. El párroco se interesó por él y consiguió que le nombraran “el muchacho más bueno del año”, en un concurso patrocinado por la emisora regional. Todas las vecinas se brindaron a ayudarlo para que pudiera disfrutar del premio, “un viaje a París de diez días, para dos personas”. Le acompañó la maestra. En un mes no dieron señales de vida. Luego, su padre, en el lecho leyó lloroso una carta, del hijo, pidiéndole perdón, y advirtiéndole que se quedaban en París.

El reglamento

Llevaban casados tres años y pasaban estrecheces económicas. Es por ello que, cuando en su empresa convinieron en admitir a diez nuevas secretarias, se lo dijo a su mujer. Esta superó las pruebas de aptitud y obtuvo la plaza. Al rellenar los impresos declaró ser “soltera” y dio como domicilio el de sus padres. Estaba prohibido terminantemente en la empresa que trabajaran marido y mujer. Todo fue bien. Se ignoraban mutuamente cuando se veían en los pasillos y despachos y se evitaban a la salida. Cada uno iba a su casa por caminos diferentes. Un día de verano no pudieron resistir la tentación y fueron sorprendidos por una compañera en el sofá de la sala de visitas, en la hora de descanso asignada para el almuerzo, en postura muy comprometedora. La empresa juzgó que la culpable era ella (él llevaba quince años en la misma, demostrando una conducta intachable) y la despidió. Él siguió en su puesto, aguantando las miradas irónicas y sonrisas maliciosas de sus compañeros y sobre todo las cartas anónimas que le dirigían a su mujer. “Tenga cuidado. Es un sinvergüenza”, decía una de ellas. Y contaba lo ocurrido...

Débil

Habían cometido un error imperdonable: asaltar una joyería enclavada en una demarcación que no era la suya. La “mafia” no perdona estas cosas. Lo sabían y es por ello que trataron de huir. En vano, los dos amigos fueron atrapados y conducidos a un sótano discreto. Primeramente se llevaron a uno de ellos. Se cruzaron una mirada de complicidad. No hablarían. Horas más tarde volvió... Resultaba casi irreconocible: un rostro tumefacto, una cuenca del ojo mostrando su horrible vaciedad, tres o cuatro dientes menos, pelo arrancado de cuajo en algunas partes de la cabeza, un hilo de sangre que le brotaba de la comisura izquierda de la boca, y también manchas de sangre en torno a la bragueta que hacían intuir estragos por la zona. Respiraba, jadeaba... “No he hablado”, dijo con voz imperceptible. Su compañero, sin embargo, dijo todo lo que sabía, y dio todos los nombres al instante. Antes de volver junto a su desfigurado amigo se despeinó para disimular un poco y tratar de justificarse...

Juegos de sociedad

Se reunieron los cuatro matrimonios en la elegante casa de uno de ellos. Cenaron, bebieron y empezaron a aburrirse... Por fortuna, el dueño de la casa tuvo la buena ocurrencia de proponer un entretenimiento divertido. Se trataba de un juego, traído de Londres, en uno de sus frecuentes viajes, llamado "líbido". Una especie de "juego de la oca" combinado con el "juego de las prendas". Algunas mujeres se negaron rotundamente a participar en el mismo, pero el alcohol ingerido había minado su voluntad y terminaron jugando todos. La señora de uno de ellos, en una mala racha, se vio obligada a despojarse de todas sus prendas, ante las risas y jolgorio de los demás. Al día siguiente, su marido no le dirigió la palabra, y sus amigos se dedicaron a comentar el hecho en toda la ciudad.

Consultorio sentimental

Era “la tía Rosa”. Trabajaba en una de las emisoras locales y era la responsable de un “consultorio sentimental” que tenía un gran éxito. Todos los días le llegaban decenas de cartas, pidiendo consejo y ayuda moral. Para todas tenía la respuesta justa, atinada y adecuada. También el personal de la emisora admiraba a aquella mujer ya madura, de porte distinguido, de carácter sereno y equilibrado, que sabía infundir a través de las ondas confianza y ánimo. Es por ello que causó estupor y conmoción su despido repentino, agravado posteriormente por el hecho de que su sucesora no estaba a la altura requerida para el cargo. Ignoraban que el director de la misma había descubierto que “tía Rosa” ejercía la prostitución en sus horas libres al tiempo que impartía a sus clientes provechosos y aleccionadores consejos. Temía que un día estallara un escándalo y “tía Rosa” lo comprendió.

El líder

Respondiendo a la convocatoria, un centenar de ejecutivos y hombres de empresa se encontraban reunidos en el salón de conferencias de un acreditado hotel de la capital, para participar en un cursillo de oratoria, a cargo de un prestigioso profesor norteamericano. Cada clase teórica era seguida de unos ejercicios prácticos. Los alumnos, hombres maduros en su mayoría, intentaban salvar la prueba de la manera más airosa posible. “Ahora usted”, indicó el profesor, y un hombrecito rechoncho y con bigote subió al estrado. Balbuceó unas palabras... y el profesor le aconsejó tranquilidad y sobre todo “énfasis”. El hombrecito asintió y prosiguió su discurso. Se fue acalorando, subió el tono de voz, gesticuló, gritó y electrizó a los compañeros al cabo de media hora de discurso. Estos, en mangas de camisa, puestos en pie sobre sus respectivos asientos, proferían gritos y frases ininteligibles. Asustado el profesor, agarró por los hombros al excitado hombrecito al borde ya del paroxismo..., pero comprendió que ya era tarde. Meses más tarde aquel hombrecito se convertiría en un temible líder político.

Retirada

La larga fila de soldados cruzaba la estepa rusa, totalmente cubierta de nieve. El frío era terrible y el viento azotaba sin piedad los rostros de millares y millares de soldados, que de dos en fondo, se batían en retirada. La fila se perdía en el infinito y caminaba lenta, muy lentamente. De vez en cuando, un desgraciado caía en redondo, junto a la fila, muerto de fatiga, de hambre, de frío. Nadie se inmutaba, nadie le socorría. La fila seguía inexorablemente su marcha. Un soldado, bajo de estatura, abandonó momentáneamente la fila y se arrodilló para apretarse las cintas de sus botas. Terminada la operación, quiso integrarse en la fila, pero los compañeros se lo impedían. “¡Atrás, te pones en la cola...!” le gritó uno. Tuvo que esperar catorce horas para agregarse a la cola de la larga fila. Ya para entonces se le habían congelado los dos pies.

La tercera copa

No parecía encontrarse muy bien el tío Ambrosio. Después de la copiosa comida se empeñó en tomar una copita, en honor de su sobrina, cuya onomástica celebraban. Y luego otra... Antes de tomar la tercera se fue al retrete y no volvió. Fueron a buscarle y se alarmaron al ver que no respondía. Forzaron la puerta. Lo encontraron acurrucado en el suelo con los pantalones y calzoncillos bajados. Respiraba fatigosamente. Lo llevaron a una cama. Su aspecto les asustó. Como no tenían teléfono, bajaron al bar. No funcionaba el aparato. Comprobaron también que el de la cabina callejera estaba estropeado. Por fin, desde una cafetería lejana pudieron llamar a un "Servicio de Urgencia", pero comunicaba. Tras mucho insistir, al cabo de cinco horas, se presentó un médico que sólo pudo certificar su defunción. Al día siguiente, se hermano mandó instalar un teléfono en casa. Costaba lo suyo, pero también se iba mucho dinero en fichas y pesetas. La tercera copa que el pobre Ambrosio no llegó a tomar la volvieron a verter en la botella.

Homenaje

Treinta años al servicio de la empresa y ahora la jubilación. El dueño, los jefes y compañeros organizaron en su honor un almuerzo en un modesto restaurante. El discurso del dueño resultó conmovedor. Luego sus compañeros reclamaron unas palabras del homenajeado. Todos habían bebido más de la cuenta. El probo empleado, “ejemplo de sumisión, honradez y abnegación”, puesto a duras penas en pie por sus compañeros de mesa, sólo acertó a balbucear: “Cerdos... sois todos unos cerdos”. Le jalearon, le tiraron migas de pan y con grandes risotadas le hicieron sentarse a la fuerza de nuevo en su silla. Al día siguiente, abochornado, el homenajeado se presentó para dar las gracias y excusarse, pero ni el dueño ni los jefes quisieron recibirle. Volvió a su casa y lloró largo rato.

El detective

La mujer, vestida con elegancia, subió, un tanto indecisa, las escaleras que conducían a la modesta, en apariencia, “Agencia de Detectives”. Le atendió un señor grueso, de traje arrugado y con manchas, que le pidió por adelantado cierta cantidad de dinero “para atender a los gastos que provocaría la vigilancia de su marido”. La mujer extendió un cheque. Sospechaba que su marido se veía los domingos con una antigua doncella de su casa, que se había visto obligada a despedir al sorprender a ambos abrazados en el cuarto de baño. Aguardó con ansiedad varios días y nuevamente se presentó en la Agencia, donde el detective, desolado, le informó que la investigación no había sido posible llevar a cabo, dado que su marido utilizaba un coche de gran potencia y el suyo era un utilitario. “Esto no es América, señora”, terminó diciendo.

Aparición

Camino de su granja, B. observó de repente un extraño fulgor, un resplandor blancuzco y violeta que surgía tras unos altos arbustos... Se hallaba en el campo, solo y envuelto en un gran silencio. Se detuvo. Una silueta femenina comenzó a perfilarse en medio del gran resplandor. Una hermosa dama de túnica azul se hizo visible. Le sonrió y saludó. Después la dama y el resplandor desaparecieron. B. prosiguió su camino. Al llegar a casa su aire ensimismado y pensativo hizo que su mujer le preguntara: “¿Qué te pasa? ¿Te ha ocurrido algo?”. “Nada”. B. no quería complicarse la vida. Murió quince años más tarde sin decir nada a nadie. Todos los lunes, primeros de mes, se le había aparecido regularmente la dama en cuestión. De haber hablado hubiese creado un rito...

Diario secreto

Todos le tenían por un hombre serio, equilibrado y honesto. Pero por culpa de un cáncer murió. Dejaba viuda, cuatro hijos y una discreta pensión. La mujer, compungida y llorosa, se dispuso a afrontar la vida y a honrar la memoria de su marido. Cierta día, curioseando en la mesa de trabajo de su difunto marido, descubrió una agenda de cierto volumen, con todas las páginas repletas de una letra menuda y nerviosa, que inmediatamente reconoció como de su marido. Su rostro reflejó, ante la lectura, curiosidad primeramente. Luego, espanto... Toda la noche se la pasó leyendo el “diario secreto” de su marido... En el mismo había plasmado sus odios, sus frustraciones, sus amoríos, sus adulterios, sus experiencias con homosexuales y jovencitos... Toda una vida de vicio y corrupción, de degradación moral, se desvelaba ante sus ojos. Al final de todo, una “nota” decía: “Querida: Entrega este manuscrito al editor L.” (aquí un nombre y una dirección). Con los derechos de autor, la viuda pudo afrontar la existencia con más tranquilidad, pero siempre le quedó la duda...

En exclusiva

Encontraron el cadáver de la gloriosa y anciana actriz flotando en la piscina de su espléndida mansión. Pronto la policía detuvo a un muchacho, su notorio acompañante se declaró culpable de su muerte. Aprovechó sus últimos meses de vida en la cárcel, para escribir una especie de biografía o “memorias”. Las vendió en exclusiva, a buen precio, a un semanario sensacionalista. Indicó que los emolumentos le fueran entregados a su anciana madre. Lo ejecutaron en la cámara de gas antes de que la revista pudiera dar por finalizada la publicación de su biografía. Precisamente el último capítulo se publicó una semana después de su fallecimiento. En el mismo contaba y explicaba con todo género de detalles la muerte ocasional de la actriz que, borracha perdida, tuvo la desgraciada ocurrencia de arrojar a la piscina repentinamente, sin que él pudiera impedirlo. Explicaba también que se había confesado culpable porque le hacía mucha ilusión ver publicada su biografía en una revista y rogaba a su madre que recortara todos los capítulos y los pegara en un álbum. La madre, compungida, así lo hizo y todas las noches, antes de apagar la luz, besaba con ternura y emoción el álbum de los recortes.

California 1800

Ochocientos carromatos aguardaban ante la línea divisoria. Al otro lado se abría un vasto panorama de tierras vírgenes, ricas, fértiles y sin dueño. Quien llegara primero podría escoger la parcela que más le gustara. Bastaba con delimitar con estacas. Los caballos piafaban nerviosos, quizá contagiados por sus dueños. Resultaba un espectáculo grandioso y emocionante observar a los ochocientos carromatos, con sus lonas blancas, cargadas de gente y utensilios, aguardando la señal de salida... Un señor de chistera, blandiendo una bandera blanca en su mano derecha, se subió a duras penas a un barril y explicó a voz en grito que daría la salida, contando “Un, dos, tres...”. Se hizo un silencio impresionante en medio del desierto, castigado por el sol. “A la de una...”, empezó a decir. Exactamente no se sabe cómo ocurrió, pero el hecho es que un carromato se puso en movimiento, y al instante le siguieron en loca carrera los setecientos noventa y nueve restantes, levantando una gran polvareda. Rabioso, indignado, enfurecido, el señor de la chistera, subido en el barril, solo, en medio del desierto, gritaba: “¡No vale, hay que volver a repetir...!”.

El espía

No se sabía a ciencia cierta si era un buen escritor. El caso es que su existencia transcurría con graves dificultades económicas. Él creía en el arte y abandonó su tierra alemana para vivir una deplorable vida bohemia en París. Se hablaba de una posible conflagración bélica y cierto día un misterioso compatriota le propuso que colaborara por su patria. Le dio tantas razones como francos y terminó aceptando el trabajo que le encomendó. Recorrió Francia, inspeccionando discretamente todas sus fortalezas militares y tomando buena nota de todo. Al final de su viaje envió una magnífica descripción de lo que había visto. Tal fuerza tenía su prosa, tal calor sus descripciones acompañadas siempre de bellas imágenes y metáforas, que su “informe secreto” fue leído y releído por todo el Alto Estado Mayor. Posteriormente por todos los mandos militares, luego terminó publicándose por capítulos en un diario berlinés, que no pudo negarse a que lo reprodujera un diario parisino, el cual tituló el trabajo: “Francia vista por un alemán”. Gustó mucho, pero todo resultó inútil. La guerra estalló tres meses más tarde.

Vendedor de libros

Habían respondido a un anuncio del diario, en el que solicitaban “vendedores jóvenes, dinámicos y agresivos”. Fueron convocados y seleccionados una veintena. Se trataba de vender a domicilio una “fabulosa enciclopedia” con las “máximas facilidades de pago”. Previamente fueron instruidos en un rápido cursillo que los iba a capacitar para ser unos “vendedores natos”. Se pasaron toda la noche aprendiendo las argumentaciones que al día siguiente recitaron al Jefe del cursillo, a manera de examen final. El citado actuaba como un posible comprador y cada presunto vendedor debía salir airoso de todas las dificultades que les planteaba. Luego, todos juntos, escucharon las respectivas cintas magnetofónicas. En una de ellas, al final, se oyeron sollozos, llantos, súplicas, palabras entrecortadas, “Por Dios, por lo que más quiera...” y “Necesito trabajar”. El Jefe del cursillo, aconsejó que este tipo de argumentación melodramática fuese utilizada solamente en última instancia y en casos muy concretos.

Huelga de hambre

Decidió llevar a cabo una huelga de hambre. Había muchas cosas con las que no estaba de acuerdo. Vivía en una modesta pensión y era funcionario del Estado. En la oficina donde ejercía su trabajo no se atrevía a proferir protesta alguna. Pero pensó que en su habitación nadie podría impedirselo. La patrona le preguntó si se encontraba en sus cabales. Se sintió incomprendido. Al cabo de una semana totalmente desfallecido, fue recogido por unos camilleros, que lo trasladaron a un centro psiquiátrico. Le administraron suero y le obligaron a comer. Al cabo de tres meses, ya recuperado, volvió a su puesto de trabajo. Le comunicaron que durante su ausencia se había prohibido al personal tomar bocadillo alguno durante la jornada laboral. Como protesta se comió diez bocadillos seguidos. La segunda vez estuvo internado cinco años en el susodicho centro psiquiátrico.

Sordomudos

Afirmaba conocer el alfabeto de la mímica y entender a la perfección el lenguaje utilizado por los sordomudos. Es por ello que entró a prestar servicio en un nuevo y original programa televisivo. Su labor sería cómoda y bien remunerada. Debía limitarse a ofrecer las noticias que un locutor leía previamente, con los signos habituales del método para sordomudos. Días más tarde fue despedido de empleo y sueldo, por la denuncia de varios telespectadores sordomudos. Por lo que se pudo saber más tarde, era un impostor. Ignoraba totalmente el alfabeto mímico y se lo inventaba sobre la marcha. Alegó que tenía necesidad de trabajo y que estaba convencido de que la cosa no tenía la menor importancia, pues las noticias no tenían interés alguno y a nadie perjudicaba...

En el sofá

“Amo mi profesión, doctor. Me domina, me apasiona, me fascina. A las ocho de la mañana abro la puerta del establecimiento dedicado a la venta de aparatos sanitarios y a las nueve de la noche la cierro. Cuando me quedo solo y se han ido los dependientes me paseo por el local de arriba abajo, observo, toco, acaricio los aparatos sanitarios. Los bidés me excitan. Tienen formas de mujer. Esas curvas sinuosas, esas caderas redondas... Me tengo que contener para no abalanzarme sobre ellos; comprendo los problemas que tuvo el inventor del bidé para introducirlos en el mercado y explicar su utilidad. Problemas dialécticos, de difícil comprensión. Ni un gesto, ni un signo, porque al cliente hay que respetarlo... Perdone, doctor, que me haya ido por las ramas. A lo que iba... También hay lavabos excitantes, los buenos y lujosos lavabos, se entiende. En cierta ocasión...”.

Ileso

El autobús cayó, repleto de pasajeros, por un precipicio al perder su conductor el control del volante. Se hundió en las frías aguas de un torrente y pasaron varios días hasta que todos los cadáveres pudieron ser recuperados. En total: ciento cinco muertos y un superviviente que, milagrosamente, se salvó al ser despedido violentamente del autobús en el primer encontronazo. Un periodista le hizo una entrevista, la gente le felicitaba por su suerte y una “nueva vida se abría ante él”... Esto lo dijo el cura de su parroquia en la plática de la Misa que su mujer ofreció en acción de gracias. Pasaron los meses, siguió trabajando en su modesto puesto de funcionario y murió, años más tarde, tras una larga y cruel enfermedad, lamentando su mala suerte.

Ahorrador

Con muchos sacrificios había conseguido ahorrar una apreciable suma de dinero, a lo largo de muchos años. “Para la vejez”, se decía. Un amigo le aconsejó que no lo tuviera en una libreta porque el dinero se depreciaba... También había visto él unos grandes anuncios en los periódicos y en la televisión, de una inmobiliaria que ofrecía un elevado tipo de interés. Canceló la cartilla e invirtió su dinero en la inmobiliaria. Creía en los valores inmobiliarios, en las cosas tangibles, en las piedras, en los ladrillos. No supo a ciencia cierta por qué, pero el hecho es que la inmobiliaria quebró y se quedó sin sus ahorros. Afortunadamente el cáncer evitó que llegara a la vejez.

Comunidad de vecinos

Se reunían por vez primera los propietarios de la nueva casa, construida meses atrás en un barrio de la capital. Una reunión amable y cordial al parecer, donde todos se saludaron, reconociéndose unos a otros, tras los fugaces encuentros en el portal, o el ascensor. No hubo discusiones a la hora de adquirir un tresillo, un llamativo tresillo para el portal, pero cuando un propietario denunció una gotera “proveniente de la bajada general” y reclamó la oportuna reparación del empapelado de su dormitorio a cuenta de la Comunidad, se armó un cisco tremendo... Casi llegaron a las manos. De todas maneras, el tresillo gustó a todos. El propietario perjudicado por la gotera entabló pleito contra la Comunidad. Le retiraron el saludo en el ascensor y en el portal, tanto a él como a su mujer, y ningún niño de la vecindad quiso jugar con sus hijos. Se supone que cumplían órdenes de sus respectivos padres.

Llamadas anónimas

Trabajaban en una agencia de Aduanas de la capital y se aburrían soberanamente. El trabajo era más bien escaso y los empleados del “Departamento de extranjero” se las ingeniaban para matar el tiempo. La lectura asidua y exhaustiva de la prensa hizo que uno de ellos propusiera llevar a cabo una divertida broma. Pidieron línea a la telefonista y utilizando el prefijo conveniente llamaron directamente a Londres, al Teatro Covent Garden. “Hay una bomba”, advirtió el especialista en inglés. Al cabo de unos días, leyeron la crónica en un diario español, enviada por el corresponsal en la capital británica, que hablaba de una alarma infundada en el teatro en cuestión. Animados por el éxito, repitieron la operación en el Teatro de la Opera de París y la Scala de Milán. La broma resultaba apasionante, dadas las repercusiones periodísticas, y pensaban que sería difícilísimo que las llamadas pudieran ser controladas. Un día se les ocurrió llamar al Liceo de Barcelona. Al cabo de unos minutos fueron detenidos todos ellos en la misma oficina.

Dulce muerte

La llevaron en coche hasta la coqueta residencia para ancianos. “Te gustará”, le dijo su hija. La pobre mujer sonrió con cierta tristeza. Dos amables y elegantes enfermeras la acompañaron hasta el magnífico despacho del director del centro, que efusivamente le dio la bienvenida. Le mostraron luego su habitación dotada de todas las comodidades y con un televisor a color. En el comedor, dispuesto con gusto, conoció a sus compañeros y compañeras. Todas mostraban un aire triste y resignado, pese al ambiente de pretendida alegría, artificialmente creado con unos altavoces, que expandían ininterrumpidamente pasodobles y zarzuelas. La estancia resultaba cara, y cuando la familia allegada o pariente responsable no ingresaban regularmente la cantidad estipulada, eran requeridas por carta perentoriamente. Nadie había dejado sin pagar más de tres mensualidades. Al cuarto mes, de no remediarse la situación, se producía inexorablemente una vacante. Algunos ancianos lo sospechaban y cuando rezaban, en sus secretas intenciones, decían: “Para que nunca falle el giro...”.

El discurso

El Consejo de Administración se hacía eco de la inquietud que reinaba entre el personal de la empresa. “El aumento del coste de la vida tenía la culpa, según el Presidente, y era preciso afrontar la situación con decisión y energía, sin ambages ni rodeos”. Todos los consejeros se mostraron de acuerdo con lo dicho y le animaron a que convocara al personal. Había que tranquilizarlo y ofrecerle algo... El Presidente, nervioso, se tomó un “whisky” antes del discurso. Algunos consejeros opinaron que tomó alcohol en exceso. El hecho es que habló más de la cuenta, prometió más de lo debido y puso en aprieto el porvenir de la empresa. La cerrada salva de aplausos con que fue acogido el discurso por parte de los empleados les vino a confirmar estos temores. Al día siguiente, el Presidente tuvo que dimitir y los consejeros hicieron correr el rumor de que era un borracho empedernido y no se le podía tomar en serio...

El emigrante

Volvió al pueblo con la carta de despido de la fábrica alemana donde había trabajado durante siete años, en el bolsillo. No le hicieron el mismo recibimiento que en anteriores ocasiones. Le preguntaron, en la taberna, sarcásticamente, por el reloj de oro y el coche. El primero lo vendió, el coche era alquilado... Y por lo que respecta a sus ahorros y la indemnización percibida, lo había invertido todo en un piso en la ciudad. Lo malo es que su cuñado se lo alquiló en un precio superior al que le correspondía, ya que era de “renta limitada”.

El inquilino denunció el contrato y se negó a pagar. Finalmente, el emigrante tuvo la suerte de colocarse en la misma taberna del pueblo, en la cocina. Trabajaba doce horas diarias, incluidos los domingos. Se quedó con el apodo de “el alemán”, y él, entre dientes, solía decir: “¡Qué más quisiera yo!”.

Oriundo

No llegaban en el momento más oportuno. No se había atrevido a contarles, por carta, la verdad y lo que ocurría, porque sabía, además, la gran ilusión que tenían de volver a verle, tras haber abandonado su patria hacía dos años. Y ahora estaban descendiendo por la escalera del avión que los había traído directamente desde Buenos Aires. Le habían dado mucho dinero por fichar por un importante equipo de fútbol español. Al despedirse, les prometió solemnemente que un día les mandaría dos billetes de avión, para que se vinieran a vivir con él. Cumplía lo prometido y por eso estaba allí, esperándoles. Ni su padre ni su madre habían estado jamás en España. Nacidos en una pequeña localidad siciliana, había transcurrido toda su vida en la Argentina... Les extrañó mucho la cara hosca de su hijo, el hecho de que los mantuviera ocultos en su apartamento de soltero, aislados de todo el mundo, que les prohibiera coger el teléfono para contestar a cualquier llamada... La situación se hizo insostenible. “¡Te avergüenzas de nosotros, hijo!”, le decían en tono recriminatorio. Y el famoso futbolista sólo sabía decir: “No es verdad, no es verdad...”. Cuando se volvieron a Buenos Aires, el hijo no pudo por menos que emitir un suspiro de alivio.

Teresina

La niña se llamaba María Teresa, pero en el colegio la llamaban Teresina, quizá debido al hecho de que varias de las monjas de la Orden provenían de Italia. Un día, en una de las numerosas funciones religiosas que las alumnas del Centro se veían obligadas a soportar, el capellán se refirió a ciertos padres que no cumplían con sus deberes de católicos, y organizó una especie de “cruzada familiar”. La jornada dominical del padre de Teresina se vio interrumpida por la insistencia de la niña para que asistiera a misa. No se atrevió el hombre a decir nada, por no enfrentarse con su mujer, en quien Teresina encontró una fiel aliada. El “triunfo” de la niña fue celebrado por todo el colegio, con alborozo particular de las monjas. Y el padre de Teresina tomó la costumbre de desayunar y leer el periódico en una cafetería, en solitario, mientras duraba la misa.

Rey mago

Estaba comiendo tranquilamente en la garita de la portería, en compañía de su mujer, pero la presencia de dos guardias interrumpió la modesta pitanza. Le conminaron a que les acompañara hasta la comisaría más cercana. ¿Alguna denuncia?, inquirió suavemente. “Doscientas cincuenta exactamente”, respondió uno de ellos. La mujer no daba crédito a sus ojos. ¿Qué había hecho?, preguntó con voz trémula. El hombre no supo qué contestar... Se fueron en silencio. En la comisaría se encontraba el director de unos grandes almacenes, donde había sido contratado como “rey mago” durante las fiestas navideñas (sus vacaciones en la portería de la finca las aprovechaba en parte para este menester, y en verano para sustituir a un compañero) y un centenar de padres de familia, acompañados de sus hijos pequeños. Le acusaban de abuso de menores, mientras los sostenía sobre sus rodillas y le contaban los juguetes que querían... Un padre se dio cuenta del hecho... Como los niños no lo reconocían en traje de paisano, le obligaron a vertirse con el disfraz de Rey Mago que el director de los grandes almacenes llevó consigo por precaución. De esta manera todos los niños dijeron: “¡Es él!”. Pero dejaron de creer en los Reyes Magos...

Cartas anónimas

La empresa se negó a subirle el sueldo. Descargó su rabia y furor escribiendo una carta anónima al director, llena de amenazas, palabras soeces e insultos groseros que se extendían a todos los miembros de la familia, salpicando a la tercera generación. Al cabo de unos días, el director, con rostro grave, acompañado por un señor que tenía el aspecto de ser inspector de policía, les reunió a todos y solicitó escribieran al dictado una carta de su puño y letra, debidamente firmada, por supuesto. Respiró tranquilo porque su carta la había escrito a máquina. Al día siguiente diez compañeros fueron despedidos de la empresa y denunciados en el juzgado por “insultos y ofensas” en la persona del director. Otras ciento veinticinco cartas, escritas a máquina, quedaron sin poder aclararse su procedencia y autores de las mismas.

La medalla

Se alarmó al leer en la prensa varios casos de compañeros que habían descubierto que sus medallas de oro, concedidas por sus “méritos laborales” el día de su jubilación, eran falsas. Su mujer, una paciente esclava del hogar, de sus caprichos y manías de viejo, para tranquilizarlo y ante sus insistentes ruegos, mostró la susodicha “medalla” a un experto para que verificara su autenticidad. La pobre señora, no se atrevió, al volver a casa, tras la consulta, a contarle la verdad. “Tranquilo. Es auténtica”, dijo. El anciano emitió un suspiro de alivio y siguió leyendo apaciblemente su periódico. Un año más tarde enfermó y su dolencia acentuó el trabajo de su mujer, que noche y día se veía obligada a atenderlo. La fatiga se reflejaba en su rostro. Estaba harta, irritada y no veía el final de aquella insostenible situación. Su marido, en un momento de serenidad y lucidez, le regaló la “medalla de oro” y ella no pudo contenerse. “¡Es falsa, imbécil!”. Una frase que luego, viuda, le remordería hasta la tumba...

La camarera

Llegó a la gran ciudad y entró a servir en casa de unos respetables señores. Enviaba a sus padres, que vivían allá, en el pueblo, unos modestos giros postales que con los meses fue incrementándolos, gracias a la nueva ocupación que había encontrado como camarera en un lugar que no precisó muy bien en su carta. La alegría y orgullo de los padres por aquella hija tan buena y cariñosa sufrió un rudo golpe cuando recibieron una carta de un tribunal tutelar de menores notificándoles que su hija se hallaba bajo su custodia, tras haber sido detenida en una sala de fiestas, donde, al parecer, prestaba diversos servicios, entre ellos el de camarera. Cuando la enviaron a casa, su padre le propinó una brutal paliza y su madre la insultó y escarneció despiadadamente. Días más tarde desapareció y nunca más supieron de ella. El padre, de vez en cuando, se acercaba por la oficina de Correos, esperando encontrarse con algún giro postal a su nombre: en vano. Que fuera una prostituta era una desgracia, pero que se comportara tan egoístamente con sus pobres padres, no tenía perdón de Dios, repetía el hombre una y otra vez al funcionario que le atendía.

El invento

Era fontanero y en sus horas libres —que eran muchas, dado que en la perdida localidad donde ejercía su profesión, los clientes eran escasos— se dedicaba a “inventar”. Nadie le tomaba en serio. Llevaba quince años trabajando en una bomba atómica de bolsillo. Creía haberlo conseguido. Se lo contó al corresponsal del diario de la capital, pero le tomó por loco y no envió ninguna línea. Consternado, dolido y despechado, preparó una explosión nuclear para el día del cumpleaños de su mujer. Al apagar las velas de la tarta de un soplo, un ingenioso dispositivo provocaría la explosión. Así ocurrió. El hongo atómico se divisó a varios cientos de kilómetros y el pueblo prácticamente desapareció del mapa y de la tierra. Dada la lógica ignorancia de los hechos, se hicieron muchas especulaciones en el país y en la capital se practicaron algunas detenciones.

Acaparadora

La pobre viuda vivía sola. A su marido le habían matado en la guerra. No llegaron a tener hijos. Su existencia era muy precaria y las noticias que leía en el periódico la deprimían y asustaban. Decidió invertir sus pequeños ahorros en lo que preveía escasez o encarecimiento... Compró muchos kilos de azúcar, muchos litros de aceite y muchas cajitas de cerillas. Otra lectura del periódico le indujo un día a comprar varias bombonas de gas butano. Su mente empezó a desvariar. De otro modo no se explica que le diera por comprar gasolina de noventa y seis octanos y que no tenía, por supuesto, coche alguno. Llenaba un bidón de cinco litros en la gasolinera y lo vaciaba en la bañera de su casa. Gastó así todo su dinero y llegó un momento en que no pudo pagar el alquiler del piso. Le llegó el desahucio. Desesperada, pensó en quitarse la vida. Encendió una cerilla junto a la bañera y las bombonas, pero pensó que ello podría molestar a los vecinos y prefirió dirigir sus pasos hacia el Viaducto. Murió en el acto. Al saberse lo que acaparaba en su casa, fue muy criticada por la vecindad en general.

El pantano

No había otra elección. El pueblo quedaría próximamente sumergido por las aguas del nuevo pantano y tenían que irse... Les habían construido otro pueblo nuevo a veinte kilómetros de distancia. Un anciano del lugar se mostró disconforme y reacio. No atendió a razones y ni corto ni perezoso se subió con provisiones a la torre del campanario. Moriría ahogado. El alguacil por poco murió descalabrado cuando intentó subir para detenerlo. Pensaron que lo mejor sería dejarlo. Al verse solo bajaría por propia iniciativa. No bajó. Y quienes volvieron a por él arrojaron grandes peligros, pues arrojaba grandes pedruscos sobre sus cabezas. Le dejaron por imposible... No se hizo el pantano por falta de presupuesto y cambio de planes. Volvieron todos sus habitantes de nuevo con sus enseres y bártulos a ocupar sus viviendas al cabo de tres meses de ausencia. Encontraron el cadáver del anciano en un pozo. Calcularon que llevaba dos meses allí abajo. Todo hacía suponer que quiso beber agua y se cayó al intentar llenar el cubo. Quien más, quien menos, pensó que había muerto como quería.

Un día cualquiera

La profesora, en su casa, se dispuso a corregir los ejercicios de redacción. El tema impuesto era: “Un día cualquiera” y las alumnas quinceañeras en su totalidad, narraban con desespe rada y monótona vulgaridad los actos cotidianos que configuraban su inocua e idéntica personalidad. Uno tras otro, la profesora, mecánicamente, corregía los ejercicios. Todas más o menos narraban lo mismo. Eso sí, el hecho no tenía importancia, porque se trataba de pulir el estilo y cuidar la sintaxis. Pero un ejercicio, de repente, le llamó poderosamente la atención. Aquel texto que estaba leyendo delataba, en su ingenuidad, una relación inconfesable. Aterrorizada, volvió a leer el ejercicio. No daba crédito a lo que leía. Apenas pudo dormir. Al día siguiente, aparentando naturalidad, rogó a la autora del ejercicio en cuestión que viniera su padre a verla. Cuando lo tuvo delante le mostró el ejercicio. Turbado y asombrado, negó lo escrito y lo achacó todo a la imaginación de su hija. La profesora, dudosa, dictó otro ejercicio al día siguiente bajo el tema: “Por qué amo a mi padre”.

Secuestradores

El plan, en su primera fase, salió a la perfección. En pleno vuelo, conminaron al comandante del avión para que aterrizara en el aeropuerto más cercano. Ningún pasajero ni miembro alguno de la tripulación opuso resistencia. Una vez que hubieron tomado tierra, los secuestradores ordenaron tanto a los tripulantes como a los pasajeros que se desnudaran. Pensaban que así les resultaría más penosa una posible huída por las pistas de aterrizaje ante tantos miles de ojos. Porque la noticia había corrido como la pólvora y cientos de curiosos se agolpaban para ver el aparato secuestrado. La policía impedía que se aproximaran. Los secuestradores exigieron un millón de dólares. Las autoridades se negaron. Rebajaron sus pretensiones, pero la negativa persistía... Por último, dado que se conformaban con mil dólares, los mismos pasajeros reunieron la cantidad requerida y, previa devolución de sus vestidos, entregaron el dinero a los secuestradores y abandonaron el avión. Pero éste no podía despegar porque a juicio del comandante necesitaba combustible. Las autoridades pretendían cobrar su importe y los secuestradores, al ver que les tocaba poner algo de su bolsillo, decidieron entregarse. En medio de las carcajadas generales, se introdujeron abochornados y cabizbajos, en el furgón de la policía.

Agenda de un burgués

“Cerca del lugar donde trabajo he encontrado sitio para aparcar el coche. Cuando me disponía a realizar la maniobra oportuna, otro coche, rápidamente, ha ocupado la plaza. Le he tocado el claxon pero no se ha inmutado. Me he bajado y le he abordado cuando se disponía a marcharse. Era un joven de aspecto aniñado. “Llévese el coche o le parto la cara”. No me ha hecho caso. Le he partido la cara. Un transeúnte ha intentado salir en su defensa. Confieso que me he portado salvajemente con él, pero confío en que el Señor habrá sabido perdonarme. Luego la maniobra de aparcamiento me ha salido bien a la primera intentona. Buena señal. De todos modos, desde mañana he decidido recibir lecciones de “Karate”, por lo que pueda pasar”.

El empleo

Gracias a sus periódicas remesas de dinero vivía con holgura su familia en el pueblo. Sus padres esperaban con ansia que volviera junto a ellos para que disfrutara por lo menos de unas vacaciones bien ganadas, pues llevaba ya cinco años seguidos en el extranjero. Ignoraban cuál era su ocupación. Se lo habían preguntado en varias cartas, pero respondía siempre confusa y vagamente. Trabajaba por las noches, desde luego. Sus padres lamentaban que, fuese en lo que fuese, tuviese un turno nocturno. En otra carta añadió que no podía ser de otra forma, lo que provocó todavía mayor confusión. Por fin un paisano llegó al pueblo de vacaciones y aclaró la ocupación del hijo. Actuaba en una sala de fiestas. Aparecía ante el público, arrastrando una ternera, y empuñando un taburete. Luego se subía, mejor dicho, se sentaba... (el paisano por poco se equivoca) en el taburete y ordeñaba a la ternera. Todos se reían y aplaudían. Los padres no terminaron de comprender aquella estupidez, pero pensaron que ciertamente era un trabajo cómodo y bien pagado.

Las gafas

Se la había enviado su cuñado desde Nueva York. Era una revista de las llamadas “pornográficas”. La mostró a sus compañeros de oficina y uno de ellos, que sabía inglés, se percató de un pequeño anuncio que ofrecía, contra reembolso, unas gafas especiales “que permitían ver a la gente al desnudo”. Surgió una discusión entre creyentes y escépticos y decidieron encargar al cuñado del compañero las discutidas “gafas”. El personal femenino no intervino en la discusión, pero algunos elementos dieron muestras de evidente nerviosismo cuando las “gafas” llegaron un mes más tarde. En un aparte, el personal masculino comprobó que la oferta era un timo. Pero cuando decidieron callar ante sus compañeras y uno de ellos se las puso, observando descaradamente a una de sus compañeras, ésta, recatada y pudorosa, con los ojos aterrorizados, tratando con una mano de ocultar su pecho y con la otra, blandiendo una carpeta ante su bajo vientre, gritó llena de cólera y rabia: “¡Fuera, basta, sinvergüenza...!” y se echó a llorar.

Regreso al hogar

Le ocurrió el hecho un día, al anochecer, de regreso a casa, tras haber cumplido su jornada laboral. Se había olvidado las llaves al salir de casa por la mañana y tocó el timbre. Al cabo de un rato abrió su mujer la puerta. “¿Qué desea usted?”. Pensó que estaba de broma. Pero firme en la puerta, no le dejaba entrar. La pregunta volvió a formularla varias veces. Todo resultó inútil. La puerta se cerró con estruendo y rapidez. Rogó, suplicó, chilló, protestó, gritó... Los vecinos se asomaron para ver lo que ocurría en la escalera. Fue entonces, al ver sus rostros desconocidos, cuando se percató de que se había equivocado de portal... Y, por supuesto, de mujer.

El guardia

Encontró a dos individuos charlando apaciblemente pero apoyándose en el “capot” de su coche, aparcado junto a la acera de una calle poco concurrida. Les invitó con corteses palabras a que se apartaran del coche y le dejaran entrar en el mismo. No le prestaron la más mínima atención. Se fue en busca de un guardia. Volvió al cabo de unos minutos acompañado de uno. Llevado por su celo profesional, el agente municipal, ante todo, le extendió una multa por “aparcamiento indebido”. Luego les conminó a los dos individuos a que despejaran el lugar y desapareció. Los individuos siguieron charlando y el dueño del coche, confuso, se dirigió a la parada más próxima del autobús que le conduciría hasta su casa. El guardia le había hecho un descuento por pagar en el acto.

Vendedor nato

Pocas veces visitaban la exposición clientes de tanta importancia. El Jefe del Departamento Internacional de Ventas estaba contento, más bien excitado, ante la magnitud de la operación. Los individuos, cinco en total, parecían africanos, quizá árabes. No se sabía exactamente en qué idioma se expresaban... Mostraban gran interés por el moderno armamento exhibido. Los encargos los verificaban utilizando los dedos de las manos. Cinco tanques, tres cañones antiaéreos, dos cañones de tamaño medio, un lanza—cohetes, cien ametralladoras, mil fusiles, mil bombas de mano... (cien veces uno de ellos mostró sus diez dedos). Cuando la lista de petición de material estuvo preparada, uno de los individuos en cuestión se dispuso a estampar su firma, mejor dicho, su pulgar derecho. De repente, sus ojos repararon en un vulgar pisapapeles de bronce fundido. Inquirió con la mirada sobre su utilidad y el Jefe del Departamento, ni corto ni perezoso, lo cogió con su mano derecha y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la cabeza de uno de los vigilantes de la exposición, que cayó al suelo fulminado. Los individuos, sorprendidos y sonrientes, se pasaron media hora indicando con los dedos que querían doscientos mil pisapapeles del modelo aludido.

Farsante

Se hacía pasar por sordomudo y vendía lotería falsa. Siempre ocupando su esquina, en una calle muy concurrida de la gran ciudad, y dispuesto a desaparecer de la faz de la tierra en cuanto les correspondiera a “sus números” un premio importante. Pero, para su fortuna, esto no ocurría... Hasta se había permitido el lujo de abonar “una terminación” y “una pedrea”. La gente compraba sonriente y complacida; le hablaba pero él solamente esbozaba una amable sonrisa. Un día, un ratero que había observado la importancia de sus ingresos, le robó la cartera de improviso. Quiso gritar, pero se contuvo. Hubiese echado a perder el negocio...

“Sala de la juventud”

Después de cenar copiosamente en un restaurante de moda, los tres matrimonios decidieron proseguir la velada en una sala de fiestas que la publicidad definía como “la sala de la juventud”. Alegres y dicharacheros, su conversación en alta voz vino a turbar la tranquilidad de varias parejas, arrulladas por música “pop” en discretos rincones, débilmente iluminados. Uno de los recién llegados, un cincuentón de anchas espaldas, de porte distinguido y voz altanera, observó molesto a una de las parejas que se besaba con pasión, y comentó con sus compañeros la falta de educación que mostraban “ante las señoras”. Llamó al “maitre”. Este, ante el tono recriminatorio del cliente, no pudo por menos —muy a su pesar— que llamar suavemente la atención a la pareja. Como quiera que la misma no se inmutara, se levantó el caballero, a pesar de las protestas airadas de su mujer y amigos y propinó una sonora bofetada al joven. La pareja, confusa, abandonó el local. El caballero, satisfecho, volvió a sentarse. “Siempre serás el mismo”, le dijo su mujer.

Auto-stop

Le aseguraban que la práctica del auto-stop entraña muchos peligros, pero él se negaba a admitirlo. ¿Cómo podía ser peligrosa, por ejemplo, la presencia de aquella dulce muchacha de ojos azules que llevaba sentada a su lado, recogida quince kilómetros antes? Quería llegar a Venecia. “¿Conoce usted Venecia?”. No, no conocía esa ciudad ni cualquiera otra de Italia. Jamás había estado en Italia. ¿Era normal?, se preguntó. No, no era normal. Fue un viaje maravilloso, turbado solamente por el recuerdo de la mujer, suegra e hijos que había dejado atrás. Intentó explicar lo ocurrido por carta, antes de afrontar el regreso.

La fuga

Decidieron fugarse, al igual que lo habían hecho tantas parejas de enamorados a lo largo de los siglos. A su vuelta, ante el hecho consumado, los padres de la muchacha no tendrían más remedio que aceptar la situación. El plan salió a la perfección, pero se sintió molesto al regreso, ante la efusiva alegría de los padres de la muchacha, que en momento alguno tuvieron palabras de reprobación. Se casaron de inmediato y meses más tarde, tomando café en casa de sus suegros, pudo enterarse por ellos, gracias a una trivial conversación en torno al carácter fantasioso e infantil de su hija, de lo propensa que había sido su mujer a fugas y escapatorias. Lo achacaban a la lectura de novelas, a la televisión, al cine, a las malas compañías... “Desde luego, usted fue el único que se atrevió a presentarse con ella”, afirmó la madre, mirándole con ojos agradecidos y tiernos.

Déspota

Comían y cenaban en silencio, mientras el padre leía los periódicos. Jamás una palabra, una frase o un comentario habían logrado turbar su lectura. Un día, el hijo mayor expresó su deseo de ser sacerdote, sin que el padre se percatara de lo dicho. En otra ocasión, la hija anunció, con evidente temor reflejado en sus palabras, que se iba a casar. También la madre, años más tarde, comentó que su salud no era buena. Sus palabras se entrecortaron con un débil quejido. Se enteró de su fallecimiento leyendo, naturalmente, el periódico del día, en la mesa, mientras almorzaban. Sus ojos llorosos se encontraron con los ojos cargados de odio de su frustrado hijo y de su hija solterona. Comprendió que no es bueno leer los periódicos en la mesa.

Hundimiento

El edificio se vino abajo a medio construir y los técnicos afirmaron que por culpa de una defectuosa cimentación. Los bomberos se afanaban en extraer los cadáveres de los infelices que habían encontrado la muerte trabajando. Un reportero tomaba en su bloc las consabidas notas. Dada la ignorancia, por parte de los dirigentes de la empresa constructora, el número de desaparecidos y víctimas, optó por anotar cuidadosamente los cadáveres localizados... “Diecisiete, dieciocho, diecinueve, vein...”. Se detuvo porque los bomberos habían descubierto una pierna, pero al retirar los cascotes en torno a ella, comprobaron que la misma estaba cortada y que pertenecía a un cuerpo encontrado con anterioridad. Borró lo escrito y lo dejó definitivamente en “diecinueve”. Lo lamentó porque siempre al titular resulta más llamativa la palabra “Veinte” (“Veinte muertos en el hundimiento...”, etc) que “diecinueve” (“Diecinueve muertos en...” etcétera).

Ataque masivo

El enemigo estaba allí, fuertemente atrincherado y protegido por numerosas baterías, que cubrían con su fuego todo el valle. Era preciso atravesarlo con cargas furiosas de la caballería. El Alto Estado Mayor calculó que serían precisas cinco oleadas, cada una de ellas con cinco mil hombres. Teniendo en cuenta que el enemigo causaría un sesenta o setenta por ciento de bajas, era lógico suponer que la quinta oleada llegaría a su destino. Dadas las órdenes pertinentes se iniciaron las cargas. La batalla no se desarrolló según el cálculo previsto y lo cierto es que para la supuesta última y definitiva oleada, sólo quedaban dos soldados. Preguntaron éstos si la carga tenían que hacerla al galope forzosamente como las anteriores. Vistas las circunstancias se les dio plena libertad para hacer lo que quisieran. Y los dos soldados, pie a tierra, cansadamente, arrastrando de la brida a sus respectivos caballos, se lanzaron contra el enemigo, hablando tranquilamente de sus cosas...

El buzón

Tras un viaje de negocios que llevó a cabo por el extranjero, tuvo la ocurrencia de implantar un “buzón de sugerencias” en la fábrica. Una nota colocada encima del buzón indicaba que toda idea o sugerencia digna de interés y aprovechable por la Dirección, sería compensada con una estimable cantidad de dinero en metálico. Fueron numerosas las sugerencias recogidas al cabo de la primera semana. Una de ellas fue tomada muy en cuenta por lo que mucho personal fue despedido al comprobarse, efectivamente, que el trabajo que realizaban no era en modo alguno rentable. Nadie supo quién había sido el autor y responsable de la sugerencia, pues el Director no quiso decirlo. Pero desde aquel momento nadie volvió a depositar misiva alguna en el buzón, y todo el personal se vigilaba con recelo y desconfianza dentro y fuera de la fábrica. Cuando T. se compró cinco años más tarde un televisor a color, muchos compañeros creyeron ver en él al autor de la sugerencia.

La bomba atómica

Era rabiosamente feliz, inmensamente feliz. Reía como un idiota, solo, en medio de la calle, camino de la casa de sus padres. Arrastraba su medio cuerpo, emplazado en un carrito con ruedas, con sus manos, protegidas con guanteras de cuero. Al volver del frente temió que su novia, viéndole reducido a aquel estado, le abandonara. Pero no fue así. Solícita, arrodillándose, colocó un beso en su frente. Por eso caminaba, perdón se deslizaba, ahora tan feliz. Le importaba un bledo que Japón ganara o perdiera la guerra. El sufrimiento le había hecho egoísta. Era el hombre más feliz de todo Hiroshima. Y cuando oyó muy lejano el zumbido de un avión pensó que no había bombas en el mundo suficientes que pudieran empañar su felicidad. El desconocimiento de los avances técnicos norteamericanos en materia nuclear le hacía asumir las consabidas y tontas actitudes del enamorado.

Hombre-pájaro

Su trabajo básico se desarrollaba regular e invariablemente en la Oficina Municipal de Impuestos. Pero tenía una afición secreta, una ambición oculta: volar. Por sus propios medios, se entiende. Tras cinco años de trabajos y afanes, logró fabricar, en su pequeño taller de carpintería, un ingenio volador. Una mañana fría de domingo planeó con éxito por la ciudad, sin que, al parecer, nadie se percatara del hecho. Loco de alegría lo contó en la Oficina. Ante la indiferencia y escepticismo de sus compañeros, se ofreció a repetir la hazaña. A las once de la mañana de un lunes laborable, planeó y dio varias vueltas al edificio que albergaba la susodicha Oficina, a la altura de la planta undécima. Estos no daban crédito a sus ojos. El Jefe de Negociado, irritado por la algarabía provocada, le descontó un día de sus vacaciones y le prohibió volar en horas de Oficina.

Los novios

Veinticinco años de noviazgo eran muchos años. Así lo estimaban los dos, es decir, el novio y la novia. Sólo tenían una alternativa: casarse o separarse. Probaron la separación. Imposible. Ella prorrumpió en llanto al doblar la esquina, ante el asombro de los peatones. Él la llamó por teléfono ansiosamente por la noche a su casa, jurándole que no podía vivir sin ella. Decidieron casarse. La noticia conmovió a la madre de la novia. Lloró, sollozó sin tregua y pausa. “Mi hija, mi pobre hija decía—, casarse así... tan de repente”.

En el avión

El avión de la línea regular volaba repleto de pasajeros. Era un vuelo con escalas previstas... Por lo menos, así lo creyó cuando montó. Se llevó una gran sorpresa al enterarse por la azafata de que, dado que era el único pasajero con billete para Wichita, el avión (evidentemente con la intención de ahorrar combustible) no haría escala... “Se precisa un mínimo de dos pasajeros”, le aclaró la azafata y le tendió el paracaídas, que utilizaban para estos casos. Atemorizado sugirió la posibilidad de continuar el vuelo. Se le informó que podía hacerlo, pero abonando un suplemento. Ante esta perspectiva se dejó enfundar dócilmente el paracaídas. Los demás pasajeros no prestaban la más mínima atención a la conversación. Leían, dormían, charlaban. Parecían estar habituados a estos preparativos. Cruzaron el pasillo y llegaron a la portezuela trasera del avión. Un rótulo decía: “Salida de emergencia”. La azafata, mientras abría la misma, indicó al pasajero una anilla que le colgaba del paracaídas: “Tire de ella una vez que haya contado hasta diez”. Y empujó al vacío al aterrorizado pasajero. Su cadáver, naturalmente destrozado, lo encontraron una semana más tarde. Se armó un pequeño escándalo y la Compañía se avino a mejorar el dispositivo de los paracaídas utilizados en estos casos.

El robo

Dejaba aparcado el coche en una callejuela céntrica, mientras cumplía su jornada laboral en una entidad bancaria. Un día, al salir, sorprendió a un individuo en el interior de su coche. La sorpresa fue tan grande que no reaccionó en el primer momento, dejando que emprendiera la huída. “¡Al ladrón!”, gritó desafortunadamente, corriendo tras el individuo. A sus gritos unos cuantos transeúntes reaccionaron. Uno de ellos logró ponerle la zancadilla. El fornido individuo cayó al suelo lastimándose un pie. Su cazador le asestó un puñetazo y empezó a sangrar de las narices. Cogido entre cinco empezaron a llamar a un guardia. No acudió ninguno... Se lo entregaron finalmente al empleado bancario. Le metieron en su coche, aconsejándole le llevara rápidamente a la Comisaría más cercana. El empleado, visiblemente turbado, arrancó con el fornido ladrón que continuaba sangrando por la nariz... Le ofreció su pañuelo y se ofreció a llevarle a su casa. “No se preocupe, no le voy a denunciar”, afirmó con voz entrecortada.

El semáforo

Iba con su hijo de seis años camino de casa, tras haber jugado en el parque.

Al llegar al semáforo el niño apretó el botón de “cruce”. Esperaron un momento y cruzaron en “verde”. Un coche, que venía lanzado, con cinco individuos en su interior, pegó un frenazo, esquivó a la pareja asustándola y prosiguió su viaje. El padre gritó y lanzó un terrible insulto contra la madre del conductor. Unos metros más adelante el coche se detuvo. El chófer se dirigió al hombre, que sin intentar reaccionar siquiera, recibió una sarta de puñetazos. Los demás ocupantes del vehículo lograron separarlo y llevárselo. El niño lloraba y gritaba “Papá” con desgarró. Nadie circulaba por la calle en aquel momento... Padre e hijo reanudaron el camino. El padre se limpiaba las heridas y contusiones y calmaba al niño. “No le contaremos nada a mamá, ¿eh?... Pero si te pregunta algo, le dirás que papá se ha pegado contra cinco hombres malos... Cinco, recuerda, cinco”.

En suiza

Era una residencia cara y de prestigio. Quizá la más cara y la de mayor prestigio de Suiza. Todos los hijos de las familias más notorias de Europa recibían, en la misma, educación e instrucción. A su servicio figuraban un crecido número de sirvientes de ambos sexos, en su mayoría extranjeros. El último de los contratados, un joven turco de famélica figura, se esforzaba por agradar a la Dirección y complacer a los educandos. Limpiaba los retretes, servía los desayunos, recogía las pelotas con destreza en las pistas de tenis, llevaba los cestillos con provisiones en las excursiones por la montaña (a la hora del yantar se alejaba discretamente de los grupos y comía en solitario sus bocadillos), etcétera. Un día, en la clase de equitación, al estar uno de los caballos enfermo, como quiera que una niña de ojos azules y cabellos rubios se pusiera a berrear, al ver que quedaba en tierra y sus compañeros se alejaban en sus monturas, se ofreció a llevarla sobre sus hombros. La niña se divirtió mucho. El joven turco extenuado no pudo al día siguiente servir los desayunos.

Leones

Trataba de demostrar al empresario que su número circense era único en el mundo. Montó la jaula y encerró en la misma a cuatro enormes leones. Desde fuera entregó a uno de ellos un aro. Un león lo sostuvo con su pata derecha mientras que otro saltaba atravesándolo limpiamente. A otra señal del domador los leones jugaron al corro, erguidos sobre dos patas. Luego con una pelota dieron cabezadas. Lo hacían todo sincronizadamente, con gran maestría. El empresario no quedó muy convencido de la atracción. Le dejaban frío aquellas habilidades de los leones. “Parece como... como si usted les tuviera miedo... No se acerca a ellos, no arriesga nada... En dos palabras: no hay emoción”. El domador, sorprendido y dolido por aquellas palabras, se introdujo resuelto en la jaula y profirió un rugido terrible. De un salto los cuatro leones, asustados, se encaramaron al techo de la jaula, y allí permanecieron varias horas. Hasta que no perdieron de vista al domador no se atrevieron a bajar...

La calumnia

Unas cartas anónimas iban a destrozar su vida... Unas cartas abyectas, groseras, infames, calumniadoras, estúpidas, que recibió el alcalde primeramente, luego el párroco, y después unas cuantas personas más de la pequeña localidad. Él ignoraba la existencia de las mismas, pero observó, sin embargo, cómo poco a poco, paulatinamente, la gente dejó de hablarle. Lo mismo ocurrió con sus discípulos. Se preguntaba el maestro por la posible causa, si olería mal su aliento, si no aprobaban su sistema de enseñanza... El caso es que un día, harto de tanto vacío en torno suyo, abordó al alcalde, que paseaba por la plaza mayor, y le pidió hablar a solas... El alcalde se negó, enfurecido: "Por lo que pueda pensar la gente, más vale que no hablemos a solas...". Al maestro aquella respuesta le pareció una solemne tontería y no insistió.

Ahorrando

Tras la cena, a los postres, el hombre extrajo un cuaderno del aparador y con un lápiz se puso a hacer números. Su mujer y los hijos en la habitación contigua, veían un film en la televisión. Cuando éste hubo terminado y los niños se retiraron a dormir, el matrimonio se quedó comentando la situación económica. “Esto no puede seguir así... Tendremos que prescindir del coche”. La mujer se resistía... Por los niños, por los vecinos, por la familia. Esbozó un plan de ahorro, para paliar la situación. “Comemos demasiado, Antonio”, y diciendo esto se retiró a la cama. El tal Antonio cerró el cuaderno y lo volvió a dejar en su sitio. Al ponerse el pijama, observó su estómago y pensó que su mujer tenía razón...

El misionero

Toda la familia rodeaba al venerable misionero de barba blanca, recién llegado de las selvas africanas. Inquirían con avidez noticias del hijo que un buen día (hacía quince años) se fue “a salvar almas y a merecer la palma del martirio”. Había muerto, ciertamente, pero en cama, aquejado de unas fiebres malignas. “¿Entonces no sufrió martirio?”, preguntó ansiosamente su madre. El venerable misionero tuvo que explicarles que murió cristianamente rodeado de todos los suyos, de su mujer, de sus hijos... Antes de que nadie pudiera reaccionar les mostró una foto del ex-misionero (“había perdido la vocación”, explicó) con su esposa, una hermosa negra, de abultados y deformados labios, y sus hijos, cuatro simpáticos negritos... Consternada, toda la familia guardó un profundo silencio.

El anciano

Las niñas correteaban a la hora del recreo en el jardín, felices y tranquilas, en aquella apacible tarde de invierno. La hermana religiosa vigilaba y, al tiempo, hacía calceta, sentada en uno de los bancos. Por el sendero, apareció un anciano de noble aspecto, con abrigo y bastón. Al llegar a la altura de la religiosa, se detuvo, se desabrochó el abrigo y se mostró en toda su patética desnudez. Rápidamente, se cubrió de nuevo al tiempo que la hermana profería un grito de espanto. Las niñas interrumpieron sus juegos y se acercaron a la hermana, mientras el anciano se alejaba presuroso. La hermana, turbada, se aturulló y no supo darles ninguna convincente explicación. Las niñas pensaron que habría sido culpa de aquel anciano exhibicionista que todos los días, cuando la hermana hacía calceta, se desabrochaba el abrigo delante de ellas y les regalaba caramelos...

Un celoso

Minutos antes de que iniciara su número circense sorprendió a su mujer abrazando a otro, tras el carromato en que vivían. No tuvo ocasión de decirle nada. Les requirieron y se presentaron en medio de la pista, en medio de una atronadora salva de aplausos. En medio de la general expectación y de un silencio impresionante, fue lanzando los cuchillos uno tras otro delineando claramente en la madera la silueta de su mujer, que soportó todos los lanzamientos impertérrita. Cuando hubieron terminado y mientras saludaban al público sonrientes, él, entre dientes, acertó a decir: “Espero que esta noche me des una explicación”.

El hijo pródigo

“Ahora vuelvo”, dijo cierto día a sus padres y en diez años no supieron nada más de él. (Al día siguiente de su marcha descubrieron que se había llevado todo el dinero del arcón). Su novia guardaba la ausencia y esperaba vanamente una carta que jamás llegaría. Su padre, por el contrario, se sentaba todos los días, al atardecer, bajo la gran cruz del calvario, a la salida del pueblo y observaba con impaciencia y ansia el horizonte. Estaba firmemente convencido de que un día regresaría... Y así fue. Su silueta inconfundible comenzó a perfilarse y el padre no pudo por menos que exclamar: “¡Es él!”. Acto seguido cogió una piedra del camino y se la arrojó con fuerza. El hijo, asombrado, se detuvo y logró esquivarla. Ante la segunda, que pasó rozando su cabeza, puso pies en polvorosa. “¡Sinvergüenza!”, exclamó su padre, limpiándose con saliva las manos mientras observaba cómo se perdía de vista la figura de su hijo. La novia lloró cuando le contó lo sucedido. “No te preocupes, volverá...”. Efectivamente volvió... diez años más tarde. Ya para entonces sus padres habían muerto y su novia se había casado y tenía cinco hijos.

Aumento de sueldo

Expuso a su jefe la situación en que se encontraba. Llevaba diez años con el mismo sueldo y en su hogar tenía más necesidades porque los hijos habían aumentado y crecido. Quiso conferir a sus palabras firmeza y decisión, pero salieron de su boca suplicantes y llorosas. El jefe escuchó pacientemente y cuando hubo terminado la perorata, replicó rotundamente: "No". Y aclaró que si no estaba contento en la empresa podía irse cuando quisiera. Al llegar a casa, su mujer, con los ojos inquisitivos, aguardaba impaciente. (Ella le había estado constantemente animando y suplicando para que diera tal paso). No se atrevió a decirle la verdad. "A primeros de año tendré un sustancial aumento". Emocionada, le abrazó, mientras él, imperturbable, con los ojos fijos en el calendario de cocina, calculaba que durante tres meses podrían vivir felices y tranquilos.

La limosna

Se conocían desde hacía muchos años. El mendigo ocupaba invariablemente su puesto en la acera, en un chaflán cercano a la casa del benefactor anónimo. Se saludaban cordialmente todos los días, cuando le daba invariablemente una moneda de cinco pesetas, con la mejor de las sonrisas. Un día el mendigo se atrevió a exponerle su problema (iban a intervenir quirúrgicamente a una hija suya). Le pidió cien pesetas con un hilo de voz. Desagradablemente sorprendido, el benefactor echó mano de su cartera y se las dio... Durante veinte días el mendigo no le volvió a ver. Pasado este intervalo de tiempo, el benefactor volvió con la mejor de sus sonrisas a su habitual costumbre.

El viaducto

¿Qué fuerza, qué imán, qué poder oculto tenía aquel viaducto que inducía a la gente a arrojarse desde él? Nadie lo sabía. Un día, un hombre de aspecto modesto. En otra ocasión una señora de edad avanzada que, antes de saltar la barandilla con grandes dificultades, depositó el capazo con la compra del mercado cuidadosamente sobre la acera... En cierta ocasión, otro hombre que transitaba por el viaducto escuchando a un sacerdote abandonó de improviso la compañía de este último y se arrojó rápidamente al vacío. El sacerdote expresó un gesto de impotencia... Colocaron a un guardia de vigilancia y con el tiempo también el guardia se arrojó al vacío. Colocaron a otro guardia, al cual doblaron el sueldo, y éste continuó en su puesto, por fortuna, hasta el día de su jubilación... Murió también en el acto.

El récord

Se había empeñado en batir el récord mundial de permanencia en globo y, tras fatigosos ahorros, al cabo del tiempo, pudo adquirir uno. Llevó a cabo los preparativos necesarios para su ascensión en la plaza mayor del pueblo, coincidiendo con las fiestas del Patrón de la localidad. Una enorme muchedumbre presenció la subida a los cielos, despidiéndole con flamear de pañuelos y griterío ensordecedor. Cuando se convirtió en un puntito perdido en el infinito, la gente se dispersó. Pasaron los días, los meses y nadie supo más de él. Una noche volvió de improviso y en silencio. El pueblo dormía y a través de las ventanas de su casa observó que su mujer abrazaba a otro. Loco de furor, rabia y celos se subió al campanario de la iglesia que se levantaba junto a la plaza y se arrojó a la misma. A la mañana siguiente, cuando descubrieron su cadáver, todos se maravillaron del estado del mismo, porque teniendo en cuenta que cayendo desde la estratosfera (por lo menos), dada la distancia y el tiempo transcurridos, tenía que haberse volatilizado por fuerza.

El premio

Tenía prisa por coger el tren que le llevaría nuevamente a su pueblo. Había pasado la jornada cumplimentando todos los encargos, gestiones y compras que le habían encomendado sus paisanos y vecinos. La gran ciudad le destrozaba, le asfixiaba. Tenía prisa por dejarla. Verificó un último encargo: en una lista oficial de la Lotería Nacional comprobó que, efectivamente, a un décimo que le habían dado le había correspondido un pequeño premio. La Administración desgraciadamente estaba cerrada. Nervioso pensando que iba a perder el tren, abordó a un señor, contándole lisa y llanamente lo que le sucedía. El señor le partió la cara, llamó a un guardia que lo llevó a la Comisaría más próxima, le tomaron la declaración, lo encerraron y al día siguiente, comprobada la validez del décimo, lo dejaron en libertad. Cobró el premio y en el primer tren que pudo tomar se volvió al pueblo, donde jamás contó a nadie lo sucedido.

En la oficina

Recibió un telegrama de manos del botones en su mesa de trabajo, en la sucursal bancaria. Lo leyó y miró en derredor suyo... Sus compañeros trabajaban en silencio. “¿No será una broma, verdad?”. Sus compañeros negaron y protestaron reiteradamente. No, no era una broma. El telegrama decía que su padre había muerto. Era objeto de tantas burlas y escarnios, dado lo débil de su carácter, que no se fiaba de nadie. Se levantó, pidió permiso al jefe para ausentarse y se dispuso a tomar el primer tren que le llevara a su pueblo natal. Una vez en el mismo, comprobó con alivio que sus compañeros no le habían tomado el pelo. Había muerto. Era cierto.

El conquistador

Estaba casado, tenía seis hijos, pero presumía de “conquistador”. Según él, ninguna mujer se le resistía. Todas caían, enamoradas en sus brazos. Los amigos le envidiaban, le admiraban. “¿Cómo lo haces, qué les dices?”. Pero él se encerraba en un mutismo enigmático. No era cuestión de descubrir la miserable realidad de sus promesas... de falso hombre soltero. Juraba amor eterno, fidelidad absoluta, más allá de la vida y la muerte, mostraba las fotos de sus ancianos padres; las cartas de una primera novia que murió (auténticas, desde luego) y la ambición de compartir un hogar cristiano. Ambicionaba tener seis hijos por lo menos y llegado a este punto, insistiendo en el mismo, es cuando conseguía su propósito. Porque para tener tantos hijos era preciso actuar de prisa y sin pérdida de tiempo...

El capitán

¡Al ataque!, gritó el capitán, sable en mano, saliendo de la trinchera, decidido, campo a través, contra el enemigo. Nadie se movió. Las balas silbaban por doquier... Al cabo de un rato, el capitán regresó, jadeante y fatigado. “No quiero cobardes en mi compañía. ¡Al que no me siga haré que lo fusilen!”, y diciendo esto volvió a salir de la trinchera, gritando el habitual: ¡Adelante!. Volvieron a silbar las balas y los soldados no se movieron. Esta vez el capitán, afortunadamente, no volvió.

Seguro de vida

El agente de seguros llamó a la puerta y con su insistencia y verborrea consiguió entrar y sentarse en el sofá del salón-comedor, junto al cabeza de familia. Este, al principio escéptico y esquivo, se fue mostrando al rato, interesado en el asunto. El agente trataba de convencerle para que suscribiera una póliza “seguro de vida”. Insistió mucho en el futuro de su mujer e hijos y en los peligros que ofrece la vida moderna —accidentes de coche, de avión, el cáncer, los infartos de miocardio, los ladrillos que caen de los tejados...— y tanto reforzó estos argumentos, describiendo un panorama tan negro para la presunta viuda y los presuntos huérfanos que, el hombre, en un momento determinado, prorrumpió en sollozos incontenibles. Alarmada, acudió su mujer a consolarle, al mismo tiempo que enojada gritaba al agente de seguros: ¿Qué le ha dicho usted a mi marido? El agente, cabizbajo, se fue pronunciando confusas palabras...

Adulterio

Engañaba a su mujer desde hacía quince años. Todas las tardes, cuando salía de su trabajo habitual, acudía al apartamento de la otra. Charlaban, jugaban al parchís... y rara vez salían a la calle. A lo sumo, a algún cine de barrio. A su mujer le había contado en su día, una razonable y poderosa mentira: llevaba, en sus horas extras, la contabilidad de otra pequeña empresa. Un día, a la salida de un cine, fueron descubiertos por su mujer inopinadamente. Fue tal la sorpresa, que lo único que supo hacer fue desprenderse con soltura del brazo de la otra. Su mujer desapareció rápidamente entre la multitud. Cuando llegó a su casa (lo más rápidamente que pudo) su mujer le sirvió la cena sin mediar palabra alguna. Una vez en el lecho matrimonial, le dijo, en lugar de las habituales “buenas noches”: “Lo sabía”. Y él se quedó con la duda, duda que se llevaría a la tumba veinte años más tarde, de si lo sabría de reciente o desde hacía mucho tiempo...

El perdón

Cuando la muchacha habló de matrimonio, no quisieron escucharla. Opinaban sus padres que “aquello” era una locura. “¿Qué diría la gente?”. A la muchacha no le importaba nada la opinión de la gente. Tampoco le importaba vivir como los gitanos, de ciudad en ciudad, porque su marido actuaba en las plazas de toros. Se querían y eso, a su entender, era suficiente. No lo entendieron así sus padres y un día ella desapareció para siempre. Años más tarde, en el lecho de muerte, el padre los perdonó. El matrimonio acudió junto al moribundo. La hija besó con emoción la frente de su padre y luego aupó a su marido —un famoso torero-enano, figura destacada de un espectáculo cómicotaurino — para que hiciera lo propio...

“Cabezadura”

¡El siguiente!, gritó desde su sillón. Con un gran puro en su boca, examinó con detenimiento al hombrecillo que se asomó tímidamente tras la puerta de su despacho: “¿Qué sabe usted hacer?”, le preguntó insolentemente el empresario circense. El hombrecillo, sin mediar palabra, se subió a una silla y se tiró al suelo de cabeza. Se levantó y tomando carrerilla se lanzó contra la pared. Esta retumbó. Hizo lo mismo con la pared contigua. Cuando intentó subirse a la mesa del despacho, el empresario gritó: “¡Basta!”. Le tendió un documento: “¡Firme aquí si está conforme! ¡Trescientas pesetas por función!”. El hombrecillo se apresuró a firmar, al mismo tiempo que preguntaba con voz esperanzada: “Son dos funciones al día ¿verdad?”.

Atraco

Tres sujetos de pésima catadura entraron con paso decidido en la entidad bancaria, empuñando sendas metralletas. Al grito de “¡Manos arriba!”, todos los empleados y clientes levantaron los brazos asustados y atemorizados. Uno de los atracadores, acercándose al cajero, le ordenó imperiosamente le entregara todo el dinero que tuviera y lo introdujera en un maletín que le tendió. El cajero, sumiso, nervioso, servicial y cabizbajo, fue depositando los fajos de billetes con mucho cuidado y orden en el susodicho maletín. Una vez que hubo terminado la operación, los asaltantes se fueron tan rápidamente como llegaron. La excitación de los clientes y empleados duró varios días y la prensa recogió profusamente el hecho. El cajero compró cinco ejemplares de un diario que mostraba su fotografía, y repetía hasta la saciedad, a todo cliente que se aproximaba a su ventanilla: “Porque tengo cuatro hijos, que si no...”

Un silbido en U.S.A.

Aquel hombre de color se había atrevido a piropopear y lanzar un silbido admirativo al paso de una mujer blanca, que se cruzó ante él, en la acera de una pequeña localidad al sur del estado de Virginia. Su abogado defensor alegó cuando lo juzgaron —en camilla, por supuesto y dos meses más tarde, una vez que se hubo recuperado de la paliza que le propinaron “in situ”— que estaba totalmente borracho, pero el argumento resultó inútil ya que el procesado, nuevamente, no pudo sustraerse a la tentación de silbar a una mujer blanca que integraba el Jurado y estuvo a punto de ser linchado en el acto ante el mismo juez. A regañadientes se conformó el público blanco, por supuesto, con la condena a cadena perpetua. Pasados algunos años, al desgraciado le dio por silbar al paso de sus guardianes blancos, que le propinaban tremendas palizas, pero lo cierto es que las largas permanencias en la cárcel suelen originar estos dolorosos percances.

La hora postrera

A., en el lecho, se percató de que la única solución aceptable era rezar. Con grandes esfuerzos mentales, acertó a decir: ¡Santa Gema y San Gabriel, amparadme! Repitió la jaculatoria, que tantos sudores le había costado recordar, cien veces pues no recordaba bien si había que repetirla cien veces para ganar un día de indulgencia o bastaba con pronunciarla tan sólo una vez para ganar cien días de indulgencia. Por si acaso empleó el sistema más fatigoso... Resulta increíble la buena voluntad que es capaz de desarrollar una persona cuando cree que su última hora está cercana.

Examen de conducir

El ingeniero montó a su lado y dijo: “¡Vamos!”. El aspirante a obtener su carné de conducir arrancó y con la mirada fija ante el parabrisas y las manos agarrotadas en el volante se adentró en los complicados vericuetos de la circulación ciudadana. Marchaba sin novedad hasta que, de repente, una señora se lanzó a cruzar la calle distraídamente y con celeridad. El examinado no pudo por menos que atropellarla. La señora lanzó un “¡ay!” desgarrador, pues para cuando frenó era demasiado tarde... Se arremolinó la gente, el ingeniero, desplazando imperiosamente al conductor, cogió el volante y se llevó a la mujer a un centro de asistencia urgente. El aspirante, solo, en medio de la calle, se preguntaba si tendría alguna posibilidad de aprobar el examen...

Una familia

Dijo “hola” al entrar en su casa y nadie le respondió. La mirada de su mujer y de sus hijos estaba fija, más bien clavada, en el televisor. Malhumorado se dirigió al dormitorio matrimonial. Al cabo de unos minutos regresó, en pijama y zapatillas. Sin mediar palabra, mientras se dirigía hacia su sillón preferido, apagó el aparato al tiempo que con un rápido pescozón desalojaba a uno de los pequeños del asiento. Su mujer se levantó visiblemente disgustada, a conectar de nuevo el televisor. Un grito profundo, terrible, cortó su acción a medio camino. ¡¡¡Quieta!!! Visiblemente turbada, próxima al llanto, se sentó en su sitio y para disimular su agitación se dedicó a hojear una revista... mientras los niños, refunfuñando, se fueron a la cama.

Concurso

Mi hijo tiene nueve años. Le han dicho en el colegio que prepare un dibujo —concretamente la figura de un payaso— para participar en un concurso escolar a escala nacional. Se ha pasado todo el domingo pintando papeles en blanco. Al final me ha mostrado un papel embadurnado, donde se perfila algo semejante a un rostro. “¿Me darán el premio?”, pregunta. Calculo que se presentarán trescientos mil niños al concurso. Por un lado, no quiero quitarle la ilusión, y por otro, pienso que es prematuro aclararle su real situación en la vida y sus posibilidades futuras...

“Hombre-cañón”

Le llamaban así porque trabajaba, en razón de su profesión, en un modesto circo ambulante —tan modesto que no disponían de carpa y es por ello que actuaban siempre al aire libre, cuando no llovía...— de pueblo en pueblo. Se metía en un cañón, redoblaban los tambores, el presentador de pajarita azul decía: “A la de una, a la de dos...” y al decir “a la de tres” salía disparado, cayendo siempre sobre una lona flotante, convenientemente emplazada para evitar un golpe mortal. Un día, sin que nadie supiera por qué, el “hombre-cañón” introdujo subrepticamente en el cañón triple carga de pólvora y cuando se disparó salió con mayor fuerza, yéndose a estrellar contra el muro de una granja. Quedó destrozado. Más tarde, encontraron en el camerino de su carromato una carta dirigida al “Señor Juez”, usual en estos casos, en la que explicaba que estaba harto, hastiado de su vida vulgar y sin horizontes.

Náufragos

Se encontraban en el límite de sus fuerzas. Se había hablado de efectuar un sorteo para que alguien de los seis fuese inmolado, devorado, comido por los demás, pero la idea no prosperó. La balsa se movía en medio del océano, a merced de las corrientes. Por la noche pasaban un frío terrible y durante el día el sol los abrasaba. Cierta noche, de luna llena para ser precisos, uno de los naufragos se dedicó a observar atentamente las nalgas de uno de sus compañeros, que dormitaba boca abajo, cubierto con un sucinto taparrabos. Observando que era el único que se mantenía despierto, se acercó lenta y cautelosamente al cuerpo tendido, bañado por los pálidos rayos de luna y decididamente echó un mordisco a la nalga derecha del compañero. “¡Ay!”, dijo el otro, despertándose sobresaltado. El hambriento, sorprendido, musitó “perdón” y se retiró a una esquina de la balsa, visiblemente turbado.

El árbitro

El partido de fútbol transcurría, en su primera parte, con normalidad, a pesar de su enorme trascendencia para el equipo local. Al llegar el obligado descanso, el árbitro, los jueces de línea y los jugadores de uno y otro bando se retiraron a las casetas. Ya en los vestuarios, el árbitro fue requerido con urgencia al teléfono. Desde una habitación de la Maternidad su mujer le notificaba, con cierta desilusión, que había sido niña... Una preciosa niña de ojos azules. La quinta... En la segunda parte del encuentro —y sin que nadie supiera por qué—, expulsó a dos jugadores del equipo local, con gran rigor en la apreciación de las faltas, señaló un “penalty” y amonestó a otros tres... Los aficionados locales querían lincharlo, al término del encuentro, que señalaba la victoria del equipo visitante. Protegido por la fuerza pública, impasible y ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, inició el penoso retorno a su hogar...

En la piscina

Era una piscina de medidas olímpicas, orgullo del barrio. Asistió a su inauguración un teniente de alcalde, varios concejales, el constructor y muchos vecinos. Habían corrido mucho los constructores para poder inaugurarla en la fecha indicada. Pero lo habían conseguido... Un muchacho se encaramó al trampolín. Se exhibió ante los suyos (sus padres miraban en derredor, ufanos) allí en la altura, y decididamente, se lanzó al agua perfilando en el aire una bella pirueta. La gente aplaudió la acrobacia, pero los aplausos se apagaron al observar que el muchacho no surgía en la superficie. Lo sacaron más tarde, muerto, con una brecha en la cabeza. Con las prisas habían colocado el trampolín en la parte de menor profundidad de la piscina. “No me lo perdonaré nunca”, afirmó el contratista.

Fútbol

El equipo visitante necesitaba dramáticamente empatar. Le iba en juego su permanencia en tercera división. L., defensa lateral izquierdo, lo sabía y, como sus compañeros, estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo. En un córner chocó con un contrario al intentar rematar un balón. Cayó al suelo. Hizo un gesto de dolor. “Quieto”, le musitó un compañero entre dientes. Había que perder tiempo. “Quieto”, le dijo el masajista, requerido por el árbitro mientras los jugadores contrarios protestaban. L. permaneció quieto. Llamaron a los de la camilla. Se lo llevaron. Permaneció quieto varias horas afectado de conmoción cerebral. No pudo jugar más al fútbol. Ese día el equipo perdió por un tanto a cero y descendió a categoría regional. “Yo hice lo que pude”, afirmaba L. años más tarde al recordarlo.

Incidente

M. se dirigía con el coche y toda la familia en su interior hacia el campo, dejando tras sí la gran ciudad, con sus ruidos, olores y colapsos en la circulación. De repente, un coche le surgió de una calle lateral sin detenerse, ni señalar nada. Un brusco frenazo salvó la situación, pero rabioso comenzó a tocar histéricamente el claxon. El autor del lance, un hombre corpulento y barbudo, detuvo unos metros más adelante su coche, impidiendo el paso del que protestaba y arrimándose altaneramente a la ventanilla del airado conductor, preguntó: “¿Le ocurre a usted algo?”. M. calló y el hombre volvió a su coche, arrancando pausadamente. M. no fue feliz en el resto de la jornada.

Escena idílica

A.M. se sentía muy feliz cuando el pequeño tren le acercó a su punto de destino. Sus ojos extasiados no se cansaban de contemplar la gran pradera. Pensó que le resultaría imposible cometer una mala acción en una pradera. Un brusco frenazo le indicó que el tren se había parado. Una minúscula casita blanca con unas diminutas ventanas repletas de tiestos, constituía la estación. Fue el único viajero que descendió del convoy. Tampoco nadie montó en él. Un señor grueso y apacible tocó armoniosamente el silbato. El tren, poco a poco, arrancó. Se quedó contemplándolo mientras desaparecía en el horizonte. Como el horizonte resultaba sin fin y el tren marchaba un tanto lento, transcurrieron dos horas y media hasta que lo perdió de vista. Luego reparó en la campanilla. No resistió el impulso y se dirigió al jefe de estación que, en aquel momento, se dedicaba a regar los tiestos. —¿Me permite?— e indicó la campana. El señor grueso y apacible asintió con la cabeza, atento siempre a sus flores. Un alegre campanilleo resonó en la gran pradera al mismo tiempo que una flecha segaba la vida de A.M. Era la señal convenida al plan preparado de antemano por los feroces “pieles rojas”, que en número de cinco mil, atacaron sin piedad la estación y la vía férrea. En Washington, naturalmente, ignoraban dicho plan y el susodicho ataque.

Reunión de sociedad

La reunión en casa de los señores de B. estaba resultando francamente animada. Era una reunión de matrimonios. Todos parloteaban: se contaban anécdotas de viajes, de caza, problemas de circulación, chistes políticos, de actualidad o subidos de tono... En uno de esos lapsos que inevitablemente se producen en toda conversación general, el dueño de la casa, un señor más bien grueso, de gafas negras, que casi no había abierto la boca en toda la velada, afirmó alegremente: "Pues a mí me han hecho la vasectomía...". Se hizo un profundo silencio. Minutos más tarde los invitados iniciaron una discreta retirada...

Accidente

La gente se arremolinaba en el andén del “metro” esperando la llegada del próximo convoy. De repente una señora que se encontraba junto al borde del andén hizo un movimiento extraño, como si se sintiera mareada. Se balanceó y cayó a las vías, sin que las personas que se encontraban a su vera pudieran impedirlo. Los gritos de horror fueron apagados por la llegada del convoy que no pudo detenerse a tiempo, ante el cuerpo de la infortunada mujer. Un chirriar y un crujir de huesos, unas ayes desgarradores... y nada más. Algunos viajeros chillaban, otros callaban y varias mujeres se desmayaron. Un viajero, molesto y colérico, se acercó al jefe de estación y preguntó: “Y ahora ¿cuánto tiempo nos tendrán aquí?”.

El discurso

“Seré breve”, dijo el homenajeado, levantándose de la mesa. Algunos bisbiseos trataron de acallar a los comensales, que ajenos a lo que sucedía charlaban animadamente. El homenajeado, en pie, esperó pacientemente. Las charlas continuaban. Molesto y cariacontecido se volvió a sentar y continuó comiendo su postre. Casi nadie se apercibió del hecho.

El camarero

“¡Imbécil!” profirió el cliente sentado en el velador de la terraza, cuando el camarero, distraídamente, dejó caer una gota de leche en su pantalón. El camarero, circunspecto, pidió perdón y se apresuró a limpiárselo. Su jornada transcurrió sin más incidentes dignos de reseñar. Una vez en su casa, al sentarse en la mesa para cenar, su mujer dejó caer una gota de vino sobre su pantalón, inadvertidamente. El camarero no dijo nada. Otro, en su lugar, la hubiese propinado una sonora bofetada.

Romance anónimo

El parque estaba casi desierto. Era día laborable y por lo tanto no tenía nada de extraño. El sol de primavera, casi en el mediodía, comenzaba a molestar. Una señorita, de rostro agraciado, leía ensimismada un libro, sentada en la extremidad de un banco de madera. En cierto momento, ocupó el otro extremo un caballero. Antes de sentarse se quitó la chaqueta, después los pantalones, la camisa, los zapatos, los calcetines... La señorita observaba la escena con el rabillo del ojo izquierdo. Un momento después el caballero, completamente desnudo, leía un periódico. Pasado un tiempo difícil de precisar, el caballero abandonó la lectura, se vistió y se fue sin despedirse siquiera. La señorita se preguntaba más tarde si habría actuado bien al no decir nada e ignorar el hecho.

La carga de la brigada ligera

“Lo que importa, muchachos, es el estilo”, afirmó el capitán, montado en su blanco alazán. Los soldados escuchaban en silencio con la espada desenvainada, mientras los caballos, quizá presagiando el combate, piafaban nerviosos. “La muerte no importa”, terminó diciendo el capitán y dicho esto gritó: “¡Compañía! ¡A la carga!...”. En perfecta formación la caballería inició el ataque. Media hora más tarde en una extensión de veinte kilómetros, los cadáveres tanto de soldados como de caballos, salpicaban el vasto campo de batalla. Toda la compañía había perecido. En tierra, los muertos componían bellas figuras. La mirada hacia adelante, el brazo erguido con la espada en alto, la chaqueta abotonada y el cuello de la guerrera perfectamente ajustado.

El incendio

El incendio se propagó rápidamente por todo el inmueble, uno de los más altos de la ciudad. Acudieron los bomberos, pero sus esfuerzos por dominar las llamas resultaban inútiles. Casi todos los ocupantes del edificio ascendieron a la azotea. A través de los megáfonos se les advirtió que tuvieran paciencia y aguardaran a que la lona estuviera dispuesta, ya que las escaleras de salvamento no alcanzaban semejante altura. Algunos, semiasfixiados por el humo y no pudiendo contener sus nervios, se lanzaron al vacío, estrellándose contra el suelo, ante la horrorizada mirada de millares de transeúntes curiosos, que se arremolinaban en torno al edificio. Finalmente se tendió una lona, sostenida por medio centenar de bomberos. Algunos caían sobre la lona, pero otros no... Un concejal, nostálgico, a propósito de lo que estaba viendo, comentaba a un colega el espectáculo que ofrecen en Méjico unos mestizos que se arrojan al mar, entre las rocas, desde una impresionante altura, ante la curiosidad de los turistas, sin sufrir percance alguno. "Todo es cuestión de entrenamiento", afirmó.

Lágrimas

La muchacha tenía dieciséis años. Era bonita y simpática, pero los médicos le habían pronosticado escasos años de vida. A lo sumo tres o cuatro... Naturalmente, sus padres y la abuela no contaron a nadie, y menos a la desgraciada, la terrible revelación. A la anciana le costaba mucho contener las lágrimas y aparentar serenidad y felicidad. Por fortuna podía llorar a gusto y sin freno, ante el televisor, ante la propia nieta, cuando una situación dramática justificaba las lágrimas de cualquier emotiva telespectadora, pero que de todas maneras, provocaban el reproche de la muchacha. “Abuelita, no es para tanto”, decía la desgraciada. La irrupción en la programación televisiva de numerosos films y telefilms dramáticos le vino muy bien en este aspecto a la abuela. Afortunadamente, cuando nuevamente la programación cambió su contenido y se hizo más frívola y ligera, la muchacha falleció...

El cerco

Le conminaron para que desalojara su vivienda, una modesta barraca de una planta declarada en ruinas en medio de una zona de expansión urbanística, pero se negaba siempre en rotundo. Tuvieron que recurrir a la fuerza, pero se atrincheró con su vieja escopeta y nadie se atrevió a acercarse... Reporteros y redactores se interesaron por su actitud que duró cuarenta y ocho horas. Gracias a los buenos oficios y promesas del teniente de alcalde depuso su actitud. Le prometieron firmemente otra vivienda, nueva y de módico alquiler, y es por ello que se decidió a salir de su atrincheramiento y entregar la escopeta. Por desgracia, el nuevo piso estaba muy lejos y tenían que gastar mucho dinero en transportes tanto él como los suyos. Además, le multaron por no tener licencia de armas y por alboroto público. Quiso protestar pero le tildaron de loco y en las redacciones de los periódicos que se habían ocupado de su encierro, esta vez no le prestaron atención alguna. Desesperado, volvió a atrincherarse de nuevo, esta vez sin arma alguna. Lo liquidaron en breves minutos con una ráfaga de metralleta, sin contemplaciones.

La masajista

Un compañero de oficina, guiñándole un ojo, le regaló una caja de cerillas (de las “de propaganda”). Decía su inscripción: “Elizabeth, masajista y manicura”... y un número de teléfono. La llamada tenía el sabor de la aventura. Una voz femenina, cálida, le informó del horario de los servicios. Advirtió a su mujer que llegaría tarde a casa y se presentó en la dirección que le dieron. “Masajista o manicura”, le preguntó una agraciada señorita en el solitario hall de recepción. Eligió lo primero, por mera intuición. Una oronda matrona, de aspecto nórdico, fuerte y enérgica le atendió. Le hizo desnudarse casi por completo. Superado el bochorno, se sometió a sus masajes. Fue algo horrible. Cuando la buena señora hubo terminado se sentía totalmente defraudado. Esperaba otra cosa. En el hall pagó y preguntó por los servicios de manicura. La señorita le indicó que bajara a la calle y que en la peluquería de la esquina le atendería una señorita. Confuso y abochornado se fue sin decir “adiós”.

Radioaficionados

Se conocieron en onda corta. En los primeros contactos se intercambiaron los saludos y frases de rigor, hablaron del tiempo y de la capacidad de sus respectivos receptores. Pasaron los meses y se tomaron algunas confianzas a través de las ondas. Dejaron de identificarse en clave y se llamaban por sus nombres de pila. Vivían a más de mil kilómetros de distancia, pero terminaron enamorándose apasionadamente uno del otro. Hablaban incansablemente, se excitaban con sus propias palabras y terminaban desvistiéndose. Hablaban desnudos ante los receptores. Al cabo de dos años de relaciones etéreas, decidieron conocerse personalmente. Era inevitable e insoslayable. Concertaron la cita en un punto equidistante. Tomarían sendos trenes. Fijaron día y hora sin gran convicción. El hombre no había tenido jamás el valor necesario para confesarle que era ciego, y ella, de haberlo sabido, quizá habría tomado el tren. Era tuerta, pero él hubiese permanecido en su ignorancia. De todos modos, el ciego desistió y no tomó el tren.

Treinta y seis posiciones

Padre de familia, con mujer y cuatro hijos, casado desde hacía veinte años, llegó una noche a casa excitado. Su mujer se percató de su estado pero, intuitiva, se calló. Aguardó a que los niños se hubieran acostado. Él, entonces, le mostró un librito que le había prestado un compañero de oficina. Un libro danés, por supuesto. Descubría todo un mundo... inédito para ellos. La mujer, escéptica, no participaba de su entusiasmo. “No estamos ya para esas «cosas»...”, alegó por toda excusa. El marido antes de acostarse, en pijama, probó a tocar el suelo con la punta de los dedos. A la cuarta tentativa lo consiguió con cierto dolor en las rodillas. “Mira, mira...”, le dijo a su mujer, pero ésta roncaba ya apaciblemente.

La quiniela

Trabajaban en una empresa de rígidas costumbres. El personal en general tenía prohibidas las llamadas telefónicas particulares y las salidas injustificadas. A las once de la mañana y a las cinco de la tarde se servía café o té en las propias mesas de trabajo. Los dos amigos idearon un plan para rellenar semanalmente su quiniela múltiple: verse en los “servicios”. Todo iba muy bien, pero a los dos meses levantaron las sospechas del Jefe de Sección, al observar que uno de sus subordinados guiñaba el ojo a otro y al cabo de un rato desaparecían en los servicios. Descubrió el escondite... Dejó transcurrir media hora y llamó a la puerta del evacuatorio, en presencia de otros tres directivos. Los dos amigos salieron sorprendidos y cabizbajos. El Director los esperaba en su despacho. No los dejó pronunciar palabra alguna. Tuvieron que asumir la presunta culpabilidad de un pecado inconfesable. “Pero la Empresa, benévola y liberal, les perdonaba. Solamente esperaba que no reincidieran...” Se guiñaron el ojo sonrientes a la salida del trabajo. Pero la sonrisa se les heló, cuando ya en sus respectivas casas, observaron cómo sus mujeres, compungidas y llorosas, llenaban sendas maletas con sus ropas y objetos, para que abandonaran el hogar. Minutos antes el Director de la empresa había hablado con ellas por teléfono, largo y tendido...

En la aduana

No sucedía frecuentemente, pero aquella vez le ocurrió a él. El agente de aduanas le mandó abrir las maletas. Venía de Estocolmo, tras un viaje de negocios por cuenta de su empresa. No tenía nada que declarar, pero el agente —debía tener una mala mañana—, insistió... Un frasco de colonia para su mujer, unos juguetes instructivos para sus hijos y unos encargos para sus amigos. Pasó un rato horroroso cuando el agente examinó aquellos extraños artilugios, adquiridos en un establecimiento dedicado a la venta exclusiva de objetos eróticos. No supo explicar al agente ni al jefe superior la utilidad de aquellos vergonzosos objetos, de aquellos juegos, de aquellas prendas, de aquellas cápsulas... Lo retuvieron en el pequeño despacho del aeropuerto para tomarle declaración, pero le permitieron llamar a su mujer. Esta, nerviosa y excitada, se presentó media hora más tarde. Fue el propio inspector de aduanas quien le explicó lo que sucedía. Le mostró los objetos que había traído su esposo. No daba crédito a sus ojos. Prorrumpió en llanto y cuando su marido se acercó para consolarla, gritó con voz desgarrada: ¡No me toques!

El chequeo

Le habían dicho que todos los americanos se lo hacen una vez al año; y los suizos también. Más valía prevenir... y aunque gozaba de una salud excelente a sus cuarenta y cinco años, se sometió a un chequeo médico, en una clínica particular. El precio le pareció elevado, pero “la salud no tiene precio” le dijo la bella enfermera que le atendió, muy sonriente. Antes de entregarle en mano el resultado del chequeo, el director del centro clínico quiso hablar con él a solas. Sintió que las piernas le flaqueaban... No debía haber consentido jamás someterse a un chequeo. Seguro que era cáncer... El doctor, amablemente, en tono confidencial, le advirtió que el cheque que les había dejado no lo habían podido cobrar por falta de fondos en su cuenta corriente. Se deshizo en excusas y subsanó el error.

La letra

El cobrador llamó a la puerta repetidas veces, con insistencia. Finalmente abrió un niño de aspecto sucio y descuidado, que se limitó a mirar fijamente al hombre con curiosidad. “¿No está tu madre?”. El niño contestó afirmativamente con la cabeza, pero cuando el cobrador le conminó a que saliera, el niño le informó que estaba en la cama, enferma, y que le dolía mucho la cabeza. Al cobrador no pareció afectarle mucho el relato del niño. Se limitó a extraer de su cartera una letra de cambio y a dársela al muchacho. “Toma, guapo, dársela a tu mamá... Y ya sabes que si no la paga os quitarán el televisor y te quedarás sin ver a esos payasos que te gustan tanto”. Y diciendo esto le dio un cariñoso pescozón...

Perversión

Diez años llevaba en la casa sirviendo y en ese tiempo había almacenado un odio feroz e incontenido contra los dueños de la misma. No soportaba la altanería del matrimonio ni las impertinencias del hijo, un niño de nueve años a quien había visto prácticamente nacer y criado. Le retenía la retribución que percibía, más elevada desde luego que la del resto de las compañeras que conocía. Su resentimiento y ánimo de venganza lo desahogaba con el muchacho. Todos los sábados tenía que bañarlo. Y cuando lo enjabonaba lo hacía con fruición, con malicia, con morbosidad, con delectación... El muchacho, excitado, nervioso, sin saber exactamente por qué, se aferraba a ella histéricamente, con el instinto del púber, que ignora los misterios de la vida. Y ella, en ese preciso momento le propinaba una sonora bofetada, al tiempo que le devolvía a la realidad de todos los días.

La caza

El dueño del coto de caza, próximo a la capital, y cuatro amigos, empuñando sendas escopetas, iniciaron la caminata en busca de conejos. Observaron por los cerros colindantes al vedado a varias personas y se dirigieron a ellos, pues supusieron que estaban cazando en lugar vedado. En su mayoría eran chiquillos, que echaron a correr en medio de risas y bromas. Uno de ellos, antes de desaparecer tras un montículo, gritó: “¡Hijos de p...!”. El dueño del coto, lleno de furor, empuñando la escopeta, disparó contra el chiquillo que corría veloz. Le acertó en plena cabeza. Más tarde, ante la Guardia Civil, explicaba cómo casualmente se le disparó la escopeta cargada al tropezar con una piedra, confirmando el hecho en todos sus detalles sus tres amigos, y hasta el guarda de la finca, que no se atrevió a negarse a declarar ante la sugerencia de su amo, aunque cuando ocurrió el hecho no se encontrara allí. Lo triste del caso es que el chiquillo muerto era su hijo.

La última carta

Antes de subir al cadalso, le preguntaron al desgraciado si deseaba escribir algún mensaje, alguna carta. Contestó afirmativamente y le trajeron a su celda papel, pluma y tintero. Se sentó en el taburete, apoyó los brazos en la tosca mesa y pluma en ristre, quedó mirando fijamente a un punto determinado de una de las mugrientas paredes de la celda. Los guardianes, impacientes, carraspearon... El condenado, absorto, no parecía estar muy inspirado. Mordisqueaba la pluma... De repente, empezó a escribir algo, pero pronto lo dejó. “Lo siento”, dijo al alzarse del taburete, a manera de excusa por haberles hecho perder el tiempo. Sin mediar palabra, el grupo compuesto por el condenado, los guardianes y el capellán iniciaron la marcha, por el largo corredor, hacia el patíbulo que se alzaba en el patio central. Un carcelero se quedó junto a la celda y no pudo reprimir su curiosidad. Echó un vistazo a las líneas escritas por el reo. “Muy señor mío: En contestación a su atta. del...”. Y nada más. Dedujo que el reo no había podido recordar la fecha.

El muerto

El hombre había caído atravesado a las vías del “metro” y muerto en el acto, porque un convoy, segundos después, pasó sobre su cuerpo y lo destrozó, ante el horror de los pasajeros que permanecían en el andén. El cuerpo sin vida fue cubierto con una manta, en espera de los trámites oportunos. Se reanudó la circulación y los convoyes pasaban por encima del cadáver. Era domingo y había escasa concurrencia. Tardaba en llegar el juez, o quizá no le dieron el aviso. El hecho es que todos se fueron olvidando del incidente. Luego, el paso veloz de los vagones terminó por desplazar al cadáver o lo que quedaba de él. Un convoy se llevó una pierna, otro un brazo... Al cabo de unos días no quedaba ni la manta, roída por enormes ratas cuando la circulación se interrumpía por la noche.

Alonso Ibarrola

ALONSO
IBARROLA
RELATOS



ALONSO
IBARROLA
RELATOS

4

**ALONSO
IBARROLA
RELATOS**

4

© Alonso Ibarrola

Primera versión en formato libro electrónico: mayo de 2013

ISBN: 84-245-0672-3

Cubierta y realización: Tantamount

Edita: Tantamount

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, conocido o por conocer, comprendidas la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Contenido

[Prólogo de Cristina Vizcaíno](#)
[Por mi grandísima culpa](#)
[Historias de la vida cotidiana](#)
[El tornillo](#)
[Matar un pájaro](#)
[Queridos, adorados hijos](#)
[Volando hacia Londres](#)
[Los justicieros](#)
[Masaje cervical](#)
[Vacaciones en familia](#)
[Una boda](#)
[Primera comunión](#)
[La residencia](#)
[Lecciones en vídeo](#)
[La duda](#)
[Atasco](#)
[Viajes ilusionados](#)
[El golpe](#)
[La juerga](#)
[Agencia matrimonial](#)
[El submarinista](#)
[El timo de la lotería](#)
[La asistente social](#)
[¿Qué será del “gaviota”?](#)
[En el metro](#)
[Artrosis y masajes](#)
[Relatos en primera persona](#)
[Un amor imposible](#)

[El rincón de los separados](#)
[Ropa vieja](#)

Prólogo

Un hombre se separa de su mujer y a partir de ahí su vida cobra un ritmo aceleradísimo. Tiene que vérselas con peligrosos navajeros, con un sacerdote que resulta ser un impostor y con un psicoanalista que le encierra en un manicomio. De allí logrará salir para ir a estudiar bel canto a Milán, pero terminará en Roma envuelto en una intriga aún mayor entre un policía, un pintor y su amante. Aunque quizá esta historia haya ocurrido hace tiempo y se llame Tosca.

Pero si seguimos a este extraño personaje podremos entrar en un confesionario o tumbarnos en un diván y oír las más hilarantes confidencias. Podremos pasearnos por un manicomio y conocer muchas historias de locos que nos llevan a reírnos de los que están sanos. Y las historias de amor hasta las más clásicas y trágicas se convertirán en una sucesión de escenas cómicas. Esta es la subversión a la que nos lleva este libro de HUMOR.

CRISTINA VIZCAÍNO

**POR MI,
GRANDÍSIMA
CULPA**

Sucede con las mujeres que no nos quieren como con los seres “desaparecidos”: que aunque se sepa que no queda ninguna esperanza, siempre se sigue esperando.

A la sombra de las muchachas en flor (Marcel Proust)

Un sofá y un confesionario

“He sido yo, en defensa propia”. Estas fueron las primeras palabras que pronuncié en la Comisaría de Policía, ante un paciente inspector. Me pidió que esperara un momento. Llegó el oficial de guardia, introdujo varios impresos en una máquina de escribir, un tanto anticuada, me pidió la filiación completa y, a una señal aprobadora de su cabeza, empecé. “Regresaba esta tarde a mi casa, en mi coche, tras un día de trabajo intenso. Estaba cansado y de mal humor”. “Al grano”, me interrumpió el comisario. Insistí en que mi estado de ánimo era muy importante ser tenido en cuenta, como comprobaría más tarde. Influyó, insisto, muchísimo en mi posterior comportamiento. Quizás en otro momento, otro día cualquiera, me hubiera asustado al ver surgir ante mí las figuras de los muchachos esgrimiendo sendas navajas en la semipenumbra del garaje. Ignoro cómo entraron. No hay vigilantes ni guardas, pero las puertas se abren solamente con llave propia, automáticamente. Aprovecharían algún descuido. El hecho es que estaban allí... Yo, vuelvo a repetir, estaba de mal humor. Cosas del trabajo, la familia, la mujer, los hijos... El hecho es que les dije, mejor dicho, les grité: “¡Hijos de la gran p...! Venid aquí, uno por uno, que os voy a matar!”. Instintivamente se echaron hacia atrás, con las navajas apuntadas hacia mí. Loco de rabia y furor me quité la gabardina, la chaqueta, los pantalones, la camiseta, los calzoncillos, los calcetines, la faja del reuma —ellos me miraban atónitos— y en escasos minutos me quedé totalmente en cueros. “¡Matadme —les dije— de prisa, vamos, pero no fallar, porque luego me toca a mí... y pienso mataros a los tres! ¡Y espero averiguar la dirección

de vuestros padres, de los abuelos, de los hermanos, de toda la familia, necesito matar a todos los de vuestra calaña, cabrones, maricones, hijos de la gran puta!”. No reaccionaban y yo cada vez me enfurecía más. Me abalancé sobre uno de ellos. Los otros dos echaron a correr. No sé lo que hice. Lo arrojé por tierra, lo agarré por el cuello, golpeé su cráneo contra el cemento del suelo, cinco, diez, veinte veces, le salía sangre por la nariz, en abundancia. Luego, recordando la presencia de los otros dos, lo dejé en paz, tendido. A primera vista no se veía a nadie. Blandía la navaja de mi primera víctima. En ningún momento llegué a pensar que podía estar muerto. Estaba seguro de que sus compañeros se ocultaban entre los coches aparcados. Les conminé a salir, a voz en grito, a que lucharan de hombre a hombre... Inútil. De repente vi una figura junto a la puerta de salida. Trataba de forzarla, de huir, de salir de allí, pero no daba con el mecanismo. Proferí un grito de triunfo y el muchacho se volvió, aterrorizado. Dejó caer su navaja. Me acerqué a él a la carrera y de un salto clavé la navaja en su estómago. Se derrumbó como un guiñapo, sin emitir gemido alguno. Me costó esfuerzo recuperar la navaja, porque se la había clavado hasta la empuñadura. Repetí la operación varias veces. Mi ira y mi mal humor no se aplacaban. En ese mismo instante sentí un dolor agudo en un costado. El tercero en discordia me había atacado por la espalda. Me volví hacia él. Había tenido suerte, sólo tenía un pequeño rasguño. Empuñé de nuevo la navaja y quedó petrificado. Mi mirada y mi actitud le aterrorizaban, sin duda alguna. Lentamente se puso de rodillas y comenzó a musitar: “Por favor, no me mate. Se lo ruego...”. Poco más pudo decir. De un tajo lo degollé. Me manchó el traje y su sangre salía a borbotones. Le saqué un ojo y luego el otro... no sé cuántas cosas más llevé a cabo, cosas que a fin de cuentas sirvieron para aplacarme. “Esa gente, señor inspector, abusa de nuestra paciencia, de nuestra buena fe, de la buena voluntad de ciudadanos pacíficos como yo. Que tengan cuidado, porque podemos perder la compostura. Me comprende, ¿verdad?”. Fueron muy amables. Tomé la taza que me ofrecieron y me sentí tranquilo. Tuve que esperar

una hora aproximadamente. Temía que estuvieran comprobando mi declaración en todos sus puntos y detalles. Me comunicaron —en la voz del inspector había cierta decepción— que en el garaje no había ningún cadáver, ninguna traza, señal, rastro de lucha, desorden o anomalía alguna. Me mostré confuso y perplejo. “¿No se habrán equivocado de garaje?”. El inspector amablemente me agarró del brazo y me invitó a irme a casa. “Descanse, tranquilícese, si hubiera alguna novedad ya le llamaríamos”. No dije nada a mi mujer ni a mis hijos, que además me prestaron muy poca atención, ya que estaban viendo una película en la televisión. A solas en el dormitorio, comprobé una vez más que, desgraciadamente, me faltaba la cartera, el reloj de pulsera y el anillo de oro nupcial. No podía conciliar el sueño y me hice el dormido cuando oí que mi mujer se acercaba tras haber finalizado la programación televisiva. Ella no debía saber nada. ¿Cómo explicarle que tres muchachos imberbes, blandiendo unas pequeñas navajas, me habían robado en el garaje, que no había dicho palabra alguna ni opuesto resistencia alguna y que me oriné? ¿Por qué la Policía tiene que comprobar tantas declaraciones? ¿Es que no tiene que hacer otras cosas más importantes? Y seguramente pensarán que estoy loco... ¿Usted qué cree, doctor? Bueno, no me mire así. Se acabó. ¿Qué le debo?

“Ave María Purísima”, dije, y cuando el confesor iniciaba la tradicional respuesta “sin pecado conce...” le interrumpí con brusquedad. Lo reconozco, no debía hacerlo, pero tenía prisa, cientos de cosas por hacer, cientos de asuntos por resolver y había estado esperando largo rato. Además, había muchas personas en torno al confesionario, aguardando turno, y tales situaciones me ponen violento. Con usted es distinto, doctor, porque yo pedí hora y día a su secretaria, y cobra sus honorarios, a tanto la hora. ¡Y bien que me cobró la primera consulta! Bueno, a lo que iba, perdone, yo dije: “Le pido excusas por la interrupción. Ya sabemos todos que concibió sin pecado. Pero yo hace

treinta años que no me he confesado...”. El confesor no pareció inmutarse y me preguntó cuántas personas van todos los días a un confesionario y dicen así, de repente, lo que yo le dije. También reconozco que me puse nervioso por culpa del órgano. Sonaba muy fuerte y el confesor, deduzco, no me había oído. Tuve que elevar la voz y temí que los penitentes que aguardaban turno me oyeran. “¿Cuántos has dicho, hijo?”. Yo volví a repetir: “¡Treinta!”. Tampoco me oyó esta vez y repetí: “¡¡Treinta!!”. De repente cesó de sonar el órgano y en el recinto del templo se oyó claramente mi tajante respuesta. Abandoné sin dilación el confesionario y juraría que algunas beatas me miraron con ojo inquisitivo al abandonar el mismo. ¿Qué se puede deducir de una simple cifra? Y si hubiera dicho “tres” ¿existiría alguna diferencia en su apreciación y consideración de los hechos? Hay números mágicos, ciertamente, y ellas me miraban como si fuese un vicioso, un maníaco sexual. Escuche, doctor, usted quizás me comprenda. Yo acudí, así de repente, porque siento que mi vida se acaba y que cualquier día... Algunos días me levanto y creo en Dios, otros no y comprenderá que estas cosas no se pueden decir en un confesionario. Sería una provocación de mal gusto. Creo, no creo, creo... Y me pregunto: “¿Qué pensaré ese día?”. He oído un pitido. ¡Ah, su reloj! ¿Ya han pasado diez minutos? ¡Dios mío, procuraré darme prisa! Perdona, me preocupa esto: ¿hay otra vida? No le pido una respuesta, doctor, porque supongo que será tarifa aparte. Cuando creo en Dios, cuando decido asumir que hay otra vida me suelo también preguntar: ¿Cómo conecta Dios con ese señor que se sienta en el confesionario unas cuantas horas todos los días? Los sacerdotes dicen que estamos en manos de la Providencia. ¿Todos? Albergo mis dudas... Un amigo nos dice un día “me siento mal” y luego resulta que tiene cáncer de pulmón. Él no lo sabe, sigue fumando, pero su mujer sí. Riñen, discuten, un infierno de vida. El silencio acordado con el médico y la tensión cotidiana de tanta disputa, reprimida en sus definitivas palabras, provoca en la mujer, al cabo de varios meses de torturante silencio, una justificada demacración de su

rostro. Mi amigo, llegó a confiarme, temía que su mujer tuviera cáncer de mama, de matriz... “¡Se oyen tantas cosas!”, me susurró al oído.

Quizás sean tonterías lo que le estoy contando, doctor, pero también quiero decirle que he abandonado mi hogar. Vivo en una pensión modesta, pero a pesar de todo tendré que buscar otra solución porque me resulta cara. ¿Cuándo se empieza a querer, cuándo se deja de querer, cuándo se empieza a odiar? No hay un instante, sino miles de instantes, que al final definen una actitud. Nos prometimos amor eterno, nos unimos para lo bueno y para lo malo, para el resto de nuestras vidas, pero el día en que el odontólogo me diagnosticó “tiene usted piorrea” dejó de besarme. ¡Putá! “Todo irá bien”, me dijo, y me sometí a una breve intervención quirúrgica, con cierta aprensión. Y si ahora me diera por creer que hay otra vida, ¿cómo voy a contar todo esto a ese cura sordo? “Padre, me acuso de haberme sometido a una vasectomía...” Seguro que suena el órgano en ese momento, seguro que no me oye. Tendría que repetir más alto: “¡Vasecto-mía!”, y de nuevo aclararle, a voz en grito: “¡Sodomía no...! ¡No he dicho sodomía...!”. ¡Y qué vergüenza, doctor, qué vergüenza, recorrer después esos metros que me separan de la puerta de acceso a la calle!

Yo quiero a mi mujer, pero ella no me quiere a mí. Creo que es por culpa de mi eyaculación precoz. ¿Y no será que ella es frígida? Un confesor no comprendería estas cosas, ¿verdad? ¡Qué sabrán ellos de clítoris y vagina...! Un idiota, un auténtico idiota es lo que he sido yo. Porque, a fin de cuentas, al que excomulgaron fue a mí. Tengo entendido que la Santa Madre Iglesia no se anda con rodeos en estos casos... Oigo otro pitido. ¿Es la hora? Se acabó. ¿Qué le debo?

“Ave María Purísima”, volví a formular, esta vez al sacerdote de un confesionario diametralmente opuesto al de mi fallida confesión anterior. No tengo prisa. Una dulce calma invade mi ser, una relajante tranquilidad inunda mi alma —a veces me pregunto si el alma tiene ojos o

simplemente escucha— y estoy dispuesto a afrontar, uno por uno, los diez mandamientos. Por otra parte, y esto me tranquiliza, nadie guarda turno tras de mí. Pero el sacerdote parece estar nervioso y me urge. “Deprisa, hijo mío, me esperan... tengo que oficiar”. No supe de repente qué contestar. “¿Son todos del sexto, hijo?”. No recordaba haber matado a nadie y tuve que reconocer que algunos de mis pecados hacían referencia al sexto mandamiento. “Bien, hijo, te arrepientes de todo, ¿verdad?”. No me dio tiempo a formular objeción alguna porque comenzó a rezar y a darme la absolución. “Yo te absuelvo...”. Volvió a consultar su reloj y para cuando quise darme cuenta corría presuroso camino de la sacristía....

Comprenderá, doctor, que yo necesito algo más que el perdón de los pecados. Quiero que alguien me escuche con atención, aunque sea pagando, y no se ofenda. Nadie escucha a nadie. Usted me propone ahora un sistema que no me inspira mucha confianza, aunque reconozco que resulta muy cómodo para usted y los pacientes. Cada cual en su casa, tumbado en un diván, en un sofá, en un sillón, en el baño, si se tiene un teléfono cercano —he visto películas en las que algunas actrices de Hollywood tienen un teléfono en el baño— se marca el número de teléfono convenido, y al oír la voz que invita a iniciar la “confesión”, tras el pitido correspondiente, se comienza a hablar. Estupendo para los que tienen teléfono en su vivienda... pero ¿yo? ¿qué puedo hacer yo que vivo en una modesta pensión, porque mi sueldo no me llega para más, descontando la mensualidad que debo pasar a mi mujer y a mis hijos, tal como me indicó el juez? Me veré obligado a llamarle desde cabinas telefónicas callejeras, echando monedas, tratando de no interrumpir mis confesiones mientras algunos, fuera, lanzan furibundas miradas. Para este tipo de consultas ¿no sería posible obtener algún tipo de descuento por parte de la Compañía Telefónica? También la Seguridad Social podría abonar parte del gasto. Bastaría un certificado suyo. Perdone que insista en este prosaico tema, pero es que

todavía recuerdo el importe de la primera consulta. Aquella noche, doctor, no pude conciliar el sueño por culpa de sus honorarios...

Doctor, ¿me oye? Haré caso de su sugerencia. Le dejo grabado un mensaje telefónico. Es domingo, doctor, y es terrible la soledad... Cuando veo a otros padres, separados de sus esposas, felices los domingos con sus hijos en los restaurantes —¿qué hacen ellas ese día?— y pienso en las grandes discusiones que mantenía yo con los míos cuando pedían dos platos caros, ¿lo entiende, doctor?, dos platos caros y luego no los terminaban. Dejaban medio escalope, pero luego, eso sí, doctor, pedían postre, tarta al whisky y cosas por el estilo, y yo les decía: ¿Pero creéis que vuestro padre es rico?, ¿qué os ha contado vuestra madre? Luego, se aburrían con las películas que elegía. Me turban, doctor, las escenas amorosas contempladas junto a mis hijos. No lo puedo evitar. Dejaron de salir conmigo. “Compréndelo”, me dijo mi mujer por teléfono, “es tu carácter”..., y como no quería oír más reproches, colgué. Y hoy, mientras paseo en solitario, he visto la cabina telefónica y he querido plantearle una duda que amarga mi vida... ¿Hay mucha diferencia entre la postura de quien, como yo, se ha mantenido al margen de todo, sin empeñar mi ética, y los que creen que nuestra sociedad tiene que ser como ellos creen que tiene que ser y nos la imponen? Se dice muy fácil: creo esto, pienso lo otro, pero hay personas que toman nota de todo y más tarde te lo recuerdan y te pegan un tiro en la sien, en la nuca... He visto, he visto muchas cosas en esta vida y me han contado otras muchas. Nos engañan, nos mienten. Aquel fraile educador de nuestra juventud ponía los pelos de punta leyéndonos párrafos de un libro que recomendaba mucho. “Cada masturbación es una gota de sangre”. Y todos sumábamos mentalmente los litros de sangre que podían haber huido ya de nuestras venas. Deberíamos habernos convertido en esterillas de piel humana. Miraba a mis compañeros y diría que, sin embargo, sus rostros estaban sonrosados. Ahora, algunos doctores americanos sostienen que la masturbación es

saludable para el corazón, que hay que masturbarse todos los días. Creo que exageran, la vida es renuncia, por lo menos así me lo hicieron ver a mí. Vi morir a mi padre y no lo olvidaré jamás. El sacerdote trataba de empujar hacia su garganta la hostia consagrada y casi en el estertor, convertida en un amasijo, volvía con una arcada al exterior. En ese instante le dije: “Padre, tú y yo tenemos que hablar en la otra vida, si es que hay otra vida. Dentro de poco lo vas a saber...” Me miró con sus ojos, grandes como platos, y así se quedaron. Me pregunto si me oyó... ¿Usted qué cree?

Adiós doctor, ya sé que usted no está para dar respuesta a tantos dilemas, pero por lo menos le servirán para configurar mi carácter, supongo...

“Ave María Purísima”, afirmé con convicción en el confesionario de una iglesia situada a una decena de kilómetros de la anterior, escenario de mis dos fallidas tentativas. No obtuve respuesta alguna tras la rejilla, pero proseguí: “Padre, en ciertas ocasiones me asalta una curiosidad: ¿qué hacía Cristo entre parábola y parábola? Me explicaré mejor, padre. Cuentan los Evangelios que llegó Jesús a la ribera del mar de Galilea, que subió a la montaña, se sentó y curó a ciegos, cojos, sordos y mancos. En otra ocasión, afrontó la cuestión de los fariseos sobre el tributo, y más tarde, la cuestión de los saduceos sobre la resurrección. Yo lo que quiero saber es: ¿QUÉ HACÍA ENTRETANTO...? ¿Me ha entendido?”... Tras unos instantes de silencio, comprobé que el confesionario estaba vacío. ¿Por qué no hacen los curas algo para evitar estas cosas? No sé, podrían instalar en el interior de los confesionarios unos magnetófonos para que los fieles pudieran confesar en cualquier momento, algo parecido a lo que hace usted, doctor, en su consulta. En caso de ausencia prolongada, de vacaciones y teniendo en cuenta la grave crisis de vocaciones, hasta podrían indicar la penitencia adecuada para cada caso, para cada falta, pecado mortal, pecado venial... Con un

ordenador, un cerebro electrónico o algo parecido podría muy bien conseguirse. Cada transgresión tendría la respuesta adecuada. “He cometido adulterio en cinco ocasiones”. Y la máquina responde: “Cinco mil avemarías” o “quinientos rosarios”. “He matado a mi madre”... No sé, la máquina podría calcularlo perfectamente. ¿Qui-nientas mil avemarías? ¿Son pocas? ¿Me quedo corto? ¿Un millón? ¿Un millón de millones? Basta. No perdamos el tiempo en cálculos matemáticos. Tendría que introducir otra moneda, pero ya no dispongo de más. Me han dicho que con un hilo y una moneda se puede conseguir hablar todo el tiempo que se quiera...

Doctor, tengo una moneda colgada de un hilo y da resultado, como puede apreciar... Ante todo, quiero comunicarle que he donado todo lo que se puede donar. Ojos, riñones, cerebro... Pueden quedarse con todo. No me importa que despedacen mi cuerpo, que me destripen, que me abran en canal... Ya no sufriré. ¿Sabía usted que a muchas personas las entierran vivas, considerando que están clínicamente muertas? Un doctor francés investigó en numerosos cementerios y vio ataúdes por dentro. Las tapas estaban arañadas, encontró uñas clavadas en la madera del cajón, dedos consumidos, cuerpos retorcidos... Y es que en los hospitales, en las clínicas, lo hacen todo deprisa y corriendo. Y si uno muere en casa, los familiares sólo se preocupan del tinte, de las velas, de las esquelas. Como en los aviones. Cuando van a despegar, más vale gritar, por si acaso: “¡Esa puerta!”, porque algunas veces las dejan abiertas...

Me veo en la obligada necesidad de escribirle, doctor. La última llamada telefónica me ocasionó muchos problemas. Dos policías me descubrieron en el interior de la cabina con la moneda y el hilo, y me condujeron a la Comisaría. Lo confesé todo. Odio la tortura. Estoy preparado para un tirón de orejas, para una bofetada, dos quizás... pero nada más. Estoy seguro de que me hubieran torturado de no haberlo

confesado todo. Cuarenta y nueve asesinatos en dos meses. Este es mi récord. Violadas previamente todas ellas. Ahora están excavando en los lugares que les he indicado. Mi madre se llevará un disgusto porque le van a destrozar su jardín. Pero se enfadará mucho más cuando no descubran nada. Ella siempre ha creído en mí y sostenía que haría algo grande... Reconozco mi fracaso. Unos nacen para verdugos, otros para víctimas. Me temo que pertenezco a esta última categoría.

Y hablando de víctimas, siempre me llamó la atención una curiosa tortura china. Introducen a la víctima en una gran vasija o tinaja, llena de aceite, que le llega hasta el cuello. Allí la tienen sentada, reclinada, le dan de comer, de beber, hace sus necesidades en la vasija, durante días y días. Pasado el tiempo necesario, que un experto dictamina tocando y palpando las carnes, es liberada de su inmersión. La tarea para el verdugo es delicada: despojar al torturado de sus carnes, blandas como la manteca, respetando venas, músculos y órganos vitales. Con pericia y habilidad se consigue que la víctima continúe viviendo, despojada de su carne mortal. Me pregunto qué clase de aceite utilizarán para la experiencia. Se dan tantas mixtificaciones, se producen tantas adulteraciones...

¿Ha probado, doctor, alguna vez a escribir una carta dirigida al “Señor juez”? Impresiona, ciertamente. Resultaría menos embarazoso iniciarla con un “Mi distinguido amigo”. Crea menos violencia en quien la escribe. ¿Y por qué hemos de escribir a los señores jueces solamente cuando decidimos quitarnos la vida? ¿Es que, por ejemplo, no cabe la posibilidad de escribirles cuando descubrimos que somos auténticamente felices? Yo soy feliz, y quisiera que lo supiera el señor juez. Soy feliz en mi soledad, en mi desgracia, en mi pobreza, en mi vacuidad. ¿Signos evidentes de masoquismo? No seré yo quien responda. Sé de muchos que aman al prójimo por amor a Dios. Pero ¿cuántos aman al prójimo simplemente por amor al prójimo? Siento

tener que confesar, con cierto rubor, desde luego, que lo estoy consiguiendo...

Me veo en la triste necesidad de entregarle estas líneas personalmente en el buzón de su consulta. No puedo gastar mi escaso dinero en franqueo de cartas. Lo siento, pero estoy sin dinero y no podré pagarle por ahora. He perdido mi empleo. Después de veinte años trabajando en la misma empresa me han despedido. Un despido fulminante. Y todo por un momento de ofuscación, sí, o-fusca-ción, ésta es la palabra exacta, la palabra que pronuncié ante el director general. Pero fue inútil. Ella chilló, gritó como una histérica. Todo lo eché a perder en unos segundos, la estima de mis compañeros, la consideración de mis jefes. Veinte años de puntualidad y eficacia echados por la borda. ¿Han sido injustos conmigo? Algunos aseguran que sí, que debería ir a los tribunales, que la razón está de mi parte... Pero si voy a los tribunales, los periodistas podrán enterarse de todo y publicarlo. Y aunque pusieran —que no lo harían, estoy seguro— solamente mis iniciales, mi mujer y mis hijos terminarían por enterarse. Quizás, si el juicio se celebrara a puerta cerrada... Pero seguro que se oiría todo desde fuera. Porque a ella, a la muchacha, le dirían que lo contara todo. Y lo contaría, y chillaría nuevamente. Porque chilló muchísimo. Esa muchacha tiene un grito agudo, penetrante, me consta. Logró que acudiera todo el personal. Ella estaba en el servicio, en los servicios de mujeres, y yo en el de hombres. ¿Qué me impulsó a subirme encima de la taza del inodoro y mirar por la cristalera, al otro lado? No sabría explicarlo jamás... Era la primera vez que lo hacía. Y ella chilló, chilló mientras trataba de bajarse la falda cuando descubrió mis narices aplastadas en el cristal. No sucedió nada más, doctor, se lo juro. ¿Cómo me ganaré la vida de ahora en adelante? No tengo valor para permanecer en una esquina, con el brazo extendido y la mano abierta, solicitando una limosna. Algunos mendigos son monótonos en sus peticiones callejeras. Todos los carteles que escriben dicen lo mismo y

los transeúntes terminan por aburrirse y pasan indiferentes. Tengo una idea. No expondré problemas personales, ni situaciones angustiosas. Un cartel, renovado cada día, indicando el título del espacio más interesante que la televisión emitirá por la noche, así como su hora de proyección y el canal. Sería algo útil, provechoso y llamaría la atención. Un cartel que diga, más o menos: "Hermano, estoy sin trabajo y sin televisor. Esta noche no podré ver la película tal y tal, protagonizada por fulano y zutano... y usted sí. Ayúdeme, por favor". ¿Les conmoverá? Temo que aprieten el paso para llegar a tiempo y no perderse el comienzo del film anunciado.

No creo, doctor, que estas líneas las pueda recibir sin enmienda ni tachaduras. Me aseguran que la censura es muy férrea, aunque nadie ha sabido aclararme qué ocurre con las faltas de ortografía.

Cuando fueron a buscarme a la pensión no estaba, pero me esperaron. Eran dos policías; me llevaron primeramente a la Comisaría, luego ante un juez y más tarde a la cárcel. Es cierto que no he pasado ninguna asignación económica a mi mujer, pero bien sabe ella que no tengo un céntimo. Le dejé todo, se quedó con todo: la casa, el chalet, el coche, las joyas, los libros, los discos, la vajilla, los valores y acciones de Bolsa, los hijos. Sólo me llevé una maleta con ropa. Quería solamente empezar una nueva vida y aguardar con serenidad la muerte. Alguien dijo que todos estamos de antemano condenados a muerte y que la vida no es más que una espera del momento ignorado de la ejecución. Todas las noches duermo ojo avizor, porque he visto muchas películas y sé cómo suceden estas cosas... por lo menos en América. De repente se abre la puerta de la celda y aparecen los guardias, un capellán, el director de la cárcel... Te ofrecen antes un buen menú, y yo lo tengo ya pensado. Agua mineral sin gas, desde luego. No me veo eructando en la cabina de cristal, ante los ojos de los curiosos, mientras me colocan esos aparatos para la descarga eléctrica; o esperando a que salga el gas...

“Ave María Purísima”, le dije al capellán de la prisión, que me miró con asombro. No creo que esté muy acostumbrado a que los presos se confiesen. Esta vez afrontaba la confesión con decisión. No era culpable, doctor, sino la víctima... Le decía en mi carta anterior que dormía ojo avizor, y le aseguro que ya no me hace falta ver más películas americanas... No ocurre todas las noches, pero ocurre. En mi celda, en la puerta de mi celda, hay una cruz marcada con tiza. Ya no puedo pagar mi impunidad personal y abusan de mí. Son tres o cuatro, y me desvelan. La primera vez, la primera noche, mi grito fue profundo y desgarrador. Pensé que algo se rompía en mi interior. El capellán me preguntó si había sentido algún placer en alguna de las ocasiones. Puede usted suponer que me levanté con dignidad del reclinatorio y me fui lo más aprisa que pude, mordiéndome los labios, porque las heridas, los roces y quizás alguna llaga me están causando un tormento terrible.

Me contaba el otro día en el patio un recluso, que los secuestradores sufren mucho. Lo sabe por experiencia. Estuvo vigilando a un hombre de negocios que lloraba porque sus familiares se negaban a pagar el rescate. Sabía que trataban de regatear pero declaraban compungidos por las emisoras radiofónicas que estaban desolados. Luego se iban a casa y veían sus programas favoritos en la televisión. El secuestrado y él se tomaron mucho cariño. Jugaban a las cartas, al ajedrez y el secuestrado se ponía muy contento cuando ganaba. Luego, de repente, se acordaba de que estaba prisionero y se echaba a llorar. Al separarse —una vez pagado el rescate— se fundieron en un fuerte abrazo de despedida. Cuando detuvieron a mi interlocutor, el hombre de negocios se personó para su identificación, y exclamó: “¡Sí, es él!”, al mismo tiempo que le propinaba una sonora bofetada ante los perplejos policías.

El hombre tímido y discreto, que todas las mañanas barre afanosamente los corredores y pasillos, es un famoso banquero, acusado de haber estafado millones y millones. Sus memorias las está

publicando un semanario de gran tirada, y sostiene —por supuesto— que es inocente y víctima de un complot. Le han dado mucho dinero por la exclusiva y con su importe ha ordenado comprar una fábrica de escobas. Todas las que se utilizan en la cárcel son de su fábrica. Y él barre, dando ejemplo, con furia incontenible. Sale a escoba por día.

Doctor, algo maravilloso me ha sucedido. He conseguido hablar con Dios, aquí, en la cárcel, fuera del horario de visitas y del locutorio, en mi celda. Lo presentía porque algunas veces, con anterioridad, había logrado, de rodillas, elevarme del suelo, en levitación, sobre todo si la cena había sido ligera.

Lamento, doctor, que haya dejado transcurrir tanto tiempo sin enviarle carta alguna, pero es que he estado incomunicado, en una celda de castigo. Por lo menos he podido dormir tranquilamente por la noche, sin visitas inesperadas. La culpa la tuvo un extraño cigarrillo que me regalaron en el patio, en la hora del paseo, los que me visitan por la noche. Me descubrieron fumándolo “por su peculiar olor”, dijeron. Ahora no consigo de ninguna manera levitar ni hablar con Dios. Creo que el capellán se ha sentido desilusionado cuando se lo he contado en confesión. Debería saberlo todo el mundo. Cuando se ha padecido terriblemente y un día se deja de padecer, la existencia se convierte en maravillosa. Envidio a esos supervivientes de campos de concentración nazis, que pudieron disfrutar el resto de su existencia oliendo a rosas y viendo amaneceres... ¿Exagero? ¿Demasiado lírico? ¿Es posible imaginarse a un ex-prisionero de un campo de concentración discutiendo años más tarde con su mujer porque la sopa no tenía sal o reprendiendo a un hijo porque no estudia lo suficiente, o a una hija porque llega tarde a casa? ¿Qué significado pueden tener esos hechos cotidianos ante dramas vividos anteriormente con total intensidad? De todos modos, me temo que algunos se hayan enfadado en un atasco de circulación o en un restaurante al descubrir un pelo en su plato.

Todo ha sido producto de un tremendo equívoco, doctor. Se lo juro. Un malentendido. El capellán de la prisión me tomó cariño, porque era el único recluso que se confesaba con cierta regularidad. Siempre me consolaba refiriéndose a “este valle de lágrimas”, y sentía una gran paz interior cuando recibía la absolución. Pero ocurrió algo inesperado: en plena confesión se acercaron dos funcionarios y se lo llevaron, ante mi gran asombro. No era capellán, no era sacerdote. Un impostor, eso es lo que era. Se lo llevaron a una celda de castigo y lo contó todo. Ningún secreto de confesión le obligaba, ciertamente, a permanecer callado. El hecho es que días más tarde me condujeron ante el director, que quiso aclarar cuántas veces había hablado con Dios, qué le había dicho y qué me había respondido. No le tranquilizaron mis palabras. Yo creo que tenía miedo de ver comprometida su carrera. La cuestión es que firmó unos papeles y me han trasladado a un manicomio. Y aquí me tiene, perplejo y confuso. Le agradecería se personara para aclarar las cosas y ponerme en libertad. Aquí están todos locos.

Doctor, es usted muy listo. Ha conseguido que me tomen por loco, exhibiendo mis cartas y mis conversaciones telefónicas grabadas, que mi mujer haya obtenido el divorcio y que le abonara sus honorarios. Perfecto. Pero algún día saldré de aquí y ajustaremos cuentas. Antes debo entrenarme y aprender el manejo de algunas armas. Búfalo Bill, uno de mis compañeros, me ha prometido enseñarme a manejar un revólver. Ya sé que no es Búfalo Bill. Ayer, cogió su revólver y disparó subido al muro del huerto que circunda al Sanatorio por la parte trasera. “Un búfalo menos”, dijo, enfundando el revólver. Un campesino quedó tendido en el suelo, mientras una mujer lanzaba gritos desgarradores. Búfalo Bill se fue muy tranquilo a la cama. Me contaron después que el campesino y su mujer están acostumbrados a estas exhibiciones de Búfalo Bill con su revólver y balas de fogeo. Pertenecen al personal del Sanatorio y cobran un plus.

Nunca falta en un manicomio el habitual enfermo que afirma que su familia lo ha encerrado a la fuerza, para quedarse con su fortuna. El recluso, en el nuestro, es un caso extremo, porque no tiene familia ni fortuna.

Me han dicho que si no quiero tener problemas, lo mejor es llevarles la corriente y darles la razón en todo. Al director, a los vigilantes, celadores, conserjes, enfermeras, médicos y practicantes.

Me resulta difícil conciliar el sueño. Me pongo a pensar en la hora de mi muerte y llega el alba. Un día más, me digo con gran satisfacción. No quiero que la muerte me sorprenda durmiendo. Quiero saber realmente cómo llega.

¿Cuál es el límite humano ante el dolor? Hay personas que soportan la muerte de un ser querido, de dos seres queridos, de tres seres queridos al mismo tiempo, y en cambio se hunden en el colmo de la desesperación cuando les roban el coche.

Una vez al mes hay ensayo general en el Sanatorio, para casos de incendio. ¡Fuego!, grita uno de los enfermeros, y todo el personal corre a ponerse a salvo, mientras los pacientes proseguimos con nuestros juegos, trabajos y diversiones. En el último simulacro una enfermera se rompió una pierna porque no acertó a caer sobre la lona.

Los domingos es el día de visitas. Acuden familiares y amigos con rostros compungidos. Cuentan a los internados sus tristezas, sus desgracias, sus problemas... Qué enorme alivio experimentan éstos cuando se van.

Ayer noche, una de las internadas decidió huir, enfundada en su bata y en zapatillas. La trajeron unos policías por la mañana, en lamentable estado. La habían arañado, golpeado, violado, pellizcado, quemado con

cigarrillos en los pezones. Los autores no han sido localizados, pero las sospechas recaen en una pandilla de mozalbetes que algunas personas tratan de exculpar con la consabida frase: “Locuras de juventud”.

Hay en el Sanatorio un exhibicionista. Impecable con su gabardina y sus zapatos negros lustrosos, intenta siempre sorprender a las enfermeras. Ayer lo consiguió. Estaban desayunando en el comedor. Se presentó de repente, abrió su gabardina de par en par y un grito de asombro surgió de todas las gargantas. Tenía calzoncillos.

Dos pacientes —él tiene setenta años, ella dos menos— se aman apasionadamente y desean casarse. El director y las familias respectivas se oponen tajantemente a semejante locura.

En el manicomio no hay ningún paciente que asuma la personalidad de algún personaje histórico, fenómeno que muchos consideran habitual y obligado. Hay uno, de todos modos, que afirma ser asistente del ayuda de cámara de Na poleón. Pero lo dice con rubor.

La Dirección tiene prohibidos los paseos en solitario por los jardines y el huerto. Suele darse el caso de que algunos internos regresan tremendamente excitados afirmando haber visto a un santo, una virgen, un ángel, un hada, una bruja. Es un fenómeno contagioso. Y los que no logran ver nada se pasan días y días sollozando y lamentándose, por despecho y envidia.

He sido conducido al locutorio porque tengo una visita. A través del cristal, observo un bello rostro adornado con una sonrisa. Es una muchacha joven, esbelta, con unos ojos claros... “¡Hija mía!”, musito. En unos segundos acuden a mi mente bellos recuerdos en tropel. Cuando la tenía amorosamente en brazos y me pedía la Luna, y yo le daba la Luna. El día que la llevé a la escuela por vez primera, con su batita blanca, su lazo y su pelo rubio recogido en una graciosa coleta. Lloraba tanto ante

la puerta que nos volvimos a casa. Mi mujer se indignó conmigo y tuve que llevarla de nuevo. De repente, unos leves toques del enfermero me hacen volverme. Me indica que no estoy en el locutorio indicado y que esa muchacha no es mi hija. La que ahora tengo enfrente, con gafas y gesto fruncido, no me aviva recuerdo alguno.

He tenido un sueño maravilloso. Se me aparecía una bellísima señora, un hada o algo parecido, y me preguntaba qué deseaba más en esta vida. Yo le respondía que poseerla. Me golpeó suavemente con su varita —me imagino que “mágica”, como se estila en estos casos— diciéndome: “Concedido”. Me despertó el habitual portazo del enfermero con el desayuno. “¿Y eso, qué hace eso ahí?”, me preguntó, inquisitivo, dirigiendo su mirada hacia el catre. No supe qué decirle. Parecía, era, una prenda interior femenina. Quedé atónito, estupefacto. Recogió la prenda y se la llevó. Minutos más tarde apareció el director, indignado. “¿Quién ha estado aquí esta noche?”. Le conté la verdad.

Nos anunciaron la visita del Rey y el director pretendió ofrecer al monarca y su séquito una fiesta, contando con la colaboración de todos. Un paciente se ofreció a llevar a cabo, en la piscina, un fabuloso “salto mortal”. En el ensayo se tiró de cabeza, sin aspavientos, a la piscina, que estaba sin agua, tal como lo requería la modalidad del salto. Lo enterraron con la cabeza completamente destrozada, y el director lamentó no poder contar con él. Otra de las internadas se ofreció para interpretar una selección de danzas de ballet. El director, un tanto escéptico, asistió al ensayo. Al iniciarse los primeros compases de El lago de los Cisnes, la presunta bailarina comenzó a mover con soltura y estilo los brazos. Consiguió elevarse medio metro del suelo, y luego revoloteó con gracia sobre nuestras cabezas, volviendo a posarse sobre el escenario con delicadeza. El director no aceptó su concurso “ya que no se ajustaba al argumento del ballet”, afirmó. Tampoco aceptó la actuación de un perrito que, erguido, apoyándose en sus dos patas

traseras, con las delanteras hacía revolotear en el aire cuatro naranjas: “El número de las naranjas está muy visto”, aseguró. Otro de los internados se empeñó en comerse un vaso y hubo que trasladarlo urgentemente a la enfermería. Original en su planteamiento resultaba “el castillo humano”: un interno, bajito, enclenque y pálido, sostenía sobre sus débiles espaldas una torre humana compuesta por cinco fornidos enfermeros; otro “número” que tampoco aceptó la Dirección por el peligro que entrañaba para los enfermeros.

Graciosa hubiera quedado la parodia del domador y los leones. Un paciente disfrazado de domador se introducía en una jaula, en la que había seis leones, mejor dicho, seis compañeros disfrazados de leones. Con su látigo les iba obligando, por turnos, a saltar a través de un aro. Parece ser que utilizó en los ensayos el látigo con demasiada ligereza y hubo que acudir a la jaula a separarlos porque los seis leones se abalanzaron sobre él con saña. Salió con un ojo amoratado y la nariz mordida.

El número del “hombre-cañón” era de efecto seguro, pero no supo calibrar la cantidad de pólvora necesaria. Salió disparado, hizo añicos uno de los ventanales del salón de actos que acogía el escenario y nunca más se supo de él. Afortunadamente, el Monarca declinó la invitación a última hora.

Estábamos tremendamente preocupados por los vuelos de un compañero, cada día más prolongados y a mayor altura. Muy hábil para los trabajos de carpintería y mecánica general, se había fabricado dos alas que sujetas en su espalda le permitían volar cientos y cientos de kilómetros. El otro día estuvo a punto de chocar con un reactor de la línea regular Londres-Tánger. El director se ha incautado de sus alas, afortunadamente.

Con objeto de comprobar el nivel mental de los internos, la Dirección

nos ha sometido a una prueba escrita. Los sendos folios que nos entregaron decían: “¿Cuántos dioses hay? ¿Cuántos son dos por dos?”. Dieron tres horas de plazo y muy pocos pudimos, en dicho espacio de tiempo, responder a las mencionadas preguntas. Las respuestas correctas eran “Uno” y “Cuatro”. Yo equivoqué el orden, y aquí sigo.

Corrían rumores de que se estaba preparando una fuga. Por la noche he oído ruidos provenientes del huerto. Esta mañana he sabido la noticia. Han huido todos, las enfermeras, los practicantes, el personal subalterno, los médicos... Y el director. Nos han dejado solos y se ha formado un Comité directivo. A cada cual se le ha asignado una función específica. Me han nombrado “capellán” y doctor. Por la mañana ocupo un confesionario —en el que he colgado un letrero que dice: “No se imparten absoluciones”— en la capilla, y escucho a los creyentes. Por las tardes, en un despacho que dispone de sillón y sofá, atiendo a los confusos y no creyentes. Hago sentar al paciente en el sillón y me tumbo en el sofá. Me resulta más cómodo, porque hay algunos que hablan durante horas y horas.

Por la mañana, una sola persona se ha acercado al confesionario. Entre sollozos y gemidos se ha declarado autor de cinco asesinatos, dos violaciones y un robo a mano armada. Confuso y perplejo, sólo he sabido decirle que estamos en un “valle de lágrimas” y que rece tres “avemarías”. No creo haber estado a la altura de las circunstancias y de mis funciones.

Sin embargo, por la tarde, otro paciente, sentado en el sillón, me ha hecho pasar una velada maravillosa. Una vida azarosa la suya. Había participado en la guerra de los “boers” y conocido al mítico Sandokán. Últimamente regentaba una pequeña mercería con su mujer. El negocio iba mal y decidió pedir un préstamo al famoso héroe. Cuando le contó su proyecto a su mujer, ésta se echó a llorar y llamó a un doctor. Por eso está aquí. Quiere que le ayude a ponerse en contacto con Sandokán,

porque no sabe cuál es el prefijo telefónico de Malasia.

Un paciente mañanero confiesa haber matado a una muchacha italiana, llamada María Goretti. “¿Y dice usted que la apuñaló repetidas veces? ¿Cuántas exactamente?”. “Siete”, me responde con aplomo, “siete”. “Tranquilícese”, le digo, “ya la han canonizado”.

Otro paciente me dice que años atrás fue un gran tenor. “¿No me recuerda?”, me pregunta. “Me suena su cara...”, contesto con voz apagada y sin convicción. “Teatro Real de Madrid”, me aclara. “El trovador”. En el cuarto acto de la ópera de Verdi desfila un numeroso tropel de soldados con cascos, corazas y lanzas. Yo era uno de ellos”.

Por la tarde, un paciente, internado ayer, muy nervioso —no he conseguido que se siente en el sillón y no cesa de dar vueltas y vueltas en torno al sofá— me comunica que un docto bibliotecario francés ha demostrado, con pruebas irrefutables, que Napoleón no ha existido jamás. “¿Se da cuenta?”. Me mira fijamente, pero no me doy cuenta de nada. “Los locos, esos que creen ser “Napoleón” —insiste—, ¿qué harán cuando se enteren de la verdad? Se llevarán una terrible decepción, se suicidarán tal vez... ¿Y Josefina Bona-parte? ¿Y sus hijos? ¡Oh, Dios, qué terrible!, podrían ser de otro cualquiera. ¡Maldita ramera!” murmura, mientras prosigue dando vueltas en torno a mi sofá, con su mano derecha sobre el pecho y la izquierda en la espalda.

Soy requerido para atender a un compañero que se encuentra postrado en cama, más bien recluido, desde hace varios meses. Un día le despidieron de la empresa en que trabajaba y al regresar al hogar, ante el asombro de sus familiares —eran las diez de la mañana—, afirmó que se iba a acostar. Se acostó y nunca más quiso levantarse. Cuando le hablaban, ocultaba su rostro con el embozo de la sábana. Ni llantos, ni súplicas, ni gritos y juramentos de su mujer e hijos le hicieron desistir de esta actitud. Declinó toda responsabilidad ante la vida, la

familia y los demás. Nunca quiso enterarse de dónde provenía el alimento —escaso— que tomaba. Jamás pedía un libro, un periódico o revista, un televisor, una radio... Miraba al techo durante horas y horas. Un mes transcurrió hasta que el médico tomó la determinación. Le mintieron, le dijeron que ya estaba readmitido, que podría volver a trabajar en la misma empresa. Y lo creyó. Una vez incorporado, aseado, vestido y dispuesto para volver al trabajo, la furgoneta de la empresa, que le esperaba frente a la puerta de su casa, le trajo sin más dilación al manicomio. Cuando descubrió el engaño, ante un descuido de sus celadores, se introdujo en una cama y nadie ha podido convencerle para que se alce y pasee. Solamente, por las noches, se desliza discretamente a los urinarios. “Aquí —me cuenta— vivo otra existencia muy distinta. Sé que un día llegará la muerte, no la temo, que venga. Aquí me siento feliz, sueño otros mundos, hago el amor con las mujeres más hermosas, con las actrices más cotizadas. Protagonizo emocionantes partidos de fútbol, siempre soy el delantero centro y marco el gol de la victoria, dirijo orquestas famosas, canto de maravilla, intervengo en acciones bélicas, peligrosísimas, en cualquier parte del planeta y momento de la historia... Ayer, sin ir más lejos, estaba en Balaklava, con la brigada ligera. Errol Flynn me saludó paternalmente. Lo vi caer junto a mí, destrozado, con su caballo, por una granada. Yo seguí adelante, impetuosamente, hasta llegar a las trincheras enemigas. A partir de ese momento no recuerdo nada más. Sólo sé que me condecoraron. Mañana estaré presente en Waterloo...”.

La persona que tengo ahora en el sillón tiene un aspecto vulgar, y su voz resulta monótona. Sus problemas, me explica, provienen de “la práctica constante del mensaje cristiano de renuncia y sacrificio”. Ante mi interrogadora pero muda expresión, se siente obligado a ser más explícito. “Siento un irresistible deseo de ayudar al prójimo, en cualquier lugar, en cualquier momento. Siempre cedo mi asiento en el autobús público al primero que se planta junto a mí, cedo el paso a los peatones

cuando conduzco mi coche, recojo viajeros en las paradas; en la oficina procuro hacer mi trabajo y el de los demás. Algunas veces, me quedo más tiempo ayudando a todos; doy la razón a los demás en todo, aunque no la tengan; en mi casa, alego no tener hambre para que mi esposa e hijos se alimenten adecuadamente; reparto limosnas de tal manera que, cuando llego al cine o teatro, al que proyecto asistir, no tengo para las entradas; amo a los ladrones y cuando me instan a que les entregue el reloj y la cartera, añado alguna cosilla más, porque me apena su condición... pero cuando voy a la cama, no puedo conciliar el sueño, porque me siento envidiado y odiado por todos, porque los humillo, les hago ver que soy superior, éticamente superior, y temo que no me quieran. Además, sé que todo esto no lo hago por amor al prójimo, sino por mi propia estima. Soy un vanidoso y no tengo perdón de Dios". Su voz se quiebra en un sollozo. No sé qué decirle y se marcha dando un tremendo portazo. Al instante vuelve a asomar su rostro, ahora radiante, para decirme: "¡Soy humano...!"

La historia del paciente P. es vulgar, tremendamente vulgar. Está casado, pero quiere a otra mujer, mucho más joven que su esposa. Trata de justificarse y afirma que no es culpa suya, sino de su mujer, que demuestra una total falta de comprensión.

Una paciente me pregunta con candidez, en el confesionario, por qué algunas personas son violentas en su comportamiento. No sé qué responderle. Sólo sabemos, le explico sin convicción, que en algunos momentos determinados un hombre en apariencia "normal" pierde el control de sí mismo. Imagínese a un hombre ya maduro que le despiden de su empresa tras veinte años de trabajo infatigable, que su hijo es drogadicto y su mujer le abandona. Es lógico que, si llega a su casa y pretende ver su programa de televisión favorito, se enfade cuando interrumpen la emisión con un anuncio publicitario. De estos hombres, que en momentos así lanzan una imprecación, se dice que son

“violentos”.

Me siento subyugado con otro ocupante del sillón. Soñó un día que participaba en una conspiración contra Enrique VIII de Inglaterra. Terminó siendo arrestado con todos los compañeros conspiradores. En ese mismo momento se despertó. Un mes más tarde soñó que estaban ante un Tribunal y que los condenaban a muerte. Un verdugo les cortaba la cabeza. En el calabozo se enteró de que habían llamado a un profesional, a un especialista francés, para que sufrieran menos. Volvió a despertar y al día siguiente evitó en todo lo posible quedarse dormido. Pensaba en muchas cosas, no contaba ovejas, pero, al final, se durmió y terminó soñando que estaba con sus compañeros esperando la llegada del verdugo. Se retrasaba porque había temporal en el estrecho y el barco no podía atracar en Dover. En ese momento volvió a despertarse. Vivió unos días de auténtica pesadilla, negándose a acostarse en la cama y bebiendo litros de café. Sus familiares se mostraban preocupados y llamaron a un doctor. No quiso contarle nada de sus sueños, hasta que, una noche, volvió a surgir la pesadilla. Ya había llegado el verdugo a la Torre de Londres y todos, en fila, se dirigían al patíbulo con los ojos vendados. A través del rabillo del ojo, veía cómo sus compañeros eran decapitados de un certero tajo, excepto el que le precedía. El verdugo no acertó, se puso nervioso, embadurnó de sangre el tablado del patíbulo y al séptimo golpe logró separar la cabeza del tronco. En aquel momento se despertó. Loco de terror le contó todo al doctor. Ahora, internado, espera que un día, inevitablemente, se quede dormido y llegue el sueño atroz. “¿Acertará el verdugo a la primera, usted cree?”. Su mirada revela una auténtica angustia y yo no sé qué responder.

Las confidencias, en el sillón, de otro compañero me tienen intrigadísimo. Tiene la total certeza de que el hombre no ha llegado a la luna. Ningún americano pisó Selene. Toda la presunta llegada se rodó

secretamente en unos estudios cinematográficos, en Hollywood, dos meses antes de que la televisión lo ofreciera “en directo”. Se lo había contado un primo suyo, electricista, que trabaja en la famosa productora. Es más, el astronauta quiso exhibir un botellín anunciando un refresco a base de cola, pero se oyó “¡Corten!” y el astronauta tuvo que volver sobre sus pasos, y subir a todo correr a la nave espacial. Volvió a descender al presunto suelo lunar pausadamente, como lo había ensayado repetidas veces, pero sin llevar entre sus manos nada que pudiera patrocinar alguien. “Los rusos lo saben —me dice— pero es que ellos no han conseguido todavía inventar la bomba atómica... Es un pacto.... De no haberle contado estas cosas a un doctor muy indiscreto no estaría aquí”, me aclara.

“Me preocupa, me deprime el más allá”, comienza diciéndome otro paciente. Son muchos los pacientes que, en un momento determinado de su soliloquio, abordan este tema. Algunos pasan acto seguido a hablar de la reencarnación, tema que francamente me aburre. “¿En qué me convertiré?”, me pregunta, mientras acomodado plácidamente en mi sofá miro un desconchado del techo. Ante mi silencio, y tratando de que me interese por sus palabras, añade: “¿Sabe qué era antes de reencarnarme en lo que ahora soy?”. No siento curiosidad por lo que me vaya a decir... “Un león, un león africano”. Mi rostro debe reflejar incredulidad, porque para aseverar su confesión se ve obligado a proferir un rugido. Se me heló la sangre, los pelos se me pusieron de punta, rompió un cristal de la ventana, y acudieron en tropel, temerosos, numerosos internos.

Es un hombre pequeño, nervioso e inquieto el que ahora está sentado en el sillón. “El tabaco está acabando con la Humanidad y nadie se percata de ello”, afirma. “Todo el mundo se cree con derecho a fumar donde le plazca. No respetan las indicaciones en los aviones, en los trenes ni en los autobuses. Provocan, porque ofrecen cigarrillos con la

mejor de las sonrisas. Un día, en un compartimento del tren, decliné la invitación y aproveché la ocasión para preguntar a mis compañeros de viaje si les molestaría que me masturbara. Nadie dijo nada, pero cuando inicié un movimiento sospechoso una señora comenzó a chillar. Acudió el interventor y un policía me bajó en la primera estación en que el tren se detuvo, y me multaron por escándalo público. ¿Usted cree que tenía razón?”. Y mientras espera una respuesta se masturba en el sillón, con frenesí.

Decenas de coches y camiones rodearon ayer el manicomio. Un alto mando, con muchas estrellas en la gorra y un altavoz, comenzó a decir, con voz monótona: rendíos, rendíos...”. No acertábamos a explicarnos todo aquello. De repente, se oyó un toque de corneta y decenas de policías cargaron contra la puerta principal de entrada. Al advertir un letrero que decía: “Horas visita: 4 a 7 festivos”, se detuvieron en seco, ya que era lunes. El capitán llamó al timbre cuidadosamente y soltó una imprecación. Le había sacudido una corriente eléctrica. Desde luego, una broma de mal gusto por parte de alguno de los pacientes. Cuando se abrió la puerta, finalmente, preguntó: “¿Quién es el responsable...?”. Habían descubierto los cadáveres de todo el personal enterrados en el huerto, terriblemente mutilados, sin ojos, sin dientes, sin corazón... Búfalo Bill dio un paso adelante y confesó ser el autor. No le daba importancia a la cosa, porque “se trataba de unos asquerosos comanches” que importunaban con sus continuos ataques y fechorías. En una gran bolsa de plástico debajo de su cama descubrieron los órganos arrancados y extraídos de los cadáveres, que conservaba como “amuletos”.

Algún día, doctor, ajustaremos cuentas. Se lo advertí cuando me internaron. Porque ahora no puedo ocuparme de usted. Me debo al Arte, sí, he dicho al Arte, con A mayúscula. Los nuevos dirigentes del Sanatorio Psiquiátrico, que algunos se empeñan en llamar “manicomio”,

han llegado a la conclusión de que no soy un hombre normal, sino un “artista”. Eso me dijeron, un artista y además “excepcional”. Un cantante excepcional, de voz excepcional, que podría convertirme en el mejor tenor del mundo. Consigo dar con facilidad el “re sobreagudo”. ¿Lo ha entendido? Un re sobreagudo. Un do, el llamado do de pecho, lo emite cualquier tenor, diría “normal”. Pero yo llego al re sobreagudo y algunas veces al “mi” sobreagudo. Me examinaron la garganta con atención varios otorrinolaringólogos, que vinieron ex profeso al Sanatorio, atraídos por el prodigio. Alguno recordó que hubo una mujer, inca por más señas, llamada Yma Sumac, que alcanzaba tales notas musicales. Pero, en hombre, mi caso es único y ciertamente excepcional. No se contentaron con mirarme la garganta y las cuerdas vocales únicamente. Me hicieron desnudarme y comprobar que no había sido castrado. Los “castrati” de la Capilla Sixtina de Roma hicieron fortuna en su época, pero yo no soy un castrado. En todo caso, me sometí a una operación de vasectomía. Me pregunto si la vasectomía provocará tal efecto en las cuerdas vocales. En la India, miles, decenas de miles de hindúes han sido vasectomizados, como yo, pero no circulan por el mundo tenores hindúes, a pesar de que a todos los que se sometían a la operación les regalaban un transistor y pueden oír música todos los días, incluida ópera lírica italiana. El día que lo sepan los japoneses puede ser terrible. Miles y miles de japoneses cantando ópera italiana por todos los escenarios del mundo dentro de escasos años. Hay que impedir que los vasectomicen. Además no hará falta que les regalen transistores. Dicen que cada japonés tiene en su casa diez, doce, quince transistores...

“Usted hará carrera...”, me dijeron en el Sanatorio al concederme la libertad provisional y una beca para estudiar canto en Italia. Me despedí de todos mis compañeros, incluido Búfalo Bill, que se había llevado un tremendo disgusto al notificarle que los yanquis habían exterminado todos los búfalos y era inútil que le concedieran una bolsa de viaje para acabar con los mismos. Se quejaba amargamente de que no le habían

comprendido: él quería acabar con los americanos en general.

La vida siempre reserva sorpresas, doctor, y en Milán todo me fue mal. Me presenté en el despacho del superintendente de la Scala. “Escuche”, dije con firmeza. Afronté la última frase de la romanza “Celeste Aida” del gran Verdi. “Un trono vicino al sol, un trono vicino al soooooooooooooool”. Un “si bemol” rotundo, fulminante, penetrante, vibrante, varonil, timbrado. Me miró e hizo sonar una campanilla, acudió un ordenanza que me invitó a abandonar el despacho. Los italianos no entienden de música. En Roma me presenté en el Coro de la Capilla Sixtina. Lancé otro agudo maravilloso y descubrí mi cuerpo desnudo, abriendo la gabardina para que comprobaran que no había truco alguno. Los gritos de horror fueron apagados por los pasos rápidos de dos guardias suizos, que me llevaron detenido. Ahora estoy internado en un manicomio de la Ciudad del Vaticano, con una veintena de presuntos papas, un centenar de presuntos cardenales y obispos; uno que dice ser San Pedro, otro Cristo y dos monjas a las que se les aparece San Bruno los viernes a las siete de la tarde. Cuando he contado mis desventuras me han tomado por loco.

Estamos sometidos a estrechísima vigilancia para evitar incidentes desagradables. El otro día, uno de los presuntos papas se escapó por breves horas y recorrió un barrio romano, en olor de multitud, impartiendo bendiciones a diestro y siniestro y besando a todo niño que encontraba a su paso. Cuando la Policía lo detuvo, la gente pensó que se trataba del rodaje de una película.

Es inútil sorprender a nadie sosteniendo que ha visto a alguien en tal o cual aparición. Todas las apariciones están controladas y catalogadas. “¿El jueves a las diez de la noche?.. San Dimas”, responden imperturbablemente al novato, desconocedor de la identidad del aparecido.

El que dice ser Cristo y el presunto Pedro discuten mucho, y al final, cuando quieren reconciliarse, el primero termina diciendo invariablemente: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra...”. “¿Qué piedra?”, inquiera el otro. “¡Deténgan-lo, es un impostor...!””, clama el presunto Cristo. Pero los celadores se han acostumbrado a estas niñerías.

Todos aspiran a la santidad y sueñan con ser canonizados algún día, pero son conscientes de que sin milagros les será muy difícil alcanzar el reconocimiento oficial. Los hay que arriesgan poco y afirman insistentemente: “Mañana lloverá”, porque han escuchado el parte meteorológico. Dado que los meteorólogos se equivocan a menudo, el descrédito es fulminante cuando al día siguiente no llueve. Otros arriesgan mucho más y sostienen: “El próximo miércoles ocurrirá el fin del mundo”. Y hasta el miércoles pasean erguidos y con la mirada desafiante.

“¡Milagro!”, grita un presunto obispo napolitano. Acudimos en tropel para conocer el anunciado portento. Observa el interior de una jaula de canarios en la que hay una docena de ellos formando círculo y cantando. Resulta perfectamente audible lo que interpretan, el coro de peregrinos de Tannhauser. Nadie da crédito a lo que oye. Al finalizar los pájaros su recital una gran salva de aplausos rubrica su actuación. Hecho de nuevo el silencio, comienzan a trinar el famoso coro de Verdi “Va pensiero sul’ali dorate...”, de la ópera Nabuco. Más tarde, se supo que no había tal milagro. Se había pasado cinco años amaestrándolos.

Las dos monjas, por indicación de San Bruno, puntual a su cita de los viernes, han decidido repartir sus hábitos entre los menesterosos. Se espera con morbosa curiosidad la llegada de los mismos. Hay quien asegura que no usan ropa interior de ningún tipo. Me refiero a las monjas.

Los almuerzos y cenas colectivas provocan numerosos altercados

previos, ya que todos quieren bendecir la mesa. Generalmente, la voz de un celador advirtiendo que la sopa se enfría pone fin a las discusiones. Si alguien se atraganta, siempre se oye una voz acusadora: “¡Castigo de Dios...!”. A la hora del postre, en lugar de tomarlo, dedicamos unos minutos a la “percepción y saborización mental” del mismo. Cada día, el celador inventa un presunto postre, “fresas con nata”, y durante diez minutos, todos en silencio, imaginamos que comemos y saboreamos el citado postre. Algunas veces se dan escenas lamentables, como el día en que el celador anunció: “Frambuesas con nata montada”. Una voz protestó: “¡No me gustan las frambuesas...!”. Pero el celador le obligó a comérselas. De todos modos es práctica usual observar y guardar un absoluto silencio, habitualmente roto por los sorbidos de un presunto obispo africano y las lecturas piadosas de textos bíblicos y de San Francisco de Asís, a cargo de un voluntario designado por el celador de turno. Últimamente las lecturas se ciñen estrictamente al Nuevo Testamento, habiendo sido eliminadas las del franciscano, ya que producían situaciones violentas y embarazosas en grado sumo. Un presunto cardenal, conmovido por el gran amor que el santo profesó a los gusanos, quiso promover una especie de asociación internacional de protección a los mismos, que impidiera fuesen impunemente pisoteados. La idea, en principio, fue bien acogida, pero provocó excesivo entusiasmo y celo en su promotor, que terminó proponiendo la creación de un carril especial para gusanos, exclusivamente, tanto en las grandes urbes como en autopistas y carreteras comarcales. No hubo manera de convencerle de la inviabilidad de su proyecto. “¡Basta con una raya, con una estrecha raya...!”, insistía, muy agitado.

Este es un manicomio modélico, doctor. No hay holganza. Nos anunciaron que tendríamos que trabajar y algunos, de la impresión se desmayaron, entre ellos un presunto papa andaluz. Por lo que a mí respecta, me han destinado al Departamento de Informática. Mi labor, me han advertido, es importante, muy importante. Todo se hace en

secreto y es inútil que tratemos de contarlo. Nadie nos creería, porque estamos declarados oficialmente locos. Se lo explico en pocas palabras: todos los confesionarios de todas las iglesias del mundo están provistos de micrófonos ocultos. Ni los mismos confesores lo saben. Y cada micrófono, a través de una terminal, queda conectado a un ordenador, que registra la confesión y la traduce numéricamente. Así, al final de cada jornada, en Roma ya saben los resultados, es decir, los atentados perpetrados contra los mandamientos de la Santa Madre Iglesia. “Su Santidad, en el día de hoy, viernes, a tantos de tantos... se han confesado tres millones de adulterios, mil trescientos cincuenta y dos incestos, etc., etc...”. Esas cifras las saben gracias a nosotros... y los ordenadores, por supuesto. También se lleva el recuento de las penitencias aplicadas, por regiones, municipios... Cuando algún sacerdote se excede, sea en sentido positivo o negativo, siempre encuentran la manera delicada y discreta de advertírselo. Se dio el caso de un sacerdote norteamericano que puso de penitencia el rezo de quince mil rosarios a un pastor vasco de Idaho, que se había sobrepasado en sus relaciones con una de sus ovejas. Se le hizo ver que con cinco mil resultaba suficiente. Con el ganado vacuno se aplica más rigor.

Estamos divididos en diez grupos de trabajo y cada uno atiende la terminal correspondiente. Cada terminal se ocupa del mandamiento a ella asignado en exclusiva. En mi caso me ocupo, con otros compañeros, del séptimo mandamiento. Los que se ocupan del sexto se divierten mucho. Por la noche, cuando los celadores se han retirado, en la oscuridad del gran dormitorio, cuentan las confesiones más curiosas de la jornada, poniendo el debido énfasis, tratando de reproducir lo escuchado en una cinta original de una pequeña localidad holandesa, “...me acuso, padre, de haber incitado a mi mujer a cometer actos terribles. Sí, horribles, verdaderamente horribles. No me obligue, padre, a ser más explícito. Piense lo peor, padre, piense lo peor... Me había

duchado antes, por supuesto”.

Los responsables de la terminal del primer mandamiento han llegado a la conclusión de que nadie ama a Dios sobre todas las cosas, especialmente en Suiza.

Hay noches, doctor, que no logro conciliar el sueño. Será por el trabajo que llevo a cabo, pero el caso es que me pongo a pensar en esas confesiones y llego a la conclusión de que muy pocas personas en el mundo son inocentes. Casi todas son culpables de algo. ¿Qué ocurriría si se eliminara el “sentimiento de culpabilidad”? ¿No seríamos todos felices? “He matado a mi mujer”, confesaría nuestro amigo en la terraza de un bar, y podríamos contestar tranquilamente: “Lo siento”, sabiendo que ninguno de los dos lo sentíamos de verdad.

Doctor, tengo miedo. Nos han encerrado en el Castillo de Sant’Angelo, y pesa sobre nosotros una grave acusación. Afirman que hemos proporcionado — aprovechando las informaciones que se reciben en la terminal correspondiente al séptimo mandamiento de la Santa Madre Iglesia— datos secretos a los ministerios fiscales de varios países, relativos a personas que no declaran su renta o mienten. Hay millones de ciudadanos implicados en la cuestión, entre ellos, varios presidentes de República, monarcas, ministros, doctores, fontaneros y comerciantes. Mis compañeros se han declarado culpables inmediatamente, ya que desean ardientemente la “palma del martirio”. Soy el principal sospechoso, ya que me he declarado inocente.

Todo está perdido, doctor. Me han entregado unas cuartillas, una pluma y un tintero para que escriba, si lo deseo, un “adiós a la vida”. Al alba seré fusilado. En la estrecha celda, observo las inscripciones de otros condenados a muerte que me precedieron. Leo una que dice: “Tosca, te amo”. Lo firma Mario Cavaradossi, con un fecha ilegible. La pobre Floria Tosca nunca llegó a saber la verdad. Su amado se fingió

muerto y el gesto suicida de ella resultó tan desesperado como inútil, al arrojarlo desde lo alto del castillo. Jamás supo de la confabulación de Scarpia y Cavaradossi para deshacerse de ella. Me lo ha contado el carcelero, que se entretiene leyendo los archivos secretos del castillo.

Nunca llegué a suponer que un día me vería encerrado en una celda, condenado a muerte y esperando el momento... Una experiencia que no se repite dos veces. Me pregunto si he sido feliz. Pero ¿eso qué importa? Vivimos cuatro días y nos preocupamos por cosas tan triviales como los sentimientos. Olvidamos que lo único que verdaderamente importa es la muerte y sus consecuencias. Oigo pasos, doctor. Se acercan. Haga llegar a un editor todo lo que le he ido enviando y contando, pero adviértale que no le engañe con el número de ejemplares que imprima, que lo tienen controlado en la séptima terminal correspondiente, obviamente, al séptimo mandamiento. Y con los derechos de autor cúbrense, doctor, sus honorarios. Posiblemente el Vaticano adquirirá toda la edición.

Recorro, esposado, largos corredores y pasadizos. Asciendo finalmente por unas escaleras de piedra, gastadas y resbaladizas, que me conducen al patio central del Castillo de Sant'Angelo. Veo un pelotón de soldados y un oficial con un sable en la mano. Visten un extraño uniforme. ¿Serán zuavos? Me resisto a creer que el Vaticano se comprometa con sus propios soldados, los de la guardia papal, a llevar a cabo una ejecución.

No, no pueden ser zuavos. Suelen portar lanzas, alabardas, picas... Claro está que para estos menesteres ese tipo de armas sobra. ¿Quizás no? Quién sabe cuántos enemigos de la Iglesia habrán ensartado esas lanzas, en nombre de Dios. Un grupo de turistas —distingo rostros japoneses, que me apuntan con sus cámaras fotográficas— observan con extrañeza y curiosidad mi llegada. Llueve, pero no parecen inmutarse. ¿Estoy viviendo un sueño, una pesadilla? No veo por parte

alguna a Floria Tosca. Ella debería estar aquí, para decirme, como a Mario Cavaradossi, que el fusilamiento será una farsa, que dispararán con balas de fogeo, que luego huiremos juntos... Pero yo no soy Cavaradossi, y sé que todo es real, que van en serio, que me fusilarán, que me van a matar... En un rincón, sentado en una silla, un sacerdote, que sostiene un paraguas, un gran paraguas abierto en una de sus manos, me indica con la otra que me acerque. El oficial me dio un leve empujón y, casi sin percatarme, me encontré de rodillas ante el confesor, diciéndole: "Ave María Purísima". Y cuando el confesor pronunció la tradicional respuesta, "sin pecado concebida", esta vez no le interrumpí. Habla, habla, dice cosas maravillosas, pero yo me limito a mirar al cielo. Los turistas, el pelotón y el oficial hacen lo propio, tratando de averiguar lo que llama mi atención allí arriba. No veo traza alguna de Él. Aquí, ahora, muestra un dedo de tu mano, que suponemos poderosa y gigante. Lo sé, algunos empezarán a chillar, a correr, locos de terror. Otros se quedarán inmóviles, petrificados, clavados en el suelo. Los japoneses no acertarán a disparar sus cámaras. Un gesto, Señor, y muchos creerán en Ti. ¿Por qué no lo haces? ¿Tanto te cuesta? ¿Los americanos? Ellos están a lo suyo...

No ha sucedido nada, el capellán me ha propinado un pescozón y el oficial, rabioso, me ha trasladado al centro del patio. El resto me resulta muy confuso. He oído una descarga de fusilería, me han cegado una sucesión de flashes —supongo que de los turistas japoneses— y más tarde una voz queda y dulce de mujer, que arrodillada junto a mí, susurra: "¡Mario, Mario, levántate...!" Yo la miro pero me siento impotente. No puedo moverme. ¿Me llamo realmente Mario? ¿Quién soy realmente? Y ella, ¿quién es ella? ¿Quién es esa mujer desesperada que al oír voces se incorpora presurosa y se dirige rápidamente a la almena, perseguida por unos soldados? He creído por un momento que era mi mujer. Pero mi mujer no se llama Floria Tosca... ¿O sí? Entonces, ¿por qué se lanza al vacío? ¿Por desesperación? ¿Qué es lo que le

desespera? ¿Mi muerte quizás...? ¿Entonces, mi mujer me quería, no estoy soñando? Sigo viendo lo que ocurre, tumbado en las frías losas del castillo sin que nadie me preste atención. Todos dirigen su mirada a las almenas, por donde ha desaparecido irremisiblemente mi mujer, mejor dicho, Tosca. ¿Irremisiblemente? ¿No sucederá que la veamos ascender por los aires, por culpa de un colchón elástico excesivamente tensado, que la impulse de nuevo hacia arriba? Si fuera una representación teatral, esto sería posible que ocurriera. ¿Pero se trata de una representación teatral? Lo curioso del caso es que ahora, inmóvil, quizás muerto, empiezo a verlo todo claro.

Nota del editor *

Cuando recibí el manuscrito, por correo postal, debidamente franqueado y un “remite” con solamente estas palabras “Castillo de Sant’Angelo. Roma.”, estuve tentado de tirarlo al cesto de los papeles, pensando que estaría escrito en lengua italiana. Estaba equivocado. Procedí a su lectura. Su calidad literaria dejaba mucho que desear, pero el relato me dejó perplejo. ¿Quién podía ser su autor? ¿Un neurótico, un psicópata, un megalómano, un histérico? Además, en caso de publicarlo, ¿a quién habría que abonar los derechos de autor? La casualidad quiso que me viera obligado a requerir los servicios de una Agencia de Investigación privada, ante algunos casos muy desagradables surgidos últimamente por culpa de ciertos autores irresponsables que, tras haber percibido determinadas cantidades, en concepto de anticipo, desaparecían después. Como la cuota anual me permite utilizar los servicios de la Agencia hasta un límite de diez casos por año, y los irresponsables son media docena — sudamericanos casi todos—, encargué las averiguaciones pertinentes en torno al caso. El resultado de las mismas se incluye a continuación. Verdaderamente el texto no merecía tanto esfuerzo ni fatiga. Pero por el mismo precio...

** Apócrifa. (Nota del autor.)*

Informe de la agencia de investigación privada

La única pista facilitada por el editor, es decir, la dirección de Roma, el Castillo del Santo Angel, resultó falsa a todas luces. El agente enviado especialmente a la capital de Italia tuvo que aguardar varios días para poder entrar en el mismo, ya que se trata de un museo público y los funcionarios estaban en huelga. En su visita, finalmente, descubrió que en dicho Castillo no vive permanentemente nadie y que los conserjes no conocen el castellano. Por lo tanto, difícilmente podían haber escrito narración alguna en dicha lengua. Cuando pronunció los nombres de Mario Cavaradossi y Floria Tosca, la faz del guía cambió. Tras una generosa propina, contó una dudosa historia. Un pintor, llamado ciertamente Mario Cavaradossi, fue fusilado allí mismo por orden de un tal barón Scarpia, jefe de la Policía de Roma. Asunto de terrorismo y mafia a todas luces. Una cantante —¿melódica o de rock...?— llamada Floria Tosca intentó seducir al barón Scarpia —aunque pudo ser lo contrario...—, para que no mataran al tal Mario, hicieran un montaje falso de fusilamiento, y huir después a Civitavecchia y tomar un barco que los condujera lo más lejos posible. La típica historia italiana. Al final, como se ha adelantado ya, murió por fusilamiento y la cantante se arrojó desde el Castillo al río Tiber. Nuestro agente hace observar que tal cosa resulta imposible. Seguramente, la cantante aplastó su cráneo contra el asfalto de la carretera que circunda al Castillo en cuestión. Cabía —dedujo bien el agente— que Mario Cavaradossi hubiese sido el autor del manuscrito, pero le aseguró el guía que conocía la historia por un guardián de la cárcel, que se quedó con un medallón que le entregó el ajusticiado por permitirle escribir una carta. Parece ser que no llegó a escribir mucho, porque de pronto se puso a cantar como un desesperado. Finalmente, llegó el piquete y se lo llevó. Tampoco parece que fuera a revelar nada importante. Solamente escribió: “Mucho tiempo he estado acostándome temprano”. Como frase, parece una tontería, pero averiguó que un francés llamado Marcel Proust escribió la misma frase como inicio de

una novela. ¿Pura coincidencia o fusilaron a un plagiaro? Ninguna de las dos cosas. Nuestro agente prosiguió sus investigaciones en Roma y supo, en la Prefectura Central de la Policía, que el tal Mario Cavaradossi no figura en ningún archivo, al igual que Floria Tosca. Finalmente, un veterano comisario le aclaró la cuestión. Al parecer, ambos son personajes de ficción, protagonistas de una ópera lírica titulada Tosca y su autor un tal Giacomo Puccini, que tampoco figura en los archivos de la Policía de Roma, aunque en Lucca, su ciudad natal, parece ser que archivaron un caso de seducción en la persona de una muchacha de servicio, de una “empleada de hogar”, que se suicidó, al quedar embarazada, ahogándose en una localidad próxima llamada Torre del Lago. El comisario cree que pudo ser un montaje publicitario, al igual que ocurrió con otra señora, japonesa por más señas, llamada “Madame Butterfly”, en el mundo del hampa de Nagasaki. En este caso trataron de desprestigiar a la flota norteamericana del Pacífico en la persona del teniente de navío Pinkerton. Nuestro agente —aunque esto no venga al caso— también quiso saber del veterano policía lo que era una “ópera lírica”. Le aclaró que es un espectáculo italiano, en el que unos actores cantan en el escenario a voz en grito, sin micrófonos inalámbricos, algunas veces en posturas extrañas, por ejemplo, tumbados en el suelo. Le contó que en Tosca desempeña un papel muy importante un tal barón Scarpia, jefe de la Policía de Roma, que acostumbraba a torturar a los prisioneros sin tomar precaución alguna, arriesgando siempre su fulminante destitución. De todos modos, murió por un asunto de faldas, a manos de Floria Tosca, que era cantante. El clásico triángulo. El pintor, la cantante y el policía. Floria, enamorada del pintor. El Barón, también. Este detuvo al pintor por conspirador. El tal pintor era un “tonto útil”. Al parecer, protegió a un anarquista, y se negó a denunciarlo pese a las torturas. El barón recurrió a Floria, que ante los gritos de su amado “cantó”, en el sentido empleado en la jerga policial, se entiende... El barón Scarpia prometió la libertad a ella y al pintor si le concedía sus favores. En el momento culminante, mejor dicho, “antes de..”, cuando ya

había firmado un pase, Tosca apuñaló al barón. Mario murió a manos del pelotón de fusilamiento creyendo que todo aquello estaba montado y acordado previamente. Por lo menos así se lo contó la tal Floria. Luego resultó que no era cierto, y Tosca, desesperada, se arrojó por una almena. Se echó tierra al enojoso asunto, porque en el Vaticano estimaron que era mejor así. En las representaciones de la ópera, la soprano acostumbraba a arrojarse sobre colchones convenientemente colocados tras el escenario. Últimamente, algunos escenógrafos colocaban modernos colchones elásticos, pero las sopranos gruesas salían lanzadas por el aire, provocando risas entre los espectadores. Lo más práctico es no colocar absolutamente nada. Las imprecaciones las tapa la orquesta.

Si la pista del Castillo no condujo a ningún esclarecimiento de la cuestión, la visita a la Oficina de Información de la Ciudad del Vaticano, todavía menos. Nuestro agente pidió audiencia con el Papa y le fue concedida rápidamente. Acompañado de ciento quince mil peregrinos de todo el mundo alcanzó a divisarle un momento.

El Santo Padre hizo un gesto cariñoso con la mano y nuestro agente entendió algo así como “nos vemos luego”. Se equivocó. Con quien mantuvo, más tarde, en contra de su presunción, una larga charla, fue con el jefe de los guardias zuavos. Le aseguró que en el recinto Vaticano no hay manicomio alguno y, confidencialmente, le confesó que todo el mundo es un manicomio. Nuestro agente no contestó a la evidente provocación y al día siguiente, muy de mañana, examinó sigilosamente los confesionarios de algunas iglesias romanas, tratando de averiguar si se ocultaban micrófonos. Como algunos ya estaban ocupados por sacerdotes, no tuvo más remedio que confesarse una veintena de veces. Al final, parece ser que dijo, nada más iniciar una confesión: “Ave María Purísima. Hace cinco minutos que me he confesado. Me acuso de...” . Ciertamente, en un minuto se puede matar a un hombre, seducir a una

anciana....

Tras el fracaso romano, el agente regresó de inmediato y recorrió uno a uno todos los manicomios españoles. Había una pista clara: dar con el que había anunciado la fallida visita de los monarcas. Resultó otra pista falsa. Parece ser que en casi todos los manicomios españoles hay encerrados varios presuntos monarcas, presidentes de Gobierno y autonómicos, que se han presentado y anunciado como tales. Tampoco se supo de ningún loco que se hubiese dedicado a cantar ópera y se le dejara en libertad. Son muy peligrosos, al parecer.

Segunda nota del editor *

Tras el fracaso de la Agencia de Investigación Privada, la casualidad quiso que un día me llegara otro sobre, con un curioso manuscrito, titulado “Desde mi celda” y un remite escueto: “Cárcel Central del Estado. Celda número 1024”. Di una nueva oportunidad a la susodicha Agencia, dado su contenido, estrechamente relacionado con lo anteriormente publicado. Supe de esta manera que dicha celda albergó a un extraño individuo, detenido por intrusismo en la profesión médica, y por ejercer como confesor sin tener la condición de sacerdote. No pudieron hablar con él. Llegaron tarde, ya que estando a la espera de trasladarlo a un centro psiquiátrico se suicidó arrojándose por la ventana de su celda, tras limar previamente los barrotes. Un trabajo ímprobo y gratuito. Todos los reclusos saben que resulta mucho más cómodo ahorcarse con trozos de sábanas.

De todos modos, descanse en paz.

* También apócrifa. (Nota del autor.)

Desde mi celda

Estimado editor: Creo que le debo una explicación en torno al

manuscrito que le envié perteneciente a un paciente mío, mejor dicho, a un feligrés. Perdón, me explicaré mejor. Evidentemente, el secreto de confesión obliga a permanecer mudo, pero no soy sacerdote. Fui expulsado del seminario casi a punto de recibir las órdenes menores, por culpa de un enojoso asunto que preferiría no revelar. Podría perjudicar a un cardenal que presta sus servicios en el Vaticano. Recuerdo perfectamente al suicida en cuestión. Jamás supo lo de mi doble personalidad. Me veía en la consulta médica cuando se tendía en el sofá, pero jamás me reconoció en la oscuridad del confesionario. La última vez que acudió, se mostró muy nervioso; dijo, atropelladamente, “Ave María Purísima”, me tendió una nota y sin mediar más palabras se marchó apresuradamente. Me resultó muy extraño aquello, por eso lo recuerdo. Encendí la luz interior del confesionario y leí el contenido de la carta. Decía en la misma que había un micrófono oculto en el confesionario, y que por lo tanto había optado por entregarme una relación de sus pecados, de los que obviamente se arrepentía. Incluía una posdata, rogándome le enviara la absolución por escrito a la dirección indicada. Recuerdo la misma: “Castillo del Santo Angel. Roma”, el mismo remite del sobre que me envió a la consulta meses más tarde y que le hice llegar en su día. Rompí indignado la misiva. Luego me di cuenta de que obré mal, olvidando mis obligaciones. No tuve caridad cristiana con aquel desgraciado. Porque cuando actuaba como sacerdote asumía mi cometido con todas sus consecuencias. Confesión, perdón de los pecados y penitencia, gratuitamente. En la consulta médica, audición y factura. Mi caso no es un caso aislado. Miles de confesores se dedican a la práctica de la psiquiatría en sus horas libres para ganar un dinero que les permita sostener su parroquia. Actualmente se confiesan muy pocos, cosa que me debería producir tristeza, pero la verdad es que me produce mucho alivio, porque a casi todos les huele el aliento. La mayoría son mujeres casadas y cuentan cosas terribles de sus maridos. Debo confesar que emplean una terminología del pecado, por lo que concierne al sexto mandamiento, que me deja siempre

perplejo: enemas, griego, francés, portugués, felación, montadito, sesenta y nueve, dúplex...¿Qué es todo eso? En cierta ocasión, una feligresa, con gran rubor, me confesó que su marido le obligaba en el lecho matrimonial a realizar actos indignos, pero no quiso añadir nada más cuando le animé a que concretara... “Perdone, padre, pero eso no se lo puede pedir a una señora casada”, me dijo. “Tranquila, hija mía”, le repliqué, “espero que todo lo que hagáis sea encaminado a la procreación y a la mayor gloria de Dios”.

Tercera nota del editor *

Tras el nuevo fracaso de la Agencia de Investigación Privada, el director de la misma decidió asumir el asunto en persona. Muchos meses después pudo, finalmente, localizar a la viuda del suicida, del primero de los suicidas, por supuesto. De esta manera, hemos podido firmar un contrato de edición y darles un anticipo, modesto, ciertamente, porque no conviene arriesgar... Le animamos también a escribir unas cuartillas y a entregarnos la fotocopia de una carta, la última que le escribió su marido, al parecer. Cuando habla de él parece desvariar...

* Asimismo apócrifa. (Nota del autor.)

La viuda

Cuando abrí la puerta y me dijeron “Su marido ha muerto”, respondí: “No es posible, está durmiendo...”. Pero cuando abrimos la puerta de su dormitorio —hace años que dormíamos en habitaciones separadas— su cama estaba en desorden, la ventana abierta de par en par y encima de la mesilla un voluminoso sobre, dirigido al doctor que le asistió durante varios meses, del que se hizo cargo uno de los policías. Llegué a pensar en una broma, en una de sus habituales bromas de mal gusto, pero cuando más tarde me mostraron el cadáver en el depósito, tuve que aceptar la realidad. Se arrojó de madrugada, según calculó el forense.

Un vecino trasnochador se topó con el cadáver. Tenía el cráneo destrozado y la sangre embadurnaba el asfalto. Avisó de inmediato a la Policía. Como nuestra casa constaba de dieciocho pisos, decidieron localizar al conserje de la finca para su previa identificación y evitar así tener que despertar a todos los vecinos. Trasladado al depósito de cadáveres, pálido y a punto de desmayarse ante el macabro espectáculo, acertó a decir, con voz queda: "Piso quince, centro izquierda". Lo confieso: no sentí pena alguna, y lo digo sin remordimiento. En aquel cadáver no había traza alguna, rasgo alguno del hombre del que yo me había enamorado hace muchos años. Se había ido transformando en otro ser, indiferente y extraño para mí. Sus estancias más o menos breves en centros psiquiátricos no llegaron a solucionar el problema. Más bien lo agravaron. Todo comenzó el día en que lo despidieron de la empresa en la que llevaba trabajando una veintena de años, cuando fue sorprendido observando furtivamente a una muchacha llamada Floria, a través de una cristalera, subido a un inodoro de los servicios. Aquello fue penoso para todos y nos vimos obligados a ocultar, ante familiares y amigos, la verdadera causa del despido. Preferimos hablar de desfalco, pero no fue una buena excusa, ya que como no escapó al Brasil, como hacen todos en estos casos, pensaron que sería un desfalco de poca monta, propio de un pobre hombre, como él. Luego, en el paro, su manera de ser fue transformándose por completo. No podía soportar que yo trabajara y él no. De todos modos, jamás supo la verdadera naturaleza de mi trabajo. Creía que trabajaba de asistenta y cuando volvía por las noches a casa, cogía mis manos y exclamaba: "Tus suaves manos...". Luego volvía a su permanente estado de postración, en el sillón, frente al televisor. Nunca supo lo que mis manos tocaban y acariciaban.

Al principio se me hizo muy duro, llegué a vomitar sin que el cliente se enterara, pero la condición humana tiende a acostumbrarse a todo. Cuando, alguna noche, mi marido pretendía hacer el amor, me sentía

estafada...

Pasaron los años equívocos de nuestras vidas, cuando creíamos que bastaba con amar, cuando pensábamos que era suficiente querer para ser querido. Como si los sentimientos hubieran de ser correspondidos obligatoriamente. Y en esa creencia vivimos, ciegos ante la realidad que el paso del tiempo inexorablemente impone.

No quise seguir viviendo con mis hijos en aquella casa, que tantas alegrías y tantas tristezas había acogido a lo largo de muchos años. Nos trasladamos al otro extremo de la ciudad. El día en que tuve que entregar las llaves al nuevo inquilino, mis ojos recorrieron por última vez, una a una, todas las habitaciones, las manchas, rasguños, rasponazos, desconchados... elocuentes testigos de una parte de nuestras vidas, que allí quedaban encerradas y canceladas. Fue entonces cuando reparé en la existencia de una carta que yacía olvidada en el suelo, en un rincón, entre el polvo acumulado. Tras leer su contenido, me asomé por la ventana, precisamente por la misma ventana por la que se arrojó mi marido, y pensé que bastaba un segundo para llevar a cabo el mismo gesto.

Carta a floria

Querida Floria: He sobornado al carcelero entre-gándole mi anillo, mi última reliquia, el último resto de mi antiguo esplendor. Son palabras que sonarían mucho mejor con música de Giacomo Puccini. Gracias al regalo he podido conseguir una pluma y unas cuartillas. Ganas me dan de dejarlo todo y ponerme a cantar. Pero prefiero que sepas la verdad. No soy pintor, no me llamo Mario Cavaradossi y no soy soltero. Tampoco soy un héroe. Cuando me torturaron, dije todos los nombres de todos mis amigos. No merezco tu amor ni tu ayuda. Te conozco, seguramente estarás en estos momentos haciendo el amor con el barón Scarpia, tratando de conseguir un visado para huir a cualquier lugar del mundo.

No tengo el valor suficiente para seguirte. Me ofreces una nueva vida, pero yo no la deseo. No quiero seguir los pasos que nos marca el destino. Tú te matarás en cuanto haya abandonado el patio el pelotón del fusilamiento y veas que yo no me incorporo, porque yo seguiré tendido en el suelo, fingiendo ante tus ojos espantados que he muerto. Está escrito en el libreto. Tú, loca de amor, te arrojarás por la almena del Castillo. Estate tranquila, Floria, yo te seguiré. Te lo juro, te seguiré en cuanto acabe esta carta, una carta que no es para ti, sino para mi mujer. Te engañaba, Floria, porque estoy casado, tengo cuatro hijos y, repito, no soy pintor. Fui contable durante muchos años, en una empresa seria y responsable, hasta que un día te vi, querida Floria. Tú no te fijaste en mí, pero yo sí. Y con mi mirada te seguía, te perseguía, te deseaba, te amaba. ¿Por qué gritaste cuando me asomé a la cristalera de los servicios? Yo no pretendía nada, absolutamente nada. Solamente verte. Y tú gritabas y gritabas. Me despidieron, ¿lo sabías? Me quedé en el paro y gracias a mi mujer la familia salió adelante. Ella me decía que trabajaba como asistente, pero sabía que se dedicaba a otros menesteres, porque examinaba sus manos por las noches y seguían suaves como siempre. Por las noches, sinceramente, me repugnaba hacer el amor con ella. Y si llegábamos a hacerlo, lo hacía para no delatar mis sentimientos. Es una santa y no se merecía todo lo que hice por amor a ti, Tosca querida. Si tú cantas, yo canto, me dije. Y comencé a dar clases de solfeo, gratis por supuesto, en el coro de una iglesia cercana a nuestra casa. Ejercitábamos la famosa técnica del “canto mental” inventada por el italiano Malerba. Es decir, no cantábamos realmente. Lo hacíamos interiormente.

Pero el director del coro nos oía.

No sé cómo, pero nos escuchaba y corregía. Gracias al “canto mental”, llegué a conseguir una maravillosa voz de tenor, aunque también hice mis pinitos como barítono. Imborrable el recuerdo del

Requiem de Verdi que interpretamos el Viernes Santo. Convecí a mi mujer e hijos para que fueran a escucharnos. Yo asumía, como tenor, partes muy difíciles y, por supuesto, el famoso “Ingemisco”. No acertaba a cantar, de la emoción que me embargó. También se emocionó el director, el único que podía oírme. El resto del coro, así como el público, se limitó a mirarme, observando cómo abría la boca y la cerraba, algunas veces con dulzura y otras con desesperación. Y es que el “canto mental” supone una entrega total. Mi mujer, en casa, aquella noche, no me dijo nada. Pero la sorprendí cantando en el dormitorio una napolitana maravillosa, Santa Lucía luntana. Se limitó a mirarme con ojos de asombro, cuando abría y cerraba la boca. “¿Qué te parece?”, le dije. Calló.

Al día siguiente fuimos a un enorme edificio que alberga al Conservatorio de Música, y un señor muy atento, con bata blanca, me examinó. Hice una demostración completísima. Primeramente interpreté “Questa e quella”, de Rigoletto, para calentar la garganta. Observando el interés que mostraba el director de la bata blanca, proseguí con La Gioconda de Ponchielli, y su famosa romanza “Cielo e mare”, y finalmente, animado por la mirada del director, atacé la famosa y terrorífica “Di quella pira...” de El Trovador, de Verdi. Al terminar, no comentó nada, pero cogió una pluma y escribió algo en un papel. Estrechó la mano de mi mujer y me dio unas palmaditas en el hombro. Me había dado una beca para estudiar canto en Italia. Siempre había tenido la idea de que Milán estaba muy lejos. No fue así. Llegamos en una hora, a pesar de la intensa circulación. Claro que el taxi que nos condujo a la Scala de Milán fue tocando su sirena. Pensé que no teníamos tanta prisa. El resto, querida Floria, lo sabes mejor que yo.

El día que en el Conservatorio organizaron la gala “fin de curso”, todos los alumnos fuimos utilizados como coristas, para acompañarte a ti y al tenor que trajiste de Roma, en La Traviata. Y cuando tú, con tu copa de

champán, cantabas animadamente y el coro, los del coro, te acompañábamos, me miraste. Sí, me miraste con pasión, con amor. Y mi canto, eso me pareció a mí, resonó más viril y más agudo que el de ningún otro. El tenor, humillado, protestó al final de la representación, pero tú quedaste impresionada. Gracias a ti pude ir a Roma, pero allí nadie me ayudó, ni tan siquiera en la Capilla Sixtina, aunque yo les dijera a sus dirigentes que mi voz era mejor que la de cualquier castrado. Me despidieron con cajas destempladas. Desesperado, sin dinero, robaba los cepillos de las iglesias y en una, en Santa Andrea del Valle, me detuvieron.

En la Comisaría estaba ese odioso barón Scarpia, que no tuvo piedad conmigo. Ahora ya lo sabes todo. Comprenderás que resulta totalmente inútil y estúpido que me levante y comience a cantar el “Adiós a la vida...”.

El “canto mental” precisa de la emoción de la representación en directo, público, orquesta, toses... Sé que abajo me esperan las negras y turbias aguas del río Tíber. Pero la vida no la concibo sin amor, sin el amor de la única persona a quien yo he querido en este mundo: mi mujer. Y como ese amor me ha sido negado, es decir, no ha sido correspondido, permítame, carcelero, que cierre este sobre, culmine la acción con el remite y verifique el último acto, el postrero acto que me resta: morir. Abra la ventana y baje el telón. Por mucho que insistan, no volveré al escenario de la vida.

Sería inútil.

HISTORIAS DE LA VIDA COTIDIANA

El tornillo

Por la rotura de un tornillo, de un solo tornillo, un gran avión de pasajeros se precipitó en tierra con todos sus ocupantes. El hecho no tendría mayor importancia si no fuera porque mañana he de viajar en avión por motivos laborales. Puedo alegar que estoy enfermo, que tengo cáncer. “Aquí”, le digo a mi jefe, señalando con el dedo índice los pulmones. Pero solamente consigo que me dé un consejo: “No fume tanto”. Necesito tener la conciencia tranquila. Las luces del atardecer se filtran por los rosetones de la iglesia y una anciana espera una vez más que la Virgen se le aparezca sobre la hornacina de enfrente, justo donde el morado del vitral deja reposar su luz. El sacerdote me dice que todos estamos en manos de la Providencia, pero ignora los nombres de los encargados de revisar los tornillos de los aviones. ¿Tendrán la conciencia tranquila?. Desde el ventanal del aeropuerto observo una infinidad de aviones. Algunos son movidos por minúsculos “jeeps” y se bambolean con exceso. Un sudor frío invade mi frente. Una luz roja indica que debo tomar ya mi avión. Trato de llamar a mi familia para despedirme, quizá por última vez.

Inútil. No funciona el aparato. Seguramente le faltará algún tornillo. Soy el último en ocupar el autobús que nos conducirá, a través de la pista, al avión. Soy el primero en descender apresuradamente, pero no me dirijo a las escalerillas, sino a las alas. Todos me observan extrañados. Trato de colgarme de una de ellas. Mis saltitos resultan ridículos. Ante la inutilidad del esfuerzo, golpeo el fuselaje, las chapas metálicas; compruebo las juntas, toco las cabezas de los tornillos. Mis compañeros de viaje se han detenido en las escalerillas y me observan. Dos empleados de la compañía tratan de alejarme del aparato. Primero con buenos modales, luego a la fuerza; me arrastran hacia la escalerilla y yo solamente les ruego que me dejen comprobar si el maletero situado

en la plaza cierra herméticamente.

Matar un pájaro

He donado mis riñones, mis ojos, mis gafas —soy miope—, pero no me siento feliz por culpa del pájaro. «No me importa el mundo de los niños», me he dicho a mí mismo una, dos, tres, cien veces, y llego a la conclusión de que ciertamente no me importa. (Un amigo mío se echó a llorar a la tercera). ¿Les importa a los demás?. Tengo mis dudas. Hoy día el terror y el horror se confunden. ¿Es posible habituarse a ellos? Me temo que sí. La gente dice tranquilamente: «Mañana me voy de vacaciones, de viaje...» Y son capaces de utilizar las «consignas» en las estaciones. De ahí a la «ruleta» rusa el camino es muy corto. «Habría que matarla», había dicho mi mujer —quizá sin mucha convicción— refiriéndose a la canaria. Encerrada en su jaula, sus rabiosos picotazos —alguna misteriosa enfermedad le obliga a rascarse continuamente— han dejado desplumado y llagado su cuerpo. Desde luego, sufre. Matar un pájaro. Se dice fácil..., pero ¿cómo? Una hora de meditación en solitario —mi mujer y mis hijos se han ido de vacaciones y yo me he tenido que quedar trabajando por culpa de un compañero que primero dijo «me siento mal» y luego ha resultado ser cáncer de pulmón (él no lo sabe)— me llevan a la conclusión de que la solución está en la bañera. Introduzco la jaula con la canaria en su interior —la idiota canta— , coloco el tapón y abro el grifo del agua caliente. (Restos de una piedad perdida años atrás con amigos descarriados). El agua sube de nivel con exasperante lentitud. La canaria deja de cantar, se agita inquieta, parece intuir el peligro. Dentro de pocos segundos se agarrará desesperadamente a los barrotes del techo. Prefiero no presenciar el final. Me voy al salón y conecto el televisor. Es un telefilme. ¿Cuánto tiempo transcurrió? No podría decirlo con precisión. El hecho es que sonó el teléfono, sentí la voz airada de mi vecino del piso de abajo y corrí rápidamente a cerrar el grifo de la bañera. El agua inundaba a raudales la estancia. Recogí como pude, con trapos, con toallas, el agua. Durante el resto de la jornada no me sentí feliz, vuelvo a repetirlo, por culpa del

pájaro. Antes —se me olvidaba decirlo—había arrojado la canaria al cubo de la basura. No abultaba nada y tenía los ojos abiertos.

Queridos, adorados hijos

He resistido la programación televisiva hasta el final, me he entretenido con una vieja revista, siempre esperando —al igual que mi mujer—, acechando el rumor de unos pasos que se acerquen a la puerta de nuestro hogar. Es inútil. Sólo me resta recorrer fatigosamente el largo camino que del sillón me ha de conducir al lecho conyugal. Me atenaza el sillón y tengo que hacer acopio de fuerzas para alzarme. Hoy me siento muy viejo. Calculo que tendré ciento veinticinco años, por lo menos. Parece que fue ayer cuando asombraba a mis hijos con unos sencillos y simples juegos de manos. Ahora esperamos su regreso en silencio. Me acuesto, y finjo dormir cuando llega mi mujer, que siempre busca pretextos para acostarse más tarde. Finjo dormir, pero no duermo. ¿Cuántos corderos podré contar hasta las siete de la mañana? (A esa hora sonará el despertador e iré a trabajar. ¿Y si un día no fuera? Un compañero de oficina se dijo una mañana: «¡No voy!»; luego tuvo que pedir de favor un certificado médico, y su mujer no le habló en siete meses.) Una noche, hasta las cinco de la mañana, había llegado a contar 256.513 corderos. Cuando llegué a esa cifra oí que hurgaban en la cerradura de la puerta de la calle. Luego, los habituales pasos fugaces, una puerta, un «clic» de la luz que se enciende, otro «clic» y el silencio... Podía dormir tranquilo, porque el último de nuestros hijos ya estaba en casa. Esta noche, falta la hija... Los hijos. Queridos y adorados hijos.

Cuando una noche, años atrás, los increpé por llegar tarde, vi el odio reflejado en sus ojos, y no volví a abrir la boca. Ahora quisiera saber si mi mujer duerme o finge. En el lecho de la muerte —que quizá sea este mismo— tengo decidido, pocos minutos antes de expirar, pedirle ciertas aclaraciones de su comportamiento en vida. ¡Los hijos! Puede uno estar sentado en un sillón, como esos otros, con su batín y sus babuchas, creyéndose el rey de la casa, y recibir las «buenas noches» de un hijo

recio, fuerte, sano, que viene de la calle, de sus paseos por el jardín vecino con sus amigos, que se improvisa un bocadillo antes de acostarse temprano porque se lo imponen y ordenan. Ignoran que ha dejado su bateadora en su cuarto, subrepticamente. Y al día siguiente vienen unos policías y les comunican que «su muchacho» ha matado a alguien en unos jardines. ¿Entonces? ... En estas consideraciones me encontraba, tratando de eludir los corderos saltarines, cuando oigo de nuevo rumores provenientes de la puerta de la calle. Ahora es nuestra hija. Dentro de un rato, de media hora, se cumplirá el rito. Mi mujer se levantará sigilosamente, entrará en silencio y a oscuras en su habitación, registrará su bolso, sus bolsillos, la olerá, palpará su brazo... Píldoras, anticonceptivos, alcohol, drogas, todo es posible. Un suspiro y a la cama de nuevo. Al día siguiente, callará. Yo, también.

Volando hacia Londres

Era un vuelo regular, de los llamados de “fin de semana”. Un asunto ineludible y de cierta importancia para su empresa, le obligaba a tomar un jueves por la tarde aquel avión, con destino a Londres, aparentemente de mala gana. Pero cuando remontó la escalerilla, movió el brazo derecho automáticamente, en plan de despedida, hacia una hipotética figura de mujer —su esposa— que presumía se encontraba entre el habitual grupo de curiosos y expectantes visitantes de aeropuerto (nunca pierden la secreta esperanza de ser testigos directos de un espectacular accidente) y se introdujo en el interior del aparato, respiró aliviado. Quería a su mujer, pero no la soportaba.

Dada la escasa afluencia de pasajeros, la azafata, por razones de seguridad, los acomodó en la parte anterior. Nuestro hombre hizo un gesto de contrariedad, pero no tuvo más remedio que sentarse en el lugar que le indicaron. Reparó de soslayo en la mujer que tenía a su vera y que miraba con insistencia a través de la ventanilla. Dado que durante varios minutos no cambió de postura, pudo observar con tranquilidad su porte e indumentaria. Efectivamente, se trataba de una madre de familia de clase media alta, y con un atractivo rostro, cosa que pudo comprobar cuando el avión alzó su morro y la pasajera dejó de mirar al exterior, se persignó y clavó la mirada en un punto indeterminado frente a ella.

Intentó trabar conversación, pero la mujer, seria, con rostro preocupado, ojos quizá un tanto enrojecidos, no aceptaba diálogo alguno. Tampoco aceptó la bandeja que le ofreció más tarde la azafata, a pesar de la insistencia de ésta. Más tarde, la azafata le entregó una “tarjeta de embarque” para que la rellenara. Aquí perdió su mutismo, porque no se entendieron en la cuestión idiomática y hubo de intervenir su compañero de viaje. Luego todo resultó más fácil.

Estaba casada, tenía tres hijos y su marido no quería ninguno más. La esperaban en una clínica al día siguiente. El sábado se recuperaría y el domingo podría volver. Jamás había pasado por aquella experiencia y tenía miedo, pesares y remordimientos. Su marido le había empujado insistentemente a tomar aquella decisión y ella, al final, había cedido. El caballero escuchaba silenciosamente la confesión. Luego tuvo solícitas palabras para su situación. Con hábil vocabulario dejó entrever que el marido no se merecía una esposa como ella. Inquirió discretamente por su fidelidad y no pudo por menos que mostrar un leve gesto de contrariedad cuando confesó que le había sido fiel durante los quince años de matrimonio. Alegró sus ojos cuando la mujer apretó los dientes y afirmó, casi para sus adentros, “esto me lo pagaré...”. Al llegar a Londres, el caballero observó que sus respectivos hoteles estaban muy cercanos —aunque así no hubiese ocurrido, la “coincidencia” se hubiera dado de la misma manera...— y la invitó a coger un solo taxi. No resultó muy difícil, dado el estado depresivo de la mujer, convencerla para cenar juntos. Pero se equivocó rotundamente, cuando, ya en los postres, se atrevió a coger amorosamente una de sus manos y manifestarle su deseo de llegar a un conocimiento más íntimo. La bofetada resonó en todo el salón y los comensales no acertaron a saber a ciencia cierta qué es lo que había ocurrido. La señora se marchó airada, llorosa, humillada, compungida y decepcionada, y el caballero, acariciándose la mejilla, sólo acertó a balbucir, a manera de excusa personal: “A fin de cuentas, no tenía nada que perder ni que arriesgar... Mañana lo arregla”.

Los justicieros

Habían sucedido cosas terribles en aquel barrio recientemente. Se palpaba la tensión en las calles, en las casas, en los bares y tabernas, en las esquinas. Cinco niñas habían sido violadas en el espacio de ocho meses y en ninguno de los casos se había podido localizar al culpable o culpables. Los jefes de Policía dimitían uno tras otro y el párroco inúltimamente organizaba “novenas”, a las que acudían puntualmente las seis beatas de la comunidad. Todo esto lo ignoraba J.R. Tampoco era de extrañar, porque no leía habitualmente la prensa, no oía la radio ni veía la televisión. Él solamente hablaba con el Señor. Al menos eso contaba a quien se detenía a escucharle. En esto también se equivocaba J.R., porque si se detenían los conductores era por culpa del semáforo en rojo. Él aprovechaba para acercarse a las ventanillas —estuvieran abiertas o cerradas—y ofrecerles una flor a cambio de “una limosna, voluntaria por supuesto, para las ...”. Habitualmente, no era necesario que prosiguiera con su pequeño discurso. Los coches arrancaban veloces en cuanto veían el semáforo en verde. Alguno llegó a darle una moneda, pero otros le insultaban y ponían en duda su virilidad —su voz era suave— y le insultaban con una palabra que empieza por “ma”. Harto de la incomprensión de los conductores — el jefe de su comunidad le había asignado ese tipo de personas en exclusiva—, pensó que sería mejor llevar a cabo su apostolado en la periferia. La gente humilde es más comprensiva y generosa, pensó.

Atardecía, e inmerso en estos pensamientos se topó en la solitaria y un tanto oscura callejuela con una preciosa niña rubia con tirabuzones. Conmovido por la inocencia de sus inocentes ojos, la paró, le hizo unas cariñosas preguntas, le acarició la mejilla y le regaló una rosa de su cesto de mimbres. La niña nerviosa, no se sabe por qué razón, chilló y él trató de calmarla. De una taberna próxima se asomaron unos clientes. De las ventanas unas vecinas. “¡Es él!”, gritó una de ellas sin

fundamento. Minutos más tarde, el cesto de rosas yacía en el suelo... al igual que su dueño, que perdió el conocimiento. En lamentable estado lo encontró la Policía. En el "parte" se hablaba de una agresión sufrida por J.R. a cargo de unos desconocidos. Pérdida de un ojo, rotura de la pelvis, asimismo de varias costillas, cuero cabelludo arrancado, hematomas por doquier, casi toda la dentadura destrozada, al igual que el tímpano derecho, tres dedos de la mano derecha, varias mordeduras, labio partido. De todos modos, había tenido suerte, porque dio la casualidad de que una pareja de agentes del orden público pasaba por allí y los agresores tuvieron que irse...

Masaje cervical

Le dolía el cuello, la espalda, y un amigo, con la mejor intención del mundo, le recomendó acudiera a un masajista profesional, porque, evidentemente, notaría un gran alivio con el tratamiento. Le dio una dirección, pero la desechó porque caía muy lejos de su centro de trabajo. Comprobó en un diario que tenía una dirección mucho más cercana y consiguió un permiso de una hora, a media mañana, de su jefe. La dirección consultada le condujo a un moderno edificio, con un portal lujoso y numerosos ascensores. Tanto lujo en los detalles empezó a preocuparle por las tarifas que le pedirían, pero ya era tarde para volverse atrás porque nada más repicar el timbre le abrió una amable señorita que le hizo pasar al interior con la mejor de las sonrisas.

La sala resultaba acogedora, íntima, coqueta. La recepcionista hizo caso omiso de su tarjeta de visita —es más, mostró cierto asombro ante su conducta— y le preguntó qué tipo de masaje quería: “total” o “parcial”.

La alternativa le dejó un tanto perplejo. A ciencia cierta —le confesó a la asombrada señorita— no sabía qué era lo que más le convenía. No era hombre de muchos recursos, pero la salud, para él, era lo más importante. “¿Hacían un precio especial por treinta sesiones, por ejemplo?”. La señorita, confusa, le instó a que aguardara un momento porque tenía que consultarlo. Volvió minutos más tarde acompañada de una gruesa señora que le examinó atentamente, con mirada cauta. Le contó, con muchos detalles, el proceso de su dolencia. “Artrosis cervical”, le habían dicho. “No tiene cura, pero se puede aliviar”. Y por eso estaba allí. La señora asentía. La recepcionista, visiblemente azorada, se abotonó apresuradamente la bata. Le hicieron pasar a una salita que no tenía más que una mesa —camilla como todo mobiliario—. En la habitación contigua se oían risitas contenidas. Se quitó la camisa y, ciertamente, se llevó una pequeña desilusión cuando vio que entraba la

señora gruesa, muy dispuesta, con unos frascos y una toalla. Ciertamente, hubiese preferido ser atendido por la bella recepcionista. La sesión de masajes a manos de aquella robusta matrona no habría de olvidarla en la vida. Daba la impresión de que la señora pretendía que no volviera nunca más por allí. “Desde luego —pensó—, así pocos clientes iban a tener...”. Ahogó un “¡ay!”, y cuando terminó la sesión sintió un gran alivio. La señora gruesa jadeaba trabajosamente. Se llevó una gran sorpresa al escuchar la respuesta que recibió al inquirir por el importe de la sesión. “Dígale a su jefe que aquí somos todas muy honradas. Y que estamos diplomadas...”. Le extrañó que su jefe, modélico jefe de sección, tuviera aquellas amistades. ¿No se habría equivocado de “jefe”? ¿Por quién le habrían tomado? De todos modos, cuando llegó a la entidad bancaria donde prestaba sus servicios desde hacía veintidós años, se apresuró a transmitir a su jefe el extraño recado. Este no daba crédito a lo que oía. Le mandó repetir el mensaje tres veces. Luego contó los pormenores de su visita. Tuvo que hablar con otro jefe más inmediato. A continuación, con el jefe de relaciones sociales. Los compañeros intuyeron que algo grave sucedía... Le abrieron expediente. Seguía sin entender nada de todo aquello. Los compañeros, al pasar junto a él, le guiñaban un ojo. Su mujer prorrumpió en un llanto silencioso cuando se lo contó. “Un degenerado, eso es lo que eres, un degenerado...”, le dijo. Y él, sólo acertar que no era culpa suya, que podía considerarse un mal congénito. O quizás contraído en tantos años sentado en la mesa del banco. La mujer arreció en sus sollozos. Se calló y se fue a acostar. Sintió que el cuello ya no le molestaba y pensó que, pese a todo, al día siguiente acudiría a una nueva sesión. ¿Qué mal había en ello?.

Vacaciones en familia

Se oían tantas cosas, cuando llegaba el verano y las vacaciones, en torno a los ancianos abandonados por sus familiares en la gran ciudad!. Le impresionó el caso de un padre “olvidado” por su hijo en una gasolinera. Ella, afortunadamente, no tenía nada que temer al respecto. Su hijo la quería, la nuera también, así como los nietos. Cierto es que jamás le hablaban, la ignoraban, pero la querían. De ello estaba segura. Cuando llegaron las vacaciones de agosto, como todos los años, la animaron a hacer la maleta, mejor dicho, sus maletas, porque le gustaba llevar siempre toda su ropa consigo. La nuera, solícita, la ayudó. Todos parecían estar muy contentos. El viaje era muy largo y, como siempre, su hijo quería aprovechar al máximo sus vacaciones, partiendo un viernes al atardecer. Como era ya costumbre establecida en años anteriores, cerrada la noche, pararon en una especie de motel para dormir y proseguir muy temprano al día siguiente. Se repartieron en tres habitaciones. A la abuela le asignaron un dormitorio para ella sola. Por la mañana no hizo falta que nadie la despertara. Se lavó, se vistió, se peinó y bajó al salón, para desayunar con los suyos. Había mucha gente y no los vió. Alguien la invitó a tomar asiento en una mesa. Cinco ancianas de su edad la saludaron calmadamente con un gesto de la cabeza.

Le llamó la atención el atuendo de la camarera, que sin dirigirle la palabra, le puso en la mesa, ante ella, una taza de café con leche y unas galletas. Volvió a examinarla. Hubiera jurado que se trataba de una religiosa con atuendo. Desayunó un tanto inquieta, dada la tardanza de su familia, y se dirigió a recepción. Allí, por fortuna, le informaron de todo. Su hijo, nuera y los nietos no habían dormido allí. Prefirieron continuar el viaje. Todas sus maletas las habían dejado, sin embargo, a buen recaudo. Tampoco tenía que preocuparse del pago de su estancia. Estaba todo acordado. Sintió una terrible decepción, una honda amargura. También a ella la habían dejado, en aquella residencia de

ancianos, a muchos kilómetros de distancia de su residencia habitual, mientras ellos transcurrían sus vacaciones en la playa. “No es eso, le dijo la hermana religiosa con dulzura. No ha comprendido bien. Vendrán en Navidades a saludarla”.

Una boda

Esperaba con contenido nerviosismo el día de su boda. Es natural, pensarán. Todos los novios y las novias suelen ponerse muy nerviosos, días antes, semanas antes, meses antes... El novio en cuestión se puso nervioso exactamente sesenta días antes de la fecha de la ceremonia nupcial. Pero supo sobreponerse a su estado de ánimo y prepararlo todo, junto a su prometida, de manera perfecta. Las proclamas, la fecha y la hora en la iglesia, las invitaciones a familiares y amigos, los padrinos, las flores, el restaurante para el ágape posterior, las arras, los billetes de avión, el hotel en las Islas... todo estaba ya previsto, encargado y anotado. Sólo faltaba esperar a que llegara el ansiado día... y llegó. Espléndida estaba la novia, elegante el padrino y la madrina, floreado el templo y radiantes los numerosos invitados. Y en el momento emocionante en que el sacerdote, dirigiéndose a los contrayentes, en el silencio del templo —sólo interrumpido por el lloriqueo de un niño contumaz que, presto, fue enviado al exterior, con su azorada madre—, formuló al novio la ya tristemente célebre y famosa cuestión: “¿Quiere por esposa a...?” (Omito el nombre y apellidos de ella por discreción), éste, tranquilo, sereno, con un dominio exagerado quizás de la situación, respondió: “No”. Ante el estupor general, el asombro y la sorpresa, el sacerdote, creyendo que se encontraba ante una broma de mal gusto, motivada por alguna apuesta secreta de “despedida de soltero”, volvió a formular la cuestión. Nueva negativa; pero esta vez con una aclaración precisa, contundente y asombrosa. “En realidad, Padre, esta mujer — señaló con su dedo índice a su prometida— debería casarse con ese señor, amigo mío hasta ahora, que está ahí abajo con esa señora que es su mujer. Ellos lo saben bien. Yo lo supe hace dos meses y esperé este momento...” La prometida rompió en llanto, ante la estupefacción general. El novio, sin inmutarse, prosiguió: “Queridos amigos: no habrá boda, pero no quiero aguaros la fiesta. En el restaurante que ya conocéis por la invitación, os espero para celebrar la decisión más importante de

mi vida, que ha sido no casarme. Perdonadme ahora..., gracias". Y se retiró.

Primera comunión

Teresina se mostraba muy nerviosa y era natural. Todos los niños experimentan lo mismo, días antes, cuando van a hacer su Primera Comunión. Y llegó el día, y a la niña la vistieron de blanco, como si fuera una novia. Radiante estaba Teresina y su madre, y sus abuelos, y sus tíos y demás parientes por parte de madre. Todos juntos, en varios coches, se dirigieron a la iglesia parroquial. La ceremonia resultó muy emotiva, el fotógrafo hizo las fotos de rigor y luego se fueron todos a casa, para celebrar el hermoso día en torno a una copiosa mesa donde no faltó el espumoso. Casi todos los niños, al final de la jornada, suelen sentir una enorme pena cuando se desprenden del traje de su Primera Comunión. El día feliz ha terminado. Pero Teresina fue a la cama, feliz, rendida y contenta. Sabía que el domingo siguiente celebraría su Primera, mejor dicho, Segunda Comunión, con su padre, sus abuelos, sus tíos y demás parientes por parte de padre. En otra iglesia, con otro sacerdote, pero siempre con seres queridos. Y volvería a repetir el almuerzo en casa de su padre, con sus abuelos... Y volvería a recibir muchos regalos. Le preocupaba solamente una cosa: ¿Se repetirían los regalos? ¿Su padre y su madre se habrían puesto de acuerdo? ¿Sus abuelos habrían hablado antes? ¿Y los tíos? ¿Y los padrinos? La madrina era hermana de su madre y el padrino hermano de su padre. Desde cuando sus padres se habían separado, jamás supo si se hablaban entre ellos. La verdad es que tampoco le había importado mucho. Y llegó el día tan esperado. Y de nuevo volvió a comulgar, por vez segunda, con el mismo traje de la primera vez y sus zapatos blancos. Y de nuevo cortó en casa de su padre la tarta. Y todos aplaudieron. Cuando el lunes regresó al colegio y contó a sus compañeros y compañeras de clase lo de su segunda comunión, todos sintieron envidia de Teresina. Y muchos niños, al volver a casa de sus padres, se sintieron frustrados al verles juntos viendo la televisión, sin hablarse casi siempre... De todos modos, era lo mejor que podían hacer,

porque cuando abrían boca era para iniciar una de sus habituales discusiones, interminables y desagradables. Y más de un amiguito de Teresina envidió a ésta y deseó fervientemente que sus padres se separaran de una vez por todas... Para algunos era la primera cosa que le pedían a Dios.

La residencia

Ciertamente la Residencia para ancianos resultaba muy atractiva en su presencia física. Un edificio moderno, en las afueras de la ciudad, en la parte más sana y aireada, rodeado de árboles y jardines, con su piscina olímpica —que a decir verdad solamente utilizaban las enfermeras—, un agradable comedor, sana comida, cuidados médicos... En resumen: la Residencia contradecía toda una leyenda negra forjada por “unos cuantos” desaprensivos de los medios de comunicación, afirmaba su director muy ufano y orgulloso. Pero cuando los hijos, hijas, yernos, nueras, nietos, nietas, sobrinos de ambos sexos y algunos amigos de los allí residentes se acercaban para visitarlos, se percataban de que la mayoría no se sentía nada feliz.

Pronto supieron por qué: la Dirección había decidido que todos los televisores emplazados en los salones de recreo y en la cafetería fuesen apagados a las doce de la noche. Hubo protestas generalizadas, porque casi todos los canales de televisión ofrecen películas que nunca terminan para la media noche. Y se quedaban sin saber “cómo terminaba aquello”. Los parientes y amigos escuchaban pacientemente las quejas de los internados. Uno de ellos, conmovido o posiblemente harto de tanto oír la misma queja cada domingo, decidió introducir subrepticamente un televisor portátil, para que su madre pudiera ver los filmes enteros en la habitación. La madre invitó a dos amigas. Estas a otras dos y una noche, la enfermera sorprendió a dieciséis ancianos de ambos sexos contemplando un filme muy interesante a las doce y media de la noche. Arreciaron las protestas. Las visitas optaron por contar el final de las películas a los residentes. Pero como muchos no habían visto la película de turno porque habían salido a cenar o bailar o simplemente a tomar unas copas, decidieron inventarse los finales. Y luego, en la Residencia, los ancianos y ancianas discutían acaloradamente, porque cada cual contaba un final distinto. “¡Pues es así —aseguraba uno—,

porque mi hijo me lo ha contado...! ¡Y mi hijo no miente...!.

Lecciones en vídeo

Cuando la niña de siete años llegó a casa, a sus padres no les hizo mucha gracia lo que contó. A partir del próximo lunes, la profesora había anunciado que les mostraría un videocassette con unas lecciones prácticas sobre la vida sexual de los animales y de los seres humanos. El padre, particularmente, no tenía ningún inconveniente en lo de los bichos, pero que su hija pudiera ver a una pareja “en acción”, le asustaba. La madre, más práctica, se puso en contacto rápidamente por teléfono con otras madres en idéntica situación. Todas estaban preocupadas, molestas y susceptibles. Decidieron reunirse en casa de una de ellas el sábado por la tarde, y de dicha reunión salió nombrada una comisión de cinco madres, que se personaron en el colegio el lunes a primera hora. La Dirección, muy comprensiva con el asunto expuesto por la comisión, accedió a la petición. Antes de exhibir las cintas pedagógicas en clase, podrían contemplarlas y sopesarlas los padres de los alumnos. La noticia corrió como un reguero de pólvora por la ciudad, casi siempre tranquila. El martes por la noche, el salón de actos estaba totalmente abarrotado de padres de familia. Se apagaron las luces y tras una previa presentación de la profesora —que en opinión muy particular de algunos padres era una mujer atractiva y sensual— comenzó el visionado de las tres primeras lecciones. Al llegar a un primer descanso, todos los asistentes estaban conformes con la teoría expuesta. En la segunda parte se visionaron otros tres capítulos, dedicados a los seres humanos, a la procreación, al coito, a las diversas posturas, etcétera. Resulta ahora muy difícil narrar lo que ocurrió entre los asistentes. Habría que remitirse a los comentarios posteriores en cada uno de los hogares, o lo que es peor: a los hechos que se sucedieron y repitieron en más de una casa. Algunos matrimonios, presos de gran excitación en la sala y aprovechando la oscuridad, cometieron actos irresponsables y ofensivos para quienes se sentaban a su lado. Hubo parejas que se besaron con fruición, con pasión, recordando tiempos pasados, de

novios. Y en las alcobas, algunas “imágenes” fueron testigos de unos actos que jamás los implicados hubieran soñado con poner en práctica días antes... Las lecciones, de todos modos, fueron prohibidas.

La duda

Cuando murió su marido, allí estuvieron sus hijos, yernos y nueras, rodeándola solícitos. Tras los funerales, en la casa que prácticamente les había visto nacer —en el caso de las dos hijas había sido testigo de las sendas pedidas de mano— le habían dicho: “No te preocupes, madre, nos tienes a tu lado. Vivirás con nosotros”. Y bien que lo cumplieron. Vendieron el inmueble, se repartieron el importe de la venta y decidieron que cada mes, uno de los hijos o hijas tendría a la madre en su casa respectiva. La viuda lo aceptó sin rechistar porque la casa donde había compartido tantas alegrías y tristezas con su marido ya no le decía nada. Es más ... le producía una inmensa tristeza. Durante los dos primeros años de su nueva existencia todo parecía ir sobre ruedas. Eran cuatro hogares distintos y en los cuatro se sentía bien recibida. Le querían los dos hijos, las dos hijas, los dos yernos y las dos nueras. Incluso los nietos la adoraban. Pero dicen que el tiempo y la convivencia todo lo destruyen. Y con el paso del tiempo y de los años, los traslados mensuales de la anciana viuda comenzaron a resultar un calvario para todos... menos para ella. ¿Fueron primero las nueras o los yernos?. No lo sabremos a ciencia cierta. Pero por esta parentela un tanto forzada y postiza comenzaron los primeros enfrentamientos. “¿Por qué nos tenemos que quedar con ella en agosto?”, se preguntaba una. “¿Por qué se mete en lo que no la llaman?”, se preguntaba el yerno, harto de oír los reproches de lo poco que atendía a los nietos y de lo permisivo que resultaba su comportamiento. Los traslados se convirtieron en auténtico calvario. Cada familia vivía la felicidad de tres meses y el cuarto “era la cruz”. Resultaba cruel pensarlo, pero el hecho es que la anciana gozaba, con sus ochenta años de una salud de hierro. ¿Cuánto tardaría Dios en acogerla en su seno? ¿Cinco años, diez, quince...?. Un día se reunió la familia en consejo y decidieron terminar con aquello. Dado que era inhumano ingresarla en una residencia y ella además se negaba, lo mejor era que se decidiera por la casa de uno de ellos. Si no lo hacía,

harían un sorteo secreto. La anciana, planteada la cuestión, se echó a llorar, exclamando: “Ya sé que si elijo a uno, los otros tres me van a odiar... Me niego”.

Atasco

Tenían muy poco que decirse. Era una pareja sentimentalmente acabada. Pero seguían juntos, porque tenían dos hijos, un chalé en las afueras, un coche último modelo... y se necesitaban. Cada uno en su trabajo, se veían solamente a la ida y al regreso del trabajo. Para ahorrar gasolina habían decidido emplear un solo coche. Él la dejaba en una esquina estratégica y por la noche, en el mismo punto, la volvía a recoger. Se pasaban encerrados en el coche horas y horas, sin dirigirse la palabra, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos, si es que pensaban en algo. Él fumaba pitillo tras pitillo y de vez en cuando hacía alguna alusión a los problemas del tráfico, a la mala educación de los otros conductores y a la desidia del Gobierno en el plan de modernización de carreteras. Ella parecía absorta en sus cosas. Mecánicamente ponía la radio y si no le apetecía lo que escuchaban terminaba colocando alguna "cassette" de sus preferidos. Canciones de otros tiempos, tiempos de su juventud marchita y olvidada. "L'amore e una colomba...". "Partirá, la nave partirá, dove arrivera, questo non si sà...". Había sido siempre una romántica empedernida, sin cura. Su marido jamás había tenido nada de romántico. También le gustaban los tangos: "Caminito que un día muy juntos nos viste pasar...". Aquella noche, cuando regresaban, como de habitual, en el coche, al enchufar la radio una locutora leía una carta anónima en un consultorio sentimental. Él hizo el gesto de cambiar de onda. "¡Déjalo!", dijo ella. No sabía de qué se trataba, pero respetó su decisión. La locutora leía una carta, banal, estúpida, cursi, de una de tantas radioyentes. "Mi vida no tiene sentido y, algunas veces, pienso que no sé por qué sigo. Quizá por mis hijos... De no ser así, pienso que me mataría. Bueno, también me imagino que podría encontrar otro hombre e irme con él al fin del mundo, a Honolulu, a Tahití... Quiero vivir, ser feliz, que el agua del mar inunde mi ser...". El marido, llegado a este punto, cortó la emisión. "¡Qué tonterías hay que oír!", dijo por todo comentario. "¡Qué loca!". "¡Vuelve a ponerlo!", dijo con

tono airado la mujer, “¡Esa loca soy yo...!”.

Viajes ilusionados

Eran un matrimonio feliz. Puede muy bien decirse que lo eran. No tenían hijos, pero Dios les había dado la oportunidad de que sus respectivas madres vivieran —la una con ochenta y cinco años y la otra con noventa y dos—. Y lo que es más importante: ambas gozaban de buena salud. El matrimonio trabajaba y se habían organizado a la perfección. El marido, los lunes, miércoles y viernes, abandonaba la oficina y se dirigía a casa de su madre para almorzar con ella. Los martes, jueves y sábados hacía lo propio con su madre política, es decir, en una palabra, la suegra. Su mujer hacía lo mismo con su madre y suegra, pero en alternancia distinta de días obviamente. ¿Podían pedir algo más en la vida? Ciertamente, hubieran deseado que la madre de ella pudiera ver. Por otra parte, la madre de él, con el transcurrir de los años, sufría un proceso de esclerotización. La asistenta doméstica, es más, juraba que no se enteraba de nada, que “estaba ida”... No era cierta tal cosa. Sabía cuándo le tocaba venir al hijo o a la nuera. Y, sobre todo, esperaba ansiosamente los domingos, porque ese día el matrimonio recogía con el coche a las dos ancianas y se las llevaban de excursión, de viaje “por ahí”... Un día les propuse una solución que siempre me la están agradeciendo... Muy de mañana, recogen a las dos ancianitas de sus respectivos domicilios. Ella o él, o los dos, dicen con voz cantarina: “¿Qué os parece? ¡Nos vamos a Toledo!”. Y cada domingo se inventaban una ciudad española distinta. La cuestión era dar unas vueltas por la ciudad, sin tráfico, y al cabo de una hora, conducir las a un restaurante distinto. “¿Dónde estamos?”, preguntaba la ciega. “En La Coruña”, terciaba la hija comiendo mariscos. Y las dos se sentían felices y lo comentaban luego, al día siguiente, por teléfono con sus amigas. Un día, los cuatro tuvieron el capricho de almorzar en un restaurante chino. “¿Dónde estamos?”, preguntó la esclerótica. “En Pekín”, contestó el hijo, masticando cerdo agridulce. Al día siguiente, las amigas comentaban entre sí que las consuegras eran unas mentirosas...

El golpe

Había cenado copiosamente en un restaurante italiano con unos amigos y aunque vivía lejos, decidí —tras despedirme de todos y para despejarme un poco— continuar andando un buen rato. Era ya madrugada. De repente, empezó a lloviznar y decidí tomar antes de tiempo el taxi. No resultó tarea fácil. En la confluencia de dos concurridas calles divisé una luz verde. Un semáforo impidió que se acercara. “¡Taxi!”, exclamé nervioso e impaciente por la ya prolongada espera. El semáforo en rojo me impedía atravesar la calle y montar en él. De repente, una pareja de jóvenes pretendió arrebatármelo. Confiaba en que el taxista me hubiera visto, pero la luz seguía “verde”. La pareja, nerviosa, no aguantó a que el semáforo se abriera. Se lanzaron a la busca y captura de aquel taxi. No miraron a su derecha. Lo que voy a contar me sobrecogió: un veloz coche, quizá a noventa por hora, embistió al joven de tal manera que el muchacho voló por los aires, como un muñeco de trapo, un pingajo, describiendo un amplio semicírculo y cayendo de cabeza sobre el parachoques de un coche mal aparcado. Los gritos desgarradores de su compañera inundaron la calle. Los escasísimos testigos del atropello corrimos hacia la víctima. El coche se dio a la fuga. Minutos más tarde llegó la Policía. El joven sangraba por la boca y de una herida en la cabeza. Poco después llegó una ambulancia. La Policía tomaba notas mientras cada uno daba su particular versión de los hechos. Media hora más tarde todo el mundo se había ido. Yo me resistía a hacerlo. “¿Vivirá?”, pregunté a los dos policías. Se encogieron de hombros. Realmente, tampoco ellos sabían nada más que yo. Y, además, supuse que estaban habituados a estos lances. Me alejaba del lugar cabizbajo, cuando de repente me topé con un zapato de hombre, negro, lustroso, al que, al parecer, nadie había prestado atención. Lo recogí con mimo. ¿Sería de la víctima, del joven accidentado? Volví donde los policías y mostré el zapato. No parecieron emocionarse. Ni se inmutaron. Me lo cogieron por cortesía, con cierto

asco. Luego, en la cama, sin poder conciliar el sueño, me pasé la noche preguntándome dónde estaría el otro zapato...

La juerga

Serían más o menos las tres de la mañana. Ellos, es decir, el numeroso grupo mixto, no tenían ni remota idea de la hora. El encargado del local, sí. Tenía ganas de irse a casa y no aguantar a aquellos clientes tan pelmas. Habían cenado, bebido, bailado hasta la saciedad. Por culpa de una de las chicas, dos estuvieron a punto de llegar a las manos. Tras muchos forcejeos la sangre no había llegado al río. Pero se habían escuchado palabras soeces, vulgares, imprecaciones y hasta alguna blasfemia. Son los nuevos tiempos, se lamentaba el encargado, con la factura de los gastos en un platillo. Se la mostró a uno de los hombres del grupo, el que parecía más sereno de todos. Al ver la factura en el platillo y tomarla en sus manos con gesto dubitativo, sólo acertó a decir con palabras entrecortadas: “¡Anda, la dolorosa...!”. Y lo dejó en el platillo. El encargado tocó ligeramente a otro compañero que besaba apasionadamente a una amiga, presumiblemente. Contrariado, al cabo de unos segundos se volvió. Al observar el platillo, se rió, su amiga también, y siguieron besándose, estrechamente abrazados. El encargado sabía cómo iba a terminar aquello. Siempre sucede lo mismo. En invierno, en Benidorm, la policía tiene escaso trabajo comparado con la temporada veraniega. Años atrás no ocurrían estas cosas, pensaba el encargado. Cuando llegó una pareja y fue informada de lo que ocurría, fueron todos conminados a presentar su documentación. “O pagan o se vienen con nosotros...”, advirtió uno de ellos. Al parecer nadie tenía mucho dinero.

Salieron a relucir los DNI. Eran todos de la misma generación, no había duda alguna. Ochenta y cinco años, setenta y cuatro, sesenta y siete, y todos por el estilo. Una señora, orgullosa, les dijo: “Tengo ochenta y cinco, ¿verdad que no los aparento?”. El guardia anotó cuidadosamente los nombres y apellidos, así como dirección y localidad. Mañana sabía que vendrían los hijos y los nietos a pagar los gastos y a

hacerse cargo de los respectivos padres y abuelos. “¡Parecéis niños! — les gritarán el hijo o el nieto— ¿No os da vergüenza?”. Y seguramente que alguien dirá: “¡No!”, con desesperación.

Agencia matrimonial

Estaba decidido firmemente a contraer matrimonio. Quizá era tarde. Pero se miraba en el espejo, tras afeitarse cuidadosamente, y se decía que para sus cuarenta y cinco años se conservaba bastante bien. Algunas amigas hasta le encontraban atractivo y seguramente que se hubieran casado con él, de habérselo propuesto. Pero él quería otra cosa. Le asfixiaba el ambiente provinciano y burgués que se respiraba en la ciudad. Se conocía todo. Sus amigos habían contraído matrimonio y él, cuidando a su anciana madre, de la que había heredado una tienda de géneros de confección, no se había percatado de que su existencia se le escapaba de las manos y que no había conocido todavía el amor de su vida. Ahora, su madre había muerto. Era cliente de varias agencias matrimoniales con sede en Madrid, las cuales se ocupaban de enviarle, regularmente, una relación de posibles contactos. Eran agencias de absoluta seriedad y moralidad, pero al parecer no tenían lo que él precisaba. Una mujer agraciada, soltera —nada de separadas con hijos, viudas o divorciadas...—, que estuviera dispuesta a compartir la vida en común. Un día le llamó la atención un reportaje aparecido en la televisión. Al parecer, existían modernas agencias que exhibían, con discreción garantizada, vídeos con las presuntas y posibles compañeras para toda la vida. La cuota era cara, pero se animó. Experimentó una gran emoción cuando recibió una remesa de vídeos. Le llamó poderosamente la atención la quinta candidata. Lo reunía todo y además tenía una cara atractiva y un hablar suave, discreto, elegante, entrañable. Pensó que aquella, podía ser la mujer de su vida. Llamó a la agencia y la misma se encargó de montar una entrevista “confidencial y sin compromiso alguno”. Se fue a Madrid. El día señalado, a las ocho de la tarde, esperó en la cafetería convenida, blandiendo ostentosamente la revista elegida, y la vio entrar... Tímida, dulce, como en el vídeo. Le reconoció y se acercó a él cojeando visiblemente.

El submarinista

Su gran pasión era la pesca submarina, pero le era difícil practicar tal deporte viviendo como vivía en la capital. Su mes de vacaciones en una tranquila playa mediterránea lo empleaba en practicar su pasión favorita, mientras su mujer e hijos trataban de entretenerse de cualquier manera. Odiaba la pasión de su marido, odio que fue en aumento el día que le planteó unas vacaciones en Cuba. Le habían hablado de Cayo Largo y quería bucear allí, en aquel lugar paradisíaco. La esposa no puso especial énfasis en el viaje, porque se imaginaba más o menos lo que le aguardaba. No se equivocó. Un lugar maravilloso, solitario..., pero tremendamente aburrido. Los primeros días le acompañaba en el barquito alquilado hasta los puntos elegidos para bucear. Se mareaba un poco y decidió quedarse en la playa, esperando el regreso del barquito y de los animosos buceadores, entre los que se encontraba su marido.

Transcurridos los quince días y de vuelta nuevamente al hogar, aquella mujer se transformó radicalmente. Había un fulgor en sus ojos, un brillo especial, una ansiedad que al miope de su marido parecía escapársele. Y un día surgió la gran sorpresa. Quería volver a Cuba, a Cayo Largo, pero sola. El marido no salía de su estupor. La mujer, ebria de amor y pasión, tuvo que confesarle la verdad, casi toda la verdad. Durante sus zambullidas había conocido a un simpático y amable cubano y se había descubierto una “mujer nueva”. Recalcó lo de “nueva” y el marido, mudo por la sorpresa, no quiso o no se atrevió a profundizar en las indagaciones. Temía lo peor. Toda la familia experimentó una gran conmoción ante la noticia de la partida de la mujer, que dejó a las dos niñas con el marido. Si la despedida en el aeropuerto resultó violenta, el regreso quedó lleno de interrogantes para el resto de sus vidas. Ella no contó nada y él no preguntó nada. La primera noche —es decir, la primera noche tras el regreso del solitario viaje—, ella le pidió tajantemente: “¡No me toques!”. La explosión de ira del submarinista no

se hizo esperar. “¿Qué tenía el cubano que no tuviera él?”. La mujer no respondía. Callaba ensimismada. “No te preocupes —le dijo finalmente— no volveré nunca más. Lo peor ya ha pasado. Perdóname...” Y lo dijo con tal dulzura, serenidad y franqueza, que el marido calló, calló para siempre. Pero, desde aquel día, en las vacaciones cuando se zambullía, fuera donde fuera, volvía discretamente a ras de la superficie y con un pequeño periscopio de fabricación casera observaba los gestos, ademanes y actitudes de su mujer, que atendía a las niñas y leía un libro, sin más interés por la vida.

El timo de la lotería

Vivía muy cerca de la glorieta de Atocha y tenía por costumbre, desde que la jubilaron, dar una vuelta por la misma, para ver tranquilamente el trajín de la gente, de los coches. Aquel domingo tórrido de julio no lo olvidará jamás. Se disponía a abandonar la glorieta, camino de su casa, cuando de repente un individuo, mejor dicho, un señor, porque iba muy bien trajeado, la abordó. Creo que resulta innecesario contar los pormenores de su charla, porque desgraciadamente en la prensa suelen contar casos como éste. El señor en cuestión salía por la tarde camino de Caracas, en avión, y tenía en la mano un décimo de lotería. Al parecer le habían correspondido tres millones de pesetas. Le urgía cobrar el dinero en efectivo y todas las administraciones de lotería, así como los bancos, estaban cerrados dado que era domingo. Estaba dispuesto a entregar el décimo a una persona que por lo menos le pudiera dar la mitad del premio, tras la oportuna verificación. La anciana escuchaba en silencio, pero los ojos le brillaban. Se avino a ir a una administración de lotería que exhibía en su escaparate los números premiados en la fecha indicada en el décimo. Era cierto, le habían correspondido tres millones. Se acercó un señor bien trajeado y pronto se metió en la conversación. Parecía decidido a hacerle el favor al viajero. Se pusieron de acuerdo los donantes. Cada uno aportaría medio millón, y al cobrar el décimo, se quedarían con dos por la gestión. Al viajero le pareció poco dinero, pero terminó accediendo. Se le notaba que tenía prisa y estaba nervioso. Fue a su casa la anciana, sacó un fajo de billetes del colchón y entregó su medio millón. El otro donante le entregó un cheque al portador. Al día siguiente, la anciana se dirigió con el décimo a la administración de loterías. En la puerta le esperaba el otro donante, como habían convenido. Cobraron el décimo más tarde en el banco y se repartieron los tres millones. Cuando la anciana contó lo sucedido a sus amigos y en la vecindad, fue duramente recriminada por su comportamiento abusivo e inmoral. La llamaron desde entonces “la

Timadora”.

La asistente social

Lo digo de todo corazón: jamás hubiera supuesto que un servicio municipal pudiera funcionar con tanta eficacia. Explicaré mi caso en dos palabras: mi madre, una anciana de ochenta y cinco años, vive conmigo — desde que se quedó viuda hace quince años— en mi piso de soltero. Desde que ocurriera aquella desgracia, mi vida cambió radicalmente, porque surgió una responsabilidad, la cual jamás había imaginado que se me habría de presentar... pero se presentó. Mi madre necesitaba afecto, y yo le daba afecto; mi madre necesitaba compañía... pero yo eso no podía proporcionársela. Mi trabajo me obliga a transcurrir fuera de casa diez horas y hasta doce... Y a mi regreso, allí está mi madre, muda, con un reproche en cada uno de sus ojos. Pasados varios años, decidí poner fin a esta tensa situación. Requerí los servicios del Departamento de Madres Abandonadas y Solteras Arrepentidas, dependiente a su vez del Organismo Autónomo de la Comunidad para Relaciones Humanas en Primer Grado. Tras varias solicitudes y cinco entrevistas personales, acordaron finalmente que una asistente social visitara diariamente a mi madre.

No supe nada de la misma hasta meses después. Eso sí, mi madre fue cambiando paulatina y radicalmente día a día. Se la veía feliz. Supe cuál era el secreto de la desconocida asistente social. La escuchaba pacientemente. Mi madre la invitaba a merendar y le contó la historia de la guerra civil española en episodios de tres horas de duración, sin anuncios publicitarios en los intermedios. Un día, llegué a casa más pronto que de costumbre y me topé de bruces con la asistente social, que en aquel momento se estaba despidiendo de mi madre. Era una agradable y atractiva mujer, de dulce rostro, moreno, de perfiles suaves y hablar tranquilo. Debo reconocerlo: me quedé prendado de ella. Casi instintivamente hice lo posible para verla en feliz coincidencia todos los días. Y de esa relación fue surgiendo una bella amistad que el tiempo se

encargó de transformar en amor sincero. Mi madre lo ignoraba todo, pues yo jamás subía a casa. A las ocho siempre la esperaba en el portal y como un hábito, la acompañaba hasta el metro. Un día la invité a tomar una copa, en otra ocasión cenamos juntos... Y una noche de luna llena, me declaré: “¿Quieres casarte conmigo?”, le dije en la boca del metro de Aluche, pues esa noche, decidido a todo, monté en el suburbano con ella. Me respondió afirmativamente, mirándome con ojos enternecidos, pero añadió: “De acuerdo, cariño, pero ¿qué haremos con tu madre? ¡Yo no la soporto...!”.

¿Qué será del “gaviota”?

Había concertado una entrevista en unas oficinas comerciales ubicadas muy cerca de la plaza de la Independencia.

La cita era a las nueve de la mañana. Precavido, tomé un taxi una hora antes y por un hecho, a todas luces inexplicable, llegué frente a la Puerta de Alcalá con media hora de anticipación. Abandonado a mi destino por el taxista, me topé con las grandes puertas de hierro, abiertas de par en par, del Retiro. Un extraño impulso me empujó hacia el interior. Había muy pocas personas, y casi todas pasaban corriendo — haciendo ejercicio quizás— o temerosas de llegar tarde al trabajo la mayoría. Cuando llegué al estanque observé que ... “No sé cómo contarlo, de verdad...”, comentaba horas más tarde a mis compañeros, durante ese almuerzo presuroso que la hora de asueto laboral nos impone a una gran mayoría. “El estanque estaba quieto, silencioso, las barcas atracadas, un jardinero barría muy cerca la tierra, el sol despuntaba y arriba un avión con retraso habitual había trazado un surco blanco en el cielo. De repente, una gaviota, ¿una gaviota?, me pregunté a mi mismo y preguntaba a los demás... ¿Es posible que fuera una gaviota?”. No nos pusimos de acuerdo. “Bueno, sigue, da lo mismo”, me dijeron. “Quería decirles que esa ave, de repente, remontó el vuelo, en medio del estanque, lenta, pausadamente, rozando con sus patas la tersa superficie, rompiendo la calma en ondas y yo miraba absorto su vuelo hasta perderse en el horizonte... En aquel momento, pensé que la vida, tal como la vivimos, no merece la pena, y que la gaviota o lo que sea, era feliz y yo no podía seguirla. Minutos más tarde, estaba en medio del caótico tráfico, esquivando los coches”. Terminé el relato y un compañero, rompiendo el silencio que mi ridícula historia había, al parecer, provocado, exclamó: “Mañana iré a ver el Retiro antes de entrar al trabajo”. Debió cumplir su promesa, porque lo cierto es que jamás volvió a trabajar. “¿Qué será del gaviota?”, solemos preguntarnos alguna

vez durante el almuerzo de una hora de asueto laboral, con un menú que siempre se repite, invariablemente de lunes a viernes. Por lo tanto, mañana martes, ya sé lo que almorzaremos...

En el metro

Ciertamente no había muchos pasajeros y casi todos parecían dormitar en sus asientos. Serían las diez de la noche y casi todos regresábamos a nuestros hogares, cansados y quizás derrotados por la brega diaria. En la siguiente parada, las puertas del convoy del metro nocturno acogieron solamente a un pasajero en el vagón en que nos encontrábamos. Nadie le prestó atención. Arrancó el convoy y empezó su letanía, una letanía bien conocida desgraciadamente... “Señoras y señores, perdonen la molestia...”. Nadie se inmutó. Nadie se fijó en él. Porque de voz masculina se trataba en esta ocasión. Y la voz proseguía: “Soy un padre de familia, tengo seis hijos, tengo trabajo y...”. Llegado a este momento del discurso, nos volvimos a mirarle. Era un señor de buen aspecto, bien trajeado, con gafas, de unos cincuenta años, de modales finos, y con un sombrero en la mano, blandido a manera de bandeja petitoria. Ahora le escuchábamos con curiosidad e inusitada atención. “Tengo trabajo, repito, gano lo suficiente para mantener a mi familia y creo que es justo que lo que me sobre lo reparta entre aquellos que lo necesiten. Voy a proceder a repartir...”. Y empezó a avanzar desde el final del vagón. Nadie daba crédito a lo que había oído. Y menos a lo que empezó a hacer. De su sombrero, extraía billetes de mil pesetas y los iba ofreciendo a los pasajeros. El primero de ellos lo rechazó. El segundo dudó un momento, y luego lo aceptó. El tercero hizo lo propio pero empezó a observar el billete a contraluz. ¿Era falso, era una propaganda original? ¿Cuál era la trampa? ¿Dónde estaba el truco? Para cuando quisimos reaccionar, el metro se había detenido y el caballero despedido. Nos miramos y guardamos con escepticismo el billete de mil pesetas. Hubo un pasajero que lo arrojó al suelo. Minutos más tarde lo recogió con cierto nerviosismo. Al día siguiente sucedió lo mismo, y al siguiente... Al cabo de una semana, al parecer se había corrido la voz y el vagón estaba repleto de gente. El caballero no fallaba noche alguna. Hasta que un día aparecieron unos agentes de Policía

que le pidieron la documentación. Les mostró el DNI y les ofreció sendos billetes de mil pesetas con una sonrisa. Se lo llevaron, al parecer por fallida corrupción de agentes policiales. Lo decía al día siguiente la prensa. Y enterada toda la ciudad del hecho, pronto cundió el ejemplo. Surgieron firmas patrocinadoras que enviaban agentes donantes por docenas. Era una cuestión de imagen. Hasta que la dirección del Metro decidió tomar cartas en el asunto. Colocó en lugares bien visibles, unos rótulos que decían: “Prohibida la filantropía”.

Artrosis y masajes

Lo achacaba a la postura adoptada en su mesa de trabajo y a su vida sedentaria... El hecho es que siempre le dolía el cuello, la espalda y las cervicales. Esto último lo sabía hoy el doctor que le atendió fugazmente en la consulta de la Seguridad Social. La cosa, al parecer, no tenía remedio ni solución. Solamente podría encontrar alivio practicando la natación, relajándose, caminando al aire libre... y con los masajes. ¡Ah, los famosos masajes de los que siempre estaban hablando sus compañeros de oficina a todas horas, entre bromas y risas! Él nunca les prestó atención. Pero ahora su salud le preocupaba. Se interesó por los masajes, y un compañero, solícito y sonriente, le mostró un periódico con decenas de masajistas ofreciendo sus servicios. Jamás hubiera supuesto que existieran tantos afectados por la artrosis. De otra manera, se decía, no se justificaría tanta oferta de masajistas. Probó con uno de los teléfonos reseñados en la sección de anuncios y una solícita voz femenina le informó del horario: de cuatro de la tarde a dos de la madrugada. Le pareció una exageración el horario nocturno. Quiso saber el importe de antemano, pero la voz femenina le dijo: “Eso lo aclararemos aquí, cariño”. Le molestó un poco la confianza que se tomaba aquella voz anónima, pero no le dio mayor importancia. Tomó nota de la dirección y al día siguiente se presentó. La enfermera que abrió la puerta de la consulta era muy atractiva. Él le explicó el motivo de la visita, el lugar exacto de las molestias y ella no pareció inmutarse. Le condujo a una salita, blanca, como un quirófano, con su mesa camilla donde le hizo tenderse, boca abajo, tras aconsejarle que se desnudara de cintura para arriba. Se quitó la chaqueta, la camisa y la camiseta, esta última prenda con cierto embarazo. La señorita le preguntó: “¿Servicio normal?”. “Normal”, respondió él. Y durante media hora aquella experta mujer hizo maravillas con los músculos de su cuello, con su espalda. No parecía fatigarse ni abrió la boca. Entregada por completo a su labor, concentrada en su labor, afanosa, hierática, profesional ciento por ciento.

Al finalizar la sesión, el paciente se sintió tremendamente aliviado, relajado, satisfecho, feliz. Y la cantidad que la experta masajista le pidió tampoco le pareció ninguna exageración. Le prometió volver otro día. Ella le acompañó hasta la puerta amable y solícita. “Hasta cuando usted quiera”, le dijo como despedida. Y cuando el paciente comenzó a descender las escaleras, la masajista tuvo un impulso irresistible y asomándose a la barandilla de la planta, acertó a decir al cliente que se iba contento y feliz: “Oiga, señor, perdone la curiosidad pero me gustaría saber una cosa: ¿es usted policía?”. Respondió con un no rotundo con la mano, casi sin pararse en su descenso. En el portal, se detuvo a solas con sus pensamientos y se preguntó: ¿Los policías tendrían descuento? Pero no le pareció oportuno dar más vueltas a la cuestión.

RELATOS EN PRIMERA PERSONA

Un amor imposible

Llevo mucho tiempo despertándome temprano. ¿Una frase trivial? Posiblemente. Pero con algo muy parecido arrancó Marcel Proust su larguísima novela —siete tomos, siete— “A la búsqueda del tiempo perdido” y nadie se lo ha recriminado. (No es de extrañar tampoco que los editores de su época le rechazaran el enorme manuscrito). Cualquier ruido me desvela en la madrugada. Vivo solo y estas cosas las valoran más, las comprenden mejor quienes viven en soledad. Temo que golpeen mi puerta y no sea precisamente el lechero. No tengo un lechero que me traiga los botellines a casa, como le ocurría, al parecer, a Winston Churchill. De no haber sido así, no hubiera proferido su famosa frase, una de tantas de las suyas, que siempre suenan a epitafio. De todos modos, he llegado a un momento en mi vida en que ya nada me importa. Marcel, ¿tú me entiendes, verdad? Cuando escribiste aquello, al principio tan confuso para mí, —”...comprendí que morir no era algo nuevo, sino que, al contrario, desde mi infancia había muerto ya muchas veces”— bien sabías lo que decías. Esta cita es tuya, Marcel, y pertenece a tu novela, que intenté traducir al euskera en un momento de desesperación. Un editor me había dicho: “Si lo están haciendo los catalanes en su idioma, lo haremos también los vascos”. De todos modos, creo que ignoraba que la Caixa subvencionaba la operación. Pero me puse manos a la obra, Marcel. Entonces empecé a conocerte. “Mucho tiempo llevo acostándome temprano”. Pensé que, como frase, era una tontería. “¿Qué me importa a mí que se acueste temprano este imbécil?”, me dije. Pero me puse manos a la obra. “Aspaldidanik oso goiz cheratu naiz”. Ya había traducido cinco palabras y sabía que todavía me quedaban un millón doscientas noventa y nueve mil novecientas noventa y cuatro, que para algo se pasó el inglés George D. Painter media vida contando el texto original.

Fue en aquel momento cuando el editor volvió a llamarme, dubitativo, serio y preocupado. “¿Qué le puede importar a un vasco Marcel Proust?”, inquirió. Reconozco que mi respuesta no resultó muy convincente. “Su ama de llaves, Celeste Albaret, cuando murió el señorito, entró a prestar servicio, pagado por el Estado francés, en la casa—museo de Maurice Ravel, que era de San Juan de Luz, vasco por lo tanto, a pesar de que compusiera boleros”. No le había convencido, por supuesto.

“Piense usted en algo con más garra y mientras piensa, suspenda la traducción”.

Y lo dejé...

Pasaron los años y un día, acompañado de mi amigo el fotógrafo, me vi obligado a trasladarme a las costas francesas de Normandía, para hablar de vacas, praderas, queso, sidra y especialmente del desembarco aliado de 1944, en uno de sus anuales aniversarios conmemorativos. La guía que nos asignaron, nos indicó, en cierto momento, displicentemente: “A la derecha, Cabourg”. El coche seguía su marcha impertérrito. “¿Ha dicho Cabourg, el pueblo donde veraneaba Proust?”. Asintió con la cabeza sin dejar de conducir. “Pare, por favor”. Estaba harto de tantas “playas del desembarco” y Proust me seguía llegando al alma, a pesar de mi fallida traducción.

Cuando me encontraba en el paseo marítimo, frente al “Gran Hotel” que frecuentó, recordé aquella frase suya “...la muchacha que llevaba un sombrero de punto muy encasquetado iba muy preocupada con la conversación de sus compañeras y yo me pregunté si es que me había visto cuando se posó en mí el negro rayo que de su mirar salía...”. Media vida se puede dar por una frase como esta. Dado que era un contumaz pederasta, seguramente que se trataba de “muchachos en flor”.

Emocionado, totalmente emocionado, la guía y el fotógrafo a duras penas consiguieron introducirme de nuevo en el coche. Me esperaba otra playa del desembarco, la última la de Dieppe. Enfrente, siempre, Inglaterra, de donde partieron los “desembarcadores”. Para romper el hielo, supongo, la guía nos dijo que una vez, hacía unos diez años, vio las rocas blancas de Dover. Era verano, había mucho sol y reverberaban. Me callé. Cuando llegamos a Dieppe, no pude contenerme ante el maravilloso espectáculo del Canal de la Mancha en todo su esplendor y le pregunté: “¿Cree usted que Oscar Wilde llegaría a ver las costas de su patria?”. “¿Quién?”. “Oscar Wilde” le repetí. “Estuvo aquí, vivió muy cerca de aquí, en Berneval”, le aclaré. Ante mi insistencia, la guía nos condujo en coche a Berneval, a escasos kilómetros de Dieppe. En el camino, el fotógrafo le aclaraba en susurro a la guía que yo era un honrado padre de familia y que lo de Proust y Wilde era una simple coincidencia de admiraciones literarias estrictas. En Berneval hay un sendero que discurre en pronunciada pendiente hasta la misma orilla del mar. Las olas golpean fuerte y producen extraños rumores. Wilde pensaba, como Eurípides, que “el mar lava todas las manchas y las heridas del mundo”, aunque luego cambió de idea y de hotel, pues no podía dormir, con tanto ruido de oleaje. “¿Llegarían a ver los ojos castrados de Wilde las costas de su amada patria?”. “¿Castré?”, exclamó asombrada la guía, con los ojos grandes como platos. Le conté que Ramón Gómez de la Serna, en un maravilloso prólogo —creo en los prólogos, deciden muchas pasiones literarias, algunas no correspondidas— se limita a decir, al hablar de Wilde en Berneval: “Se agarra a las paredes, vacío, porque ha sido vilmente operado en la cárcel”. ¿Qué le hicieron en la cárcel de Reading, mientras escribía su famosa balada, que lleva el nombre de la cárcel inglesa? ¿Le remitieron a la categoría de eunuco? La balada comienza diciendo: “Ya no tenía su guerrera escarlata...”, para concluir con esta dramática apelación: “¡Y todos matan lo que aman, oíganlo todos; unos lo hacen con una mirada de odio, otros con palabras acariciadoras; el cobarde

con un beso; el hombre valiente con una espada!”.

Fue entonces, aquella misma noche, en un hotel de Dieppe, insomne por el oleaje —¿serían las mismas olas que impidieron conciliar el sueño, a Oscar?— cuando llegué a pensar, a convenir, a imaginar que dos hombres, como Marcel Proust y Oscar Wilde, unidos por tantas aficiones, por tantos gustos, creadores de obras tan maravillosas, pederastas impenitentes, veraneantes normandos —uno por convicción, el otro por obligado destierro— pudieron muy bien haber intimado... Murieron los dos en París, sus cadáveres yacen muy cerca el uno del otro en el cementerio del Padre Lachaise —donde también vela sus sueños, por supuesto cantando, Edith Piaff— y llegaron a conocerse, según Painter. Fue en abril de 1894. Cenaron en casa de Madame Armand de Caillavet. Días más tarde, Oscar visitó la casa de Marcel, en el número nueve del Boulevard Malesherbes y al parecer, comentó a sus amigos: “Creo que la educación del señor Wilde deja mucho que desear”. ¿Por qué dijo esto? ¿Qué lo motivó? ¿Se llegó a insinuar Wilde a Proust? ¿Cedió éste? Y si cedió,... ¿Pudo Oscar ponerse nervioso? Se me ocurre pensar y lo diré de una vez por todas: se pudo producir el orgasmo más importante del siglo XX, el más genial de todos, el más esotérico, culto,preciado, brillante, poético, imaginativo, sensual, de todos los que la humanidad haya podido provocar y producir en pareja. El choque de dos culturas —una inglesa, la otra francesa— en el escenario sin par de París. Y este pensamiento, esta intuición, me empujó a concebir un gran reportaje en exclusiva, titulado “Un orgasmo imposible”, que conmovería a la opinión pública, incluido el editor vasco. También suponía que los herederos de Proust y Wilde me amenazarían seriamente con la cárcel. Asustado, cambié el título y lo dejé en “Un amor imposible”. En veinte folios contaba la historia de amor más maravillosa del mundo.

Decidí coger rápidamente un avión en París, abandonando a su suerte

al fotógrafo. Preferí enviar con su mensajero el material, para que el director de la publicación no se sintiera presionado con mi presencia. Él mismo, al leer aquello, se percataría de su importancia.

Todo lo que ocurrió posteriormente me resulta confuso, muy difícil de explicar. No creo que estas líneas las puedan leer sin enmiendas ni tachaduras. Me aseguran que la censura es muy férrea, aunque nadie ha sabido aclararme qué es lo que ocurre con las faltas de ortografía. Algún día, señor director, ajustaremos cuentas. Se lo advertí cuando me internaron. Fueron a buscarme a casa, muy temprano —yo ya me había despertado—llamaron suavemente con los nudillos en la puerta. “¿Quién es?”, dije. “El lechero”, me respondió una voz agradable. Abrí sin más dilación, agradablemente sorprendido. Realmente, no se trataba de un lechero, sino de dos. Vestían todo de blanco y no me asombré, porque me consta que por medidas higiénicas —hice un reportaje en una fábrica de productos lácteos— se ven obligados a hacerlo. Me sorprendió que me ordenaran preparar un maletín con lo más necesario, ya que “estaría fuera una temporada”. Para cuando quise reaccionar, ya me habían metido en una ambulancia. Horas más tarde supe que me habían trasladado a un sanatorio psiquiátrico, que algunos se empeñan en llamar todavía “manicomios”.

El rincón de los separados

Me gustaría algún día escribir una bella historia de amor. Pero me resulta a todas luces imposible, por razón de oficio. Lo mío, mi especialidad, es el desamor. El Diccionario de la Lengua Española lo define como “falta de correspondencia al afecto de uno”. Soy especialista en desamores. ¿Por carácter?. ¿Por experiencias vividas o sufridas?. Nada de eso. Por razones profesionales, simplemente. Coordino y me responsabilizo, en un diario de gran tirada, de una sección que lleva por título: “El rincón de los separados”. Obtiene un éxito rotundo. No la inventé yo, ni tan siquiera mi redactor-jefe o mi director. Fue el Departamento de Marketing y Promociones Publicitarias. Habían pensado, en un principio, crear una sección dedicada a la llamada “Tercera Edad”. Pero llegaron a la conclusión de que los ancianos no compran nada, no consumen nada, se dedican a ahorrar para el día de mañana, por lo que pueda suceder. Por el contrario, hay una legión de separados y divorciados en todo el mundo que creen tener, realmente por lo menos, “media vida” por delante. Viajan, se relacionan entre sí, consumen, se renuevan y cambian de imagen, se intercambian regalos, como esos novios primerizos... Creando una sección dedicada a ellos, a sus problemas, a sus relaciones, acudiría la publicidad. Dicho y hecho. El director me confió la sección, sin ningún aumento de sueldo, pero me permitió utilizar un pseudónimo.

Los comienzos, debo confesar, que me resultaron difíciles. No llegaban cartas y me tenía que inventar la pregunta y la respuesta. Recuerdo que me planteaba una carta escrita por una supuesta lectora casada que no soportaba las veleidades de su marido y se planteaba la separación. Daba una respuesta admirable en todos los sentidos, y lo digo sin rubor, porque la reproduce de una novela de Marcel Proust, ese escritor francés tan exquisito que todo el mundo cita y nadie lee: “No hay celosos cuyos celos no admita ciertas derogaciones —respondía

tomando al pie de la letra un párrafo del tomo “La Prisionera”—. Tal, consiente en ser engañado a condición de que se lo digan; tal otro, a condición de que se lo oculten, con lo cual uno no es menos absurdo que el otro, puesto que si el segundo es más verdaderamente engañado en la disimulación de la verdad, el primero reclama en esa verdad el alimento, la extensión y la renovación de sus sufrimientos”. La respuesta provocó una avalancha de respuestas reales de lectores y lectoras que creían reconocerse en alguna de las dos categorías. Pronto me fui dando cuenta de que la gente no quiere respuestas concretas...

Un lector, en su carta, se mostraba indignado y furioso porque su mujer se había fugado con un taxista —más tarde hablaré de nuevo de este curioso gremio— y me preguntaba si debería destruir las fotografías de sus diez años de matrimonio. Me limité a responderle con otra frase del inefable Proust: “Recordar una determinada imagen no es sino echar de menos un determinado instante”. No se qué entendería, pero al cabo de unos meses, me escribió informándome que se había pasado días y días recortando la efigie y la silueta de su mujer de toda la colección de fotos, incluso la “oficial” de la boda.

Al cabo de un año, había agotado todo el repertorio y refranero “proustiano” y tuve que dedicarme a otros autores.

Llevo cinco años al frente de la sección y tengo material suficiente como para editar un libro con lo más interesante. Me lo he planteado varias veces, pero tengo muy serias dudas al respecto. ¿Por qué?. ¿Para qué?. ¿Qué alegría puede proporcionar la lectura de historias de desamor, de historias de fracasos, traiciones, engaños y miserias humanas?. ¿Con qué criterio debería seleccionar las miles de cartas archivadas?. ¿Las más bonitas, las mejor escritas, las más románticas?.

No hay nada más patético que una “carta romántica”. ¿Quién no ha escrito alguna vez una carta de este tipo y años más tarde se ha

avergonzado de su contenido?.

Poseo, también, cartas cómicas, grotescas, crueles, tristes... Jamás olvidaré la misiva de una señora casada, madrileña por cierto, que, tras varios años de fidelidad matrimonial, vivió su primera aventura, su primer adulterio — ¡Qué mal suena!— con un señor que conoció en un supermercado, en la sección “Congelados”. Tras varias citas secretas en la susodicha sección — supongo que el marido durante meses se alimentó de mucho pescado—, él terminó invitándola a un apartamento “tranquilo y coqueto” que, luego supo, era alquilado por horas, ya que también él estaba casado. Acudió, turbada y nerviosa, a la cita y vivieron exactamente “hora y media de pasión”. Transcurrido ese espacio de tiempo, unos nudillos golpearon discretamente en la puerta. Ante tanta prisa, él se justificó alegando que una hora y media era más que suficiente para culminar dos orgasmos, “siempre que se dieran prisa”. “Así me ahorraría media hora, ¿entiendes?”. La señora confesaba en su carta que, cuando regresó a su casa, volvió a querer a su marido. Pero me preguntaba: “¿Debo contarle lo sucedido?. Le conozco, querrá saber el precio de la hora...”. El director censuró esta misiva. Pero esta carta me reafirma en la idea de que muchos maridos no se enteran de nada. Creen que sus engaños y traiciones no son conocidos por sus mujeres. Se equivocan. Deberían desconfiar absolutamente de los taxistas. Lo decía antes y lo repito. El peligro radica, especialmente, en los taxistas de servicio nocturno. Son fáciles víctimas de mujeres “presas del delirio”, que son capaces de llamar tranquilamente desde su casa al servicio de radiotaxis y preguntar: “¿Está libre el 141?”. Y si ese taxi, con ese número, estuviera libre y cercano, tengan la completa seguridad de que bajará la bandera indefinidamente...

Conservo, también, una carta patética y desesperada de un lector, aragonés para más señas, cuya mujer le había abandonado tras casi veinticinco años de matrimonio y había tenido que apresurarse para

notificar al cura que les casó que dejara la ejemplar homilía, que con tanto cariño estaba preparando para el cercano acontecimiento, para otra ocasión. Confesaba en su carta que todavía conservaba una agenda de ella, abandonada por descuido en la apresurada huída, que decía un 23 de septiembre: “Le quiero muchísimo. Si algún día me deja, me muero”. Ahora, el que quiere morir es él, me confiesa en su misiva. Han pasado muchos meses desde su recepción, no tenía remite y no juzgué oportuno publicarla. ¿Se habrá matado?, me suelo preguntar a menudo.

La vida, he llegado a esta conclusión, se rige por el desamor. El amor es el preámbulo de algo que, inevitablemente, se extingue con el tiempo, solamente con el tiempo y no con la distancia, como dice una canción. Porque, además, la distancia mitifica la relación amorosa, la idealiza. Ese mundo de ficción creado por la literatura, el cine, la televisión, el teatro, tiende casi siempre a hacernos creer que el amor perdura siempre entre dos seres que se quieren. Tras la palabra “Fin”, empieza la auténtica aventura del Amor. Algún día, las productoras cinematográficas se darán cuenta de que el desamor es un filón inagotable de argumentos. Y es que todo el mundo tiende a ignorar la incapacidad de los seres humanos para mantener viva “la llama del amor”. Perdonen la frase, pero es el estilo que utilizo en mi sección. Escribió Cesare Zavattini, aquel gran guionista italiano de las películas de Vittorio de Sica, una propuesta razonable para no temer a la Muerte. Sugería a Dios que pudiéramos conocer la fecha exacta del advenimiento, de tal manera que, sabiéndolo, nos fuéramos familiarizando con la misma. Sucedería que, al verse en la calle dos amigos, se dirían: “Yo me moriré el 4 de marzo de 1999. ¿Y Tú?”. “El 8 de mayo del mismo mes...”. “¡Qué pena, por un poco casi nos vamos juntos...!”. Y se despedirían tan contentos. ¿Se imaginan si los enamorados supieran de antemano la duración exacta de su amor, de su pasión compartida?. Consultarían el calendario y comentarían: “Dentro de dos meses y cinco días dejaremos de

querernos...” Y se abrazarían tiernamente, ante la ya inminente ruptura. De esta manera, no habría engaños y traiciones. Sería una cuestión de espera.

Realmente, la verdadera vida empieza donde precisamente novelas, películas y seriales televisivos terminan. Millones de seres son capaces de contemplar, absortos y emocionados, a través de 357 episodios, las vicisitudes de una pareja de enamorados, hasta que un día se casan, por fin. Respiran tranquilos, porque creen que el Amor ha triunfado. Mentira. Mañana, es decir, dos años después quizás, es posible que se dirigieran a mi sección, si fueran seres reales. Cuando la heroína, que personificaba Ingrid Bergman, y su insoportable marido toman el último avión de Casablanca, todos los espectadores apuestan por su felicidad, incluidos Bogart y Claude Rains, perdidos en la niebla. Mentira. El avión aterrizará, la aventura de sus vidas concluirá y lo cotidiano invadirá cruelmente su común existencia, que tiene siempre un horario, con una hora para almorzar. ¿Y por qué esa pareja de héroes habría de escaparse de la trampa mortal que es la vulgaridad de la existencia?. Los hay que lo intentan, sin esperar mis consejos que, debo reconocer, tardan en publicarse dado el volumen de correspondencia que se acumula. Recientemente, me contaba el dueño de una importante librería especializada en libros de viajes, guías y cartografía que un cliente muy nervioso le solicitó que le mostrara un lugar muy alejado y tranquilo en los Mares del Sur. Le recomendó la isla de Rangiroa, en la Polinesia francesa. Y allí se fue, abandonando a su mujer e hijos, como Gauguin. Ha transcurrido más de un año y solamente ha recibido una postal, que dice: “Gracias. Soy feliz”.

Los caminos de la felicidad son infinitos, pero no todos conducen a los Mares del Sur. El “héroe” de Manuel Vázquez Montalbán, “Stuart Pedrell”, hace creer que ha huído a esos Mares y luego se descubre que no se había movido de Barcelona. Y es que no hace falta huir a la

Polinesia. Eso les digo a mis lectores: se puede ser feliz en Hospitalet, siempre que el Amor no obstaculice este deseo.

En la maravillosa isla de Bora-Bora, muy cercana a Rangiroa, me topé en un viaje con un vasco que se había casado con una tahitiana. Tenían una hija llamada Ahinoa, nombre que le permitió congraciarse con sus suegros tahitianos y sus padres, al mismo tiempo. Me confesó, una noche, que no era feliz y que las tahitianas son insoportables, despóticas y autoritarias. Todo un mito destruido al atardecer...

Jamás olvidaré la carta de una mujer que, cosa increíble, la envió a mi nombre real y auténtico. Era una carta desesperada. Tras veinte años de matrimonio, él había planteado la separación. No la soportaba, al parecer. Estaba harto. No habían tenido hijos y ella solamente se dedicaba a las tareas del hogar. Reconocía que no tenía cultura ni estudios y, fuera de las tareas de la casa, no sabía hacer nada más. El piso que compartían era alquilado y ella no hubiera podido abonar el alquiler en ningún caso. Habían vivido siempre al día, aunque bastante bien. Había alquilado una habitación con derecho a cocina y pretendía trabajar como asistenta por horas. No tenía "referencias" y le resultaba muy difícil encontrar trabajo. Tuvo una idea desesperada. Llamó a su ex-marido y se ofreció como asistenta por horas. Éste aceptó el ofrecimiento porque, tras quedarse solo, también le estaba resultando difícil toparse con una. Convinieron en las horas y en el precio de la hora. Lo plantearon de tal manera que no tenían por qué verse en ningún momento.

Ella acudía en las horas en que él estaba trabajando. De todos modos, aquella situación tampoco resolvió el problema a la autora de la carta. Seguía viviendo con muchos estrecheces, pero observaba con amargura la cómoda y holgada situación de su ex-marido. Algunas veces, recogía de la cama que habían compartido tantos años, prendas íntimas femeninas. Obviamente, su vida amorosa debía ser muy intensa y

variada. Supo un día, por el conserje, que por la que había sido su casa desfilaban muchas prostitutas de alto nivel. Y, un día, acuciada por la necesidad, volvió a llamar a su ex-marido para plantearle un nuevo servicio —más allá de la limpieza— , íntimo, amoroso, que pudiera redondear sus ingresos. A su marido, la idea le pareció descabellada, pero terminó accediendo. Solamente le planteó una condición: “¿Cuánto me vas a cobrar?. No olvides que siempre fuiste muy inocente en cuestiones sexuales...”. Y si esta historia pudieran creer que es pura ficción, se equivocan. Conozco a los personajes que la vivieron. Ella es mi mujer y ese hombre soy yo. Y en la carta susodicha —se me olvidaba — terminaba preguntándome, a mí, precisamente a mí, naturalmente, cuánto debería cobrarme. Jamás obtuvo respuesta.

Ropa vieja

Siempre había sido un caballero, imagen y figura por las que ciertamente pagaba un alto precio. El día que su mujer le dijo “Ya no te quiero”, no se inmutó, preparó dos maletas y se fue a un hotel. Un mes más tarde le notificaba la dirección del apartamento alquilado para que le enviara “sus cosas”. Debió quedar muy aliviada con el envío de dos mil quinientos libros, trescientos discos de pasta dura y cinco grabados espantosos. Nada que objetar. Todo resultó muy civilizado. Como no habían tenido hijos en sus quince años de matrimonio, suprimieron una partición que siempre resulta desagradable y ha sido fuente de inspiración de muchísimos films, series televisivas, folletones y folletines. Pero quedaba la asistenta, Benigna, “Beni” en familia, que llevaba con ellos desde el día siguiente de su regreso del viaje de bodas a Palma. Era como de la familia y derramó abundantes lágrimas cuando supo que se separaban irremisiblemente. No se decidió por ninguno de los dos. Quería seguir con la pareja y la solución fue salomónica: asistiría a los dos, iría a las dos casas. La pareja no objetó nada, porque Benigna había resultado imprescindible en la buena marcha del hogar común y ahora los dos la necesitaban más que nunca, ya que ambos trabajaban, duro por cierto, toda la jornada y pocas atenciones podían prestar a sus respectivos hogares.

Todo el mundo sabe que los primeros meses de una separación resultan traumáticos generalmente. Por muy civilizada que sea una separación queda siempre un poso de tristeza, amargura, melancolía, depresión, fracaso... que, en algunos casos, se alivia con el recuerdo de una situación insoportable a todas luces. Pero raramente se suele dar un alivio común. En este caso, la aliviada resultó ser ella. Él corrió con la amargura, tristeza, depresión, etc... Transcurrieron los meses, los años y la vida continuó. Todo ser humano se repone de cualquier situación desesperada y dolorosa, porque así es, afortunadamente, la condición

humana respecto al tiempo. Gracias al paso del Tiempo, sobrevivimos muchas veces. Pero en este caso, pronto se descubrió que, por lo que a él respecta, nada había sido olvidado. Marcel Proust hablaba del “tiempo recobrado” y de la “memoria involuntaria” y para muchos “la magdalena” es el ejemplo más simple y claro de su teoría. Nunca sabré por qué nadie, sin embargo, recuerda la losa de Venecia y el salpicón. Y en nuestro protagonista, esa “memoria involuntaria” pronto le iba a hundir de nuevo en la más absoluta de las miserias humanas.

He de entrar, forzosamente, en otro momento de la historia, de la banal historia, y para ello he de apelar a los recursos de un lenguaje más —¿Cómo diría?— sensiblero. Me temo que es la palabra exacta. Aquel hombre, que creyó haber olvidado todo un pasado, cayó en una estúpida trampa de recuerdos y nostalgias, que solamente un espíritu morboso, sí, he escrito morboso con todas sus consecuencias, podía provocar y desatar.

Jamás había reparado en los trajines de Benigna cuando venía a su casa, proveniente siempre de la de su ex-mujer. Ignoraba que, desde hacía unas semanas, portaba unas grandes bolsas que algunas veces dejaba en el cuarto trastero, para volver a llevárselas a su casa cuando más le conviniera. Un fin de semana, griposo y convaleciente, aburrido y deprimido, reparó en una de aquellas bolsas. Imaginó lo que podrían contener. La palpó. Evidentemente, se trataba de ropa. No pudo reprimir su curiosidad y la abrió. En fin de cuentas, podía perfectamente volverla a cerrar, sin mayores consecuencias. Se equivocaba. Ignoraba lo que habría de provocar en sus sentimientos aquella ropa vieja que, obviamente, su ex-mujer había preferido regalar a la asistenta antes de arrojarla a la basura.

Y es que el inventario inusual de aquellas prendas le indujo a rememorar toda una vida, a dibujar en su mente la figura de una mujer que había amado y querido con pasión. El despertar de los sentidos le

llevó a oler con violencia aquellas prendas, las había íntimas, en un acto desesperado del perro fiel que ha perdido a su amo y cree revivirlo olfateando las prendas que utilizara. Gesto ahora gratuito, porque los detergentes causan su efecto en los tejidos y los dejan inermes, muertos, sin alma. Pero, tras el gesto vano de la percepción de los olores desvanecidos para siempre en la materia textil, lo visual comenzó a trabajar al galope. Cada prenda que extraía le evocaba una secuencia de una existencia en común, que durante muchos años supuso compartir una supuesta felicidad un tanto difícil de definir, como todas las felicidades terrenales.

La diversidad de estilos, hechuras, colores y formatos de las prendas le hizo llegar pronto a la conclusión de que no había llevado a cabo selección alguna, pensando en la figura, presencia y exigencias de Benigna. Había sido arrojado todo a la gran bolsa en un acto de cancelación del pasado, a través de los objetos más definitorios de nuestra manera de ser: la vestimenta. Hacía años que no había visto a su mujer. Trataba de recordar sus rasgos, su perfil, su fisonomía, sus gestos, su tono de voz, su manera de andar... Todo se estaba difuminando en la mente. Era —quizás— lo mejor que podría haber ocurrido. Pero, de repente, esta ropa vieja, aceleradamente, cruelmente, reconstruía, recomponía la figura del ser que quiso con toda su alma años atrás. Y le estaba haciendo daño, mucho daño. En sus manos, colgada de sus manos, estaba ahora aquella falda estrecha y corta que años atrás dejaban entrever unas rodillas redondas y bienformadas, que siempre habían constituido la admiración secreta y la atracción impensable de sus afanes eróticos.

Y estaba la blusa blanca húngara con preciosas flores azules bordadas a mano, recuerdo de un viaje a Budapest. Jamás había llegado a ponérsela. Y tampoco la imaginaba exhibida por Benigna. Ciertamente, estas prendas tan costosas como inútiles sólo las utilizan las danzarinas

de los grupos folklóricos cuando se lanzan con frenesí a bailar las interminables czardas de Monti. Cada prenda era un recuerdo. Pero no todas. Algunas delataban uso y adquisición más recientes, posteriores a la separación, aunque también pasadas ya de moda. Extendidas en el aire, colgadas de sus brazos, parecían reclamar la presencia de un cuerpo de mujer. Los escotes generosos de algunas de las prendas le sugerían actitudes asumidas en el acto de su adquisición. ¿Para quién se vestiría ahora?. ¿A quién trataría de seducir?. Eran, obviamente, armas de mujer para una guerra de la que desconocía la identidad del enemigo. Pero ¿Podía hablar de “enemigo”? Realmente no. ¿O es que todavía le importaba?. Se asustó ante esta idea que le asaltaba subrepticamente. Temía que el demonio de los celos, que suponía totalmente destruido, empezara a desencadenarse irracionalmente.

De repente, con gran frenesí, comenzó a introducir todas las prendas que yacían por el suelo, esparcidas y muertas, en el gran bolso de Benigna. No se tomó el trabajo de doblarlas y colocarlas con cierto cuidado y orden. Las aplastaba con rabia, con furor, tratando de concluir cuanto antes. Cuando hubo finalizado, notó un alivio. Como si Aladino hubiera vuelto a su lámpara; como si el diablo hubiera regresado a su mundo tenebroso; como si un cadáver exhumado por orden judicial, hubiera vuelto a su ataúd, tras haber verificado la disección el forense.

Colocado de nuevo el gran bolso en el mismo lugar en que lo había hecho la asistente, observó, de repente, un papelito doblado, en el suelo. Seguramente se habría caído del bolso al revolverlo. Era un papelito doblado, cuidadosamente doblado. La curiosidad le acuciaba. Había una frase escrita a máquina y sin firma. Quiso aparentar indiferencia y no pudo. Algo se revolvía en su interior cuando leyó aquellas líneas. Presumiblemente algún amigo, algún novio, algún admirador de su ex-mujer se lo habría entregado en algún momento de su nueva existencia de separada y ella lo guardó, lo conservó. Luego, se olvidó de registrar

los bolsillos, antes de regalar la prenda a Benigna. ¿Qué quería decir realmente aquella nota?. ¿Qué significaba?. ¿Qué pretendía obtener con ella?. ¿Cuál habría sido la respuesta de ella?. ¿Habría habido respuesta?. Ciertamente, las cuestiones que se planteaba resultaban de todo punto superfluas, porque aquella mujer ya no significaba nada en su vida. Así lo había creído durante los últimos años. Ahora, aquellas líneas venían a convulsionarlo todo.

La nota decía: “Te quiero. Si me dejas, me mataré”. Al parecer, la frase no parecía haber provocado ninguna reacción en la destinataria. Se alegró. Horas más tarde, en la cama, casi en sueños, recordó que aquella nota la había escrito él.

Alonso Ibarrola